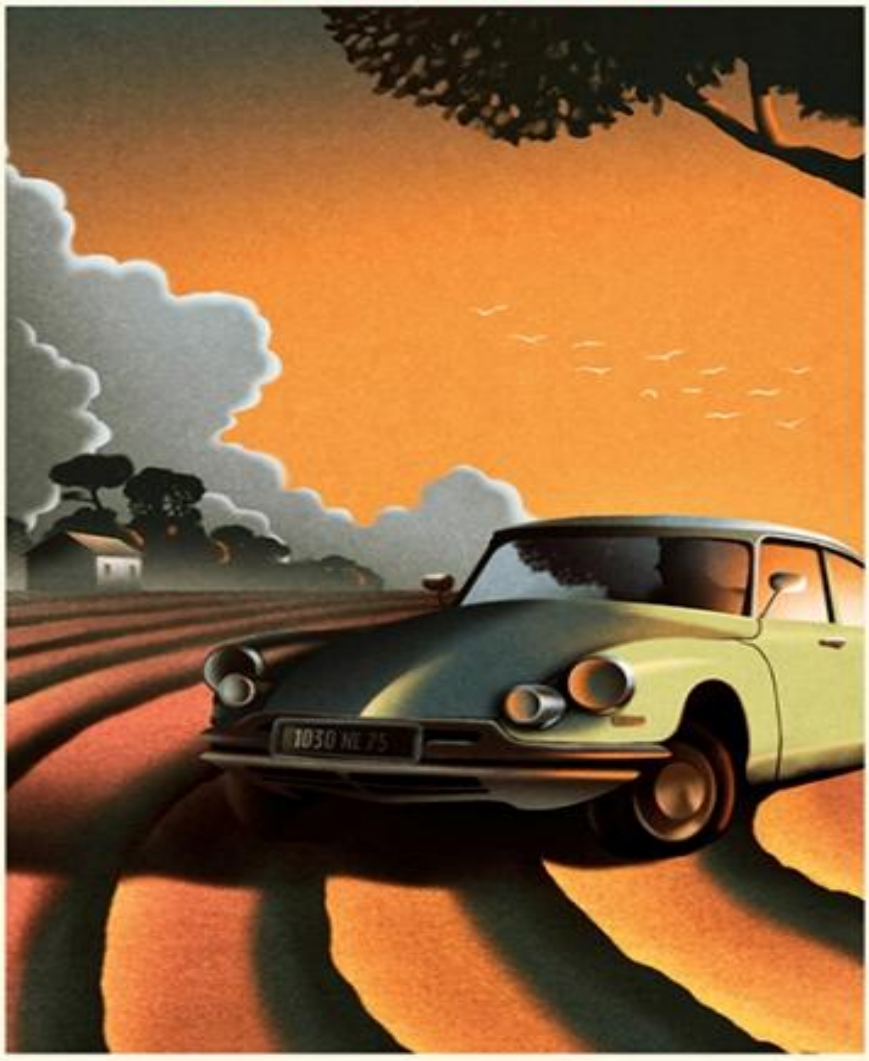
GRANDES PROMESAS

PIERRE LEMAITRE



narrativa
salamandra

Pierre Lemaitre

GRANDES PROMESAS

Los años gloriosos

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

narrativa
salamandra

A Victor Hugo
y Alejandro Dumas.

Afectuosamente

Para Pascaline

Todo el mundo, tarde o temprano, acaba sentándose a un banquete de consecuencias.

R. L. STEVENSON

Septiembre de 1963

1

Cuánto lo echaba de menos...

Jean se detuvo en la rue Lamarck y, alzando la cabeza, miró con angustia los dos tramos de la empinada escalinata que sube hasta la rue de Caulaincourt.

Para evitarla tendría que dar un gran rodeo. Ya iba con cierto retraso, pero aun así dudó un momento porque, con los años, la lozanía que le había valido el apodo del Gordito se había transformado en obesidad. Su mujer, Geneviève, afirmaba que le sobraban treinta kilos; el médico, más prudente, hablaba de quince. Daba lo mismo: el caso era que se sofocaba enseguida.

Si decidía retrasarse aún más o afrontar con decisión el ascenso de la escalinata, pensó, la elección no dejaba de ser un asunto puramente técnico.

No imaginaba que aquella disyuntiva, en apariencia anodina, podía cambiarle la vida.

Se olvidó de la escalera y decidió volver tranquilamente sobre sus pasos hasta la rue des Saules.

«Que esperen, y punto», se dijo.

La suerte estaba echada.

Retiradas las mesas de Le Petit Clément, unas cincuenta personas llenaban la sala. Incluso habían colocado un micrófono de pie, aunque el lugar no era demasiado grande. A un lado de la entrada, sobre un tablero sostenido por caballetes, se veían varias pilas de ejemplares del libro, ceñidos por una faja roja, y una mesita donde, al final del acto, François los firmaría a petición de los lectores.

Toda la familia estaba allí, a excepción de los niños, que se habían quedado con tía Thérèse.

Y de Jean, que no aparecía.

Impaciente, Geneviève tamborileaba con los dedos en la mesa del bufet sin apartar la vista del reloj de pared, exagerando su decepción hacia aquel marido suyo. Entre los dos habían fundado una empresa de *prêt-à-porter* que iba viento en popa, pero para ella cualquier cosa que hiciera él era un fiasco, y dedicaba mucho tiempo a escenificar su frustración.

Esas escenas, ostentosas y públicas, herían particularmente a Angèle, quien sentía por su hijo mayor un cariño inmune al paso de los años. Su amor por François y Hélène, sus otros hijos, había evolucionado —los quería como una mujer de setenta años quiere a unos hijos de cuarenta—, pero con el Gordito seguía siendo la joven madre que sufre por su niño tímido, retraído, ansioso, permeable a todas las emociones. «El Gordito es una esponja...», solía decir Louis, su marido, fallecido unos años atrás. Así que, mientras el resto de los asistentes observaban el improvisado escenario, ansiosos por que empezara aquella pequeña ceremonia literaria, ella se esforzaba por ignorar la irritación teatral de su nuera. Y aunque se sentía muy orgullosa de François, el protagonista de la noche, sólo podía pensar: «Que no le haya pasado nada a mi Jean.»

Entretanto, Hélène, la hermana de François, saludaba a su antiguo jefe en *Le Journal du Soir* y charlaba animadamente con sus ex compañeros, y Lambert, su marido, iba de grupo en grupo, parloteando con unos y con otros, revoloteando entre los invitados con tanta soltura como presunción, porque debía de haber leído más que la mitad de ellos juntos.

En cuanto a François, que iba a recibir el premio Pont des Arts por su tercera novela, *Sin noticias de ti*, mostraba una expresión difícil de interpretar. En vez de estar visiblemente contento, parecía serio, casi preocupado, hasta el punto de que algunos atribuyeron esa actitud a una fatuidad que no le era propia.

Nine, su mujer, que lo conocía mejor que nadie, fue la primera en notarlo: desde hacía unos días lo encontraba ensimismado, perdido en sus pensamientos. No sabía qué le ocurría y, cuando se lo preguntó, él se limitó a decir que estaba «pensando en su nuevo libro». Era una excusa verosímil —durante la escritura de una novela solía pasar por fases de intensa concentración que lo apartaban de la vida cotidiana—, pero no era cierta: no estaba trabajando en ningún libro nuevo. Tras la publicación de *Sin noticias de ti*, había escrito un prólogo y algunos artículos, pero no se había encerrado ni una sola vez con sus cuadernos, como solía hacer cuando buscaba un tema. Y lo peor: no le había hablado de ningún proyecto, cuando siempre solía contarle sus ideas incluso en sus primeras fases.

Otra mujer quizá habría sentido una inquietud más íntima, pero ella no, no iba con su carácter. Sus miradas se encontraron y ambos sonrieron brevemente. Qué guapa estaba. Siempre llamaba la atención de los hombres. Se había cambiado de peinado hacía poco: ahora llevaba un corte *à la garçonne*, con una coletita muy fina que

le caía sobre el cuello. De vez en cuando se la echaba hacia atrás con gracia, dejando al descubierto el auricular que llevaba en la oreja, y convertía en un gesto de elegancia el símbolo de su discapacidad —ella, que era el buen gusto personificado—. Los hombres que se le habían acercado con actitud protectora, creyendo que su sordera la hacía vulnerable, lo habían lamentado amargamente.

Por fin, el presidente del jurado dio unos golpecitos en el micrófono para reclamar la atención de todos, en especial la de una mujer bastante rolliza que devoraba canapés de queso bajo la mirada reprobadora de los camareros, incapaces de detenerla. Nadie habría podido. De hecho, cuando su hija Colette se le acercó para decirle que lo educado era esperar a que el bufet se abriera oficialmente, respondió:

—¿Para que luego no quede nada potable? ¡No, gracias!

Entonces, la explosión sorprendió a todos.

Ocurrió a cierta distancia, aunque fue lo bastante fuerte como para hacer temblar las copas.

De inmediato, las conversaciones se apagaron.

Las miradas se dirigieron hacia la puerta.

Los atentados cometidos por los partidarios de que Argelia continuara siendo francesa seguían muy presentes en la memoria de todos, y habían causado suficiente horror como para que cualquiera se sobresaltara al oír una detonación.

—Por lo general, los fuegos artificiales son al final —comentó ingeniosamente el presidente.

Se oyeron algunas risas: ja, ja, ja...

—Señoras y caballeros, estamos aquí para...

Apenas hubo quien escuchara el discurso: la explosión había dejado huella.

—Ha sonado por la parte de Lamarck —susurró alguien.

—¿Qué habrá sido?

—¿Les quedan rollitos de paté? —le preguntó Geneviève a un camarero que fingía no verla.

En ese momento, Jean acababa de doblar la esquina de la rue Caulaincourt.

La explosión había hecho temblar el suelo, y se había oído el estrépito de los cristales al romperse.

Instintivamente dio un paso atrás.

La calle estaba cubierta de escombros, yeso y trozos de madera, y las llamas asomaban por la gran brecha abierta en la fachada, a la altura del tercer piso. La gente se apartaba mientras una espesa columna de humo salía ya por las ventanas.

Jean se quedó allí, paralizado ante la visión de los vecinos que, entre gritos, huían del edificio con los niños en brazos.

Un rumor sordo anunció que el fuego se extendía: las llamas subían a las plantas superiores y también descendían piso a piso por los huecos del suelo.

Se adelantó para ayudar a una anciana en bata que se había sentado en el bordillo, llorando. La levantó con cuidado por las axilas y la dejó apoyada sobre un coche.

Resonaban los gritos:

—¿Alguien ha llamado a los bomberos?

—¡Hay que pedir ayuda!

—¡Deprisa!

Algunas familias seguían saliendo del edificio, despavoridas y llorando. Los viandantes que se atrevían a acercarse las tomaban del brazo y las alejaban de las llamas.

El tráfico se había detenido. Algunos coches empezaban a tocar el claxon. Decenas de personas gesticulaban, señalaban los pisos; otras caían de rodillas y enseguida alguien las ayudaba a levantarse o las llevaba a un lugar seguro.

De pronto, un perro con el pelaje chamuscado cruzó la calle a toda velocidad y desapareció.

Un grito desgarrador rompió el aire y enseguida se oyó otro derrumbe. Brasas rojas salieron disparadas como bengalas en todas direcciones y los transeúntes se apartaron cubriéndose la cabeza.

Jean seguía frente al gran portal, del que salía un humo negro y denso con olor a caucho quemado.

Aquel grito —¿una mujer?— lo había estremecido.

Nunca sabría explicar qué lo impulsó en ese momento.

Se subió el cuello del abrigo y, encorvándose instintivamente, entró en el edificio.

—Pero ¿qué estará haciendo? —se preguntaba su mujer, exasperada, sacudiéndose las migas del generoso busto—. ¡Tu padre siempre se pierde lo más interesante! —añadió volviéndose hacia Colette. Luego, sin esperar respuesta, le dio un manotazo a Philippe, un grandullón de doce años que se disponía a coger un canapé—. ¡Y tú, ya basta! ¡Te pondrás tan gordo como tu padre!

Durante siete años, aquel hijo le había parecido perfecto, pero al comprender que nunca destacaría en los estudios había cambiado de opinión y, como por reflejo, había empezado a adorar a su hija, que hasta entonces había sido el blanco de su hostilidad. Algunos temperamentos, decía Victor Hugo, no pueden amar por un lado sin odiar por el otro. Era su caso. En su descargo, hay que decir que era más fácil querer a la que tenía éxito que al que hincaba los codos sin obtener resultados. «¡Lo único que se le da bien es el billar!», decía de él. Y para que se comprendiera que no era un cumplido, a veces añadía: «Acabará siendo un delincuente, se lo digo yo.»

Hélène, su cuñada, pasaba por ahí.

—En los grandes premios, como el Goncourt... ¡ya lo sé, dónde vas a comparar!... —le dijo Geneviève con la boca llena—, ¿no dan una carta, un diploma o algo así? ¿No? ¿Sólo una banda roja? Qué rácanos, ¿no?

Hélène iba a responder, pero los aplausos se lo impidieron: acababa de pedirle a François que posara sosteniendo la novela frente a la cámara.

Se oía el entrechocar de las copas de champán, el bullicio crecía; las conversaciones dejaban atrás el tema de la noche y derivaban hacia el mundo editorial, los escritores... Los rumores corrían por la sala seguidos de su habitual cortejo de noticias falsas, maledicencias y chismes. Todos parecían encantados.

François le sonreía a todo el mundo mientras escribía dedicatorias con su amplia y elegante letra.

Pero aún tenía el ceño fruncido.

Como lo había visto volverse hacia la puerta varias veces, su madre pensó que también él debía de estar preocupado por la

inexplicable tardanza de Jean.

A pocos metros del portal, Jean distinguió la escalera. Se acercó y, con el abrigo sobre la cabeza, empezó a subir, pero enseguida tuvo que pegarse a la pared para dejar paso a las últimas personas que bajaban despavoridas.

Se había lanzado al interior del edificio guiado por aquel lejano grito de mujer, pero apenas llegó al rellano del primer piso su acto le pareció tan inútil como temerario. Había muchas posibilidades de dejarse la vida en el intento. ¿Qué hacía allí? De pronto sintió ganas de huir, y eran tan imperiosas como su impulso de entrar.

Ya había dado media vuelta cuando volvió a oír el alarido. ¿Era de la misma mujer? Venía de arriba.

En el rellano, una puerta yacía en el suelo, como derribada por un ariete. La luz había dejado de funcionar. ¿Adónde iba?

A su alrededor, el fuego rugía con un estrépito espantoso, pero el grito volvió a abrirse paso entre el estruendo. Era un aullido de puro dolor.

Estar allí era una locura...

El piso devastado en cuyo umbral se encontraba era ya un horno; las llamas se extendían a una velocidad vertiginosa. Avanzó.

Apenas tuvo tiempo de apartarse cuando una parte del techo se vino abajo y los muebles del piso superior aterrizaron a unos metros.

Era consciente del peligro, pero una extraña excitación lo invadía. Nunca antes había sentido algo así.

Desde donde estaba, el grito que lo había atraído volvía a oírse, convertido ya en un rugido desesperado que helaba la sangre, como

si alguien luchara contra una fiera.

Guiado por esa voz inhumana, se cubrió aún más la cabeza con el abrigo, trepó por encima de varios muebles destrozados, se agachó para bordear un tabique en llamas que amenazaba con desplomarse y, jadeando, alcanzó de nuevo la escalera. Cuanto más subía, más insoportable era el calor. Los peldaños ardían ya al rojo vivo; pronto serían intransitables. ¿Podría volver a bajar?

Distinguió, a cierta distancia, un boquete en el suelo, y se quedó paralizado al ver el cuerpo de un adolescente aplastado bajo una enorme cocina metálica abollada, caída del piso superior. Avanzó, pero, aunque el calor le nublaba la vista, no necesitó acercarse mucho más para saber que el chico estaba muerto: los ojos le habían estallado.

Sintió una pena terrible.

Cada vez le costaba más respirar. Se secaba las lágrimas y el sudor con la manga de la chaqueta. Al fin se decidió a dar media vuelta: el calor se volvía insoportable por momentos.

Entonces vio una mano de hombre que emergía entre los escombros y observó que llevaba un anillo de matrimonio. Junto a un fregadero caído en el suelo yacía el cuerpo desmembrado de una mujer. Uno de sus brazos, seccionado, descansaba a un par de metros, dejando ver un hueso blanco, limpio, que asomaba entre la sangrienta vaina de los músculos arrancados.

Contuvo una arcada.

Afinó el oído: el grito había cesado.

Ya sólo se oía el crepitar de las llamas, que pronto lo rodearían si no conseguía salir de allí.

No tuvo tiempo. Una viga se vino abajo sobre su cabeza. Por puro reflejo alzó los brazos para protegerse, pero el madero le golpeó el pecho y lo derribó. Cuando logró reponerse del impacto, estaba tendido en el suelo con una viga pesadísima sobre el estómago. Iba a morir abrasado.

Y, de repente, todo se detuvo.

Inmovilizado y apenas capaz de respirar bajo el peso de aquel madero, tuvo la extraña sensación de que el incendio se alejaba. El silencio era casi absoluto, como si estuviera solo y pudiera ver, con una extraña calma, lo que había sido su vida.

De ahí venía aquella excitación extraña: había entrado para acabar de una vez.

Su presencia en aquel edificio a punto de derrumbarse no era casual: era su destino.

Porque, en el fondo, ¿qué había sido su vida? Un fracaso, sin más.

Una sensación de alivio —casi de alegría— le inundó el pecho. Volvió a ver el patio del colegio, donde había sido siempre el Gordito, el que corría menos que nadie, el último en todo. François, que a menudo tenía que defenderlo, solía acabar con un ojo morado y de mal humor.

Recordó después la escuela en la que su padre había comprado el título que él no había sabido obtener, el rótulo de la JABONERÍA PELLETIER, al que había añadido E HIJO. Aquello hacía reír a todo el mundo. Catapultado a la dirección, nunca supo qué debía hacer. Demostró ser incapaz de decidir; sus pocas iniciativas terminaron en desastre. Atrincherado en su despacho, se retorcía las manos; pasaba las noches en vela, torturado, deseando morir.

Ante la inminencia de la quiebra tuvo que huir como un ladrón, marcharse a París con Geneviève —con la que acababa de casarse— y convertirse en un oscuro viajante de comercio.

Aquellos recuerdos le partían el corazón. ¿Quién no guarda en la memoria los momentos más amargos, los dolores de la infancia?

La viga pesaba cada vez más. Cada respiración le provocaba dolor. No podía tragar saliva y tenía los brazos atrapados.

Cerró los ojos y vio desfilar varios rostros de mujer: uno, luego otro, y otro más. Jóvenes más o menos de la misma edad, todas aparecidas en el momento equivocado.

Cómo lamentaba todo aquello...

Se había dejado arrastrar por la cólera demasiadas veces.

Lo invadió una desesperación inmensa.

El infierno que lo rodeaba era el espejo de su vida: el campo devastado de una batalla perdida desde el principio.

Morir abrasado sería espantoso, pero se lo merecía. Nunca había imaginado lo que era morir quemado. Ahora que el humo negro lo envolvía, que se ahogaba y el calor le abrasaba la piel, mientras el sudor y las lágrimas le corrían por la cara, empezaba a comprenderlo. Se preparó para sufrir.

Pensó en su padre no como hijo, sino como un igual, un camarada. Por fin podría reunirse con él y decirle todo lo que había callado.

Las caras de Colette y Philippe aparecieron ante él. ¿Qué sería de sus hijos sin él, en manos de su madre? Aquella idea multiplicó su pena y sus remordimientos.

Oyó un sollozo y volvió la cabeza. Dudó un instante, pensando que se le había escapado a él sin darse cuenta. Pero no. El

estruendo del incendio había vuelto de golpe y no le dejaba oír bien.

Se concentró cuanto pudo para intentar averiguar de dónde procedía. De algún lugar a su derecha...

«Ha sido una alucinación», se dijo. «Antes de morir no es raro tener visiones.» Estaba exhalando el último suspiro cuando, de pronto, comprendió: era una queja lejana, procedente de aquella puerta cerrada cuya base empezaba a calcinarse.

No fue consciente de que tomaba una decisión. Sin pensar, y a costa de un dolor que lo dejó sin aliento, pegó el hombro derecho al suelo y empezó a arrastrarse lentamente. La contorsión que se impuso le provocó un mareo, pero consiguió liberar el codo.

Luego, aspiró una bocanada de aire.

Era un hombre corpulento y poseía una fuerza física nada desdeñable. Aun así, no le bastaba para levantar la viga que lo mantenía inmovilizado: necesitaba algo más, una rabia instintiva, ciega. Apoyando la palma de la mano bajo el madero, reunió toda la fuerza que le quedaba. Pero la viga se alzó apenas un instante, volvió a caer y le aplastó el pecho.

Sintió —y oyó— el crujido de sus costillas.

Sin dudar, lo intentó de nuevo. Esta vez el madero se movió.

Entonces, con una claridad estremecedora, volvió a oír aquella queja lejana, casi apagada.

Un grito de furia le brotó del pecho.

¿De dónde había sacado la energía necesaria para gritar así? Era un misterio.

Tensó los músculos y la viga se alzó apenas. Conteniendo la respiración, redobló esfuerzos hasta lograr sacar la otra mano. Empujó y levantó el madero centímetro a centímetro hasta

sostenerlo con los brazos extendidos, en equilibrio sobre la cabeza, a punto de ceder y destrozarle el cráneo. Luego, con un rugido y un violento movimiento de hombros, lo lanzó lejos.

Alrededor, el incendio lo devoraba todo.

Se incorporó con dificultad: cada movimiento le provocaba una punzada de dolor en las costillas rotas. Avanzó tambaleándose hacia la puerta y se quemó al tocar el picaporte. Embistió con el hombro, pero la hoja no cedió ni un milímetro. ¿Habría un mueble al otro lado que impedía abrirla?

Procuró escuchar. El gemido había cesado.

Tomó impulso y volvió a lanzarse contra la puerta, que esta vez cedió. Arrastrado por la inercia, cayó al suelo y soltó un grito.

Sentado y cubriéndose el pecho con los brazos, vio, a unos metros, el cadáver de una mujer bajo un montón de ladrillos y cascotes. Estaba tendida boca abajo, aplastada a la altura de las caderas. Enseguida comprendió que era la mujer a la que había oído gritar, la que había luchado desesperadamente por liberarse.

Había llegado demasiado tarde.

Gateó hasta ella.

Tendría unos treinta años. Era difícil imaginar cómo había sido en vida: su rostro, cubierto de ampollas, expresaba dolor y una desesperación absoluta.

Sus dedos, todavía crispados, parecían querer aferrar el vacío.

Si hubiera tenido fuerzas, Jean se habría echado a llorar.

El humo le impedía respirar con normalidad. Tosió, vomitó. El calor y la emoción le nublaban la vista.

Tenía que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde. Las llamas lamían los escalones y él ya no sentía la resignación de unos

minutos antes.

Vuelto a su condición de hombre corriente, de nuevo tuvo miedo de morir.

Se volvió por última vez hacia la joven.

¿Había muerto en su lugar?

Tenía el pecho ligeramente alzado. ¿Estaba apoyada sobre un montón de piedras? ¿Sobre los restos de un mueble?

Se atrevió a tomarla del hombro y apartarla.

Debajo yacía un bebé envuelto en pañales.

El hallazgo lo paralizó.

Consiguió sacar a la criatura y la sostuvo un instante frente a sí. Miró su carita, los ojos cerrados... Era un cuerpecito pesado, inerte. Le posó la mano en el pecho.

Fuera o no cierto, creyó sentir los latidos del corazón.

Sin dudar, lo envolvió en su abrigo.

Ya no sentía los ojos llorosos, ni la garganta hinchada, ni las costillas hundidas, ni el hombro dolorido, ni la mano quemada tras tocar el picaporte de la puerta. Sólo tenía un pensamiento: salir de allí con vida...

Y salvar a aquel bebé.

La escalera era ya una antorcha. Echó a correr, encorvado y con la cabeza por delante. Pero pisó mal en el primer peldaño y rebotó contra la barandilla, que cedió bajo su peso; luego chocó contra la pared ardiente y rodó un tramo. Al incorporarse, se torció el tobillo en un hueco. Siguió bajando a saltos los escalones que se hundían uno tras otro bajo sus pies, envuelto en aquel humo acre que olía a caucho quemado y se espesaba por momentos.

Otra viga se vino abajo. Intentó apartarse, pero el golpe en la sien lo dejó aturdido unos segundos. En el corredor, un armario en llamas se inclinaba hacia él. No podía creer lo que veía.

La escalera había desaparecido.

El hueco era ya un precipicio.

Encogiendo los hombros, rodeó como pudo el agujero y saltó hacia el boquete que había dejado una ventana arrancada de cuajo por la explosión.

El incendio rugía con más fuerza.

Un grito se alzó desde la calle cuando los mirones lo vieron aparecer en el primer piso, frente al vacío: una silueta negra rodeada por las llamas.

Se asomó.

El derrumbe de la fachada había formado una montaña de escombros sobre la acera.

A lo lejos sonaba la sirena de los bomberos.

Se volvió: el fuego avanzaba hacia él. Iba a tener que lanzarse de espaldas para proteger lo que apretaba desesperadamente contra el pecho.

Inspiró con todas sus fuerzas la última bocanada de aire.

Y entonces tomó impulso y se arrojó al abismo.

2

Aquello era ridículo

François apagó el cigarrillo, pero no cerró la ventana. No conseguiría dormirse; prefería quedarse allí, contemplando la ciudad.

Un rato antes, al llegar —alrededor de la una—, Nine y él habían subido a besar a los niños y, cuando tía Thérèse se marchó, ella se había metido en la cama. Temiendo dar vueltas como un animal enjaulado y no dejarla dormir, había decidido quedarse levantado.

Llevaba cuatro días sin dormir, o durmiendo apenas, despertándose con la cabeza llena de imágenes terribles y obsesivas.

Para él, la ausencia de Jean en la entrega del premio tenía un significado muy particular.

Todo había empezado unos días antes. Por una casualidad tonta, como suele pasar.

Su despacho era un caos: carpetas, archivadores, documentos, álbumes amontonados por el suelo, sobre la mesa, en la repisa de la chimenea, en los estantes... Las baldas de la librería se combaban bajo el peso de los libros. Solía decir que solamente él era capaz de encontrar algo allí, y tenía razón. De vez en cuando, Nine le exigía que pusiera un poco de orden para poder limpiar. Tras darle largas e

inventar mil excusas, casi siempre acababa obedeciendo de mal humor.

Allí se amontonaban quince años de crónicas de sucesos. Mientras intentaba poner orden, había encontrado, entre papeles amarillentos, el dosier sobre la muerte de Mary Lampson, la actriz asesinada en marzo de 1948 en el cine Le Régent. Cuando se estrenaba una de sus películas, Lampson solía asistir de incógnito a una proyección para observar la reacción del público, y aquella costumbre le había costado la vida.

Lo curioso era que, aquella noche, él estaba en la sala, junto con Jean y Geneviève.

Se acordaba de los gritos de la acomodadora que había descubierto el cadáver y del pánico del público. Pero lo más impresionante para él había sido la cara de Jean cuando lo vio cruzando la puerta de los lavabos con el rostro desencajado, camino de la calle. La situación era sin duda dramática, pero en muy pocas ocasiones lo había visto tan alterado.

François siguió apilando y hojeando distraídamente esos artículos, esos delitos y esos crímenes desterrados hacía mucho tiempo de la memoria colectiva.

Menos de media hora después, encontró unos documentos fechados en febrero de 1952 y relativos a una pasajera del Charleville-París arrojada al balasto mientras el tren circulaba a toda velocidad...

Lo que le llamó la atención fue que el azar había querido que su hermano viajara en el mismo tren que la joven...

Aunque en esa ocasión no había visto a la víctima ni se había cruzado con ella, muchos días después, cuando se había

mencionado el suceso durante una comida familiar, Jean, una vez más, se había mostrado muy afectado.

Pocas personas presencian un asesinato en su vida. «Pero el pobre Jean, con lo sensible que es, ya ha pasado dos veces por ese terrible trance...», había reflexionado François con amargura.

Dio por finalizada la organización. Sin que fuera totalmente consciente de ello, aquellos dos sucesos seguían estando presentes en su mente, como un ruido de fondo. Y de repente, esa noche, se despertó bruscamente y se incorporó en la cama atónito, con el corazón acelerado...

—¿Estás bien, amor mío? —había murmurado Nine.

Él le había puesto la mano en el hombro para tranquilizarla y ella había vuelto a dormirse, pero él no. Presa de una agitación incontrolable, había tenido que levantarse, abandonar la habitación y buscar aire abriendo de par en par la ventana de su despacho. Y luego se había pasado cuatro noches más sin dormir.

¿Lo había soñado, era producto de su imaginación?

¡Lo que lo había despertado de golpe era otro asesinato en el entorno de Jean!

Procuró serenarse, apeló a su memoria y, con mano temblorosa, encendió un cigarrillo.

1959. Jean hacía compañía a su padre en la habitación del hospital de Senancourt la noche en que una enfermera había muerto atropellada.

Evidentemente, Jean no tenía nada que ver con esos crímenes, pero François no había parado de darle vueltas a ese extraño cúmulo de coincidencias hasta el amanecer.

—No tienes buena cara... —había dicho Nine por la mañana.

—Debo de estar incubando algo —respondió él, consciente de que quizá no mentía del todo.

Ese mismo día, visitó el archivo de *Le Journal du Soir*, al que seguía teniendo libre acceso, para buscar las crónicas relacionadas con aquel crimen.

La noche del 10 de mayo de 1959, la hermana Agnès, de veinticuatro años, religiosa enfermera en Senancourt, que volvía en VéloSoleX a la comunidad en la que vivía, había sido arrollada por un conductor que había bajado de su coche, pero que, en lugar de auxiliarla, le había destrozado el cráneo golpeándolo contra el bordillo de la acera y, a continuación, se había dado a la fuga. Nunca lo habían identificado.

Angèle y Jean habían hablado con la monja poco antes de que abandonara el hospital y encontrara esa trágica muerte.

El Régent.

El Charleville-París.

El hospital de Senancourt.

Jean no conocía personalmente a ninguna de las tres víctimas. Haber hablado unos minutos con la joven monja no era, ni mucho menos, tener una «relación» con ella.

Seguramente no es habitual que una persona presente en los escenarios de tres asesinatos sea del todo ajena a ellos, pero, en fin, se repetía François, las coincidencias también se dan fuera de las novelas.

Así pues, había ahuyentado la idea de que su hermano pudiera estar implicado de alguna manera en uno de aquellos asesinatos, y menos aún en los tres; ¡no había nadie más pacífico, por no decir asustadizo, que el pobre Gordito!

¡Imaginárselo como un asesino de mujeres era absurdo!

François incluso sonreía en su interior: la única mujer a la que tenía buenos motivos para matar era la suya, y, aunque ganas no debían de faltarle (ni a él ni a más de uno, por lo demás), estaba claro que de momento no lo había hecho.

Aquello era ridículo.

Se había prohibido volver a pensar en ello.

Pero desde esa noche, una vez reactivada en su memoria, no había sido capaz de quitarse de la cabeza la escena de la que antaño había sido espectador y actor involuntario.

Por el día y por la noche, siempre idéntica.

Ocurría en el cine Le Régent y empezaba con la puerta entreabierta de una cabina de los aseos bajo la que un charco de sangre se extendía lentamente por el embaldosado blanco. Al acercarse, lo primero que se veía eran unos mechones rubios. Luego, aparecía el cuerpo de una mujer derrumbado en el suelo. Yacía boca abajo, con las piernas alrededor de la base del inodoro, un brazo doblado debajo de ella y el otro extendido hacia la puerta, con la mano derecha crispada sobre el vacío. La parte posterior del cráneo mostraba, bajo un revoltijo de cabellos, una herida tan ancha que dejaba ver la masa cerebral, blanda, gelatinosa, de color grisáceo...

Mientras se inclinaba hacia el cuerpo, le llegaba un olor a vómito. Detrás de él, la acomodadora, presa de temblores espasmódicos, estaba doblada sobre un lavabo. Pero, al agacharse un poco más, lo que a François se le agarró a la garganta fue el olor de la sangre fresca. Conteniendo una arcada, extendió la mano y tocó el hombro de la chica. Tuvo que intentarlo dos veces. El cuerpo, todavía

caliente —la muerte acababa de producirse—, acabó girando y dejó a la vista el rostro desfigurado de la víctima. La nariz y los pómulos estaban destrozados, y había varios dientes rotos. Al levantar los ojos, François vio marcas de los golpes en los bordes del inodoro, pero también en la pared. El asesino debía de haberla sujetado fuertemente por el pelo para golpearle la cabeza contra la porcelana del váter y, luego, contra el tabique hasta el punto de partirle el cráneo.

François, petrificado ante aquel espectáculo, contenía la respiración.

Peso a los destrozos causados a aquel rostro, recordaba la belleza de aquella mujer.

El cuerpo estaba empezando a adquirir un tono violáceo.

Cuando, atraído por los gritos y el clamor, miraba hacia la puerta que daba al pasillo, veía el caótico desfile de los espectadores que corrían despavoridos hacia la salida. Geneviève, dando codazos, y Jean, volviéndose hacia él y mostrando, por un breve instante, una mirada de náufrago.

Las dos de la madrugada.

Jean, ausente durante la entrega del premio, ¿habría llegado ya a casa?, se preguntó François.

Era tan extraño que, con lo orgulloso que estaba de su hermano menor, no se hubiera presentado en la entrega del premio...

¿Qué estaba ocurriendo en su vida?

François se masajeaba las sienes, incapaz de disipar una sorda inquietud por el pobre Gordito...

3

Quieren hacer unas fotos

François había acabado de firmar libros poco antes de medianoche. A esas alturas, ya no tenía sentido esperar a Jean. Geneviève, que estaba furiosa, se había dirigido a sus hijos para anunciarles que se marchaban «sin papá».

Mientras les devolvían los abrigos, Colette se había dado cuenta de que Philippe se había quedado atrás y, al ir a buscarlo, lo había encontrado aprovechando la distracción general para beberse con disimulo los restos de vino de las copas. Le había dado un manotazo, pero él se había limitado a reír —«Bah, no es para tanto»—. Ella, sin embargo, había comprendido que tendría que vigilarlo. Unas semanas antes había descubierto que, siempre que podía, robaba sorbos de los aperitivos de los mayores. Temía el momento en que su madre se diera cuenta...

Después de aquello, habían vuelto a casa.

Colette acostó a su hermano y se fue a su habitación, pero no conseguía dormirse: estaba preocupada. Durante un rato oyó a su madre farfullar en el baño lo que pensaba decirle a su padre —¡se iba a enterar!—. Luego, *Joseph*, el gato, fue a acurrucarse a su lado,

pero hacia las dos de la madrugada se cansó de verla despierta y fue a echarse junto a la consola del salón.

Entonces sonó el teléfono y ella se incorporó de un salto y corrió a contestar.

Momentos después, sacudió a su madre para despertarla:

—Tienes que levantarte —la urgió—. Papá está en el hospital.

—¡Pero vamos a ver —gritó Geneviève—, ¿es que no te han dicho nada más?!

La interrupción del sueño la había puesto irascible. Se habían vestido a toda prisa.

—No, sólo que estaba en el hospital y teníamos que ir.

—¡Pero qué barbaridad! —exclamó indignada.

Colette y Philippe no podían evitar temer lo peor: seguro que lo habían atropellado. ¿Sería grave?

«No tengo información sobre lo sucedido», había dicho la mujer al teléfono. «Sólo he llamado para avisarlos de que está aquí.»

Según ella, había intentado comunicarse varias veces durante la tarde, sin éxito.

—Típico de tu padre... —murmuró Geneviève.

Antes de despertarla, Colette había tenido la prudencia de llamar a tía Hélène para que avisara al resto de la familia, pero evitó mencionar aquella llamada: mejor no provocar más tensiones.

Salieron al bulevar y pararon un taxi. Philippe subió delante. Desde el asiento trasero, Colette veía, de perfil, su gesto de angustia.

En los últimos meses, el chico se había acercado mucho a su padre, que lo acompañaba a las clases de billar —se defendía bastante bien—, a las competiciones infantiles y hasta al Torneo de París.

Aunque ya hacía un año que no se mordía las uñas, se llevó el pulgar a los labios.

Su hermana alargó la mano y, con suavidad, se lo impidió. Él se metió la mano en el bolsillo.

¿Quién iba a pensar que, a las dos y media de la madrugada, el hospital Bretonneau estaría en plena actividad?

—¡Del incendio de la rue Caulaincourt!

Para la enfermera del mostrador, era de cajón.

—¡Pero nosotros venimos por un accidente de tráfico! —respondió Geneviève. Colette se la quedó mirando: ¿qué sabía ella?

—¿Qué apellido ha dicho? —preguntó la enfermera.

—Pelletier, Jean Pelletier.

La enfermera consultó el libro de ingresos.

—No, no: es por el incendio...

—¿Cómo que por el incendio? —ladró Geneviève.

Colette estaba desconcertada. En lugar de reunirse con ellos en el restaurante, ¿papá estaba... en la rue Caulaincourt? ¿En un incendio?

—¿Es grave? —preguntó Philippe por encima del hombro de su madre.

La enfermera les señaló el pasillo.

—Sala Bernard-Giral, la segunda puerta a la izquierda.

Philippe echó a correr.

Colette y su madre llegaron poco después a la gran sala común, donde había otros cuatro o cinco pacientes, y vieron a Jean incorporado en la cama, con la espalda apoyada en varias almohadas, mientras Philippe, sonriente, le cogía la mano.

Colette, en cambio, se sintió alarmada: su padre estaba demacrado, tenía el pelo y la cara chamuscados en varios puntos, un hematoma en la sien y la mano derecha y el pecho vendados. Su mirada era vaga, perdida.

Se inclinó para besarlo.

—¿Se puede saber con quién estabas en ese edificio mientras toda tu familia te esperaba en el restaurante? —preguntó Geneviève, cruzada de brazos al pie de la cama.

La insinuación era transparente.

Colette no hizo caso. Angustiada, observaba a su padre, que no decía nada, que no reaccionaba. Era para preguntarse si los reconocía.

A partir de ahí, todo ocurrió muy deprisa. Primero porque Angèle llegó acompañada de Hélène.

—¡Ah! Pero... —gruñó Geneviève, contrariada por la visita.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Angèle, la matriarca, palpando a su hijo como si temiera que le faltara un trozo.

—¿Estás bien? —añadió Hélène, inquieta.

Jean, aturdido, acabó por asentir, aunque no quedó claro a qué pregunta respondía.

Sin embargo, la aparición de la enfermera pareció devolverlo a la realidad.

—¿El bebé está bien? —le preguntó con voz ahogada.

El estupor fue general.

—Sí, no se preocupe...

—¡¿Un bebé?! —exclamó Geneviève—. ¡¿Qué bebé?! ¡¿De quién?!

Jean insistió con un gesto en que se mezclaban la angustia y la última esperanza:

—¿Y la madre?

Aquello fue demasiado para su esposa.

—Pero ¡¿se puede saber de quién estamos hablando?! —gritó.

La enfermera se limitó a posar una mano en el hombro de Jean y a negar con la cabeza con cara de pena. No hacía falta decir más.

En ese instante, incluso Geneviève se quedó muda. Jean se echó a llorar.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y caían sobre las vendas.

Se hizo el silencio. Nadie sabía qué decir.

La enfermera hizo ademán de marcharse, pero Jean la retuvo.

—¿Es un niño o una niña?

Para Geneviève, fue el golpe de gracia. Soltó un rugido que parecía salir de lo más hondo, pero nadie dio la impresión de percatarse: se habían vuelto hacia la puerta.

François acababa de entrar.

Fue un segundo momento de estupor.

Despeinado, sin haberse siquiera abrochado el cinturón, sorteó a su madre y se abalanzó hacia su hermano.

—¿Estás bien, Jean? —le preguntó jadeando por la emoción.

Jean intentó sonreír, balbuceó unas palabras, pero no logró articular nada. Parecía sobrepasado por la emoción.

Los dos hermanos se cogieron de las manos y se miraron en silencio, conmovidos por el lazo fuerte e inexplicable que los unía.

—Es un niño —respondió en ese momento la enfermera, de la que ya nadie se acordaba.

François se volvió hacia ella.

—Sí —dijo como si se lo hubiesen preguntado a él—: es un niño.

¿De dónde había sacado eso?

—¡Por Dios! —exclamó Geneviève. El rostro se le había puesto de un rojo intenso. Tanto que la enfermera se planteó si no habría que ingresarla también.

—¡Vamos, vamos! —dijo abriendo los brazos—. Ya ven que el caballero está un poco confuso, ¡hay que dejarlo descansar!

Todos se dirigieron hacia la salida, pero, al ver que lo hacían a regañadientes, la enfermera levantó la sábana y dejó al descubierto el enorme vendaje de la pierna derecha de Jean.

Angèle se llevó el puño a la boca.

—Sólo tiene una pierna fracturada y tres costillas fisuradas —se apresuró a explicar la mujer—. Créame que, para lo que ha pasado, ha salido muy bien parado...

Philippe empezó a llorar bajito y Colette le cogió la mano.

En el pasillo, todos se volvieron hacia François. ¿Cómo sabía que...?

—Abajo me he cruzado con unos periodistas a los que conozco... Están esperando a que los dejen subir. Ellos son los que me han contado...

Geneviève no dijo nada; de pronto estaba muy atenta.

Entonces, François les dijo lo que le habían contado: el incendio, la intervención de Jean, el rescate de un bebé de pocas semanas...

—Quieren hacer unas fotos...

—¿Y el bebé, dónde está?

Él no lo sabía.

—Sólo sé que la madre ha perecido en el incendio... junto con otras cinco personas.

Se hizo un silencio cargado de estupor y de emoción.

—¿Jean ha entrado en un edificio en llamas...? —murmuró Hélène, perpleja.

La idea encajaba mal con la imagen que todos tenían de él.

—No se sabe qué fue lo que sucedió exactamente —respondió François—. Al parecer entró al edificio, subió a una de las plantas, encontró al bebé y saltó con él desde una ventana.

Angèle sintió un miedo retrospectivo por su hijo y por aquel bebé. François la abrazó.

Empezaban a tranquilizarse: Jean sólo tenía una pierna fracturada y algunas costillas fisuradas. Pasaría una temporada con escayola y muletas, pero no era nada grave.

—Voy a pedirles a los compañeros del *Journal* que vuelvan por la mañana —dijo François.

Pero Geneviève levantó la mano para detenerlo.

—¡No, no! —dijo ante la mirada intrigada de todos—. Los avisaremos cuando llegue el momento. —Luego, ignorando a Philippe, se volvió hacia Colette—: Puedes estar orgullosa de tu padre, cariño. Es un héroe.

4

¡Hasta el último detalle!

Durante los dos días siguientes, el hospital vivió un pequeño estado de sitio: el personal tuvo que improvisar y adaptarse a la presencia de una organizadora inflexible llamada Geneviève Pelletier.

Ya la mañana después del incendio, la prensa se había hecho abundante eco del asunto.

Trágico incendio
en la rue Caulaincourt
Seis muertos, entre ellos un adolescente

Incluso empezaba a gestarse un escándalo sobre las causas del accidente:

El drama de la rue Caulaincourt
El propietario, el ayuntamiento y los inquilinos
se culpan mutuamente del incendio

Algunos periodistas se habían lanzado sobre el ángulo más rentable de la noticia: el del héroe, tanto más fascinante cuanto más

desconocido.

Geneviève había desplegado sobre la cama de Jean *Le Journal du Soir* y había leído:

Jugándose la vida,
un desconocido entró en el edificio en llamas
y salvó a un bebé de tres meses

A esas alturas, nadie sabía nada sobre aquel «héroe», ni siquiera su nombre. Gracias a Geneviève, que había decidido tomar el control de la situación.

Su cuñado François estaba a punto de marcharse del hospital, pero ella lo había detenido cogiéndolo del brazo y le había susurrado al oído:

—Oye, sobre Jean... sería mejor que los periodistas no se enteraran.

—¿Que no se enteraran de qué?

—¡Pues de que él es el héroe! —Señalaba con la barbilla la puerta de la sala común—. Ya ves lo tocado que está.

François había tenido que admitir que su hermano estaba muy afectado.

—Lo harían sufrir con sus preguntas —había seguido diciendo Geneviève—. E incluso si no suben, el simple hecho de ver su nombre por todas partes lo perturbará, ya lo conoces.

François, que sabía los estragos que podía causar la sobreexposición mediática, no había podido más que darle la razón.

Entonces, ella se había encaminado hacia la recepción y, antes incluso de llegar, mientras avanzaba por el pasillo, le había espetado

a la encargada:

—¡Espero que no le haya dado el nombre de mi marido a nadie!

La enfermera de turno, desconcertada por el tono imperioso de aquella mujer indignada, balbuceó algo sobre el secreto profesional.

—Bueno, pues siga así —repuso Geneviève—. ¿Y el director, dónde está?

El director era un médico que parecía dudar, en todo, entre dos soluciones: flaco pero con tripa, ni joven ni viejo, con el pelo entrecano y dos pares de gafas —uno para la miopía y otro para la presbicia—; y, por supuesto, usaba cinturón y tirantes.

—¿Una denuncia? —acertó a balbucear, casi atragantándose.

—Exactamente —confirmó Geneviève—. Si alguien del personal revela una sola palabra sobre mi marido, empezando por su nombre, los denunciaré.

—Aquí nadie haría algo así: la confidencialidad...

—Pues le aconsejo que se asegure de ello. Si no, ¡a los tribunales!

Si el director del hospital hubiera conocido a Geneviève, habría sabido que las amenazas eran una de sus formas preferidas de empezar una conversación.

Recuperándose de la sorpresa, intentó contraatacar:

—¿Y una denuncia sobre qué base?

—Los abogados la encontrarán —replicó Geneviève—. Bases siempre hay.

El director, que ya tenía bastantes problemas, decidió zanjar el asunto redactando una nota de servicio.

—¡Ah, y otra cosa! —añadió Geneviève antes de marcharse—. Quiero una habitación donde mi marido pueda descansar como Dios

manda. Y lo antes posible, ¿de acuerdo?

Una hora después, lo trasladaron a una habitación individual.

Geneviève volvió al lado de su marido.

—Ya no te molestarán más...

Nadie lo había molestado, pero estaba demasiado cansado y dolorido como para preguntarle a su mujer a qué se refería.

Y sus dolores no eran sólo físicos —las costillas fisuradas le impedían respirar con normalidad y no podía caminar—, sino también morales. Los cuerpos tendidos, el anillo de matrimonio aún en el dedo de aquel hombre, el brazo arrancado de aquella mujer, el adolescente con los ojos destrozados... esas imágenes lo perturbaban profundamente. Y lo peor era el recuerdo de aquella joven madre muerta, con el rostro desfigurado por las llamas. A cada instante creía volver a oír sus gritos, y, como no había llegado a tiempo para salvarla, incluso dormido se echaba a llorar.

—Son los medicamentos —le explicó Geneviève a Angèle, que estaba preocupada.

Para que la devota esposa pudiera «dedicarse por completo a su marido» —una expresión que levantó más de una ceja por lo insólita —, tía Thérèse se encargaría de cuidar a Colette y Philippe.

Geneviève, además, se mostró muy atenta con el personal. En los días siguientes llevó flores a las enfermeras, bombones a las administrativas, cigarrillos a los camilleros y hasta una medalla de san Cristóbal al chico de la garita —un antiguo seminarista—, el encargado de levantar la barrera a la entrada del centro.

Solía llegar a las seis de la mañana.

—¡Y eso que se fue pasada la medianoche! —exclamaba admirado el personal.

Cuando alguien entraba en la habitación, se la encontraba con la mano de su marido entre las suyas, o leyéndole el periódico en voz alta.

Angèle iba dos horas por la mañana y otras dos por la tarde. Llevaba revistas y miraba enternecida a su hijo, que empezaba a recuperar el color. En realidad, Jean seguía siendo presa de imágenes atroces, pero procuraba que no se le notara.

Un día, les preguntó tímidamente por el estado del bebé.

—Dicen que va muy bien, no te preocupes —le respondió su madre.

—¿Está aquí, en el hospital?

—No, ya no.

—Está en un centro de acogida —soltó Geneviève—. ¡La madre era soltera!

En aquella frase se percibía un deje de desprecio mezclado con satisfacción. Quedaba claro que, para ella, ese bebé era la prueba de que la desgracia nunca se equivoca de víctima.

Jean no dijo nada, pero la noticia le asestó un nuevo golpe. Imaginar a aquella criatura en un orfanato le revolvía las tripas. Estaba a punto de preguntarle algo más a su madre cuando entró una enfermera acompañando a Colette y Philippe.

—¿Cómo es que no estáis en la escuela? —les preguntó Angèle.

—¡Vamos, dadle un beso a papá! —intervino Geneviève, aparentemente conmovida.

Los niños se arrojaron al cuello de su padre.

Luego Philippe se quedó mirando, fascinado, la escayola de su pierna.

—¿Y eso para qué sirve?

—Para darte muchísimo picor —respondió Jean. Le mostró la aguja de tejer que le había llevado la abuela, la introdujo por debajo del yeso y puso una cara de alivio («¡Aaah!») que hizo reír a su hijo.

Durante unos segundos reinó cierta confusión. Los niños sonreían sin saber muy bien por qué estaban allí; Jean se preguntaba qué hacían tan emperifollados; Angèle, feliz pero intrigada, miraba a su nuera buscando una explicación. La respuesta no tardó en llegar: una enfermera entró y le susurró algo al oído a Geneviève.

—Ya está aquí, ¿quiere que pase?

Al cabo de un instante apareció un joven con un enorme aparato fotográfico fijado a un pie. Angèle, desconcertada por la situación, se resistió un momento, pero tuvo que ceder. Y, poco después, todos estaban alrededor de la cama de Jean; su madre y sus hijos a su derecha y su mujer a la izquierda, para inmortalizar aquel gran momento de armonía familiar.

—Has hecho venir a un fotógrafo... ¡François o Hélène habrían podido tomar la foto! —comentó Angèle.

—Las circunstancias son excepcionales, querida suegra. ¡Tenía que ser una foto de calidad!

Tres días después le anunciaron a Jean que podía volver a casa.

Tras el pequeño caos que se armó en el hospital, Geneviève organizó la salida triunfal del héroe.

La prensa —no se sabía cómo— se había enterado. Impacientes por poner por fin nombre y rostro a aquel personaje tan asombrosamente discreto, una decena de reporteros aguardaban a las puertas del hospital. Pero no contaban con la astucia de Geneviève que, entre la emoción general del personal («¡Esta señora Pelletier es un ángel del cielo!», se oía decir), tuvo una inspiración repentina:

—¿Saben lo que más ilusión le haría a mi marido?

Y así fue como el personal, reunido de urgencia, formó para Jean un pasillo de honor tan cerrado y entusiasta que ningún reportero consiguió fotografiarlo lo bastante bien para publicarlo. Solo se obtuvo una imagen de las enfermeras y los camilleros alineados en la escalinata, aplaudiendo con fervor a una silla de ruedas de la que apenas se veían... las ruedas. Hubo que conformarse con el siguiente titular:

El héroe de la rue Caulaincourt
abandonó el hospital
entre las aclamaciones del personal

Unos pocos listos intentaron seguirlo en moto, pero se llevaron el chasco de tener que negociar la salida del hospital con el antiguo seminarista, y, cuando al fin consiguieron salir, la ambulancia ya estaba lejos.

¡No quiere publicidad!
El héroe de la rue Caulaincourt huye de la prensa
y desea permanecer en el anonimato.

Porque, en realidad, Geneviève seguía un plan desde el principio.

—¿Cómo que a la place de la République? —exclamó Jean, desconcertado, al día siguiente.

—¡Pues claro! —respondió Geneviève, categórica. La sede de Dixie, su empresa, era el lugar ideal.

Pero Jean no acababa de ver la relación entre su gesta y una firma que vendía ropa a precios económicos.

—Es por publicidad, Jean. Por la imagen de la empresa.

El reportero de *Le Journal du Soir* al que había convocado estaba encantado con el acuerdo: conseguía una exclusiva con la que ni siquiera había soñado, y había sido la propia esposa del héroe quien lo había llamado para proponérsela. Aunque no todo era perfecto: no le permitían llevar fotógrafo.

—Cansaría mucho a mi marido —le había explicado Geneviève en tono dulce y autoritario a la vez.

Sin embargo, aquella decepción se quedó corta frente a la entrevista. Jean, nervioso, tartamudeaba, se enredaba, era incapaz de relatar su hazaña, de describir lo que había visto. Ni siquiera recordaba a qué planta había subido. El reportero insistía, pero tenía que arrancarle las palabras y, cuando por fin las soltaba, eran frases deshilvanadas, casi inutilizables.

Mientras tanto, Geneviève lo observaba con infinita ternura, como una madre orgullosa de ver a su hijo dar los primeros pasos.

El periodista cerró la libreta a regañadientes: tendría que inflar el texto, y ni siquiera así estaba seguro de poder llenar el espacio que su redactor jefe había reservado para el héroe de la rue Caulaincourt.

Y sin foto.

—¡Tal vez tenga lo que necesita! —exclamó Geneviève de pronto —. ¿Le serviría una foto tomada en la habitación del hospital?

El reportero no se lo pensó:

—¡Por supuesto!

Cuando Geneviève lo acompañó hasta la puerta, seguía igual de encantadora.

—¡Va a ser un artículo estupendo!

—No estoy tan seguro, señora Pelletier. Es que... su marido no ha dicho gran cosa.

—Es muy modesto. No le gusta presumir... en público, quiero decir.

—Ah... pero a usted, en privado, ¿le ha contado algo?

—¡Todo! ¡Hasta el último detalle!

El reportero dejó el maletín en el suelo y volvió a sacar la libreta con avidez.

—Dígamelo todo...

Geneviève asintió con el rostro súbitamente ensombrecido por el dolor.

—Jean vivió un infierno —empezó.

Al día siguiente, en la primera edición de *Le Journal du Soir* podía verse una foto grande y bonita: Jean en la cama del hospital, rodeado por su madre, sus hijos y una Geneviève con una sonrisa resplandeciente.

Entrevista exclusiva
«**Viví un infierno**»,
nos cuenta Jean Pelletier,
el héroe de la rue Caulaincourt

5

¿Te pasa algo?

Unos días antes, cuando había salido corriendo al hospital, François estaba conmocionado creyendo que la vida de su hermano corría peligro.

Afortunadamente, el Gordito estaba vivo, no en muy buenas condiciones, pero vivo, y a él le había sorprendido encontrar en el hombre debilitado, herido, algo del hermano que había conocido antaño, cuando ambos eran niños.

Aunque tenía dos años menos, siempre había sido su protector. En aquella época se había establecido entre ellos una jerarquía tácita: él era el más fuerte de los dos. Ni siquiera el éxito profesional de Jean había alterado ese equilibrio; primero, porque compartía el negocio con su mujer, Geneviève, y segundo, porque se dedicaba a la venta de lencería, un producto que, en el fondo, consideraba de escaso interés.

Pero ¿era realmente mejor lo que él hacía?

¿Tenía derecho a mirar con tanta condescendencia la actividad de su hermano?

¿Acaso escribir una novela era un acto más valiente que entrar en un edificio en llamas para salvar a un recién nacido?

Durante años se había refugiado en la idea de que la superioridad intelectual justificaba su lugar preeminente. Pero ahora, frente a la evidencia de aquel gesto heroico, empezaba a preguntarse si aquello no era más bien una coartada, una manera elegante de ocultar su propia cobardía.

Recordó emocionado la alegría, el orgullo del Gordito, al enterarse de que acababan de otorgarle un premio literario. «Él es generoso», se reprochó. «Yo. en cambio...»

Ésos eran los pensamientos que lo asaltaban cada vez que volvían a su mente los crímenes del Régent, del Charleville–París y del hospital de Senancourt, lugares todos ellos donde su hermano había estado presente. Oscilaba entre la vergüenza y la sospecha, entre la culpa por dudar de su hermano y una inquietud persistente de la que no conseguía librarse. «Usa la lógica, intenta comprender», se repetía.

Decidió volver a examinar aquellos tres casos. Tal vez, mirándolos de cerca, descubriera lo que se le escapaba.

Y, de paso, después quizá lograría olvidarse del asunto.

El asesinato de Mary Lampson era el primero en la cronología. Se sumergió en sus artículos del *Journal* y en los de otros diarios y revistas, y sintió una punzada de tristeza: aquel crimen de quince años atrás, había que admitirlo, había envejecido mal. En las fotos, la joven y hermosa Mary Lampson parecía exactamente lo que era: una actriz de la posguerra; incluso su muerte tenía algo de anticuada.

Volvió a abrir sus viejas notas: las entrevistas con los sucesivos jueces de instrucción, todos convencidos de que el asesino había entrado en el cine por una salida de emergencia que no cerraba bien

y que los chavales del barrio utilizaban a menudo para colarse una vez empezada la sesión. El ensañamiento del asesino delataba un rencor inmenso, una rabia muy particular; por eso la investigación se centró en las personas más cercanas a la víctima. El criminal debía de saber que Mary estaría en ese cine y en esa sesión, y había elegido el momento justo para que el cadáver no fuera descubierto hasta el final de la proyección, lo que le dejó tiempo suficiente para escapar sin ser visto. Y, en efecto, eso mismo habría ocurrido si la acomodadora no hubiera ido al baño durante los títulos de crédito.

Los interrogatorios posteriores parecían confirmar esa hipótesis: se había localizado a casi todos los espectadores de aquella sesión, y ninguno de ellos —ni siquiera de manera remota— tenía relación alguna con la actriz ni antecedentes criminales.

Al principio él mismo estaba convencido de que eso era lo que había ocurrido.

En sus artículos de 1948 repetía una y otra vez que el asesino debía de ser alguien cercano. Ahora sonreía al recordar con qué poca cautela había defendido aquella hipótesis, que terminó tambaleándose por la falta de un móvil entre los miembros del entorno de la actriz y que, al final, tanto los jueces instructores como él mismo acabaron descartando.

Como no conocía personalmente a la actriz, Jean se encontraba en la misma situación que cualquier otro espectador de ese día. Si era sospechoso de algo, entonces todo el mundo lo era.

Más tarde, las declaraciones de una mujer que aseguraba haberse cruzado con un hombre que salía de los lavabos al comienzo de la proyección provocaron un breve revuelo y dieron un nuevo rumbo a las pesquisas. El caso es que la policía hizo desfilar ante la

declarante a todos los hombres de la sala que pudieran encajar, aunque fuera vagamente, con la descripción que había dado aquella mujer... ¡Jean incluido!

Un fracaso más.

François recordaba perfectamente lo nervioso que se había puesto su hermano. Era lógico: ¿quién no se iba a sentir inquieto ante el temor de ser confundido y convertirse en la víctima de un error judicial? Cuando Jean tuvo que plantarse, junto con los demás, y permanecer inmóvil mientras la testigo observaba sus rostros, estaba tan pálido y tenso que François llegó a temer que se desvaneciera. También recordaba que su padre estaba de visita en París y que aquella noche todos iban a cenar juntos en una cervecería. Jean había llegado exultante después de ser eximido por el juez: daba voces, hablaba por los codos y se bebió la copa en un visto y no visto. Parecía tan aliviado...

Ése habría sido un buen momento para parar. Pero sus dudas no desaparecían: en su mente flotaban, como vagos recuerdos, viejos misterios que habían quedado sin explicación.

Continuó el repaso general con el asunto del Charleville-París, que se remontaba a febrero de 1952. Los recortes que conservaba ya estaban amarillentos.

Una joven llamada Antoinette Rouet había sido arrojada de un tren que circulaba a toda velocidad, después de que le estrellaran la cabeza varias veces contra el cristal de la puerta del vagón. Tres horas más tarde la encontraron tendida sobre el balasto. No había muerto en el acto, y durante semanas los periódicos siguieron su hospitalización, su regreso a casa en silla de ruedas y su incapacidad

para ofrecer a la policía una descripción útil del agresor. El crimen quedó impune.

¡Pero haber viajado en el mismo tren que la joven víctima no convertía a Jean en un asesino! ¡Ni siquiera en un sospechoso!

Después de esta última reflexión, François volvió a sentir cierto alivio.

Más tranquilo, abordó los artículos sobre lo que la prensa local había llamado «el caso de la monja de Senancourt».

En la única foto que los periódicos habían podido conseguir, la joven monja —de rasgos ligeramente árabes—, aparecía con dieciséis o diecisiete años, posando incómoda delante del objetivo. Tenía el pelo negro, la nariz larga, los ojos brillantes, una media sonrisa en los labios y una enorme cruz dorada al cuello.

François no descubrió nada que no supiera ya. Los artículos se recreaban en el macabro ensañamiento del asesino y en su huida bajo la lluvia, pero decían muy poco sobre la víctima, que apenas tenía algunos parientes lejanos. Nada parecía distinguirla de cualquier otra religiosa de la orden de San Vicente de Paúl. Las escasas entrevistas con sus compañeras de hospital eran poco más que hagiografías de la difunta —al parecer una chica afable, servicial y compasiva—, sin duda merecidas, porque su hoja de servicios era impecable.

En lo que respecta al asesino, la policía se había perdido en conjeturas.

Encontrar al culpable de un atropello cometido de noche y sin testigos no era tarea fácil. Se buscó al propietario de algún coche o motocicleta con desperfectos en los alrededores y, más tarde, se amplió la investigación a los talleres de reparación de la zona, pero

sin resultado. Fuera de ese radio, la policía carecía de medios para continuar: el conductor podía haber pasado por allí, venir de otro departamento o haber huido hacia él. Resultaba imposible revisar todos los talleres del país. Por decencia, el caso no se archivó oficialmente, pero en la práctica fue lo mismo: desde la noche del crimen no había surgido ningún elemento nuevo.

Llegado a este punto, François trató de poner orden en sus ideas y enumeró las posibles cuestiones en común entre los tres crímenes.

Jean había estado cerca en las tres ocasiones, sí, pero sólo había tenido contacto con una de las víctimas, y tan breve que no podía decirse que la conociera. Se había marchado del hospital varias horas antes que la monja y, de hecho, la policía ni siquiera lo había interrogado.

En cuanto al método, a las tres mujeres las habían golpeado en la cabeza, pero François no veía por qué esa forma —tan corriente y elemental de matar— debía apuntar en dirección a su hermano.

Quedaba la edad de las víctimas: todas rondaban los veinticinco años. Es cierto que algunos asesinos eligen presas con rasgos parecidos, pero también lo es que, en general, se mata a más mujeres que hombres, y, entre las mujeres, a más jóvenes que a maduras. ¿Por qué ese dato iba a incriminar a Jean más que a cualquier otro?

Por último, estaba la impunidad: en ninguno de los tres casos se había identificado al culpable. En un país donde apenas la mitad de los homicidios se resolvían, ¿qué tenía eso de extraordinario?

François decidió ir a tomar una cerveza al bar.

Cuando entró, la sinfonola tocaba una canción de Claude François: *Belles, belles, belles...* «Más chicas jóvenes», pensó.

Allí lo conocían bien. No era raro que bajara a hacer una pausa en mitad de su jornada de escritura. Hasta las once de la mañana el camarero le servía un café sin pedirlo; a mediodía, una cerveza; y después de las seis, un Martini.

Ningún indicio permitía sospechar que Jean estuviera implicado en aquellos crímenes, se repetía. ¿Por qué buscarle tres pies al gato?

Molesto consigo mismo, se bebió la cerveza de un trago. El camarero lo miró sin decir nada y volvió con otra.

¿Era Jean un marido violento? Desde luego que no. Pero para cometer un crimen así había que ser brutal, y más aún para repetirlo.

¿Les pegaba a sus hijos? Ridículo: los adoraba.

De niño, al Gordito le horrorizaba tanto la violencia que él tenía que pelearse en su lugar.

Apuró la segunda copa y, con una tristeza amarga, subió a casa. Guardó la carpeta en el cajón de abajo, junto a los manuscritos abandonados, y, como aún le quedaba algo de tiempo, decidió ir a buscar a Nine al taller.

El metro lo distrajo. Había vida allí: risas, movimiento, rostros jóvenes. Miró a varias chicas; podía desearlas, sí, pero jamás se le habría pasado por la cabeza hacerles daño. Imaginar que el pobre Gordito fuera capaz de eso le parecía sencillamente absurdo.

Nine se alegró mucho de verlo.

Estaba arrebatadora.

Él la miró, cerró la puerta con llave y le tomó la mano para llevarla al cuartito donde guardaba sus cosas. Ella reía.

—¿Qué haces? —preguntaba, aunque sabía perfectamente la respuesta—. No —decía, queriendo decir sí.

La penetró con la falda apenas levantada y, en unos minutos, los dos encontraron el ritmo de siempre.

Antes de que él se apartara, ella le sujetó la cara entre las manos y le susurró:

—¿Te pasa algo, amor mío?

6

1950. El jabalí

Manuel, que tenía catorce años, había llevado seis vacas al pastizal junto al río y, cuando regresaba por el camino de Foncrose, se topó con el jabalí. El animal, que cruzaba el sendero hacia el bosque de castaños, se detuvo en seco y lo miró fijamente.

Era un macho enorme y rechoncho, de pelaje tupido y cerdas negras, con el hocico ancho y las orejas tiesas. Se adivinaban en él la fuerza y la violencia contenidas, pero aun así se giró en redondo para clavarle los ojos, como si necesitara evaluar si un chico de doce años representaba un peligro para él.

Después, se quedó inmóvil. Era imposible saber si tenía intenciones de huir o de atacar.

Manuel, petrificado, intentó descifrar aquella mirada torva y aquella inmovilidad amenazante.

Le pareció que encerraban un desafío, pero ¿cómo adivinarlo?

Sabía que los jabalíes machos viven solos, de modo que aquella actitud no podía explicarse por la defensa de una hembra y sus jabatos. ¿Por qué aquel bicho no se marchaba de una vez?

El silencio se prolongó, y él tuvo tiempo de notar que el jabalí no gruñía ni rechinaba los dientes, que balanceaba tranquilamente la

cola. Sólo las orejas, erguidas y atentas, revelaban que, bajo su aparente quietud, seguía en guardia.

Quizá Manuel tuviera demasiada imaginación y fuera propenso a ver señales donde sólo había casualidades. Lo cierto es que aquel animal, inmóvil y poderoso, lo había hechizado. En su presencia sentía algo muy parecido al respeto, incluso a la reverencia.

Cuando al fin —como a regañadientes— el jabalí echó a andar y se perdió entre los árboles, sintió un vacío, una decepción difícil de explicar. Acababa de encontrarse con un ser casi milagroso con el que había creído establecer una complicidad repentina y secreta, pero la cita no había cuajado.

Avanzó con cautela hasta el punto donde el animal se había detenido. No había tierra removida, ni hojas aplastadas, ni surcos en el suelo: nada que delatara su paso. El lugar no parecía un sendero habitual, y esa ausencia de rastro hacía aún más misteriosa la aparición del jabalí.

En aquella región, la caza del jabalí y del venado era una tradición antigua —y muy valiosa en los años de posguerra—. Su padre, como tantos otros, hablaba de ella con entusiasmo: persecuciones interminables, animales que surgían de la nada, batidas llenas de imprevistos. Mezclaba el español y el francés, pero era tan locuaz que todos reían, lo entendieran o no. Precisamente él le había explicado que un jabalí macho puede recorrer territorios inmensos. Así que las posibilidades de que volviera a encontrárselo eran ínfimas, y aquella sensación de haber vivido algo único —algo que jamás podría repetirse— lo frustraba profundamente.

Urgido por contarle a su padre aquel encuentro, Manuel apretó el paso.

Les Bourreilles no estaba lejos, pero para llegar a la granja había que rodear setos espesos o, si se quería ganar tiempo, trepar taludes bastante altos. Podía hacerlo, claro, pero acabaría con las rodillas manchadas, algo que a su madre no le hacía ninguna gracia.

Su madre, lo que se dice aprender, no había aprendido francés. En parte porque Les Bourreilles estaba aislado —los Rousseau, los vecinos más cercanos, vivían a tres kilómetros—, y en parte porque nunca había querido.

—Yo hablo español —decía.

Lo malo era cuando tenía que tratar con un comerciante o un concejal. Pero, lejos de lamentarlo, la señora Ramos consideraba esas dificultades el precio que había que pagar por seguir siendo ella misma. Era una mujer incansable de carácter firme y temperamento vivo. Su marido tenía que calmarla a menudo. Se quejaba del precio del pan y de las prácticas de los proveedores de abono, del alquiler y de los intereses de los préstamos. Manuel sabía que solía tener razón, aunque, como decía su padre, «si hay que pelearse por todo, nos cansaremos los primeros».

El señor Poitaud, dueño de la granja, se aprovechaba de la situación cuanto podía, pero, según el señor Ramos, también había sido «el benefactor» de la familia.

—El benefactor, ¿eh? —replicaba su mujer—. ¡Querrás decir el explotador!

El señor Ramos se mondaba los dientes con el palillo, pensativo, y evitaba echar leña al fuego. Con el tiempo, ambos habían elaborado sus propias versiones de la historia familiar, y cada una había adquirido tintes legendarios.

En ambas, todo empezaba a mediados de los años treinta, con las penurias de la vida en España que los habían obligado a emigrar a Francia para que el padre trabajara como temporero. Ambas contaban cómo, gracias a conocidos y parientes, habían acabado en aquella región donde —en una época en la que aún no existían las cosechadoras— la siega requería abundante mano de obra.

A partir de ahí, las versiones empezaban a discrepar.

Según el padre, lo habían ascendido a capataz porque era un trabajador ejemplar: puntual, eficiente y capaz de hacerse entender en francés, algo de italiano y hasta con polacos, portugueses y otros obreros.

Según la madre, en cambio, el señor Poitaud, deseoso de ahorrarse el sueldo de un capataz francés, había puesto los ojos en el más dócil de sus temporeros: uno al que podía pagarle apenas un diez por ciento más que a los trabajadores que tendría a sus órdenes. El señor Ramos negaba con la cabeza, contrariado, pero no la desmentía.

Luego venía el capítulo que podríamos titular «La proposición».

En la versión del señor Ramos, el episodio tenía el resplandor ingenuo de una miniatura medieval donde el señor Poitaud aparecía con la dorada aureola de un santo.

—El viejo granjero de Les Bourreilles iba a jubilarse, de modo que el señor Poitaud me dijo, tal cual, que me consideraba un trabajador meritorio y animoso y que, si quería lanzarme, si tenía un poco de ambición, estaba dispuesto a ofrecerme el arrendamiento. ¡Así como te lo cuento!

Para la señora Ramos, en cambio, las cosas habían sido mucho más prosaicas.

—¡Ofrecerle la granja a un trabajador español era la única solución! ¡Ningún francés habría aceptado un arrendamiento a ese precio!

Pero no hablaba suficiente francés para discutir con el propietario.

—Es una pena —decía el marido—, porque ya me habría gustado verte a ti.

Era cierto que ella siempre encontraba argumentos en los que él no había pensado, pero tener que volver a negociar en casa lo que ya había acordado con el señor Poitaud resultaba agotador.

En todo caso, con el paso del tiempo se había dado cuenta de que, efectivamente, su situación era mucho peor que la del resto de los granjeros de los alrededores.

—¡Pero el señor Poitaud nos sacó de la miseria! —insistía.

A lo que la señora Ramos replicaba:

—¡Lo que nos sacó de la miseria fue tu trabajo, no él!

La clave de sus diferencias era que, mientras que el señor Ramos vivía con la esperanza de que las cosas se arreglarían, su mujer entendía que ninguna mejora se conseguía sin pelearla hasta con los dientes.

Ante una leyenda familiar dividida en dos versiones —donde el padre aparecía como un héroe afortunado o un campesino ingenuo, y la madre como una esposa lúcida o una mujer amargada—, Manuel, como era de esperar, se inclinaba por la de su padre, y Solita, su hermana, por la de su madre.

No era que la familia estuviese dividida en bandos —los hombres por un lado y las mujeres por el otro—, pero lo cierto es que el trabajo en la granja trazaba una frontera. Las tareas que requerían

fuerza solían llamar a Manuel junto a su padre, mientras que Solita se quedaba con su madre en el huerto, el lavadero, el corral o la cocina.

Manuel era un chico fornido que sólo estaba a gusto al aire libre. Veía su futuro en la granja. Nada le gustaba tanto como llevar el tractor mientras su padre manejaba el arado, o levantar en vilo balas de paca con la horca: su fuerza le parecía inagotable, eterna.

En cuando a Solita, era una niña delgada y más bien bajita a la que los chicos no miraban con desagrado, pero que se quejaba de no tener pechos.

—¡Eso llegará con los hijos! —la tranquilizaba su madre.

Solita lo dudaba y, viendo las ilustraciones de modas y las fotografías de las actrices de cine, pensaba que con un físico como el suyo nunca encontraría marido.

Los hermanos estaban muy unidos. Por supuesto, había discusiones sin importancia y los tres años de diferencia pesaban a veces, pero los unía la felicidad simple de vivir en aquella granja, con aquellos padres, en aquellos campos que amaban sin pensar que nunca habían conocido otros.

Manuel se detuvo unos instantes en lo alto de la colina que dominaba el valle. Desde allí se veía Les Bourreilles, la granja familiar: tres construcciones que cercaban un amplio patio. Se imaginó a su madre volviendo del huerto y arrojando al pasar unas matas de verdura al cerdo, que vagaba libremente por el corral. Su padre, pensó, estaría escardando en alguna parte, quizá por la zona de Les Grésillons.

Echó a correr cuesta abajo hasta el camino de Dubois. Aún tenía en la mente la imagen del jabalí; para él, ya era «su» jabalí. Por

primera vez, tenía una historia de caza que contar.

Pero se detuvo en seco.

Su padre estaba en mitad del patio, hablando con el señor Poitaud.

Éste llevaba siempre la boina calada hasta las cejas, unos tirantes anchos que sostenían un pantalón sin forma y los zapatos cubiertos de polvo —o de barro, según la estación—: nada lo distinguía de los campesinos a los que arrendaba sus tierras.

Solía pasar por la granja unos días antes de la fecha en que había que pagarle el alquiler trimestral, y el padre de Manuel intentaba aprovechar esas ocasiones para arrancarle alguna mejora —por pequeña que fuera— que le asegurara un poco de paz en casa hasta el siguiente pago.

Manuel sabía que sus padres casi nunca discutían, y mucho menos se levantaban la voz. Pero los días en que el propietario hacía su visita, las peleas eran inevitables, como si hubieran fijado una cita trimestral para purgar las pequeñas tensiones de la vida cotidiana antes de volver a su rutina tranquila y laboriosa.

En los años treinta, los campesinos habían luchado por una reforma de los contratos agrícolas que obligara a los propietarios a reconocerles derechos básicos de los que hasta entonces carecían. En medio de aquella reivindicación llegaron incluso a zarandear a más de un funcionario. El momento álgido del movimiento ya había pasado, pero la señora Ramos —que se había enterado de todo no se sabía cómo— decía añorar los tiempos en que los campesinos «no se dejaban pisotear». Tenía temperamento de sobra para haber encabezado el asalto de una prefectura.

El señor Ramos, en cambio, pese a vivir legalmente en el país, conservaba la mentalidad del inmigrante y un miedo cerval a que lo devolvieran a España. Por eso celebraba que aquel movimiento, en el que se habría sentido obligado a participar, se hubiera calmado. En su actitud no había cobardía, tan sólo el temor a perder lo que había tardado dos décadas en construir.

Después de la guerra, la tan esperada reforma había obligado por fin a los propietarios a hacer concesiones, de modo que Poitaud ya no habría podido deshacerse de los Ramos con la facilidad de antaño. Aun así, el contrato continuaba siendo claramente desventajoso para ellos, y cada trimestre la conversación entre ambos hombres, convertida en un ritual, seguía siempre el mismo guión.

El señor Ramos pedía que alguna mejora realizada por él —un cobertizo, una dependencia, una pared levantada a su costa y que quedaría en poder del propietario al finalizar el arriendo— le valiera una rebaja en el alquiler. O solicitaba una prórroga del contrato, que al menos reduciría el riesgo de ser desalojados. A todo eso, el señor Poitaud respondía invariablemente:

«Pero, mi querido señor Ramos, ¡es que no puedo! ¿Sabe lo que me costó...?» O bien: «Pero, por Dios, señor Ramos, ¿echarlos? ¿Me cree capaz de algo así?»

Siempre tenía razones que esgrimía con una expresión apenada y amistosa en la cara.

Manuel evitó acercarse. En vez de eso, entró en casa.

Su madre, como todos los trimestres más o menos a la misma hora, entrechocaba ruidosamente las cazuelas y las ollas...

La historia del jabalí tendría que esperar a otro día.

Sin embargo, cuando se presentó la ocasión, no sacó el tema. Se había convertido en un asunto personal.

7

En una punta de la mesa

Philippe había pedido un «préstamo» a su hermana —lo llamaba así, aunque nunca devolvía el dinero.

—¡Mamá no me da nada! —se quejaba a todo el mundo, salvo a su madre, que había zanjado el asunto de una vez por todas dejando claro que aún era «demasiado joven».

Y cuando él había replicado que Colette, a su edad, ya recibía paga, su madre le había soltado:

—¡No es lo mismo, ella es una chica!

Aquello servía para todo y en cualquier circunstancia; era un axioma, una verdad que no se discutía.

Así que le correspondía a su padre o a su hermana pagar sus caprichos.

Pese a su juventud, durante el último año Colette había hecho de canguro con bastante frecuencia. Se había ganado una clientela entre las parejas del barrio, y no era raro que trabajara dos noches en una misma semana. Geneviève admiraba mucho su espíritu emprendedor.

Colette ahorraba y Philippe no dudaba en aprovecharse.

—Si yo también pudiera ganar dinero... —Suspiraba, sin tener la menor idea de lo que haría si realmente pudiera trabajar.

Mientras tanto, todo costaba dinero: los nuevos singles, las camisetas de moda... y, todos los meses, *Salut les copains*, una revista en la que los adultos explicaban a los jóvenes lo que debía gustarles.

Esas exhortaciones funcionaban de maravilla con Philippe, que, incapaz de hacerse «colega» de los compañeros del colegio, al menos ansiaba ser un «joven» como los demás. Quería el póster de *Chouchou*, la mascota de *Salut*, con su guitarra eléctrica. Ya tenía el llavero, aunque lo escondía porque se lo había robado a un compañero de clase. En resumen, aquellos pequeños placeres generacionales requerían todo un presupuesto, y él nunca lograba comprarse todo lo que deseaba: corría detrás del dinero, hasta el punto de pedírselo a su tía Thérèse, que sólo se negaba cuando realmente no podía.

Esa semana salía el nuevo número de la *Salut* —lo que Colette ya sabía—, pero Philippe le había insistido en que le dejara un poco más:

—¡Ya te he dado lo que cuesta la revista!

—Sí, pero necesito comprar otra cosa...

—¿Qué cosa?

—¡Va, préstame tres francos más!

Colette había dudado, pero acabó cediendo, como de costumbre.

Sólo ver a Philippe, el quiosquero le había tendido espontáneamente la revista, con Françoise Hardy en portada.

Aquella cantante siempre le producía un efecto especial. A veces, al mirar sus fotos la emoción era tan intensa que sentía que aquello

no ocurría sólo en su cabeza. Françoise Hardy cantaba sobre cosas con las que él se identificaba, y transmitía una nostalgia, una melancolía, que daban ganas de abrazarla. La escuchaba sin parar en su Teppaz, el tocadiscos que su madre le había regalado cuando todavía lo quería. Ahora que no lo soportaba, tenía que oír los discos muy bajito para evitar que ella entrara hecha una furia y lo amenazara con «tirarlo todo a la basura». Esa escucha clandestina lo desesperaba: le daban ganas de gritar, de golpear la puerta.

Cogió la *Salut* y, con el dinero extra que Colette le había prestado, compró también tres ejemplares de *Le Journal du Soir*.

¡Su padre y él salían en la portada!

Bueno, también estaban los demás, su madre, la abuela... pero eso no contaba. ¡Papá estaba en el centro de la imagen, con los vendajes del hospital, y él, de pie a su lado, con la mano en su hombro!

Camino de la escuela, ya saboreaba su victoria.

Extrañamente, la gran foto y el titular que ensalzaban la hazaña del héroe no tuvieron el éxito esperado entre sus compañeros de clase. En el recreo todos se acercaron a mirar, pero sólo le hicieron comentarios vagos. Aunque leyó en voz alta —de forma algo accidentada, porque nunca había sabido leer muy bien—los pasajes más destacados de la proeza paterna, la indiferencia fue general. Enseguida dieron media vuelta y siguieron jugando al balón o a las tabas: aquella heroicidad, allí, apenas contaba como un acontecimiento.

En realidad, el fiasco era previsible.

A Philippe nadie lo quería; más bien le tenían miedo.

Era el más alto y el más grueso de la clase —pese a que su sobrepeso sólo era incipiente—, y también el más fuerte. Y, para colmo, era susceptible y brutal. Los que se habían burlado de sus malas notas en todas las asignaturas lo habían pagado caro. Todos los demás eran «colegas» entre sí, pero él no lo era de nadie. Y de hecho, aquella palabra, clave en su generación, sólo acentuaba su soledad y, en consecuencia, su brutalidad. Se habían acercado a ver el periódico por miedo a las represalias, pero a ninguno le había nacido regalarle un cumplido o una muestra de admiración. «Tienen envidia», pensó él, y probó suerte con el profesor, pero tampoco salió bien, porque no era un alumno al que se pudiera sacar partido por mucho que te empeñaras. Aquellas reacciones lo hirieron. Había ido a la escuela henchido de orgullo; volvió mortificado, avergonzado.

Sólo encontró un poco de reconocimiento en la academia de billar a la que iba dos veces por semana. Su profesor, el viejo señor Horowitz —que mira que habría visto cosas en su vida— se caló las gafas, se inclinó sobre el artículo y lo examinó con atención, soltando chasquiditos admirativos con la lengua. Aquello lo hizo sentir bien.

Edmond, un tipo rubio y larguirucho que no había cogido un taco en su vida, pero al que le encantaba seguir las partidas mientras bebía su pastís —la copa en una mano, un Gauloise en la otra—, siempre en busca de algún «trabajillo», de un soplo para las carreras o de una ronda gratis, Edmond, digo, se limitó a mirar la foto, asintió con la cabeza y, como no sabía qué decir, alzó el pulgar en el aire: ¡bravo!

Esa revancha no compensaba la humillación del patio del recreo, pero apaciguó en parte su cólera y el sentimiento de injusticia que lo hacía hervir.

Aunque en casa no se mostraba tan pendenciero como en la escuela, Colette debía armarse de paciencia para calmar sus arrebatos —cuando el blanco no era ella misma—. Sólo con su padre todo iba bien. Sentía por él un afecto sincero, alimentado por algo que sólo de él obtenía: reconocimiento. Jean lo acompañaba en el único terreno en el que realmente destacaba —el billar— y podía pasar horas mirándolo jugar. Cuando levantaba la vista de la mesa, sabía que encontraría la mirada de su padre, y en ella el reflejo exacto de lo que sentía: satisfacción, decepción, entusiasmo o irritación, según cómo hubiera jugado.

Pero el padre —que ciertamente lo quería mucho— estaba ausente con frecuencia: viajaba a menudo «por negocios». Así que, en el día a día, tenía que apoyarse en su hermana, que lo ayudaba con los deberes, le tapaba las tonterías, ocultaba sus mentiras y negociaba en su nombre cualquier petición a su madre.

En todo caso, para ambos la situación familiar era un misterio.

Para empezar, ¿qué relación mantenían en realidad sus padres?

Sin ir más lejos, desde que se habían mudado a aquel piso enorme de la rue de Vaugirard, dormían en habitaciones separadas.

—Vuestro padre ronca como un trueno —les había explicado Geneviève.

Era una excusa poco convincente: en cuestión de ronquidos, ella tampoco se quedaba corta. De noche, aquel piso parecía el cuarto de máquinas de un transatlántico.

La irritación constante de su madre hacia su padre también era un enigma. En aquel momento ninguno de los dos lo entendía: él no era un hombre difícil —no bebía, rara vez se enfadaba, trabajaba mucho, estaba atento a los deseos de su mujer—. Sólo más tarde, con los años, Colette llegaría a comprender que su madre simplemente no lo quería, que quizá jamás lo había querido. Philippe, en cambio, nunca estuvo preparado para afrontar esa verdad. Seguía adorando a su madre, aunque ese amor profundo e incondicional se estrellaba contra un muro de indiferencia.

Por supuesto, dentro de la pequeña galaxia de los Pelletier, también orbitaba tía Thérèse.

Rara vez se hablaba de ella, como si siempre hubiera estado allí, lo que distaba de ser cierto.

Era bonita, pero su belleza parecía haberse marchitado, como si los fracasos y la renuncia a una vida sentimental aún le pesaran, quizá para siempre.

Al igual que su hermana Geneviève, se había criado en el ambiente de la pequeña burguesía de Beirut, que cifraba el futuro de las jóvenes en encontrar un marido fiable y con buena posición. Viuda a los veinticuatro años, se había consagrado al cuidado de sus padres hasta la muerte de ambos, momento en que sus posibilidades de rehacer su vida ya se habían desvanecido casi por completo. Optó por trabajar como dama de compañía, un oficio agotador y poco agradecido. Luego, vivió una sucesión de encuentros fallidos hasta que apareció un pintor mexicano que acabó huyendo con sus ahorros y los de su patrona, dejándola endeudada, amenazada de persecución judicial y al borde de quedarse en la calle.

Su sorpresa fue mayúscula cuando Geneviève —la hermana que nunca la había soportado—, creyendo cumplir con su deber, le envió un pasaje de barco, en clase económica, hasta Marsella y un billete de tren, en tercera, a París.

Llegó a la casa con cara de susto. Aún no acababa de creerse aquella oportunidad inesperada que su hermana le ofrecía, y hacía bien, porque en un abrir y cerrar de ojos Geneviève la convirtió en su criada y la instaló en un cuarto abuhardillado. Nada había de formal en aquel arreglo —¡mucho menos un contrato de trabajo!—: Geneviève le daba órdenes, pero sabía dar la impresión de que simplemente le estaba pidiendo un favor. Cada vez parecía una petición puntual, pero se repetía treinta veces al día, y cada día era igual al anterior. Sin relaciones en Francia ni experiencia profesional, sin títulos ni recursos, Thérèse no había tenido más remedio que aceptar. En el fondo, nunca se había arrepentido. Superada la humillación inicial, aquella vida doméstica le procuraba cierta calma. Jan y Geneviève formaban un matrimonio burgués, y junto a ellos se sentía protegida. De no haber sido por el mal carácter de su hermana y las pequeñas vejaciones que le infligía, casi habría podido considerarse feliz.

Dos años más tarde, aprovechando el creciente éxito de Jean en el *prêt-à-porter*, él y Geneviève compraron un piso inmenso en la rue de Vaugirard, que, por desgracia, no tenía buhardilla. Geneviève, muy contrariada, se resignó a cederle la habitación más pequeña, al fondo del pasillo.

Aunque su derecho a expresarse era limitado, Thérèse cenaba con la familia —en un extremo de la mesa— incluso cuando había invitados. Pero aquello no le servía de mucho, porque era ella quien

cocinaba (no muy bien, aunque todos se conformaban), servía, ponía y quitaba la mesa y fregaba los cacharros. También se encargaba de la compra, la limpieza y la colada, además de cuidar de los niños cuando hacía falta. Así, poco a poco, la hermana-criada se había convertido en tía Thérèse, colocada en el centro de todo porque se ocupaba de todo. A ella se le pedía la ropa limpia, ella decidía los menús —salvo cuando había invitados—, vigilaba que los niños comieran, los cuidaba y los llevaba al cine cuando iban en familia. François, Nine, Hélène, Angèle... todos habían adoptado a «tía Thérèse», hasta el punto de celebrar su cumpleaños, aunque fuera ella quien hiciera la tarta y recibiera pequeños regalos de todos menos de su hermana.

Sin llegar a ser su confidente, tía Thérèse estaba muy unida a los niños y sufría por ellos: por Philippe, porque conocía su brutalidad y la pena que le causaba el desapego de su madre; y por Colette, cuya delgadez la inquietaba tanto como su timidez. Pero Colette era un caso aparte. Nadie —ni siquiera ella— había logrado entrar en la intimidad de aquella niña lacónica e introvertida.

8

Me parte el alma

Nine, François, Angèle, Hélène... Todos habían notado el cambio de la pequeña Colette tras la muerte, hacía cuatro años, de su abuelo, a quien estaba muy unida.

Había adelgazado —aunque Angèle, su abuela, no se atrevía a quejarse ante su nuera: no fuera a ser que Geneviève interpretara el comentario como una crítica.

—¿La has hecho pesarse? —le preguntaba insistentemente a Jean—. ¿Estás seguro de que come como es debido?

Él también veía que su hija no estaba precisamente gorda, pero, como había pasado tanto tiempo con sus abuelos, se consolaba pensando: «Mi madre se alarma porque ya no es ella quien la alimenta.» La propia Angèle, por su parte, había reconocido muchas veces que aquella niña le resultaba un misterio. ¡Había tantas cosas en ella que escapaban a su comprensión! Hélène compartía esa inquietud, si bien notaba que, pese a su delgadez, Colette iba adquiriendo formas de mujer. ¿Le habría venido ya el periodo?

—¡Tiempo tendrá! —respondía Geneviève cada vez que se abordaba el asunto—. ¡Como si fuera un tema tan interesante!

En realidad, Colette había tenido la regla muy pronto, pero después se le interrumpió y no volvió a aparecer.

Su madre fue la única testigo de aquel episodio, si bien nada en esa amenorrea de tres años llegó a inquietarla: mientras su hija rindiera bien en la escuela... Y ése era el caso.

Colette podría haberle sacado varios cuerpos de ventaja a la segunda de la clase, pero se las arreglaba para no encabezar nunca la lista: odiaba destacar, ser el centro de atención. Frenaba el caballo, obtenía buenas notas y, así, quedaba un poco atrás, aunque sin dar pie a reproches.

—Estoy segura de que podrías hacerlo mejor —se lamentaba su madre, rabiosa al verla ocupar siempre el segundo o tercer puesto, lo cual no le impedía proclamar a los cuatro vientos que su hija iba «muy adelantada»—. Te bastaría un pequeño esfuerzo para ser la primera —añadía sin acritud, como si sólo fuera una lástima.

Los comentarios hirientes los reservaba para su hijo, que seguía vegetando al final del pelotón.

La aparente pasividad de Colette —que todos daban por cierta— ocultaba, en realidad, otras dificultades. Para empezar, dormía mal. No era raro que una pesadilla la despertara en plena noche y que, por miedo a que se repitiera, se obligara a permanecer despierta. Además, su aislamiento en la escuela era evidente. No se le conocían amigas y nunca se la veía cultivar una complicidad especial con otra compañera, como era común entre las niñas de su edad.

Su refugio interior era el latín.

—¡Es *intravertida*! —decía con orgullo su madre, para quien aquella palabra designaba a seres dotados de pensamientos superiores, inaccesibles al común de los mortales.

Después de un año en un colegio de monjas, había decidido dejarlo y continuar sus estudios en un centro público cercano.

—Estoy harta de tanta hipocresía —había alegado—. Los rezos, las acciones de gracias, las confesiones... Diez veces al día tengo que demostrar mi adhesión a algo en lo que nunca he creído. ¡No puedo más!

Su madre lo aprobó sin reservas, como aprobaba todo lo que ella decidía. Su independencia la llenaba de orgullo.

Pese a todo, Colette mantuvo el vínculo con sor Amandine, una monja alta, de mandíbula cuadrada, que había sido su profesora en Sainte-Clotilde y con la que compartía la pasión por la lengua latina.

Una vez por semana regresaba a la institución que había abandonado, entraba por la puerta trasera del edificio y se dirigía a la celda de la monja para leer y traducir a Ovidio, Tácito, Tito Livio o Séneca. No hablaba mucho de ello: temía que su madre convirtiera aquella dedicación en una prueba más de su excelencia, algo que Colette nunca lograba evitar del todo, pues Geneviève no perdía ocasión de proclamar que su hija destacaba en latín «¡y te traduce a Homero con los ojos cerrados!».

Colette mantenía con su madre una relación contradictoria.

En algunos aspectos, tenía sobre ella un indiscutible ascendiente —por ejemplo, la había hecho perder todo interés por la astrología con un simple: «¡Eso son cuentos chinos!», tras lo cual la madre se apresuró a cancelar su suscripción a la revista *Asteria*—. Pero en otros seguía siendo dócil: obedecía sin discutir, casi sin darse cuenta, como si la costumbre hubiera ocupado el lugar de la voluntad.

De hecho, la autoridad materna se extendía sobre casi todos los aspectos de su vida. Bajo el pretexto de velar por su bienestar, la

madre ejercía un control sonriente, casi juguetón, sobre lo que debía ponerse; en nombre de la «modernidad», la convenció de elegir una segunda lengua viva que aprender; y, como Jean pertenecía al consejo de administración de la Federación Nacional de Empresarios Franceses, planeaba presentarle a «gente joven»: muchachos cuidadosamente seleccionados entre los de buena familia. Incluso pidió ayuda a tía Thérèse para que le enseñara «buenas maneras».

Colette, aunque irritada por esas atenciones invasivas, apenas reaccionaba. Así que Geneviève estaba orgullosa de haber conseguido inscribirla en el baile de Navidad organizado por el Club de Iniciativas, verdadera feria de las vanidades y cogollito ridículo que permitía a los padres razonablemente acaudalados poner en contacto a sus retoños. Los nuevos ricos acudían a él con avidez. Con aquel baile, pálida imitación del famoso baile de las debutantes, la pequeña burguesía copiaba a la grande.

—¡Si sólo tiene catorce años! —había exclamado Jean, alarmado, cuando Geneviève le habló del asunto.

—¡No se trata de casarla, hombre de Dios, sino de mostrarla!

Del examen minucioso de las ediciones anteriores, Geneviève había deducido que, para un buen número de hijas de empresarios o altos funcionarios, aquel baile de Nochebuena servía de prólogo a un matrimonio ventajoso.

—¿Y tú vas a ir? —le preguntó Philippe, sorprendido, a su hermana.

—Pues sí. La verdad, me la refanfinfla —respondió ella.

Incluso se había avenido a tomar clases de baile durante noviembre como preparación para el gran día.

Su padre no dejaba de sorprenderse ante tanta docilidad: tenía la impresión de que todo le resbalaba a su hija, de que nada parecía afectarla realmente. Pero no era así. La «aventura incendiaria» del Gordito —la expresión era de Geneviève— la había sacudido. Mientras su hermano Philippe sentía admiración, ella más bien se alegraba de que su padre hubiera salido ileso.

En realidad, cada miembro de la familia tenía su propia opinión sobre el asunto. Geneviève, por ejemplo, conservaba todos los artículos que hablaban de la hazaña de su marido, y tía Thérèse los había leído y releído durante horas, asintiendo con una mezcla de asombro y devoción. En cuanto a *Joseph*, el gato, observaba aquella agitación con serenidad, como si esperara un giro de los acontecimientos que sólo él veía venir.

Era un gato viejo, aunque nadie sabía con certeza su edad —más de quince años, probablemente—. Étienne, el benjamín de los Pelletier, lo había recogido en una calle de Beirut en 1948, y poco después había muerto en un accidente aéreo cerca de Saigón. Luego, cuando Angèle y Hélène habían viajado allí para recuperar sus pertenencias, lo habían encontrado de milagro y se lo habían llevado consigo.

Había vivido sucesivamente con Angèle, François y Hélène, aunque había sido con Colette con quien había pasado más tiempo. Tenían una relación de amistad y confianza. Ella le confesaba lo que no podía decirle a nadie más, y había comprobado muchas veces que era un excelente consejero.

Geneviève había tolerado esa relación, aunque en el fondo odiaba al pobre gato. Más de una vez, cuando estaba segura de que no la veían, le había pegado un puntapié a traición, así que *Joseph*,

que no olvidaba, prefería dar un rodeo prudente para evitar ponerse a su alcance. Era Colette quien lo alimentaba: iba a buscarle menudillos a la carnicería y restos a la pescadería. *Joseph* dormía en su habitación.

«Quince años, tampoco es tanto para un gato», se decía Colette, aunque veía que ya no era el felino ágil y veloz de antaño, capaz de subirse a lo alto de cualquier armario.

Pero, por viejo que fuera, *Joseph* observaba la agitación de la casa con ojo sagaz. Colette comprendió que barruntaba algo.

Ese «algo» ocurrió el domingo siguiente.

Mientras tía Thérèse servía el estofado de ternera, Geneviève se refirió, visiblemente emocionada, al bebé salvado por Jean durante el incendio de la rue Caulaincourt:

—De todas formas, el pequeño Michel, huérfano de la noche a la mañana... A vosotros no sé, pero a mí me parte el alma.

Entonces *Joseph*, desde sus cesta, buscó la mirada de Colette y entornó los ojos, como si compartiera un secreto... y sonriera.

9

¿Caballero?

Desde 1959, gracias a una serie de circunstancias ajenas a su voluntad, Jean formaba parte del consejo de administración de la poderosa Federación de Empresarios Franceses, temida por los sindicatos y respetada por los poderes públicos.

Le habían confiado todo lo relativo a las franquicias y puesto a su servicio a un joven alto funcionario, de apellido Lamotte, cedido temporalmente por la administración, que hacía la mayor parte del trabajo y redactaba las escasas intervenciones públicas de su superior.

De acuerdo con la máxima de que «cuando la construcción va bien, todo va bien», era costumbre que la presidencia del sindicato patronal recayera en un empresario del sector de la BTP (construcción y obras públicas). Así, tras la muerte, dos años antes, de Désiré Chabut —un sexagenario de tez sonrosada que había dirigido la Federación durante tres décadas—, se eligió por unanimidad a Baptiste Trajan-Perrin, heredero y director de la empresa que llevaba su nombre, quien exhibía con orgullo en su currículo un título superior de Comercio y una estancia en el extranjero.

No era, como su predecesor, un presidente «por la gracia de Dios», pero no por ello resultaba menos eficaz. Su autoridad nacía, no del aplomo ni de la intuición, sino de los gráficos, los planos y las cifras. Aunque solía sonreír con cordialidad, era difícil adivinar cuáles eran sus convicciones más profundas. Con su abuelo Bruno y su padre Bernard, compartía las iniciales asociadas a su actividad: BTP. Era el único rasgo más o menos humorístico asociado a una familia que carecía por completo de humor.

Ya en tiempos de Chabut, el consejo había sido un simple órgano de ratificación. Con Trajan-Perrin nada había cambiado: nunca se le habían opuesto, y sus propuestas, aunque a veces se debatieran con ferocidad, acababan siempre aprobándose.

El caso es que la reunión mensual del consejo debía celebrarse poco después del regreso de Jean a casa, cuando apenas empezaba a reponerse de su aventura. Por una vez, el calendario le era propicio: le ofrecía una excusa perfecta para no acudir. Podía alegar que la muleta le dificultaba los desplazamientos.

En realidad, temía esas sesiones. Nunca sabía qué responder ni qué objetar, ni tenía nada que aportar: casi todo le sonaba a chino. Por eso urgía a su ayudante a prepararle de antemano respuestas para las preguntas que pudieran formularle.

—Y nada de palabras complicadas, ¿eh, Lamotte? —solía decirle —. ¡Quiero saber lo que digo!

Sin embargo, Perrin había insistido e insistido, incluso asegurándose el apoyo de Geneviève, que había inclinado la balanza.

Y ya puestos, como nunca sabía decirle que no a Geneviève, también había accedido a recibir en casa, después de la reunión, a

los cuatro consejeros del buró de la Federación.

—¡Será una cosa sencilla! —le había asegurado ella, confiando en que esta vez Thérèse estaría a la altura. Sin embargo, tras oír las ideas que su hermana tenía sobre el menú, y ante el doloroso recuerdo de una reunión anterior, decidió ir por otro camino: encargó la comida a un restaurante, aunque todo se prepararía en la casa, para guardar las apariencias.

—No hace falta que comas con nosotros —le dijo a Thérèse—. Y te aseguro que te envidio, ¡va a ser tan aburrido! —Pero luego, tras pensarlo un instante, añadió—: Aunque... ¿sabes qué podías hacer? Echarme una mano para servir.

Gracias a lo cual, no tendría que levantarse de la mesa en toda la comida: Thérèse se encargaría del servicio.

Aún no había salido del ascensor antediluviano cuando lo recibió una salva de aplausos: parecía una fiesta de cumpleaños sorpresa; sólo faltaba la tarta. Todo eran apretones de manos y palmadas en la espalda.

Gaston Rougier, responsable de Innovación, improvisó un breve discurso sobre «el heroísmo, signo distintivo de los emprendedores» y «el sentido de la oportunidad, que tiene tan mala prensa». Incluso se permitió una audaz invitación a «alzar las copas y los corazones», muy aplaudida.

Los invitados a la comida eran Baptiste Trajan-Perrin, André Falconi, Félicien Garat y Gaston Rougier, empresarios de los sectores de la construcción, la siderurgia, la industria agroalimentaria y la química, respectivamente.

—¡Sólo ellos cuatro suman, tirando por lo bajo, trescientos mil empleados! —había calculado Geneviève, encantada.

Los tres primeros acudieron con sus esposas; el cuarto, con su amante.

Mientras los platos se sucedían, se volvió a hablar de «la hazaña de nuestro querido Pelletier» y se comentó el discurso de Gaston Rougier.

Después, la conversación tomó los derroteros de cualquier pausa en la reunión del consejo: salieron a relucir el empleo, la fiscalidad, los poderes públicos, los sindicatos...

Jean, que comía despacio para no tener que hablar, se preguntaba cuál sería el motivo de su mujer para organizar semejante comida. En su opinión, quería exprimir hasta la última gota de su reciente hazaña, pero no acababa de ver qué más podía esperar, aparte de la notoriedad adquirida, que no tardaría en fatigar a todo el mundo. Creía ver un asomo de eso en las miradas incisivas que el presidente Perrin le lanzaba. Se sentía juzgado; su estatus de héroe nunca le había parecido tan frágil.

Desde que había salido del estado de estupor en que aquella aventura lo había sumido al principio, estaba como poseído por una pena de la que no conseguía librarse, por aquella joven madre quemada viva y aquel pobre huérfano.

Había acudido de incógnito al centro de acogida para ver al pequeño y le habían permitido entrar. El espectáculo le había roto el corazón. Era un establecimiento de lo más correcto, pero tan severo como un convento, con camas alineadas, criaturas de todas las edades llorando o chillando, todas vestidas igual, de un modo sobrio y espartano. No carecían de nada, salvo de lo esencial: el afecto,

algo que el personal, desbordado, no estaba en condiciones de darles... Contó rápidamente las camas —dieciséis— y, al llegar a la del pequeño Michel, incluso temió que lo confundieran con otro bebé.

—Es el instinto paternal... —le dijo sonriendo una monja, lo que lo hizo enrojecer—. No se preocupe: les ponemos dos brazaletes con su nombre, por si pierden uno... Y, como puede ver, hay una tarjeta en el pie de la cama.

La monja estaba conmovida ante aquel buen hombre, alto y corpulento, plantado allí con su muleta y una escayola sucia, que mostraba tanta preocupación por un bebé al que había salvado de las llamas. No por nada creía en los milagros.

Geneviève tenía algunas cualidades, aunque entre ellas no figuraban ni la generosidad ni el desinterés. Así que él había convocado discretamente a su despacho de la Federación a un notario apellidado Notario —se crea o no—, al que encomendó redactar una escritura por la cual aportaría una suma que el pequeño Michel percibiría al alcanzar la mayoría de edad «para echarle una mano cuando tuviera que valerse por sí mismo».

—¿De qué cantidad hablamos? —le había preguntado el notario, pluma en mano, impaciente por apuntar la cifra.

Pero él no lo sabía; no lo había pensado.

—¿Cuánto cree usted que...? —preguntó a su vez—. Quiero decir...

No sólo no tenía idea sobre la suma a consignar, sino que tampoco sabía cómo se las arreglaría para conseguirla a espaldas de su mujer. La intención era buena, pero extraordinariamente difícil de llevar a la práctica. Notario esbozó una muequecilla escéptica.

—En mi opinión, no más de treinta mil francos... —dijo

Jean se asustó: no imaginaba que su idea pudiera implicar semejante suma. Eran cuatro años de sueldo de un empleado de Dixie.

—Es decir —añadió el notario alzando la pluma—, si desea hacer un gesto realmente significativo.

—¿Cómo funciona? —preguntó para ganar tiempo.

—Es muy sencillo. Usted se compromete a entregar esa cantidad, a más tardar cuando el beneficiario alcance la mayoría de edad; pero si quiere que ese dinero empiece a rendirle hasta entonces, lo mejor es depositarlo cuanto antes. Nosotros le aconsejaremos las inversiones más seguras.

¿Empleaba aquel «nosotros» como plural mayestático o pretendía decir que iban a repartirse su dinero entre varios? En ese momento, no estaba lejos de ver en aquel funcionario un enemigo al que había abierto las puertas de la fortaleza.

—¿Y si no llego a reunir esa suma? —preguntó.

—Bueno, si ha firmado la promesa de donación, no tiene más remedio. Si no paga, el beneficiario, llegado el momento, podrá acudir a los tribunales para obligarlo a que lo haga.

¡Era de locos!

Se levantó de un salto y despidió al notario, que replicó:

—¿Y los gastos de desplazamiento y mis honorarios por esta consulta?

Acordaron que la minuta se enviaría allí, a la Federación, a su atención, ¡sólo faltaba que Geneviève se enterara de todo aquello!

Luego, se calmó.

El simple hecho de pensar en aquel huerfanito lo acongojaba porque se sentía culpable de no haber salvado a la madre.

Hizo algunas cuentas: calculó lo que se necesitaba para vivir, comparó precios de coches, se informó sobre los alquileres... la estimación del notario no era desmesurada. Dejó para más adelante convocarlo de nuevo para firmar por fin el acta de compromiso. Primero quería asegurarse de que podía conseguir esa cantidad... antes de comprometerse a pagarla.

Al final de la comida —cuando Geneviève le preguntó discretamente a Thérèse: «Cielo, ¿nos harías el inmenso favor de servir el café en el salón?»—, él seguía sin comprender el motivo de aquella invitación, pero el vino de Burdeos lo había puesto en un estado de placidez que le permitía tolerar el misterio. Y, en cuanto se sirvieron los licores, el enigma se disipó. Geneviève, con uno de esos gestos falsamente espontáneos cuyo uso dominaba, se acercó a Gaston Rougier y le dijo en voz baja:

—Señor Rouchier...

—Rougier.

—Eso mismo, sí. En la Legión de Honor... ¿qué grado tiene usted? ¿Caballero?

—¡Oficial!

—Ah. —Miró hacia donde estaba su marido—. Y no le parece que él también merecería... —La idea ofendió a Rougier: una cosa era hablar bien de su compañero y otra muy distinta...—. Después de todo —continuó Geneviève—, ése era, en el fondo, el sentido del excelente discurso que ha pronunciado en la Federación, ¿no?

—Bueno... —balbuceó Rougier.

Geneviève se inclinó hacia él.

—Su joven amiga es encantadora... Debe de ser usted todo un conquistador...

Rougier asintió con una sonrisa tensa.

—¡Deje, deje! Y, en cuanto a la Legión de Honor, veré lo que puedo hacer...

Ya hemos dicho que, durante toda la comida, Jean había sentido que Perrin lo miraba inquisitivamente. ¿Encontraba excesivo el homenaje? Sus temores se confirmaron cuando, en el momento de la despedida, Perrin se volvió hacia los demás y dijo:

—Pues nada, amigos, ya va siendo hora de marchar. Yo me quedo un momento para darles las gracias a nuestros anfitriones... ¡Hasta pronto! —Luego, pese a que Thérèse acababa de recoger las tazas y los platos, le preguntó a Geneviève—: ¿Sería posible tomar otro café?

—¡Faltaría más! —respondió ella al instante—. Thérèse, por favor, tráigale usted otro café al caballero.

Ella y Jean se quedaron estupefactos: era la primera vez que Geneviève la trataba de usted.

Aturdida, Thérèse se dirigió a la cocina con paso vacilante y volvió con un café en la temblorosa mano.

Geneviève y Jean estaban sentados en sus sillones, frente a él. Algo pasaba, era evidente. Ella esperaba una gran noticia; él, una catástrofe.

—Díganme, ¿cuántas tiendas franquiciadas tienen ahora?

—¡Veinticuatro! —respondieron al unísono.

—Formidable... —dijo Perrin con una sonrisa—. Realmente son ustedes muy emprendedores.

El negocio no marchaba solo, pero su éxito debía mucho a la eficacia del concepto —ropa blanca y de vestir a precios asequibles— y al empuje de un director que participaba en los beneficios. Dicho esto, el cumplido se agradecía.

—Hay tanta gente que se conforma con las rentas del suelo o con las obligaciones del Estado... —Geneviève tragó saliva. Siempre había pensado que no había inversión más segura que el ladrillo o los bonos públicos.

—¡Con la de oportunidades que hay! El *Financial Times* lo decía ayer mismo... —Pronunciaba «*Fínanshel Taimsss*». Ni Geneviève ni Jean sabían exactamente de qué hablaba, pero comprendieron que debía de tratarse de algo importante y fiable.

—¿Puedo preguntarles cómo tienen colocados sus activos? Sin ánimo de parecer indiscreto, claro.

—Nosotros... tenemos algunas inversiones... digamos, prometedoras.

Geneviève, satisfecha, volvió la cabeza hacia Jean: parecía seguir con la mirada un punto de partido.

—¡Excelente! —exclamó Perrin—. Pero díganme, ¿les queda dinero disponible para invertir?

El «¡Claro que sí!» de Geneviève se solapó con el «¡Por supuesto!» de Jean.

—Me gustaría enseñarles algo. ¿Qué les parece si damos una vueltecita para bajar la comida? —Y, señalando la escayola de Jean, añadió—: ¡En coche, desde luego!

10

Pero ¿qué quiere de nosotros?

Baptiste Trajan-Perrin tenía un reluciente Citroën DS 19 azul metalizado que dejó muy impresionados a los Pelletier. Jean se avergonzó un poco de su pesado Renault Frégate y se prometió estudiar el asunto.

Con Jean a su lado y Geneviève detrás, Perrin llegó rápidamente a los bulevares de Maréchaux, que rodean París.

Había tantas obras en marcha que el menor desplazamiento por la capital acababa siendo exasperante.

Por todas partes se habían derribado edificios antiguos y abierto calles para renovar el alcantarillado. Las obras se extendían por todas partes: zanjas donde asomaban las canalizaciones de agua y gas, vías cortadas por la ampliación del metro, grúas girando sobre montones de arena, camiones que iban y venían, hormigoneras en marcha, obreros con casco. El estrépito de los martillos neumáticos y el rugido de la maquinaria lo llenaban todo. La ciudad se había vuelto impracticable. Los conductores se quejaban y los humoristas y cantantes satíricos hacían chistes. No había conversación de bar o reunión familiar en la que no salieran a relucir los problemas de la circulación y los atascos. Los periódicos, encantados de amplificar el

descontento, no paraban de dedicar titulares al tema. *Le Journal du Soir*, por ejemplo, había escrito que la exasperación de los parisinos podría durar «una década larga». Y no era una exageración: algunos barrios parecían haber sufrido bombardeos. En realidad —pensaba más de uno— aquello era una guerra: la que el Estado había declarado a los innumerables poblados improvisados que, desde hacía diez años, se habían extendido por toda la periferia parisina, una marea de chabolas precarias sin planificación ni proyecto. El gobierno había dado un golpe sobre la mesa: era la hora de los grandes conjuntos de viviendas. Ochocientas en Fontenay, cuatro mil en Épinay, seis mil en Sarcelles... la lista no tenía fin. Para llevar cada día a millones de asalariados hasta el corazón de París, se prolongaba el metro y se construían tres líneas de tren exprés. El objetivo era claro: «reconquistar» la capital y «liberar el suelo».

Perrin tuvo que tomar tantos desvíos y dar tantos rodeos que tardó casi tres cuartos de hora en llegar a la Porte de Vanves, donde las obras alcanzaban proporciones faraónicas.

Hacia ese inmenso solar en construcción se dirigió Perrin.

Le mostró al trabajador del acceso la pegatina del parabrisas y tomó una larga rampa que ascendía hasta la altura de un segundo piso, para desembocar en una especie de autovía de tres carriles aún en fase de proyecto, completamente vacía.

Detuvo el coche, bajó y, ya a pie, precedió a los Pelletier por aquella vía lisa y desnuda flanqueada por contenedores metálicos que servían de almacén, despacho, vestuario o comedor. Llegaron hasta el punto donde unas barreras cerraban el paso: allí terminaba la calzada. Más allá sólo había un amontonamiento de piedras mal trituradas.

La vista se perdía en la distancia por una ancha franja de tierra amarillenta donde se cruzaban volquetes. Las hormigoneras —altas como casas— giraban sin descanso y los obreros trabajaban al pie de decenas de grúas, entre el toque de los silbatos de los capataces y el estrépito incesante de excavadoras, niveladoras, apisonadoras, perforadoras, zanjadoras...

Era un espectáculo impresionante.

Como muchos parisinos, Jean y Geneviève habían utilizado el corto tramo del bulevar periférico —el anillo que rodearía París— que ya estaba abierto entre la Porte de Vanves y la de Italie, pero ninguno de los dos podía imaginar lo que estaban a punto de ver. Los trabajos de acondicionamiento de la ciudad y de la periferia no eran nada comparados con la obra titánica de aquel cinturón que, tramo a tramo, acabaría rodeando toda la capital.

Aquel derroche de energía, dinero, técnica y sudor se ponía al servicio del gran emblema de la época: el automóvil, producto perfecto del capitalismo moderno. Omnipresente en el cine, las novelas y la publicidad, era el símbolo indiscutible de la libertad y de la disponibilidad de quienes lo poseían. Era el sueño de todos.

Era una promesa de vida intensa y de felicidad inmediata tan poderosa que hasta la muerte adoptaba un nuevo rostro.

Los periódicos se recreaban con los accidentes: los restos retorcidos contra los plátanos, los coches volcados tras dar varias volteretas. Parecía que las celebridades se precipitasen hacia las puertas del cielo, ansiosas por morir de forma súbita, espectacular y mediática.

El coche —decían todos— debía ocupar por fin el lugar que merecía. Había llegado la hora de que lo inmóvil se pusiera al

servicio de la movilidad, de que los urbanistas sellaran su alianza con el automóvil: una unión voluptuosa en la que el coche era al mismo tiempo amante ideal —que conducía al vértigo de la velocidad— y esposa fiel, que ofrecía refugio y calma los días de atasco.

Y entre todas las transformaciones que imponía la llegada a la capital de ciento setenta mil coches nuevos cada año, por encima del ensanchamiento de calles y avenidas, de la ampliación de los espacios y de la proliferación de semáforos y plazas de aparcamiento, se alzaba un proyecto prometeico: liberar París de la congestión mediante una autopista circular, el bulevar periférico: un anillo de fluidez casi irreal por el que el automóvil podría deslizarse sin obstáculos, en un tiempo suspendido y mágico.

En pocos años, cuando la infraestructura estuviese por fin operativa, el cinturón, que salvaría dos veces el Sena y una decena de vías férreas, se extendería alrededor de París: treinta y seis kilómetros de asfalto, cuarenta intercambiadores, veintitrés túneles y cincuenta puentes.

Sólo el puente Masséna, con sus seis mil toneladas de acero y medio kilómetro de longitud, doblaría en anchura al de Tancarville.

La inversión total rondaba los dos mil millones.

A cincuenta millones el kilómetro, parecía que valía la pena.

Ni siquiera Geneviève, poco dada a la admiración, pudo reprimir una exclamación:

—¡Ahí es nada!

Nadie lo percibía aún —más bien se tendía a pensar lo contrario —, pero aquel bulevar periférico acabaría haciendo las veces de las antiguas fortificaciones de la capital, justo en el lugar que éstas habían ocupado, aunque ya no para defender París de los ejércitos

invasores, sino para preservar el paraíso de la ciudad frente a los diez millones de habitantes de su periferia.

Sin embargo, la gente seguía convencida de que el automóvil encarnaba la gran fantasía democrática de su tiempo: la posibilidad, al alcance de todos, de sentirse únicos. De viajar de París a Marsella sin detenerse, solos al volante de su propia libertad.

—El próximo tramo a inaugurar, de la Porte de Vanves al puente de Sèvres, dará servicio al Parc des Expositions —explicó Trajan-Perrin.

Señalaba el enorme complejo inmobiliario cuya monumental entrada, con sus cuatro torrecillas, se distinguía a lo lejos.

Jean, siempre fácil de impresionar, se dejaba deslumbrar; su mujer, aunque también sobrecogida, trataba de entender qué hacían allí.

Perrin ya había dado media vuelta.

—¿Qué querrá de nosotros? —le susurró Geneviève a su marido.

Él respondió con un gesto evasivo.

Subieron al coche, pero Perrin no arrancó. Miraba el punto en el que la calzada se interrumpía.

—Menudas obras... —se atrevió a decir Jean rompiendo el silencio.

Mientras tanto, Geneviève retrocedía mentalmente hasta el momento en que Perrin les había preguntado: «Pero díganme, ¿les queda dinero disponible para invertir?»

Cuando se trataba de dinero, entendía rápido y casi siempre acertaba.

Sintió que el corazón le latía con fuerza: «¿Querrá que participemos?»

La excitación que se había apoderado de ella aumentó un grado cuando Trajan-Perrin, una vez más como si hablara con el parabrisas, murmuró:

—Este tramo es políticamente sensible. Dará servicio al Parc des Expositions, donde esta primavera se celebrará el Salón del Automóvil.

El evento despertaba tanta expectación entre los hombres como el Salón de las Artes Domésticas entre las mujeres; se entendía, pues, la importancia vital de aquellas obras.

—Pero antes... —intervino Jean—, ¿no hay...?

Perrin apuntó con el dedo hacia él.

—¡Exacto! ¡El primer Salón de la Agricultura, el próximo 7 de marzo! —anunció.

La noticia de aquel acontecimiento —que pondría bajo los focos al mundo campesino, sus productos tradicionales y su transformación fulgurante gracias al progreso de la maquinaria agrícola— había ocupado las portadas de los periódicos, que lo esperaban con entusiasmo.

—Y los poderes públicos —añadió Perrin— están empeñados en inaugurar al mismo tiempo el Salón de la Agricultura... y este tramo del bulevar periférico.

—¡Bravo! —exclamó Geneviève, porque las iniciativas publicitarias la entusiasmaban.

—Sólo que —repuso Perrin— oficialmente las obras deberían terminar en ocho semanas, que seguramente acabarán siendo dieciséis... —Se volvió hacia Jean y Geneviève con una sonrisa tan afilada como una navaja—. Y al final no estarán listas nunca.

Perrin había llevado a los Pelletier al Select, en el bulevar de Montparnasse.

—Para que el tramo esté terminado el 7 de marzo haría falta un milagro —dijo alzando la copa. Brindaron—. Un milagro o un mago. Y ahí es donde podríamos entrar nosotros.

Aquel «nosotros» fue suficiente para confirmar la sospecha que Geneviève había albergado.

—La empresa responsable de las obras —continuó Perrin— se eligió mal. Nunca había afrontado un proyecto de estas dimensiones y ha cometido todos los errores posibles. Pero si las autoridades toman ahora las decisiones adecuadas, aún es posible alcanzar el objetivo. Creo que están dispuestos a escuchar las propuestas de un posible «continuador».

Los escasos conocimientos de Jean sobre obras públicas se remontaban a 1947, al infausto día en que su padre le había encargado supervisar la construcción de un anexo para la jabonería: un fracaso absoluto que los había dejado casi en la ruina.

Geneviève lo sabía mejor que nadie. Se había casado con él esperando verlo triunfar al frente de la empresa familiar, y había tenido que acompañarlo en su huida a París, donde durante años apenas habían logrado salir adelante. Su éxito actual había reducido aquella experiencia a un mal recuerdo, pero la herida seguía abierta, de modo que resultaba poco probable que Jean quisiera volver a invertir en ese sector.

Ella no pensaba igual. La lencería y la ropa de gama baja siempre le habían parecido un negocio degradante. Participar en algo tan colosal como la construcción del bulevar periférico encajaba perfectamente con sus ambiciones desmedidas.

—¿En qué consistiría exactamente? —preguntó alzando hacia su marido un mentón desafiante.

Para su sorpresa, el rostro de Jean no mostraba reservas. Escuchaba con curiosidad.

—Voy a crear una nueva sociedad —explicó el presidente de la patronal—, respaldada por mi grupo y capaz de presentar una propuesta para reactivar esas obras.

—¿Y de recuperar el retraso? —preguntó Jean, ahora claramente interesado.

—Tenemos la experiencia necesaria; sabemos cómo hacerlo. Con proponer que se inaugure el tramo aunque falte la señalización, ya ganaríamos cuatro semanas. En una palabra: se corta la cinta, se lleva a los funcionarios hasta el Parc des Expositions y, cuando se van, se cierra el bulevar periférico para colocar las señales. Un mes más tarde, se reabre al público.

—¡Muy bien pensado! —exclamó Geneviève.

—Pero eso sólo permite ganar cuatro semanas —objetó Jean.

—La empresa actual se ha topado con problemas que nosotros estamos en condiciones de resolver.

—¿Es decir...?

—No han conseguido alquilar las máquinas que necesitaban. La principal compañía de alquiler no tenía suficientes disponibles. Ahora vuelve a tenerlas, y eso lo cambia todo.

—¿Y qué les impide alquilarlas?

Perrin dejó que el silencio flotara un instante antes de responder:

—He reservado todas las que había. Ya no queda ninguna libre en el mercado.

Geneviève se encendió de entusiasmo: disfrutaba con las tretas y los amaños.

—También hay escasez de mano de obra —continuó Perrin—; contrataremos a inmigrantes en masa.

—Si ellos aún no lo han hecho —observó Jean—, será porque el presupuesto no lo permitía.

Había pasado a la ofensiva, pero no levantaba la voz: sólo pedía explicaciones. Perrin, por su parte, tenía respuestas para todo:

—El presupuesto total del tramo es de trescientos millones. El comité que lo supervisa está formado por representantes de varios ministerios, del ayuntamiento de París y de una comisión especial. Todos son políticos o funcionarios pendientes de su imagen, por no hablar del miedo al escándalo si fracasan. Pediremos un crédito suplementario de treinta millones. Un diez por ciento de sobrecoste a cambio de evitar a los poderes públicos una humillación ante toda Europa me parece más que razonable. Incluso me pregunto si no podríamos ir un poco más lejos... —Llamó al camarero para pedir la cuenta—. Ya les enseñaré las cifras. Lo único que puedo adelantarles es que el beneficio neto no bajaría de cuatro millones.

Geneviève y Jean se miraron: era una cantidad mareante.

—Y usted quiere que nosotros... —aventuró Geneviève.

Perrin sonrió.

—Que se conviertan en accionistas de la sociedad que será candidata a continuar las obras.

—¿Cuánto tendríamos que invertir?

De nuevo era Jean quien preguntaba.

—Hay que reunir dos millones de francos.

Geneviève abrió los ojos como platos; Jean palideció.

— Yo aportaré el ochenta por ciento —puntualizó Perrin.

Los Pelletier empezaron a respirar.

—Ustedes —continuó— invertirían cuatrocientos mil francos: una participación del veinte por ciento. Obtendrían ochocientos mil francos de beneficio. —Pagó y, sonriendo, añadió—: El cien por cien de rendimiento en seis meses. No hay banco que pueda rivalizar con eso. —Se levantó—. Los dejo reflexionar sobre la propuesta. Aunque comprenderán la urgencia: una respuesta mañana por la mañana sería perfecta.

—¿Cómo se llamará esa sociedad? —quiso saber Geneviève.

—BTP. Building Technologies Perrin.

Geneviève apretó las mandíbulas.

—Sólo podríamos aceptar si la empresa pasara a llamarse Building Technologies Perrin et Pelletier.

Perrin frunció el ceño. Las siglas BTPP rompían con una tradición de tres generaciones y le sonaban casi a parodia del nombre original. Se sentía incómodo, incluso confuso. Pero, como el hombre práctico y moderno que era, no tardó en zanjar la cuestión:

—Trato hecho.

—¡Espere, espere! —exclamó Jean.

Perrin se volvió hacia ellos, inquieto.

—¿Por qué nos lo ha pedido a nosotros?

—Está usted en el consejo de la Federación —respondió el otro —, es audaz, y recientemente hemos comprobado que también es un hombre valiente. Su empresa es un modelo de éxito, tiene fondos disponibles y sabe reconocer una inversión rentable cuando la ve. ¿Qué más podría pedir yo? —Iba a marcharse, pero cambió de idea y se volvió, sonriendo—. Ya se habrá dado cuenta de que, en los

negocios, no soy un hombre sentimental. Sin embargo, ya ve, le tengo aprecio, Jean.

11

Como un sol

En esos momentos, la mayor preocupación de Philippe era el Torneo de Billar del Sena, para el que ya se había clasificado.

«Después de todo —se decía—, a mamá no le gusta el billar, pero admira el éxito. Si gano...»

Se armó de valor y redobló los entrenamientos, encadenando *massés*, tiros de banda y retrocesos; incluso intentó algunos golpes con efecto lateral que esperaba no tener que usar porque eran difíciles y sólo servían en situaciones desesperadas. De hecho, sólo le había salido bien uno, así que decidió dejarlo para más adelante...

O para nunca.

Porque, de pronto, ocurrió algo fortuito pero decisivo, que relegó el billar, a su madre y, en realidad, todo lo demás a un segundo plano.

¿Qué se le había pasado por la cabeza unos días antes? ¿Una intuición, quizá?

Al irse a acostar, había avanzado por el pasillo, se había acercado sin hacer ruido a la puerta de tía Thérèse y, tras mirar a un lado y a otro, se había inclinado hacia el ojo de la cerradura.

Lo que vio lo dejó sin aliento.

En un rincón de la habitación, tía Thérèse, de espaldas, apoyada en la pierna derecha y con la izquierda ligeramente adelantada, se soltaba el pelo antes de acostarse. Iba retirando las horquillas con movimientos suaves y, al levantar los brazos, su cuerpo parecía alargarse, lleno de gracia. La nuca, completamente desnuda, tenía una delicadeza casi infantil.

En realidad, tía Thérèse estaba desnuda por completo... y se le veía perfectamente el trasero.

Él se quedó inmóvil, con el cuerpo agarrotado y un temblor apenas contenido.

No era el primer trasero que veía, pero aquello era distinto: unas auténticas nalgas de mujer, tan reales, tan vivas, que le provocaron una emoción desconocida.

Con la boca seca, las contemplaba sin parpadear, tratando de grabar en su memoria cada detalle: la curva suave de la espalda, el equilibrio entre una postura tensa y otra relajada, el leve temblor que acompañaba cada movimiento de sus manos. Aquello parecía respirar, cobrar vida a cada instante.

Tía Thérèse bajó los brazos y los cabellos se esparcieron por su espalda. Luego, se inclinó hacia el espejo, como si sintiera una repentina curiosidad por un detalle de su cara.

Imaginándose que vería su ojo, pegado a la cerradura, reflejado en la luna, Philippe ahogó un grito y, temiendo que lo oyeran, huyó.

Deslumbrado por esa visión, ya no podía pensar.

No recordaba haberse desnudado ni metido en la cama.

Las nalgas de tía Thérèse estaban delante de él, no como a través de la cerradura, inaccesibles, sino allí mismo, presentes, redondas, blancas, ofrecidas. No tuvo que hacer gran cosa para

correrse bajo la sábana. Y sucedió una segunda vez durante la noche, porque la visión lo había despertado.

Al día siguiente volvió a la puerta —esta vez en pijama, más cómodo para la operación— y se arrodilló para mirar por la cerradura. No vio nada. Tía Thérèse no se quitaba las bragas cada vez que se cepillaba el pelo. Aquel trozo de tela lo desesperaba. O tal vez tía Thérèse ya estaba a su aseo, frente a la mesita donde descansaba la palangana esmaltada, invisible desde la cerradura. Oía el chapoteo del agua y le costaba imaginar con precisión lo que ocurría.

Se quedaba un poco más y luego volvía a su habitación, decepcionado.

Todas las noches esperaba a que Colette se pusiera a estudiar y, cuando su despertador marcaba la hora a la que tía Thérèse solía soltarse el pelo delante del espejo, iba a escondidas hasta su puerta rezando para que no se hubiera dejado puestas aquellas bragas que iban a acabar volviéndolo loco.

A veces llegaba demasiado pronto; otras, demasiado tarde: la franja era bastante estrecha.

No obstante, en dos ocasiones vio recompensada su tenacidad y, mientras ella se peinaba delante del espejo, pudo contemplar aquellas nalgas con tanta ansia que se le nubló la vista, y la boca, seca, se le hizo agua...

Había experimentado el placer ante la puerta misma de tía Thérèse, pero no tardó en organizarse de otra manera.

En cuanto ella desaparecía, él, disimulando la erección con la mano, volvía a su habitación y, tras apagar la luz, se tumbaba y se concentraba en su placer.

Había entrado en una etapa nueva y eufórica, una fiebre hormonal que gravitaba alrededor de un objeto sublime, una vida jalonada por erecciones súbitas y sueños eróticos o lascivos que terminaban en explosiones que lo dejaban atónito.

Su mente vagabundeaba de una imagen a otra hasta que su imaginación al rojo vivo lo obligaba a ovillarse sobre aquella felicidad inesperada.

Todas sus fantasías tenían en común cierta indefinición: posturas inciertas, visiones borrosas, imágenes algo desdibujadas. La única certeza, profundamente arraigada, era el placer que las acompañaba.

Sin embargo, después de varias noches más o menos gratificantes, se sintió como estafado. Lo fascinaban aquellas nalgas, pero empezaba a sufrir por no ver otra cosa. ¿Por qué, en lugar de dirigirse al tocador o a la cama, tía Thérèse no se volvía hacia la puerta?

Cuando la imaginaba, lo sobrecogía una emoción que no sabía nombrar.

Esa perspectiva despertaba en su mente imágenes prometedoras de placeres desconocidos. Entonces, sentía deseos de castigar aquellas nalgas, de azotarlas, de desquitarse en ellas por la frustración de no ver más que eso.

Y cuando al fin caía rendido, exhausto, vacío, sin aliento, ya sólo le quedaban la irritación y el rencor.

Como ya hemos dicho, Thérèse estaba muy unida a los niños y tenía con los dos mil pequeñas atenciones en las que nadie reparaba

aparte de ellos. Eran un postre que a Philippe le encantaba (le gustaban todos, pero aun así tenía sus favoritos), una moneda que ella fingía olvidar y de la que el chico se apoderaba con rapacidad, un trozo de hígado de ternera para *Joseph*, que alegraba a Colette...

Pero, en aquella tía Thérèse diurna, sonriente y modesta, que se afanaba de la mañana a la noche en la cocina, con la fregona o haciendo la colada, y que desde hacía poco disfrutaba de un día de descanso a la semana —Geneviève siempre necesitaba algo de ella —, en aquella tía Thérèse, digo, Philippe no conseguía encontrar a la mujer que, desnuda delante del espejo, exhibía ante sus ojos un trasero hermoso como un sol. Un abismo separaba a esos dos seres.

Aquellas dos mujeres se fundieron al fin en una sola la mañana en que, al acercarse tía Thérèse, que les llevaba la mermelada a la mesa, Philippe percibió un milagroso olor a jabón procedente de su blanco y torneado brazo.

La cadena de pensamientos que conducían de ese olor al cuarto de baño y de la *toilette* de tía Thérèse a sus maravillosas posaderas se desplegó en un instante y, cuando alzó los ojos, ella le dirigió una sonrisa que ya no le pareció en absoluto maternal, sino sentimental.

Ya sólo existía una mujer de la que estaba perdidamente enamorado.

Durante un tiempo, siguió acudiendo a su puesto de observación, embargado por sensaciones prodigiosas.

Pero pasaba cada vez más rato observándola a hurtadillas durante el día y descubriendo poco a poco la amplitud de sus encantos, que le parecían siempre nuevos. Su olor, que del frescor jabonoso de la mañana pasaba al leve almizcle de su cuerpo al caer la tarde; su boca, cuya sensualidad increíble notaba ahora, y cuyos

dientes perfectamente alineados admiraba; y sus pechos, que aún no había visto y sobre los que se forjaba fantasías. Todo el mundo veía a tía Thérèse, pero él era el único que la veía como era en realidad, como si se paseara desnuda por la casa sin que nadie se percatara.

Sus pechos eran los pechos de una mujer de verdad. Ni punto de comparación con las cositas de Colette, que no se sabía si un día alcanzarían un volumen normal, ni con las aparatosas tetas de su madre. Tía Thérèse parecía tener unos pechos redondos, duros, de una plenitud perfecta. Necesitaba verlos: era vital.

Cuántas veces la rozó, aunque hubiera sitio de sobra para evitarla, y le tocó el pecho con el codo sin que ella lo advirtiera. Cada vez que la tenía delante, se aplicaba con una intensidad poco común a observar sus senos, a imaginarlos, a adivinar cómo serían. Las miradas de soslayo que hasta entonces había dirigido a sus nalgas cuando pasaba el aspirador o servía la comida se elevaban ahora, irresistiblemente, hacia su busto.

Tuvo que reordenar sus fantasías sobre su vida secreta con tía Thérèse para crear nuevas escenas, francamente inverosímiles, en las que sus pechos, por fin descubiertos y de una expresividad, de un color, de una textura sin igual, se confundían con su sublime trasero. La forma en que tía Thérèse ocupaba su imaginación era muy difícil de comprender, incluso para él mismo.

Indefectiblemente, eyaculaba sobre su propio vientre y se limpiaba con un pañuelo, hasta el día en que probó a volverse hacia un lado en el momento crítico, no porque esa posición le resultara más agradable, sino porque quien se ocupaba de hacer las camas y cambiar las sábanas era tía Thérèse.

Era casi como escribirle o declarársele.
Como confesarle un secreto.

12

1952. El territorio

Manuel pensaba en «su jabalí» con frecuencia, pero nunca tanto como cuando se levantaba la veda.

Del mismo modo que en primavera soñaba con volver a verlo, cuando los cazadores salían al campo rezaba para que permaneciera oculto. Siempre que podía, acompañaba a su padre y a sus amigos del club de caza. Aquel año abatieron muchos jabalíes, pero ninguno se parecía al suyo: ninguno era tan grande, ni tenía las cerdas tan negras, ni el hocico tan desmesuradamente ancho.

Aunque lo cierto era que, con el tiempo, su recuerdo se había ido difuminando. Ya no estaba seguro de poder describirlo, mucho menos de dibujarlo. Sólo sabía que, cuando apareciera, lo reconocería al instante.

Y, de pronto, dos años después, volvió a toparse con él.

Muy lejos del camino de Foncrose, donde se habían cruzado la primera vez.

Era a finales de agosto, y había ido a buscar moras al cercado de Saint-Louis. No había lugar mejor.

Ya había llenado dos cestas y se disponía a volver cuando lo vio cruzar el campo al trote corto...

Era su jabalí, sin duda.

Se quedó pasmado, pero comprendió que, a ese paso, en unos segundos desaparecería en el castañar.

—¡Estoy aquí! —gritó—. ¡Soy yo, estoy aquí!

El animal se detuvo en seco y se volvió hacia él.

Estaba mucho más lejos que la primera vez. Tanto que Manuel tuvo que alzar la mano a modo de visera y entrecerrar los ojos para verlo mejor. Luego, como el animal no se movía, empezó a avanzar despacio, con el corazón golpeándole el pecho y las piernas temblorosas. El jabalí lo observaba sin moverse. Cuando estuvo a menos de cuarenta metros, fue consciente del peligro absurdo al que se exponía: estaban en campo abierto, y, si el animal cargaba, no tendría tiempo de alcanzar el bosque.

La bestia dio un paso hacia delante y lo miró fijamente. Contuvo el impulso de retroceder o echar a correr: entendía que la situación estaba a punto de cambiar.

Entonces, el jabalí se quedó rígido: bajó la cabeza, hinchó las mejillas y dejó escapar un gruñido sordo, profundo.

Y, de pronto, sin previo aviso, con el hocico pegado al suelo y las defensas por delante, cargó.

Manuel quiso huir, pero estaba petrificado.

El jabalí, lanzado hacia él, ya no estaba a más de diez metros cuando, de pronto, redujo la velocidad hasta detenerse.

Manuel, temblando como una hoja y al borde del desmayo, se acordó de la típica anécdota de cazadores sobre la «falsa carga» del jabalí. Se suponía que los animales no pretendían realmente embestir, sino sólo intimidar. Lo malo es que aquella anécdota

siempre terminaba cuando el ingenuo cazador bajaba la guardia y el animal se lo llevaba por delante.

Desde donde estaba podía ver el compacto corpachón del jabalí, su pelaje erizado y áspero y sus largos colmillos curvados hacia arriba. Había dejado de gruñir y parecía evaluar la situación mientras le clavaba los fieros ojillos.

Luego se volvió de golpe y se alejó con paso lento, firme y cauteloso.

Segundos más tarde, desapareció entre los castaños.

Más que sentarse, Manuel se dejó caer en el suelo y rompió a llorar.

Se quedó allí un buen rato, inmóvil, agotado, con un sueño pesado que lo vencía poco a poco.

Pero el descanso no llegó. Lo impidió la rabia.

Aquella maniobra destinada a humillarlo había cambiado su mirada por completo. Ya no admiraba al jabalí: lo odiaba. Le había metido el miedo en el cuerpo y después le había perdonado la vida.

—¡Ha hecho mal! —rugió mientras recogía los cestos con furia—. ¡Un día lo mataré!

Rumió esa decisión durante buena parte del camino.

En unos meses, cuando cumpliera dieciséis, tendría el permiso de caza. Entonces compraría una escopeta y saldría a buscarlo.

Ciego de ira, no se preguntaba cómo lo encontraría: sólo sabía que lo haría.

A cada paso, su furia crecía. Aún la sentía ardiendo cuando llegó al camino de los Olmos y oyó voces y risas. Había estado llorando; no quería que lo vieran con el rostro descompuesto ni adivinaran su rabia. Instintivamente, se arrimó al seto para no ser visto.

Había varios hombres: era la comisión de reparcelación.

Desde lo alto de la colina de Saint-André, el pueblo parecía un mosaico de parcelas separadas por setos, acequias y ribazos.

Visto desde allí, el paisaje tenía encanto; pero abajo, aquellos mismos límites se traducían en trabajo y cansancio.

Para la señora Ramos, la sobreparcelación —resultado de generaciones que habían ido dividiendo y revendiendo las tierras— era una prueba más de la torpeza, o de la mala fe, del propietario. ¡Por eso necesitaba a un arrendatario tremendamente ingenuo para sostener la granja! Su marido se negaba a aceptar que el señor Poitaud fuera torpe o tuviese mala fe. Simplemente constataba que la introducción de máquinas en las veinte hectáreas de cereal había simplificado mucho el trabajo y que, en cambio, acceder a los sembradíos de patatas y remolachas y a los campos de pastura era un incordio.

A base de discutir, los dos terminaban por coincidir en algo: aquel proyecto de reparcelación del que todo el mundo hablaba era, al fin y al cabo, indispensable.

El municipio, siguiendo las órdenes de la prefectura —y ésta, las del gobierno—, se había embarcado en un ambicioso programa para facilitarles la vida a los agricultores. El plan consistía en propiciar el intercambio de campos, la eliminación de setos, la apertura de caminos y la concentración de parcelas para posibilitar el cultivo intensivo.

Por supuesto, no todos estaban de acuerdo —de hecho, el primero en protestar había sido el señor Poitaud—. Pero, en general, el proyecto se recibió con cierto alivio. Cuando terminara aquel intercambio a gran escala y los buldóceres hubieran pasado unas

cuantas veces, los campesinos dejarían de perder horas rodeando las fincas vecinas para llegar a las suyas. Además, sobre el papel, la reforma parecía justa: cada agricultor recibiría unas parcelas equivalentes a las que tenía antes.

Era uno de los pocos asuntos en que el padre de Manuel —optimista por naturaleza— y su madre —desconfiada por experiencia— se entendían sin esfuerzo.

El señor Ramos había comentado el proyecto a fondo con el señor Poitaud y, después de revisar juntos el mapa catastral, habían llegado a la conclusión de que lo mejor era ceder siete hectáreas de prado para ganar siete de cereal. Aquel intercambio, si se aprobaba, podía transformar la granja.

En teoría, la comisión encargada de tasar y redistribuir las tierras contaba con nueve miembros. En la práctica, como había que recorrer durante días uno de los municipios más extensos del departamento, se había constituido una subcomisión más reducida: el alcalde, el agrimensor enviado por la prefectura, tres propietarios que cultivaban sus terrenos y un ingeniero agrícola del ministerio, encargado de anotar las decisiones sobre el terreno.

El señor Ramos ya había visto el plano preliminar elaborado por la prefectura: las nuevas parcelas de cereal estaban bien reagrupadas, aunque quedaban incógnitas en torno a la acequia Lapointe, y la redistribución de las tierras del río seguía en estudio.

Y precisamente ésa era la zona que la comisión inspeccionaba aquel día: un territorio irregular, de relieve cambiante, con monte bajo, campos de formas caprichosas y, para colmo, cruzado por setos, hileras de álamos plantados por alguien hacía décadas y varias parcelas en pendiente pronunciada.

La primera voz que Manuel reconoció fue la de Virgile Bonnefoy, que siempre presumía de ser uno de esos «que no se callan»:

—Yo diría que esto hay que ponerlo en cuarta...

—Desde luego, es duro de trabajar —intervino otra voz, que identificó como la del señor Poitaud.

—¡Qué va! —replicó el señor Pougnet—. Hay que arrancar zarzas, sí, pero la tierra no es mala. Para mí, es de segunda.

Las voces sonaban cansadas. Sin duda, la comisión llevaba ya muchas hectáreas recorridas y el agotamiento se notaba.

—Bueno —dijo el alcalde—, ni segunda ni cuarta. Lo dejamos en tercera, ¿no?

—Yo, desde luego, no la querría ni aunque fuera de primera —declaró Sauvage.

—Zarzas por un lado, grama por el otro... y todavía habría que echarle un buen montón de estiércol —añadió Poitaud.

El grupo avanzó unos metros al otro lado del seto. Manuel, inclinándose un poco, alcanzó a ver al agrimensor, un hombre con traje que sostenía un registro abierto.

El alcalde volvió a tomar la palabra:

—Como tengamos que calcular el tiempo de desbroce o el estiércol que hará falta, no terminaremos nunca...

El agrimensor preguntó:

—¿De acuerdo entonces en dejarla como tercera?

Tres voces respondieron afirmativamente, pero el señor Lambert le dijo a Poitaud:

—Oye, ¿no estarás intentando bajarle la nota para empalmarla con tu trozo del pasaje de los Campos?

Varias voces protestaron.

—Vale, la pongo en tercera —zanjó el del traje.

Hubo algún gruñido, pero nadie insistió.

Por lo que podía ver Manuel, Poitaud no estaba a disgusto con el resultado.

13

No olvide volver a echarla...

El otoño no es la mejor época para visitar Charleville. Cuando François llegó ya se había hecho de noche y llovía con fuerza —una lluvia oblicua que atravesaba la luz amarillenta de las farolas y acababa formando charcos como espejos turbios en el suelo.

Estaba harto de vivir con aquella duda que ningún argumento racional había conseguido despejar del todo. Necesitaba llegar al fondo del asunto para pasar a otra cosa de una vez.

No quería mentirle a Nine. Después de su aventura en Praga, hacía cuatro años, se había prometido no volver a hacerlo. Al principio, había pensado poner como excusa que buscaba localizaciones para una novela: iría «a las Ardenas para echar un vistazo».

Pero, cuando ya estaba decidido, la idea le vino como una revelación: ¡aquel asunto del bulevar periférico en el que se había metido Jean era la solución!

Contactó con Adrien Denissov, el director de *Le Journal du Soir*, y le propuso una serie de artículos: «La epopeya de las Grandes Obras.»

—La construcción es el símbolo mismo de la modernidad —argumentó—. Nunca se había edificado tanto: el país está haciendo una muda histórica. En la Défense, habrá tres millones de metros cuadrados de oficinas y seiscientos mil de viviendas. La Torre Montparnasse dominará la ciudad con sus ciento ochenta y cinco metros. Y no es sólo París. Cuando acaben las obras, el puerto de Dunkerque podrá recibir barcos de cien mil toneladas, ¡y en Lille, el barrio de L'Esplanade ocupará cincuenta hectáreas remodeladas en plena ciudad! La autopista París-Lille tendrá cincuenta puentes y treinta y tres intercambiadores, ¡el viaje entre ambas ciudades se podrá hacer en tres horas! Y todo empieza con el bulevar periférico de París...

Había conseguido que le encargaran una serie de doce artículos.

Y se había ganado el derecho a recorrer buena parte de Francia sin tener que darle explicaciones a nadie.

Así que ahora estaba en Charleville, donde no había ninguna obra notable, aunque todo el mundo, incluida Nina, creía que se encontraba en el norte...

Llevaba en el bolso los recortes de prensa de todos los periódicos que habían cubierto el asunto del Charleville-París en 1952: el único de los tres cuya víctima seguía con vida, y a la que intentaría localizar. ¿Esperaba hacerlo mejor que la policía? No, pero él no le haría preguntas generales, no iba a la caza de información. En concreto, intentaría averiguar si había estado en contacto con Jean. A su modo de ver, era la mejor forma de descartar a su hermano porque, si entre ellos no había habido ninguna relación, tampoco podía haber un móvil ni, por lo tanto, un crimen explicable a partir de él.

El Hôtel du Centre se parecía a todos los hoteles de provincias. Jean, representante de comercio, había tenido que ir durante años de ciudad en ciudad y dormir un número incalculable de veces en esas camas mercenarias, en esas habitaciones impersonales y destartaladas donde se filtraba el olor de la cocina y cuyas desvencijadas ventanas daban a calles desiertas o a la estación.

Debía reconocer que se alegraba de haber sido, en aquellos mismos años, un hombre feliz y equilibrado, periodista y novelista en ciernes, y no, como el Gordito, un oscuro viajante que guardaba las notas de sus gastos en la cartera, consultaba los mapas a todas horas y atosigaba a los comerciantes para colocarles productos...

La recepcionista debía de ser la también propietaria: una mujer sonriente y afectada que te tendía la llave provista de un enorme llavero como si fuera un valioso regalo, lo que se compadecía mal con la habitación, limpia pero triste. Había elegido aquel hotel porque era allí donde había dormido Antoinette Rouet la noche anterior a la agresión. Modista en París, había ido a pasar dos días con su novio, destinado en el cuartel del tercer regimiento de ingenieros. Tenían previsto casarse unas semanas después...

Según los últimos artículos, al salir del hospital Antoinette había regresado a vivir con sus padres, en el barrio de Pontmercy, en Charleville.

Él no tenía la dirección, pero las fotos de la prensa local deberían permitirle encontrar la casa, sólo era cuestión de tiempo.

A la mañana siguiente a las ocho, ya estaba al pie del cañón, empezando a recorrer las calles de aquel barrio suburbano y obrero poblado de casitas. En caso necesario, preguntaría en los bares; la casa de la víctima tenía que ser conocida.

Al final no tuvo que hacerlo porque, cuando aún no daban las nueve, vio acercarse por la acera una silla de ruedas empujada por un sesentón. Se quedó paralizado ante la imagen de aquella mujer extraordinariamente delgada, temblorosa y encogida, con las piernas cubiertas con una manta a cuadros, la cabeza inclinada hacia un lado, la boca entreabierta y la mirada vacía.

Reanudó la marcha procurando disimular su emoción. A medida que se acercaba, reconocía en aquel rostro demacrado algunos rasgos de la joven cuyas fotos se habían publicado poco después de que cayera del tren. Era ella, sin duda. No pensó en detenerse ni por un momento; se cruzó con ellos, pero, quizá porque estaba en un barrio donde todo el mundo debía de conocerse, al pasar, el hombre le dio los buenos días y él le devolvió el saludo con la voz ronca, alterada por aquel encuentro.

No había nada que hacer.

Por primera vez, consiguió imaginarse la puerta abierta del vagón, el chirrido del convoy en los raíles, el cuerpo de Antoinette, entonces tan joven, arrojado a la vía...

El único testigo que quedaba era un camarero que, semanas antes de la agresión, había coincidido con un sospechoso. Pero en Charleville y alrededores debía de haber decenas de restaurantes. Sería una pérdida de tiempo.

Rumiando aquella visión y su fracaso, volvió al hotel.

En la recepción, encontró a la propietaria arrodillada de espaldas al mostrador delante de las puertas abiertas de par en par de un armario. Pidió la llave, subió y se tumbó en la cama con la cabeza llena de ideas sin orden ni concierto.

Odiaba lo que se disponía a hacer...

El día pasó lánguidamente. Anduvo por las calles, entró en bares con periódicos que leyó íntegramente, volvió a la estación para cambiar el billete de tren, vagó de nuevo, cenó en una cervecería del centro y, por fin, regresó al hotel.

La imagen de la chica en la silla de ruedas lo había anonadado, y le estaba costando digerirla. No había pensado lo bastante en las víctimas, ¡ésa era la verdad! En su mente, Mary Lampson ya no era un ser humano, sino un recuerdo, la joven monja ya no era una persona, sino sólo una imagen. Había tenido que enfrentarse al dolor de una superviviente para comprender que hasta ese momento había enfocado el asunto sólo desde el ángulo de su hermano, olvidando que las víctimas eran personas reales, salvajemente asesinadas. Ésas eran algunas de las ideas, sombrías, agotadoras, que ocuparon la mente de François durante todo ese largo día y ese atardecer.

—A partir de las diez, no hay nadie en recepción —le había dicho la propietaria el día anterior—. Esta llavecita abre la cerradura de la entrada. Por si regresa tarde. No olvide volver a echarla.

François había alargado la cena. Cuando llegó al hotel, eran las once y cuarto.

Se detuvo unos instantes en el pequeño vestíbulo, prestando atención. Se oía una radio en alguna parte, bastante lejos, a su derecha. Rodeó el mostrador y abrió las puertas del armario.

Los registros estaban amontonados en el estante de en medio.

Los archivos, libros gruesos y pesados con cubiertas de tela.

François, febril, sacó uno y lo abrió por la primera página. 15 de octubre de 1957. Estaban ordenados por fechas. Recuperando el instinto del periodista de sucesos, calculó que, si llegaba otro cliente,

mientras abría con la llave y volvía a cerrar a su espalda, a él le daría tiempo a deslizarse rápidamente hasta el pasillo que llevaba a las habitaciones de la planta baja.

Buscaba el libro correcto, hojeando nerviosamente, acercándose a la fecha, sin perder de vista la puerta.

Allí estaba.

22 de febrero de 1952.

Dos días antes, el 20 de febrero, una decena de nombres y direcciones.

Allí: Antoinette Rouet, bulevar Richard-Lenoir, 34, París.

La víctima.

Página siguiente. 21 de febrero.

La víspera de la agresión.

Jean Pelletier, viajante, rue de Paradis, 14, París.

Una noche.

Su firma.

Jean no sólo había viajado en el mismo tren que la víctima. También había dormido en el mismo hotel.

François arrancó la página y se la llevó.

14

Yo os odio a todos

Geneviève había insistido tanto... Nadie había tenido suficiente energía para negarse.

Porque, además, había rodeado el motivo de esa gran comida familiar de un cierto misterio, y se había asegurado la complicidad involuntaria de su suegra, muy sensible a las ocasiones, siempre raras a su modo de ver, de reunir a sus hijos y nietos.

—Le daríais un disgusto terrible a la pobre Angèle —había argumentado Geneviève ante los demás.

Cuando llegaron Hélène, Lambert y sus hijos, Geneviève, volviéndose hacia su hermana, preguntó:

—Thérèse, ¿quieres coger los abrigos? Eres un amor...

Era la primera vez que Thérèse se encargaba del guardarropa, pero al menos esta vez no le había hablado de usted...

Geneviève estrechaba a los invitados entre sus brazos rollizos y recibía los regalos gritando:

—Pero... ¡Dios mío, ¿por qué os habéis molestado?!

Como si le hubieran llevado exactamente lo que deseaba desde su primera infancia.

Al besar a tía Thérèse, Hélène advirtió con sorpresa que llevaba un delantalito redondo, blanco y festoneado con encajes.

Jean renqueó con la muleta hasta su hermana, y le estaba estrechando la mano a Lambert cuando François, Nine y sus hijos llegaron a su vez.

Philippe se ruborizaba mirando a su padre, la ocasión habría impresionado a cualquiera.

La semana anterior, había ganado el torneo infantil de billar francés de París (¡cincuenta concursantes, dos fines de semana de competición!) tras una partida histórica durante la que los dos finalistas habían rivalizado en finura e inventiva. Colette había visto al profesor de su hermano, el señor Horowitz, mordiéndose las uñas frenéticamente, y a Edmond, un tipo alto de pelo amarillo y dientes a juego que olía a pastís y Gauloises, saltando en su silla como un loco, hasta el punto de que el árbitro lo había amenazado con expulsarlo por apoyar a Philippe demasiado ruidosamente.

El chico había vuelto a casa con una magnífica copa plateada colocada sobre un pie de mármol falso que no veía el momento de exhibir delante de toda la familia.

Papá haría fotos.

Jean y él esperaban a que Geneviève anunciara la noticia, pero los dos comprendían que no podía hacerse nada más llegar los invitados.

Tía Thérèse sirvió el aperitivo en el salón y desapareció en la cocina. Se iniciaron las conversaciones.

—Creo que voy a pasar el fin de año en Beirut —señaló Angèle.

La noticia provocó cierta emoción, todo el mundo comprendió que quería visitar el panteón de Étienne y Louis. No había ido en dos

años, alegando que el viaje era caro, pese a las ofertas de unos y otros de correr con los gastos.

La intuición de Geneviève reaccionó a la velocidad del arco reflejo.

—¿Beirut en Navidades? ¡No, gracias! ¿Para morirme de calor en los atascos y comer falafeles al sol? ¡Conmigo no contéis! ¡No quiero ser desagradable, querida suegra, pero a mí, en Navidades, en esa ciudad de provincias no se me ha perdido nada!

—Por eso no te lo propongo. Sin embargo, me gustaría llevar a los niños. Martine y Daniel aún son un poco pequeños, pero quisiera ir con Colette, Philippe, Alain y Annie. Si a Colette le apetece venir —la cara de su nieta se había iluminado de inmediato—, se reencontraría con los lugares de su infancia; en cuanto a los demás, no saben nada sobre el sitio donde sus padres pasaron la suya... Y, en lo que respecta a Martine y Daniel, propongo llevarlos también dentro de dos o tres años. Y mientras esperan...

Angèle se levantó y les entregó sendos regalos: un coche teledirigido para él y, para la niña, una de aquellas muñecas Barbie cuyos primeros anuncios publicitarios, destinados a hacer soñar a millones de niñas, se veían por todas partes.

—En cuanto a Philippe, me parece muy bien, pero me temo que Colette no podrá ir, querida suegra.

—Claro que sí —dijo Colette con voz firme.

Geneviève le dedicó una gran sonrisa.

—Cariño, ¿has olvidado que por esas fechas participarás en el «baile de Navidad»?

—No iré, iré a Beirut con la abuela.

—Pero, Colette, ¡estás inscrita!

A Geneviève le parecía un argumento irrebatible, porque la inscripción le había costado esfuerzos considerables, un increíble despliegue de energía.

—Bueno, pues me desinscribes. De todas formas, no habría ido, ese baile es una estupidez.

Colette no alzaba la voz, hablaba con calma, pero Geneviève emanaba tal furia que nadie se atrevió a intervenir.

—¡No irás a Beirut! ¡Eres menor, harás lo que se te diga!

—No sé qué tiene que ver una cosa con la otra.

—Cuando seas mayor, harás lo que tú quieras, pero mientras tanto obedeces a tus padres.

—¿Ah, sí? ¿Me llevarás a tu baile de Navidad con una camisa de fuerza? Me voy a Beirut con la abuela.

—Pero... Pero... Jean, ¿es que no vas a decir nada?

Jean dudaba, fue su hermana quien lo sacó de apuros. Como si el asunto estuviera zanjado, se volvió hacia Angèle:

—¿Cuatro niños, mamá? ¿No será demasiado para ti?

—Ahora ya son lo bastante mayores, y es también por eso por lo que no propongo llevarme a los pequeños.

—Si quieres, mi programa de radio se interrumpe durante las fiestas, podría ir con vosotros...

Hélène se volvió hacia Lambert, que se apresuró a responder:

—¡Ninguna objeción! ¡Daniel y yo guardaremos el fuerte!

Geneviève estaba asombrada. ¡La conversación continuaba como si nadie la hubiera oído! Sin dar crédito, volvía la cabeza hacia el uno y hacia el otro... ¡Hasta Jean metía baza!

—De todas formas, mamá —estaba diciendo—, no nos sentiríamos cómodos viéndote correr sola con semejante gasto...

Fue el tema del dinero lo que hizo salir a Geneviève de su estupefacción. De pie, tiesa como un gallo, apuntó a su hija con un índice imperioso:

—¡Tú no irás a Beirut porque no te daré un céntimo!

Angèle había abierto la boca para mencionar sus ahorros, pero Colette se le adelantó.

—Pagaré el viaje con mi dinero. Tengo el que se necesita.

Lo terrible de aquella discusión tempestuosa era que Colette miraba a su madre con una indiferencia absoluta. Toda su persona mostraba una decisión tranquila pero inquebrantable. Rechazaba aquel baile con la misma impasibilidad con la que en su día lo había aceptado.

—Pero, por Dios, Jean, ¿lo vas a consentir?

—Sólo es una propuesta —terció Angèle—. No quiero... Ya habrá tiempo de hablarlo.

—¡Ya lo creo que sí, querida suegra! —gritó Geneviève—. ¡Vaya si lo hablaremos!

Pero en esos momentos ni ella ni nadie dudaba de que la decisión de Colette era irrevocable.

En su mente, la niña ya estaba en Beirut y, luego, en la jabonería del abuelo y en el enorme piso en el que había vivido años maravillosos. La propuesta también hacía brillar los ojos de Alain y Annie, que, como sus primos, llevaban toda la vida oyendo hablar de Beirut, pero nunca habían estado allí, así que aquel nombre se había vuelto tan mítico con la Isla del Tesoro o el País de las Hadas.

Durante la discusión, François se había concentrado en su hermano. Lo había observado mientras dudaba si intervenir,

impotente, limitándose a lanzar miradas benévolas a su hija y otras, discretamente reprobadoras, a su mujer.

Seguía teniendo en la cabeza el rostro demacrado de la chica de la silla de ruedas. ¿Habría sido la amante de Jean? Habían dormido en el mismo hotel... ¿Habrían cogido cada uno una habitación para disimular? Quizá se escondían. ¿De quién? ¿Del novio? De ser así, el asunto habría salido a la luz durante la investigación. François siempre tenía el mismo problema, no conseguía hacer encajar la imagen de Jean, de su torpeza, con los actos en los que quizá había estado implicado.

Entretanto, Philippe se moría de impaciencia.

Tenía eso en común con su padre: no se le presentaban muchas oportunidades de brillar.

Pero había otra razón para que quisiera que el tiempo avanzara más deprisa: era muy goloso. Y el día anterior había oído que su madre le encargaba a tía Thérèse una tarta, «la ocasión lo merece», y añadía: «Me gustaría algo un poco especial, querida.»

Como ya hemos dicho, Thérèse no tenía mucha mano para la cocina, pero, excelente pastelera, había preparado una tarta de chocolate espectacular, que, pese a la prohibición, Philippe había descubierto esa mañana, fisgando en la cocina.

Por su parte, los invitados se habían olvidado del misterio de aquella reunión familiar o, si no lo habían olvidado del todo, no estaban dispuestos a darle a Geneviève el gusto de hacerse de rogar para revelarlo.

En ese instante, Thérèse se acercó para decirle algo al oído a su hermana, que se estremeció como un pájaro mojado. El fin de año

aún estaba lejos, se decía, de aquí a entonces ya encontraría la forma de doblegar a Colette.

Respondió a su hermana con una sonrisa cómplice y, luego, de nuevo muy ufana, cogió su cuchillo para dar unos golpecitos en el gollete de la botella de vino.

¡Había llegado el momento!

Thérèse sonrió a Jean, pero tuvo que reaccionar, porque, con una mirada, su hermana le intimaba la orden de llenar las copas, iba a pronunciar un brindis.

Colette, que había seguido todas las partidas del torneo de billar y vivido mil veces la angustia de ver perder a su hermano, lo miraba con ternura.

Philippe sintió que el corazón se le aceleraba y, por su parte, Jean se acercó orgullosamente a él y le rodeó los hombros con el brazo.

—Todos somos padres —empezó diciendo Geneviève—. Cada uno de nosotros sabe lo importante que es el éxito de nuestros hijos. ¡Sobre todo, cuando es un éxito prometedor para el porvenir! —Alzó su copa—. ¡Brindo por el de Colette, que acaba de saltarse un curso y entrar en el liceo sin pasar por tercero!

Tíos y tías se quedaron sorprendidos. El ambiente, en lugar de animarse, se había enfriado un poco. Ni Colette ni su hermano saltaban de alegría.

—Bravo —dijo prudentemente François.

—Sí, bravo —repitió Hélène alzando la copa en dirección a su sobrina, sin saber cómo interpretar todo aquello.

La niña miró el rostro descompuesto de su hermano.

—Pues sí, pero... —aventuró Jean, con la voz ahogada por la emoción.

Pero nadie lo escuchó, la conversación empezaba a girar alrededor de aquel extraño ascenso escolar, porque nadie comprendía exactamente su importancia.

Colette se sentía tanto más impotente cuanto que no había pedido nada.

Al final del anterior año escolar, a su madre se le había metido en la cabeza que su hija era demasiado brillante para «vegetar» en el colegio con los demás niños de su edad y, decidida a hacerle saltar una clase y propulsarla al liceo, había emprendido una cruzada ante los profesores, la dirección del colegio y la sede del distrito escolar, donde incluso había hablado tres veces en el director. Las notas, en el fondo modestas, de Colette no hablaban en favor de esa demanda, a lo que Geneviève respondía:

—¡Es justo lo que yo digo! ¡Se esfuerza poco porque se aburre!

Ese argumento consiguió convencer a algunos profesores, que reconocían que Colette se quedaba muy por debajo de sus posibilidades. Una vez conquistado ese pequeño núcleo de apoyo, Geneviève puso en marcha la apisonadora, peinó el perímetro de la administración y, poco a poco, fue ganando para su causa a funcionarios que, cansados de discutir, acababan por firmar un papel pensando: «¡Si la niña no llega, ya repetirá, eso le cerrará la boca a esta buena mujer!»

—¡Cuando empiece el curso, entrarás en el liceo en la clase de segundo! —había anunciado entonces Geneviève, exultante.

Como de costumbre, Colette había aceptado sin el menor comentario.

Su padre, incapaz de interpretar su consentimiento, le había preguntado si no le daba pena separarse de sus amigos. Colette había respondido que no tenía amigos.

Philippe había abandonado el comedor bruscamente.

Colette se levantó, fue a su habitación... y volvió a cerrar la puerta justo a tiempo para evitar la copa plateada, que su hermano le había lanzado a la cabeza. Estaba tremendamente triste por su él.

—Philippe, ábreme... —murmuró ante la puerta de la habitación.

Lo oyó llorar y se arriesgó a entreabrir la hoja, mientras la voz de su madre tronaba:

—¡Niños, a la mesa!

Colette se acercó a su hermano, sentado en el borde de la cama, aplastado por la humillación. Recogió la copa, que se había separado de la base, e intentó encajarla de nuevo. Se había roto. Se sentó.

—La odio.

Philippe alzó los ojos, se volvió hacia ella y, como sorprendido él mismo por aquella evidencia, que le parecía un descubrimiento, respondió:

—Yo os odio a todos.

La voz estentórea de su madre los estremeció a los dos:

—¡A la mesa!

En el comedor, Geneviève, impaciente, se revolvía en la silla, gruñendo; ¿qué andarán haciendo esos dos?

Ése fue el momento que eligió Jean para lanzarse.

No se atrevió a hacer tintinear la botella con el cuchillo, como su mujer. Si limitó a aclararse la garganta y decir, con una voz que esperaba fuese alta:

—¡Philippe ha ganado el torneo! —El mensaje no estaba claro. Tuvo que volver a intentarlo—: El torneo de billar francés de París...

Parecía que se estuviera disculpando.

—¡Por Pilatos y Barrabás! —exclamó Lambert.

—¡Bravo, maravilloso! —suscribieron Hélène y François.

—¿Dónde está, para felicitarlo? —preguntó Nine.

Animado, Jean añadió:

—¡Se ha clasificado para el gran torneo del Sena, en otoño! En la final, hizo una...

—¿Dónde están los niños? —lo interrumpió una Geneviève bastante irritada—. Jean, ¿vas a ver?

Su marido dejó la servilleta en la mesa y se levantó, pero no tuvo que ir muy lejos: Philippe y Colette, acompañados por Angèle, a la que nadie había visto levantarse, estaban volviendo a sus asientos.

El rostro de Philippe no era el de un vencedor, te encogía el corazón.

—¡Bravo! —le dijo François sonriéndole—. ¡El primero del torneo!

Y, de común acuerdo, todo el mundo aplaudió.

—¡Es un juego de habilidad! —recalcó Jean, que no sabía qué decir.

Philippe, feliz y confuso, iba a levantar la cabeza cuando su madre, que estrujaba la servilleta con las manos, soltó:

—Sí, un juego de taberna...

15

¿Es para mí?

Geneviève se volvió hacia su hermana, que se disponía a sentarse.

—¿Puedes comprobar las copas, querida?

Y, Thérèse, después de haber distribuido la ternera al vino tinto y las patatas, en lugar de ocupar su sitio, rodeó la mesa para volver a servir bebida a los comensales.

Su nuevo delantal, que confirmaba, si falta hacía, su posición en la casa, había impresionado a todos los invitados, que, incómodos, le daban las gracias de forma ostensible. Lambert incluso se levantó a su vez para ir a servirla, porque, atendiendo a los demás, se había olvidado de sí misma.

Lo extraño de aquella situación era que Thérèse siempre obedecía las órdenes de Geneviève con una sonrisa, como si estuviera encantada de ayudar, mientras oía la conversación de refilón, asintiendo con la cabeza, aprobando silenciosamente, como una participante, aunque rara vez intervenía. Y, cuando lo hacía, Geneviève daba golpecitos nerviosos con el índice en la mesa, impaciente por volver a las cuestiones importantes.

Thérèse ya llevaba allí cuatro años. ¿Había buscado otro trabajo y no lo había encontrado?

¿Le pagaba Geneviève lo suficiente para que tuviera la posibilidad de vivir en otro sitio?

Nadie sabía qué pensaba la propia Thérèse. Seguía allí, yendo y viniendo una y otra vez, incansable, sonriente y afable, especialmente atenta con los niños.

—Oye, Thérèse —le dijo Nine con su vocecilla suave—, ¿vas a aprovechar el viaje de los niños para ir tú también a Beirut?

Aunque la pregunta era razonable (Thérèse había pasado allí toda su vida y sin duda conservaba amigos beirutíes), provocó un giro inesperado en la conversación.

Geneviève levantó la cabeza. Se la vio meditar mientras Thérèse balbuceaba:

—Bueno, yo...

Viendo que el tema incomodaba a su cuñada, François insistió con malicioso regocijo:

—¡Pues es una buena idea!

—Te ocupas de los niños todo el año —añadió Hélène—, podrías tomarte unas pequeñas vacaciones. En Beirut o donde sea.

—¡Para empezar, las vacaciones son una cuestión de medios! —dijo Geneviève, tajante—. De hecho, nosotros nunca hacemos, ¿verdad, Jean?

Era verdad, pero por falta de imaginación, sencillamente no se lo planteaban. Mandaban a los niños a casa de Angèle, al campo, eso era «irse de vacaciones» para ellos. Mencionar el tema de los medios era casi obsceno en aquel piso burgués, por el que, como recordaba a menudo Geneviève con regodeo, «ni siquiera hemos tenido que endeudarnos».

François observaba de nuevo a su hermano.

«En el fondo, no lo conozco», se decía. ¿Cómo era posible que un chico tan mediocre hubiera tenido un éxito de esa magnitud? Por supuesto, había que contar con la energía de su mujer y, seguramente, también un poco con la suerte, pero, en realidad, la imagen que François tenía del Gordito databa de otra época, de otra vida. Jean se había convertido en una persona distinta sin que François se diera cuenta.

Y ese hombre, nuevo para él, ¿de qué era capaz?

Thérèse se había levantado y Colette, como de costumbre, la ayudó a recoger.

Pero, apenas llegó a la cocina, se apresuró a echar el pestillo.

—¡Saca la tarta!

Era un magnífico pastel recubierto de un glaseado reluciente, uniforme. Rápidamente, Colette se sacó del bolsillo una hoja doblada dos veces en la que habían recortado unos espacios. Luego, cogió un envase del aparador, lo abrió de inmediato y, tras extender la plantilla sobre la tarta, la espolvoreó de azúcar glas y sopló para quitar el que sobraba.

Lo había hecho todo sin pedirle ayuda a tía Thérèse, no quería crearle problemas...

E, instantes después, llevaba a la mesa y dejaba ante los invitados una estupenda tarta sobre la que dos tacos de billar dibujados con azúcar formaban un aspa.

Philippe salió de su terco mutismo para mirar alternativamente la tarta y a su hermana.

Hubo otra salva de aplausos, más ruidosa que la de hacía un rato, y se oyeron «¡bravos!» y «¡vivas!», que Geneviève, roja de cólera, recibió como otras tantas desautorizaciones.

De pronto, digna como una patricia romana, se levantó y se dirigió al salón, del que volvió con un paquete rodeado por un lazo.

—Puesto que estamos de felicitaciones... —dijo con voz fría tendiéndoselo a Colette. La niña lo abrió—. ¡Es una pluma de oro! —añadió Geneviève para que no quedaran dudas sobre el valor del regalo.

El primer impulso de Colette fue arrojársela a la cara, pero su mirada encontró la de su padre, afligida, y la de su hermano, incómoda.

—¿Es para mí? —preguntó.

—¡Naturalmente! —respondió orgullosamente su madre.

—Entonces, si es para mí, puedo regalártela —dijo tendiéndole el estuche a Philippe.

16

No se veía otra cosa

Jean solía protagonizar malentendidos y debería estar curado de espanto, pero nunca dejaría de sorprenderle que a él se le escaparan cosas que todos a su alrededor parecían comprender perfectamente.

El asunto del bulevar periférico, por ejemplo: de los cuatrocientos mil francos que su mujer y él se habían comprometido a poner, resulta que la mitad tendrían que entregarlos... en metálico.

Hablando claro: iban a repartir doscientos mil francos de propinas.

—¡Y lo que haga falta! —había replicado Geneviève.

¡Y tampoco había comprendido que sería él quien tendría que darlas!

—¿Yo? ¿Y por qué yo? —le había preguntado a su mujer.

Al responder, Geneviève había bajado la voz para que no la oyera el fotógrafo.

—¿Y quién si no? Pero qué corto eres, hijo...

Otro malentendido:

—¿Un fotógrafo, otra vez?

—¡Te lo he explicado mil veces!

Jean no recordaba que lo hubiera hecho. Geneviève estaba muy irritada.

—¡Anda, coge la muleta, que nos van a dar las uvas!

Jean renqueó hasta la ventana con resignación.

Probaron delante de la chimenea y del escritorio, en el rellano, en medio de las plantas verdes, al lado del gran espejo, en el balcón... Ningún sitio valía. Para el fotógrafo, sí, pero no para Geneviève, que no acababa de verlo claro y se volvía en todas direcciones buscando el decorado perfecto. Jean esperaba y, entre dos desplazamientos, se rascaba debajo de la escayola con la aguja de su madre, de la que ya no se separaba. Temiendo un malentendido suplementario, no se había atrevido a preguntar el motivo de esa nueva sesión fotográfica ni por qué tenía que posar con la muleta «bien a la vista», como le había recalcado Geneviève.

Entretanto, le daba vueltas al asunto del dinero líquido, que serviría, en palabras de Perrin, «para que las relaciones con los poderes públicos sean más fluidas». Y, de pronto, se dio cuenta de que aquello podía favorecerlo.

¿No era la oportunidad soñada de distraer los treinta mil francos para el pequeño Michel tratada con el notario Notario?

Porque, al fin y al cabo, ¿sabe un funcionario que recibe un sobre qué contiene exactamente? Y aun en el caso de que le pareciera menos de lo previsto, ¿qué iba a hacer, demandarlos?

Jean había hecho un rápido cálculo: si sacaba seis mil francos de cada sobre, su problema estaba resuelto. Cada cual recibiría treinta y cuatro mil en lugar de cuarenta, «es más que correcto», consideraba Jean. Y si Perrin se enteraba... Ahí ya, Jean no sabía qué convendría hacer. «Ya se verá.»

—¡Ya está! —exclamó Geneviève.

Colocaron a Jean entre la chimenea y la ventana, y, por un motivo que se le escapaba (y que el fotógrafo tampoco parecía entender), tuvo que adelantar la pierna escayolada todo lo que pudo, como si fuera un trofeo.

—¡Perfecto, dispare!

El fotógrafo, que estaba hasta el gorro de aquella sesión, se apresuró a obedecer.

Que los planes se le torcieran era tan habitual como los malentendidos. Jean lo constató una vez más dos días después, cuando volvió del banco con el maletín del dinero.

Geneviève lo abrió, contó meticulosamente cada fajo de billetes e hizo cinco pilas de varios centímetros de altura. Era impresionante. Y abultado. Jean se preguntó cómo realizaría el transporte y la entrega, pero sobre todo dijo adiós a su esperanza de quedarse con una parte. Efectivamente, Geneviève empezó a escribir el nombre y el cargo de los destinatarios en unas elegantes tarjetas de cartulina, a las que añadió sendas cintas azules, blancas y rojas, en las que puso: «Cuarenta mil francos.» Tras completar los paquetes con un gracioso lazo, cuyas extremidades rizó con delicadeza, los metió en una bolsa de plástico con el logotipo de Dixie, su empresa, porque nunca perdía ocasión de hacerle publicidad.

Usted, yo, cualquier otro, en cuanto Geneviève se hubiera dado la vuelta, habría arrojado a la basura la tarjeta y la cinta, y cogido una parte, pero Jean no, estaba por encima de sus fuerzas. Como

una gallina prisionera de un círculo de tiza dibujado en el suelo, era incapaz de sortear un obstáculo que procediera de su mujer.

Así pues, el comienzo del verano estuvo dedicado a una gran operación de untado, que no fue tarea fácil. Primero, porque Trajan-Perrin no había dado instrucción alguna y, segundo, porque Jean no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Sólo había recibido una lista escrita a máquina con el nombre de cinco funcionarios acompañado de sus respectivos puestos.

¡Y ahí te las apañes! ¿Cómo les entregaba aquel comprometedor paquete regalo? Y por otra parte, ¿estaban informados, al menos? ¿Estaban de acuerdo? ¿Y si pedían más? ¿No se arriesgaba a acabar entre rejas por tentativa de cohecho? ¿Qué haría si uno de ellos llamaba a la policía?

El tiempo apremiaba.

—¿Todo va como usted quiere? —inquiría Trajan-Perrin cuando se lo cruzaba en un pasillo. Esa pregunta inquietó a Jean, porque él no «quería» nada—. Hay que agilizar el asunto... —le recordó BTP.

Cuando daba instrucciones, el presidente de la Federación te apretaba el hombro y completaba el gesto con una palmadita en la solapa de tu chaqueta, como habría hecho si la tarea ya estuviera realizada. Era muy desconcertante.

Jean se lanzó.

A tal señor, tal honor: llamó a la secretaría de Louis Duvigan, el poderoso presidente de la Comisión de Grandes Obras. Como buen republicano, Jean consideraba que todos debían recibir la misma cantidad. A su modo de ver, todos tenían que hacer lo mismo, firmar al pie de una autorización, así que había que darles a todos el mismo trato. El lujo de la sede de la Comisión en la place de l'Opéra,

lo hizo dudar de esa decisión. La suma, ¿sería suficiente? Era demasiado tarde, ya estaba sentado en el gran salón, con la bolsa de plástico de Dixie entre los pies...

Duvigan era un hombre con unas cejas tremendas. Ojos profundos, labio inferior arrogante, frente alta y despejada, apretón de manos severo... Añádase a eso la reputación de decisor, la cultura administrativa de la toma de decisiones, el primado de la lógica, la pasión por lo racional.

—¿Cómo lo ven ustedes? —le preguntó de sopetón.

Tenía ante él al accionista de una empresa que se presentaba a un concurso público, era un examen oral eliminatorio.

Duele decirlo, pero Jean estuvo penoso, no se le ocurría absolutamente nada que decir.

—Nosotros... estamos... es decir...

¿Por qué no había preparado unas cuantas frases? ¡Sí, tendría que habérselas pedido a su ayudante en la Federación, Lamotte, él habría encontrado las palabras!

Por suerte, Duvigan no le prestaba la menor atención, estaba concentrado en el voluminoso dosier de la BTPP en respuesta a la convocatoria pública, cuyas páginas pasaba rápidamente con muchos «¡Mmm...!».

—Ya veo —dijo al fin cerrándolo con un golpe seco, lo que fue un alivio para Jean, porque él no veía nada—. ¡Entonces, inicio inmediato de las obras y compromiso de finalizarlas dentro del plazo!

¡La frase perfecta! ¡La que debería haber dicho él! Estaba tan impresionado que exclamó:

—¡Exactamente!

Por el cabeceo del presidente, comprendió que había reaccionado como debía.

Se levantó, avanzó un paso y extendió la mano derecha con firmeza por encima del escritorio, mientras con la izquierda dejaba la bolsa de Dixie delante del funcionario.

—¡Exactamente! —repitió antes de salir, para no quedarse corto.

¡Un asunto bien llevado, sí señor! No le cabía duda de que el presidente comprendería el mensaje, Jean estaba bastante orgulloso de sí mismo.

Al día siguiente, se vio en el Café de la Place con Georges Masson, subdirector de Tráfico del departamento del Sena, con el que habló de fútbol durante cincuenta minutos. Jean defendía al AS Saint-Étienne, Masson era seguidor del Stade de Reims. Jean justificaba su admiración por el gol excepcional («¡Por toda la escuadra!») de Rachid Mekhloufi durante el partido de liga contra el Racing Club parisino, hazaña que Masson relativizaba comparándola con el de Raymond Kopa («¡En el minuto 89!») al Feyenoord en la Copa de Europa.

Tras lo cual, los dos hombres se despidieron calurosamente haciendo cambiar de manos la bolsa de Dixie.

Por su parte, Fernand Charroy, secretario adjunto de la comisión regional del Sena, se hizo el melindroso un buen rato; era un poeta aficionado, escribía versos que recitaba durante las reuniones sociales. Cuando estaba en vena, era capaz de hablar en alejandrinos. Empezaba muy despacio, hasta que encontraba la rima, luego, soltaba el resto declamando.

¡Cansados y orgullosos del matutino esfuerzo,

partamos, compañeros, a tomar el almuerzo!

Cosas así.

Cultivaba macetas de flores en su ventana. Soltero desde la infancia, delicado por naturaleza, estaba permanentemente enamorado y decía que sus desengaños sentimentales se debían a su «excesiva sensibilidad». Fingiendo no entender exactamente lo que pretendía Jean, hizo gestitos apresurados para expresar su incomodidad y, luego, se refugió en el pudor.

—¿No lo dirá en serio? —exclamaba, pero agarrando la bolsa de plástico con las dos manos—. ¿Y qué habría que hacer? —preguntó al fin, sonrosado como un bebé, en señal de apuro.

Jean estaba irritado. Vale que tuviera que repartir propinas, pero ¡que encima hubiera que suplicar!

—Es por su inestimable apoyo...

Era la frase que al final le había preparado, bajo promesa de secreto, su ayudante de la Federación.

—Oh... —murmuró Charroy, como si le ofrecieran un ramito de flores.

Pero fue Bertrand Frossard, adjunto del subdirector de Tráfico, Transportes, Vías y Riberas, quien le dio más faena. Era un hombre de poca talla, tez amarillenta, biliosa, y ojos vivos y astutos. En su departamento, lo temían como a la peste. Tenía la sonrisa fácil. A la menor solicitud, estiraba los labios, finos como el filo de una navaja, pero nunca se oía ni una risa, ni un simple cloqueo, era un rictus rápido y mudo, como una amenaza. Siempre llevaba el mismo traje y los mismos zapatos, era ruin hasta decir basta, nadie lo había visto sacar una moneda del monedero jamás. A diferencia de otros

avaros, no tenía ni vergüenza ni mala conciencia, reivindicaba su mezquindad tranquilamente. Si le pedían algo, aunque fuera por la causa más noble, se limitaba a esbozar su eterna sonrisa y seguía su camino. Era jurista de formación, capaz de estudiar hasta la náusea una jurisprudencia olvidada por todo el mundo, que luego exponía con una lentitud crispante, sin omitir el menor detalle, solía ganar los pleitos por agotamiento. Jean, que se había cruzado con él un par de veces, temía aquel encuentro.

—¿Está seguro de que lo necesitamos? —le había preguntado a Perrin.

—¡En Tráfico —todo el mundo acortaba el interminable nombre de su departamento—, no hay nadie más influyente!

Puede que fuera muy poderoso en su servicio, pero ocupaba un exiguo despacho en la última planta, lleno hasta los topes de un batiburrillo de carpetas, documentos, registros, fichas y archivos, de los que podía sacar al instante, con una precisión quirúrgica, el papel necesario.

—Por su inestimable apoyo...

Frossard sonreía sutilmente.

—Inestimable...

Pronunció esa palabra con un deje admirativo en la voz. Tras lo cual, se quedó esperando, con las pequeñas y huesudas manos apoyadas en el vade.

Jean, que sólo disponía de dos frases, se animó a probar con la segunda:

—Su distinguido apoyo lo haría acreedor a nuestra más profunda gratitud.

Ya lo había dicho todo, y Froissard seguía sonriendo.

—Distinguido...

Pasó una mosca. El viento hacía vibrar los finos cristales de la ventana.

Jean, cada vez más incómodo, se dijo que iba a tener que argumentar, algo de lo que era incapaz. Su misión iba a fracasar a unos metros de la meta. Optó por la huida. Se levantó, decidido a irse.

Frossard alzó un índice de rapaz hacia la bolsa de Dixie.

—¿Gratitud?

Jean se la tendió. Frossard rodeó el escritorio, cerró la puerta con llave y se puso a contar la cantidad billete a billete, tarea interminable.

Cuando acabó, volvió a anudar la cinta tricolor con delicadeza. Sonreía.

Jean tuvo que abrir la puerta él mismo para salir.

Aquellas gestiones lo habían agotado, pero se sintió bien recompensado. A finales de agosto, la comisión regional del Sena adjudicó la continuación de las obras del tramo B1 del bulevar periférico —entre la Porte de Vannes y el puente de Sèvres— a Building Technologies Perrin & Pelletier.

—¡Se ha hecho justicia! —clamó Geneviève felicitándose por el aumento presupuestario concedido, que ascendía a treinta millones.

Ese comienzo de otoño también estuvo marcado por una ceremonia entrañable.

El personal de Dixie fue reunido al completo, fuera de las horas de trabajo, para asistir al descubrimiento del enorme retrato de Jean

de cuerpo entero, posando orgullosamente con la escayola y la muleta, que presidiría el amplio vestíbulo de los grandes almacenes (cuando entrabas, no se veía otra cosa) y que un pintor artístico había ejecutado, a petición de Geneviève, a partir de una fotografía. Al pie del cuadro, podía leerse:

Jean Pelletier
Fundador de Dixie
y héroe de la rue Caulaincourt

Tras la ovación, cada miembro del personal pudo saborear media copita de vino espumoso.

17

Tienes una voz rara

—¿Y eso? —preguntó Nine extrañada cuando François le dijo que pensaba ir a comer a Le Plessis con su madre. No lo hacía a menudo, era Angèle quien iba a París a ver a sus hijos y sus nietos. Además, habían estado juntos hacía unos días, en casa del Gordito —. Dale un beso de mi parte —añadió con su indescifrable sonrisa de gata.

Sobre las diez de la mañana, François llegó al volante de su viejo Dauphine al aparcamiento del hospital de Senancourt, en el que su padre había estado hospitalizado, un enorme edificio austero, que le produjo la misma impresión triste, opresiva, que hacía cuatro años. Entonces volvía de un viaje bastante movido a Praga y había encontrado al señor Pelletier recostado en una pila de almohadas, respirando anhelosamente. Toda la familia estaba allí, fingiendo pensar que sólo había sido un susto, que la vida volvería a su cauce habitual... *Joseph*, el gato, dormía ovillado entre las piernas del anciano.

«Qué bien... que hayas venido», le había dicho su padre con un hilo de voz.

François se sentó y le cogió la mano, que notó fría. Y como de pronto Louis parecía querer decir algo, que no le salía, François, presa del pánico, se volvió hacia su madre y le cedió el sitio a toda prisa. Vio que la señora Pelletier se inclinaba y acercaba el oído a los labios de su marido, como para escuchar un secreto, mientras le sostenía la mano, concentrada. Luego, fue ella quien habló. François no oyó su respuesta, pero su voz era casi serena, como tranquilizadora.

Angèle permaneció así largos instantes, inclinada sobre su marido.

Cuando volvió a levantarse, estaba llorando. Después, le había cerrado los ojos.

Eso fue lo que le vino a la memoria, envuelto en una bocanada de dolor asfixiante.

Bueno, y también aquello otro, que siempre sería un misterio. Menos de un cuarto de hora después de su muerte, una enfermera le había atado el mentón con un ancho trozo de tela, para evitar que la boca se abriera antes de que se produjera el *rigor mortis*.

Inexplicablemente, esa tela llevaba los colores de la bandera francesa. El caso es que, de algún modo, todo el mundo aceptó aquel despropósito como si se tratara —cosa muy poco probable— de la última voluntad de Louis Pelletier. Desde entonces, nadie se había atrevido a comentar nada sobre el asunto.

Y ahora él volvía a estar allí, a unos treinta metros de la escalera de la entrada por la que subían y bajaban enfermos, visitas y médicos de bata blanca que arrojaban al suelo su cigarrillo antes de volver al trabajo.

El domingo 10 de mayo de 1959, Jean había abandonado la habitación de su padre a las ocho como muy tarde, con los últimos visitantes.

François se acercó a la puerta y consultó el horario de hospital.

Luego, dio media vuelta y echó a andar por la avenida Jacques-Lantier, que llevaba al centro de la localidad y que sor Agnès, conduciendo su VéloSoleX, también había tomado la noche de autos.

François tuvo que caminar un buen trecho antes de encontrar, «frente al escaparate de la zapatería Coquet», el único punto de referencia que daban los periódicos, el semáforo en rojo en el que sin duda la joven se había detenido y donde un coche que iba detrás la había embestido y había lanzado su cuerpo a varios metros de distancia.

Allí no había nada que ver, aparte de la zapatería, que seguía existiendo, y el semáforo, que continuaba marcando el ritmo del cruce. Aquella noche llovía fuerte, las calles estaban desiertas, no había habido testigos.

Ingenuamente, los ojos de François intentaban descubrir algún rastro del accidente, escrutaban el bordillo contra el que debían de haberle golpeado la cabeza a la joven monja. No debía de existir una acera más normal que aquélla, ni un encintado de granito menos extraordinario.

En sus tiempos de periodista, habría entrado en la zapatería y hablado con unos cuantos vecinos, pero en esa época no iba a los escenarios de los crímenes cuatro años después del hecho, cuando la memoria ya ha borrado o transformado los recuerdos.

Volvió al coche sin haber sacado nada en limpio.

Lo único seguro era la hora de la partida de Jean, confirmada por testigos y muy anterior a la de la religiosa. No veía por qué su hermano, en ruta hacia París, iba a volver sobre sus pasos hora y media después...

En el momento del accidente, mejor dicho, del asesinato, Jean ya debía de haber llegado a casa y estaría en la cama.

Se tardaban unos veinte minutos en ir de Senancourt a Le Plessis. Ese trayecto también le trajo muchos recuerdos, incluida aquella imagen de su madre, que, cuando llegaban sus hijos, como si tuviera una intuición infalible, siempre estaba en la puerta de casa, secándose las manos en el delantal.

Por supuesto, desde la muerte de su marido, Angèle no era del todo la misma. François sabía que Nine la llamaba regularmente. Él debería hacerlo más a menudo.

—Gracias por venir...

La casa olía a ternera *bourguignon*. Se habían acomodado en el saloncito y, deliberadamente, François había tomado asiento en el sillón de su padre; verlo vacío lo habría apenado.

Angèle se había quitado el delantal y hacía girar la copa del aperitivo entre sus manos, pensativa.

—Tú no has venido porque sí... —Y, como su hijo enarcó una ceja interrogativa, adoptó un tono teatral para declarar—: ¡Mi respuesta es no!

Sonreía.

—Mamá...

—Te he dicho que no. Y esta vez va en serio.

—¡Sé lo que cuesta, mamá!

—¡Pues imagínate yo! Precisamente por eso te digo que ni hablar. Además, ya está todo pagado, no hay nada que hacer.

—Sí, reembolsártelo... —Y, antes de que su madre abriera la boca, añadió—: Al menos, una parte... Por favor.

Aunque la oferta de llevarse a cuatro de sus nietos a Beirut en Navidades había emocionado a (casi) todo el mundo, ni a Hélène ni a él les parecía bien que su madre corriera con todos los gastos. Pero ambos sabían por adelantado cómo acabaría la cosa. Los dos la asediarían y, luego, renunciarían, contentos de ver que su madre seguía teniendo carácter y voluntad, y tranquilos porque sabían que podía asumir el coste del viaje sin ponerse en una situación difícil. No obstante, jugaban la partida como si no conocieran el resultado, era una cuestión de respeto.

De forma inevitable, la conversación los llevó a Colette.

—¿Se sabe al menos si la ha visto un médico?

François abrió las manos: ni idea.

Angèle estaba convencida de que Geneviève le había robado a aquella niña, de la que Louis y ella habían cuidado en Beirut durante mucho tiempo. Tenía la sospecha de que convivir con su madre la había enfermado, cosa que nunca habría ocurrido si...

Empezó a llorar silenciosamente.

François se levantó y se arrodilló frente a ella con los brazos cruzados sobre sus rodillas, en una postura heredada de Étienne, su hermano pequeño, que había sido su inventor. Parecía que fuera él quien necesitaba consuelo. Angèle le acariciaba el pelo con una mano suave, cálida y distraída.

—Habla con tu hermano, François, hazlo por mí —dijo secándose las lágrimas.

Con un gesto, su hijo se lo prometió.

Dejaron el tema.

Durante la comida, Angèle le contó su plan de vender el lote de ocho hectáreas de bosque que Louis había insistido en adquirir dos años antes de su muerte y que nunca había sido de ninguna utilidad. Tenía intención de repartir el producto de esa venta entre sus nietos.

Mientras la oía hablar de sus proyectos y de las anécdotas del vecindario, François la miraba y la encontraba tan guapa que le daban ganas de abrazarla de nuevo. Sentía como un ahogo la necesidad de abrirse a ella, de hablarle de todas aquellas pequeñas cosas de la infancia, de decirle lo felices que los había hecho a todos.

La ausencia de François durante los últimos días de su padre seguía en la memoria de todos. Nadie se lo había reprochado, ¡estaba en la cárcel! ¡En la cárcel, a pesar de ser inocente! Pero, fuera cual fuese la razón, no había compartido aquellas horas de angustia con el resto de la familia. Habían temido por él tanto como por su padre, pero él había vuelto sano y salvo, incluso había construido parte de su éxito sobre su aventura... Por eso, Angèle mencionaba menos la muerte de su marido ante él que ante sus otros dos hijos, porque no quería que sintiera otra cosa que pena. Que se culpara de nada.

—¿En qué estás trabajando, hijo? ¡No me cuentas nada!

—Estoy buscando, mamá, buscando...

Decía la verdad.

Hablaron de Philippe, de aquella espantosa escena urdida por Geneviève justo cuando, gracias a su victoria en el torneo, el niño creía haber recuperado la estima de su madre...

—Pobrecito...

—Quizá el Gordito debería defenderlo con más decisión... —opinó François.

—¿Frente a Geneviève? Yo creo que ha renunciado. Aunque estoy segura de que esa situación lo atormenta, ya sabes lo sentido que es, las emociones lo desbordan.

Con la mirada perdida, Angèle negaba con la cabeza, apesadumbrada. François se sintió incómodo. Si descubría algo en relación al Gordito, ¡qué drama sería para su madre!

¡La mataría!

No podría sobrevivir a...

Entonces, de pronto, François salió de su obsesión por la verdad, de su porfía en averiguar qué era cierto y qué falso.

Por primera vez, se imaginó con toda claridad las consecuencias familiares. Si Jean era culpable... Ni siquiera mentalmente era capaz de pronunciar esa palabra, sólo veía una imagen, la guillotina, con el resto de las imágenes siniestras que llevaba aparejadas de forma inevitable: el patíbulo, la pesada cuchilla oblicua, la gran cesta de mimbre en la que caía la cabeza, y aquella pregunta que seguía sin respuesta: ¿continuaba viviendo un breve instante, se veía a sí misma separada del tronco?

Esa cabeza ensangrentada, ¿seguía parpadeando en el fondo de la cesta?

Pero antes de ese trance, la larga tortura de la espera. Para el condenado, los días de angustia, las escasas visitas autorizadas, insoportablemente dolorosas, las horas, extinguiéndose una tras otra...

Jean lloraría hasta quedarse sin lágrimas.

Y su madre...

¿Y Colette, Philippe?

¡Qué tragedia se disponía a desencadenar!

¿Qué necesidad había de destrozarles la vida a los demás, a sus seres queridos, a su madre, a todo el mundo?

¿Qué estaba haciendo?

Pensó en su padre, que jamás habría aceptado someter a su mujer al suplicio de tener que acompañar al patíbulo a su primogénito... ¡denunciado por su hermano!

Viendo el envejecido y hermoso rostro de su madre, y el dolor que le iba a causar, François tomó la decisión irrevocable de abandonar aquella investigación absurda, irresponsable. Al instante, su conciencia se sintió aliviada, y respiró hondo. Aquello se había acabado.

Su madre golpeaba el mantel con el índice para recoger las migas de pan, un gesto que François le había visto hacer desde que tenía memoria, pero que esta vez le provocó una emoción nueva.

—... cuando papá estaba en el hospital...

¿De qué hablaba?

François había perdido el hilo de la conversación.

—Te estaba recordando que atropellaron a una monja joven... Bueno, pues, cuando se enteró, el Gordito se descompuso. —¿Por qué, justo cuando acababa de tomar una decisión tan firme, tenía su madre que...?—. Un chica estupenda, sor Agnès... —continuó—. El Gordito se había ido... no sé, como una hora antes que ella. Ya estaba muy afectado por la enfermedad de papá, verlo así, respirando con aquella ansia, lo angustiaba tanto... Por eso se dio

ese golpe, creo yo, estaría pensando en otra cosa. Tuvo suerte de que sólo fuera una abolladura...

Absorta en sus pensamientos, Angèle tenía el vaso tan inclinado que François extendió la mano y lo enderezó con suavidad.

—¿Un golpe?

—Sí, Geneviève armó un escándalo, porque tuvieron que ir en taxi durante varios días, ya la conoces...

El corazón de François volvió a aporrearle el pecho.

Agitado por ideas que se atropellaban, hasta el postre le costó mucho mantener una conversación con su madre, que le preguntaba por su trabajo, por Nine, por el taller, por los niños... François no veía el momento de irse, de poner orden en sus ideas...

En cuanto salió de Le Plessis, estacionó en el arcén y, como en los viejos tiempos de *Le Journal du Soir*, apuntó en su libreta:

J. en el hospital, ¿20:00 h?
Atropello de la monja, ¿21:00 h?
Taxis: ¿el coche ya no funcionaba?
¿Tipo de accidente?
¿Gravedad?
¿Punto de impacto?

En París, corrió a la primera oficina de correos y se instaló en un banco con los listines.

En 1959, su hermano tenía un Simca, François recordaba perfectamente aquel modelo, un Aronde de un tono azul muy claro, que a él nunca le había gustado. Para disfrutar de los servicios de un

taller fiable y disponible en caso de necesidad, seguramente lo había comprado no muy lejos de casa.

En el decimocuarto distrito, en el que vivía Jean por entonces, había una decena de talleres, pero sólo dos concesionarios de la marca Simca.

Tuvo el tiempo justo para anotar las direcciones antes de que la oficina cerrara.

El más cercano estaba en la rue Cassini. Consultó su reloj. ¿Por qué no?

En sus tiempos de reportero, utilizaba todo un repertorio de subterfugios más o menos lícitos para conseguir información. Esta vez, trabajando por cuenta propia, se sentía inerme. Según los investigadores, el coche había golpeado a la monja con el guardabarros derecho. Era el dato que debía verificar.

¿Qué diría?

¿Hablaba con el dueño del taller?

En calidad, ¿de qué?

Mentalmente, barajó una serie de motivos, a cuál menos plausible, por desgracia, así que, cuando llegó a su destino, los había descartado todos.

Era un taller tradicional, con su surtidor de gasolina, su frontón con el nombre pintado en grandes letras rojas, el puente con sus dos raíles, estanterías con productos, una pila de neumáticos, un Florida blanco colocado sobre bloques de madera, un 403 con el capó levantado...

Y un mecánico al que sólo se le veían los pies, porque estaba tendido bajo un Versailles, jurando y echando pestes del «jodido perno».

François se quedó en la entrada.

A su derecha, el despacho acristalado, con la pared adornada con calendaros publicitarios de marcas de lubricante, pósteres de coches clavados con chinchetas y con las esquinas encarrujadas, y un planning sobrecargado; también se veían un armario metálico, dos escritorios cubiertos de papeles y un teléfono de color crema con huellas de dedos que se habían quitado la grasa en el mono de trabajo. Olía a pintura, aceite de motor y Gauloises.

François no tenía ni idea de lo que iba a decir cuando lanzó un «¡Buenos días!» más fuerte de lo que le habría gustado.

El mecánico se interrumpió, y François lo vio salir de debajo del vehículo y volver la cabeza hacia él, interrogativo.

—¿Qué quería?

No parecía dispuesto a levantarse; seguía tendido sobre el carrito rodante, indeciso, con la llave de tubo en la mano. Tendría unos cincuenta años, la cara regordeta, el pelo rubio y una mancha negra en la mejilla, como si se la hubiera frotado con la manga sucia del mono.

—Es por una factura —respondió François.

—Hoy no hay nadie en el despacho.

—Es que... es un poco urgente —dijo François.

El tipo soltó una risita breve, se levantó y avanzó hacia él limpiándose las manos en un trapo.

—¡Vaya! Los clientes no suelen tener prisa por pagar la factura...

—No, no, se trata de una reparación antigua...

—¡Ah, ya! ¿Muy antigua?

—De mayo de 1959.

El mecánico soltó un silbido por lo bajo, como asombrado de que alguien pudiera interesarse por una época tan lejana.

—¿Qué le arreglaron?

—No fue a mí, fue a mi hermano, Jean Pelletier. Tenía un Simca. La carrocería. —Asaltado por la duda, añadió—: A lo mejor no fue aquí... Es decir... creo que lo repararon aquí, pero...

Por la sonrisa apenada que le dirigía, se veía que el mecánico compartía su incomodidad.

—Pero no está seguro...

—No, pero diría que sí... En fin...

—Ya veo.

—¿El dueño no está?

—No, un día a la semana, visita a los proveedores. —Nueva risita —. Y aprovecha para darle un repaso a una chavalita que tiene por la zona de Nation, como si dijéramos para unir lo útil a lo agradable... Pero bueno, entonces esa factura, ¿para qué...?

—Una inspección fiscal, hay que justificar un montón de cosas...

—¡Uf! ¿Una inspección fiscal? ¡Qué cosa tan antipática! El jefe tuvo que pasar una hace dos años, ¡y menudo incordio!

—Y usted que lo diga...

François sonreía, en plan colega.

—Lo que pasa es que no será nada fácil de encontrar... —dijo el mecánico.

François señaló el despacho.

—Parece bien ordenado...

—En fin, podemos intentarlo...

Entraron. El mecánico se quedó en la puerta, sin dejar de limpiarse las manos con el trapo grasiento.

François abrió el armario metálico. De vez en cuando, se volvía hacia la puerta con una sonrisita de disculpa.

Rápidamente, pasó revista a los clasificadores. Abajo del todo, los años anteriores. Había dos «1959». Los hojeó y dio con una factura a nombre de Jean Pelletier.

—¡Sí, aquí está!

La victoria le anudó la garganta.

Luego, instintivamente, miró el total. Poco menos de mil francos.

El mecánico se había acercado.

—¡Vaya! ¡Sí, cierto, ahí está su factura!

Parecía contento.

El hombre cogió el clasificador, lo colocó sobre el pequeño mostrador, accionó el cierre metálico con un golpe seco, sacó la factura, la miró y dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta, caballero?

—Sí...

—¿Me toma por gilipollas?

—¿Perdón?

—Le repito la pregunta. Con todo ese rollo de su hermano, la inspección fiscal y la biblia en verso, ¿me toma por gilipollas? —Sostenía la factura descuidadamente—. A mí me parece que este papel le hace mucha falta. Y por motivos que no me interesan, pero que no tienen mucho que ver con Hacienda. —Negaba con la cabeza, satisfecho de su dictamen. Señaló el documento—. Pero bueno, no vamos a discutir por tan poca cosa, además, yo tengo que seguir trabajando. —François empezaba a respirar—. ¿Cómo piensa pagarme? —preguntó el mecánico de pronto.

—¿Qué quiere decir?

—¡Pues eso! Así es como funciona el comercio, te dan la factura cuando has pagado, ¿no lo sabía?

François tardó unos segundos en comprender... Le iba a hacer pagar la factura... ¡el importe de la reparación!

Ante la incredulidad de François, con un movimiento de cabeza hacia la factura, el mecánico añadió:

—Sí, lo sé, la chapa no es barata.

¿François la necesitaba hasta ese punto?

Sí, era (quería estar seguro de ello) el documento que iba a exonerar al Gordito. Sacó la chequera. El mecánico lo detuvo con un gesto.

—La casa acepta cheques, yo, no. Sólo metálico. ¿Cuál es su banco, el Crédit lyonnais? Hay uno a dos pasos de aquí, en el bulevar. —El reloj de pared marcaba las diecisiete treinta—. De hecho, no creo que tarden en cerrar. Esos tipos han nacido cansados. —Dobló la factura y se la guardó en un bolsillo del mono —. Mire, si me paga en mano, no contaremos el IVA, ¿eh? Tampoco hay que pasarse...

François corrió al banco, llegó justo antes del cierre y le dio un buen pellizco a la economía familiar.

El tipo le hacía pagar ochocientos francos por aquel papel, pero además en su forma de actuar había algo humillante, aquello no era sólo una transacción. Por un momento, François pensó que, en vez de pagarle, debería partirle la cara, pero al instante se imaginó la pelea, los daños, las consecuencias, concéntrate en lo esencial, se decía mientras volvía a entrar en el taller.

El mecánico, que estaba guardando las herramientas, fue hacia él y se sacó la factura del bolsillo.

—Bueno, son ochocientos cincuenta francos con veinticinco... —François contó ochocientos cincuenta francos—. Y veinticinco céntimos... —insistió el mecánico mirándolo a los ojos. François pensó que bromeaba. No lo hacía—. Lo siento, caballero, pero ya sabe cómo son los contables, si faltan los céntimos, me hará la vida imposible.

Con las prisas, François sólo había sacado los ochocientos cincuenta francos. Buscó en sus bolsillos. El mecánico lo miraba fríamente, François iba a apurar el cáliz hasta las heces.

Por suerte, encontró una moneda de cincuenta céntimos, que le tendió.

El hombre se palpó los bolsillos sin dejar de mirarlo fijamente.

—Me parece que no voy a tener suelto...

François se limitó a coger la factura, dudó un último segundo si pegarle un mamporro, pero prefirió irse.

Al llegar a la acera, se detuvo y examinó aquella hoja de papel, que le había costado una fortuna.

Las manos empezaron a temblarle.

En el primer bar, llamó a Nine para avisarla de que volvería tarde.

—¿Te pasa algo? Tienes una voz rara...

La rue Delbet solamente tenía un carril para los coches y otro para aparcar, y era de sentido único a partir de la rue d'Alésia.

Jean había tenido el accidente el 10 de mayo.

François volvió a sacar la factura.

Pelletier, Jean

75 – París

14 de mayo de 1959

Factura 59/113

Grúa (rue Delbet, 25, el 11/5)	75,00
Guardabarros derecho	231,50
Pintura	120,00
Parachoques delantero	137,25
Rueda delantera derecha, neumático nuevo	110,50
Mano de obra	176,00
Total	850,25
Precio con 13 % de IVA incluido	960,78

El Simca había pasado la noche en la calle; no lo habían remolcado hasta el día siguiente.

Pero, en una calle tan estrecha, si te estampas con el coche, ya no pasa nadie, hay que despejar la vía.

De inmediato.

No a la mañana siguiente.

Si el Simca se había entregado tres días más tarde, el 14, estaba claro que no se había esperado a que pasara un perito de la compañía de seguros. Con esa gente, la demora mínima era una semana, a veces mucho más.

O sea que no había un tercero conocido.

O sea que Jean se había accidentado solo.

¿Cómo era posible, en una calle de sentido único?

¿Con qué había chocado?

François avanzaba por la acera con el estómago revuelto.

A la altura del número 25, un vado interrumpía la zona de estacionamiento.

François se inclinó hacia la farola situada al borde de la acera, abollada a unos cincuenta centímetros del suelo. Se agachó.

Qué tenaz era la pintura de carrocería, y como además las farolas nunca se limpiaban...

Cuatro años después, todavía se distinguían restos de pintura.

Azul claro.

Jean había chocado con la farola.

Voluntariamente.

François contuvo una arcada.

18

1955. La escopeta

—Parece ser que René ha matado un jabalí negro... Enorme.

Manuel alzó la cabeza rápidamente y, para disimular, se quitó la boina y se la sacudió contra la rodilla, como si acabara de salir de un granero polvoriento.

—¿Dónde? —preguntó fingiendo indiferencia.

—No me lo ha dicho. Por la parte de Foncrose, creo.

Allí era donde había visto al jabalí la primera vez. Oír aquello fue una conmoción.

¿Era posible que fuera ahora, precisamente ahora, cuando se le escapara el jabalí? ¿En el momento en que acababa de conseguir el permiso de caza? ¿Y que, milagrosamente, ya estaba equipado?

Durante el examen, el inspector había dado un largo rodeo para hacerle preguntas sobre los jabalíes, y la extensión de los conocimientos de Manuel lo había impresionado.

—¡Cuando tengas el permiso, te dejaré la escopeta! —decía el señor Ramos.

Manuel no respondía, pero, aparte de que estaba pensada más bien para los corzos, el arma de su padre no era demasiado buena: una carabina Simplex de Manufrance, un rifle largo del .22 con una

precisión limitada, debido al desgaste del cañón y a la mira, bastante estropeada.

Manuel no estaba orgulloso de pensar eso. Su padre le tenía mucho aprecio a su escopeta, dejársela era una muestra de confianza. Era la primera vez que Manuel lamentaba la falta de medios de su familia, que se avergonzaba de ella y también de avergonzarse.

Había dejado la escuela hacía tres años, tras obtener el certificado de primaria, como Solita antes que él, y ahora ayudaba a su padre como peón. Con ese motivo, el señor Ramos les había anunciado que en adelante cada uno de los dos recibiría... ¡ciento cincuenta francos al mes! Era muchísimo, la mayoría de sus compañeros que trabajaban en la granja familiar no cobraban nada, tenían que conformarse con lo les daban... cuando les daban algo. Esa decisión, aunque era una buena noticia, hizo que Manuel se sintiera vagamente incómodo. Durante los dos años que Solita había trabajado sola en la granja, el tema del dinero no se había mencionado, y ahora que eran dos, se hablaba de él, ¿Por qué motivo? ¿Tan secundario era el trabajo de su hermana que nadie había pensado en sus necesidades?

Manuel había dejado a un lado esa cuestión, porque, nada más enterarse de la noticia, había empezado a hacer cálculos. ¿Cuánto tardaría en ahorrar lo suficiente para una escopeta adecuada para el jabalí? Contaba y volvía a contar, y nunca le salía el mismo resultado.

Y un día, adiós a los cálculos y las estimaciones: su padre se levantó y, ante la mirada enternecida de su mujer, ¡le regaló una Darne modelo R 10! Doble cañón yuxtapuesto, calibre 12. De

segunda mano, claro, pero una buena arma, la madera de la culata y de la parte de delante tenía algunas grietas (el mecanismo de cierre también resultó ser un poco caprichoso), pero aparte de eso, ¡qué magnífica escopeta! Cuando la recibió, trató de recordar si a su hermana le habían regalado algo por sacarse el certificado, pero luego se olvidó del asunto.

Ahora que tenía su propia escopeta, cualquier ocasión era buena para salir a cazar. Participó en algunas batidas, que no iban con su carácter, más bien solitario; no tenía suficiente paciencia para esperar, escondido, el paso de los animales. Quedaba el rececho. Encontrar la pista de un animal, seguirle el rastro, eso era lo que le gustaba. Antes de tener derecho a cazar, había recorrido el campo en busca de su jabalí y, de esa forma, había aprendido a localizar las huellas de las pezuñas, los excrementos, a seguir los senderos, a observar de cerca las raspaduras y los pasillos abiertos en la vegetación.

Desde que tenía el permiso, había encontrado jabalíes, y había matado alguno, pero esas victorias le recordaban la única que le importaba y que seguía siendo inalcanzable.

Y ahora resultaba que René había matado a «su» jabalí.

Montó en cólera.

A un paso que procuraba fuera tranquilo, se dirigió a Foncrose, donde encontró al jabalí, que más tarde irían a buscar con el tractor. Un hermoso animal de más de cien kilos, pero no era el suyo. En vez de alivio, sintió una especie de ansiedad. ¿No estaría corriendo detrás de un fantasma? Su jabalí había existido, por supuesto, pero puede que lo hubieran matado en otro sitio, en la otra punta de su territorio, que podía sobrepasar los quince kilómetros cuadrados.

Y, aunque lo encontrara, ¿lo mataría?

Y, si lo mataba, ¿se quedaría tranquilo?

Ésas eran sus cavilaciones cuando llegó a la granja y cruzó el patio. Un ruido procedente del establo atrajo su atención. Fue allí y se encontró a su padre reparando los ronzales de las vacas. Manuel se quedó parado al ver el ceño fruncido y la mirada sombría del señor Ramos.

—¡Ah, hijo, ¿eres tú?! —exclamó alzando la cabeza.

Pero se veía que estaba preocupado.

—¿Puedo ayudarte?

Su padre se limitó a negar con la cabeza: no.

Así fue como se enteró Manuel del resultado de la reparcelación.

El plano que se anunciaba desde hacía días al fin había llegado. Estaba expuesto en el ayuntamiento.

—¡Pero bueno! —exclamó el señor Poitaud, al que el señor Ramos había ido a ver de inmediato—. ¡Gana usted cuatro hectáreas de prados y dos de raíces y tubérculos! ¡Pasa de treinta y tres a treinta y siete! ¡Por el mismo precio! ¿Y no está contento?

Explicada así, la reparcelación parecía ventajosa.

—¡Sí, ya! —replicó el señor Ramos, que intentaba repetir los argumentos de su mujer—. Pero nuestra principal actividad es el cereal, ¡y perdemos dos hectáreas! En cuanto a los prados, tenemos cuatro hectáreas más, pero están aún más lejos que antes. Y en pendiente...

El señor Poitaud soltó una risotada divertida y, posándole la mano en el hombro, exclamó:

—¡Ay, estos campesinos! Nunca estamos contentos, ¿eh?

Por el camino de vuelta, el señor Ramos oía ya el silencio de su mujer, que era el peor de los argumentos. La vajilla hacía aún más ruido que de costumbre cuando la colocó en el vasar.

Esa noche, Manuel se llevó aparte a su padre para hacerle entender que, si globalmente ellos salían perdiendo, en cambio, las posesiones del señor Poitaud habían ganado no poco en valor.

—¡Quien mejora con la reparcelación no somos nosotros, es él! Para conseguir las grandes extensiones de la meseta, de algo tenía que deshacerse. ¡Y se ha deshecho de nosotros!

Se lo había dicho a escondidas, para no darle motivos añadidos de descontento a la señora Ramos, pero, cuando recibieron la notificación oficial con el plano de conjunto, la verdad saltaba a la vista.

—¡Yo no mando en la reparcelación, señor Ramos! —alegó el señor Poitaud cuando no tuvo más remedio que dar explicaciones—. ¿Acaso cree que la diseñé yo! ¡Fueron los ingenieros agrónomos!

—¿Es definitivo?

—Ahora que la prefectura se ha pronunciado, sí, creo que sí... —Por primera vez, el señor Poitaud vio a su granjero a dos dedos de devolverle sus tierras—. Mire, señor Ramos, yo no quiero que se sienta estafado. Haremos lo siguiente. Cuando renovemos el contrato... Porque ¿piensa renovarlo o marcharse a otro sitio? —El señor Ramos, herido, no sabía qué hacer... El señor Poitaud lo cogió paternalmente del brazo—. Bueno, pues cuando lo renovemos, intentaremos hacer algo, aún no sé el qué, ya se nos ocurrirá algo. ¡Para compensar las consecuencias de la reparcelación!

La señora Ramos no dijo nada.

Manuel no condenaba a su padre, cuya posición frente al señor Poitaud distaba de ser fácil, no obstante, se sentía en el bando de su madre.

Faltó poco para que fuera a hablar con el propietario... horca en mano.

19

Confía en mí

Apoyado en la barandilla del puente, Jean observaba las obras con una mezcla de admiración y orgullo. Lo único que había hecho era aportar dinero, pero, desde que había entregado los sobres en persona, se sentía partícipe del proyecto. No había estado tan eufórico ni siquiera cuando había inaugurado la tienda de ropa blanca.

No esperaba que la actividad pudiera ser aún más intensa que durante su primera visita con Geneviève.

Pero así era.

Quizá porque las máquinas que faltaban ya habían llegado, o por el aluvión de contrataciones de los últimos días. El caso es que legiones de obreros con casco se movían en todas direcciones, y él contemplaba fascinado las nubes de polvo que levantaban los neumáticos gigantes, los camiones volquete girando en rotación con cargamentos de tierra ocre o cemento blanco, las grúas inmensas que hacían oscilar colosales bloques de hormigón al extremo de sus cables tensos y los depositaban en el suelo con la delicadeza de una manicurista. Habría podido pasarse horas contemplando aquel espectáculo.

Al mismo tiempo, dejaba vagar sus pensamientos.

Y no todos eran alegres.

La actitud de Geneviève hacia Philippe lo entristecía cada vez más.

Si no estaba enfadado con ella, como cabría esperar, era porque en el fondo comprendía su actitud. El chico era una decepción para ella tanto como él lo había sido para su padre. Puede que este último tuviera un carácter mucho menos áspero, pero daba igual: sólo era una cuestión de intensidades.

Él mismo juzgaba a Philippe con severidad. Y, sin embargo, al mismo tiempo se sentía culpable, porque él mismo era la fuente de los defectos de su hijo. Su propio sufrimiento y el de Philippe tenían un origen común: él mismo, Jean Pelletier.

En cuanto a Colette, le parecía un misterio. Era buena, cariñosa, incluso brillante... pero también desgraciada. Además de amargarle la vida a su hijo, ¿estaba haciendo lo mismo con su hija?

¿Qué hacer? ¿Cuál era el problema? Su preocupación se había reavivado tras la conversación reciente con Hélène, que había vuelto a sacar a relucir aquella lamentable ceremonia en la que Geneviève había intentado ensalzar a su hija a costa del pobre Philippe.

—¡Se diría que quiere a quien la odia y detesta al único que la quiere! —había exclamado su hermana.

Era una idea un poco enrevesada para él, pero entendió lo esencial.

Hélène y él se habían encontrado en un café, como hacían de vez en cuando. A él le había impresionado el parecido de su hermana con la madre de ambos tal como la recordaba cuando él tenía unos diez años.

Todo aquello lo entristecía, pero, por suerte, también tenía motivos para consolarse.

Para empezar, había resuelto de una forma totalmente inesperada el asunto de dotar de un futuro al pequeño Michel, el niño salvado del incendio. Tras el fracaso de la sisa sobre los sobornos del bulevar periférico, se le había ocurrido, como por milagro, una idea doblemente prodigiosa que le permitiría donar al niño una suma mucho mayor... y sin gastarse más de cuatro o cinco mil francos.

Para llevar a cabo aquel ambicioso proyecto necesitaba la ayuda de su mujer, y había aprovechado el periodo de desánimo que atravesaba Geneviève a raíz del ridículo episodio del baile de Navidad —que aún no conseguía digerir— y, sobre todo, del final de aquella aventura que tanto la había hecho vibrar.

Los espléndidos artículos de periódicos y revistas sobre «el héroe de la rue Caulaincourt» habían sido pronto sustituidos por otros temas: los ecos del suceso se apagaban, privando a su mujer del placer de exhibirlos a ambos y, según ella, de dar publicidad a Dixie; algo que, por cierto, jamás se había comprobado.

Parecía una vedette de *music-hall* que, tras haber saboreado el aplauso de un gran público, se encontrara de pronto sin contrato.

Él aprovechó aquel estado, una especie de depresión posparto, para poner en órbita su idea.

—Estoy preocupado por el pequeño Michel... —dijo sin rodeos.

Estaban en el despacho de la empresa; su mujer hablaba por teléfono con los proveedores.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Por el futuro del bebé, Geneviève. ¡Ahora es un huérfano!

—Tendrá que hacer como todo el mundo: ponerse a trabajar temprano.

—Cierto. Pero, aun así, me preguntaba si no deberíamos ayudarlo un poco... económicamente.

Sospechando que hablaba de hacerle una donación, Geneviève estalló.

—¡Por si haberle salvado la vida fuera poco...! —Siempre hablaba de ese hecho como si ella hubiera intervenido directamente—. ¡Ahora encima hay que...!

Él la contuvo con un gesto.

—¿No te parece que se podría organizar una colecta popular?

Geneviève, detenida en pleno vuelo, alzó la cabeza y se quedó mirando la puerta.

Él intentó disipar sus dudas:

—No tengo ni idea de cómo hacerlo, pero...

—¡Yo sí!

Geneviève se había puesto de pie, hiperventilando, deslumbrada por las inauditas perspectivas que aquella propuesta dejaba entrever.

—¿Ah, sí? —exclamó él ingenuamente—. ¿Y qué has pensado?

Era una lástima que, al mismo tiempo, tuviera que renunciar a que le retiraran la escayola, prevista para unos días más tarde.

—¡No, no, la necesitamos! —había sentenciado Geneviève, aunque él no acababa de entender por qué—. Esta vez, nada de confiar el asunto a *Le Journal du Soir* —decidió.

Era una ruptura de calado: aquel gran diario había acompañado las peripecias de toda la familia, dado trabajo a dos de los tres hijos Pelletier y proporcionado lectura a los cinco. Allí había hecho Hélène sus primeras armas, y François había publicado un reportaje muy popular: «Yo he sido espía detrás del Telón de Acero.»

A Jean, la idea de buscar otro periódico le resultaba extraña.

—Ya te lo explicaré.

Al día siguiente, ella le dejó sobre el escritorio la tarjeta de visita del director del *Écho de la France*, Gilbert Magnin.

—Será más eficaz. Confía en mí.

Écho de la France era un semanario de gran tirada especializado en titulares y artículos del tipo «Misterio en Saint-Germain-des-Prés: la desaparición que tiene en vilo a todo París», «Las confidencias de un guardaespaldas del Elíseo: ¡lo que habré visto!», o «Tour de France: la cara oculta de la Gran Ronda».

Un reportero del semanario los aguardaba a la entrada del centro de acogida. Geneviève, emperifollada como una marquesa, llevaba para el bebé unas prendas elegidas entre los saldos de Dixie y unas cajas de bombones para el personal, que, pese al cariño que decía profesar al niño, se sorprendió de no haberla visto nunca por allí, mientras que al señor lo recordaban perfectamente de otras visitas.

Poco después, el *Écho de la France* publicaba en primera página:

El Héroe de la rue Caulaincourt:
«¡Quiero que este huérfano
tenga todas las oportunidades!»

La pieza iba acompañada de una foto de Jean, de pie con la muleta, y de Geneviève, sentada con el bebé en brazos.

Y, a la izquierda, podía leerse:

En solidaridad con el Héroe de la rue Caulaincourt,
***Écho de la France* lanza una gran colecta popular**
¡Con garantía notarial, la totalidad de lo recaudado
asegurará el futuro del huerfanito!

El artículo mencionaba la donación de los Pelletier, unos tres mil francos, suma que Jean —decidido a cumplir con su obligación moral — había conseguido arrancarle a Geneviève.

—Ya llevamos treinta mil francos —le anunció ella la semana siguiente. Llamaba al periódico todos los días—. Y esto no ha hecho más que empezar. Estoy bastante contenta de mi iniciativa.

20

Cada uno hace lo que puede

Colette se había puesto el uniforme del liceo: su madre había logrado su propósito. Empezó el curso con desventaja en casi todo: inglés, matemáticas, ciencias naturales, historia, geografía, educación cívica... Sólo en francés estaba ya casi al nivel. Cualquier otro se habría agobiado. Ella, no.

Incluso sentía una curiosa excitación, como si se enfrentara a un reto.

—Es interesante —le dijo a Philippe, siempre asombrado de que alguien pudiera encontrar placer en la escuela.

Por las tardes, se sentaba a su mesa de trabajo mientras *Joseph* iba a colocarse junto a la lámpara, daba leves golpecitos con la pata en el bolígrafo mientras ella escribía y luego se acurrucaba en su regazo, esperando la hora de acostarse.

Había trazado un plan de estudio milimétrico. A veces, antes de apagar la luz, su padre se asomaba a verla.

—No trabajes hasta muy tarde —le aconsejaba.

Ella sonreía, se dejaba besar en la frente y volvía a sus verbos irregulares o a las ecuaciones de primer grado.

—Supongo que ahora tendrás demasiado trabajo para continuar con nuestras pequeñas sesiones... —dijo sor Amandine, con una leve tristeza en la voz.

Colette percibió esa nota de pena mientras se sentaba a su lado ante la estrecha mesa que compartían para los ejercicios de latín.

—¡Ni hablar! —protestó—. Estas sesiones son mis vacaciones.

Sor Amandine le dedicó una gran sonrisa de caballo y, mientras le preguntaba por su apretado programa escolar, se asombraba de verla no sólo tranquila, sino casi entusiasmada con el reto.

—Es mucho trabajo...

—Así me distraeré.

—¿Distraerte? ¿De qué?

—Yo me entiendo.

—«*Non interest se intellegere, sed intellegi*.»

Colette tradujo mentalmente: «Lo importante no es entenderse, sino hacerse entender», pero respondió sonriendo:

—Aulus Castorus Alba, *Reflexiones sobre la amistad.*

Sor Amandine asintió, divertida por la ocurrencia de inventarse un autor y un libro imposibles. Pero el mensaje estaba claro: esa niña era realmente ingeniosa.

Algo no iba bien en su vida, pero ¿qué?

Dios no había puesto a una monja en su camino porque sí. Sin embargo, sor Amandine no se creía con derecho a interrogarla. ¿Cómo ayudarla?, se preguntaba.

Colette sacó de su cartera un precioso volumen encuadernado en piel. Sor Amandine se puso las gafas y se inclinó para leer el título:

—*Antiquitates Romanae*...

—¡Es mi invitación al baile de Navidad! —exclamó Colette.

Sor Amandine la miró, perpleja, pero su sonrisa la tranquilizó enseguida.

—Mi madre intenta engatusarme para que asista al baile de Navidad del Club Iniciativas. En mi medio, es el mercado de las jovencitas: quiere comprarme para luego venderme.

—¡Colette!

—No lo digo del todo en broma, hermana. Sueña con que me case con el príncipe de Gales o con alguien por el estilo. Y como he decidido que no volveré a ese baile, me ha regalado esto. «¡No hay nada tan apasionante!», me aseguró.

Esta vez la monja no pudo contener la risa.

Antiquitates Romanae, de Dionisio de Halicarnaso, contaba la historia de Roma desde su fundación legendaria hasta el comienzo de las guerras púnicas, y tenía fama de ser la obra más farragosa, academicista, moralizante y, para ser sinceros, la más cargante de toda la prosa latina.

—¡Cinco tomos! —recalcó Colette.

—No es muy caritativo que me ría de su madre... —se excusó la monja secándose los ojos.

Para no ponerla en un aprieto, Colette se abstuvo de contarle que aquel intento de seducción no era más que la continuación de otro que ella misma titulaba, en su fuero interno, «Gemidos y lloriqueos», y que tampoco había dado el menor resultado. «No te imaginas la pena que me da, me habría gustado tanto...», solía decirle Geneviève estrujando el pañuelo con ambas manos.

Y tampoco le habló —porque no lo había presenciado— de la patada, violenta y traicionera, que su madre había propinado al pobre *Joseph* por puro despecho.

La mención a Dionisio de Halicarnaso le había servido de pretexto para cambiar de tema, pero subestimó la tenacidad de la monja. Para volver al asunto, ésta sacó a colación un pasaje de las *Cartas sobre las costumbres y las virtudes*, de un tal Flavio Séptimo.

—«*Inest in natura hominum res severas fugere in secundariis negotiis agitandis. Sed periculum fugere nihil prodest; nam sive ocius, sive serius, periculum se nobis infert.*»

—«Forma parte de la naturaleza del hombre rehuir las realidades molestas refugiándose en ocupaciones secundarias —tradujo su alumna—. Pero de nada sirve huir del peligro, porque tarde o temprano se nos echa encima.»

—¿Eso va por mí? —preguntó secamente.

—Bueno... diría que vale para todo el mundo.

—¡Yo no rehúyo nada, hermana! Y esas «ocupaciones secundarias», ¿serían mis estudios?

Pero sor Amandine no se desconcertaba fácilmente.

—Los estudios no son secundarios, claro que no, Colette. Flavio Séptimo se refiere a «distraerse» con los estudios...

—¡Me gusta estudiar, así que estudio!

—«*Mens nostra fidere solet eis argumentis quae praebent facilem requietem atque probabilem rationem*» —soltó la monja.

—«Nuestra mente —tradujo Colette— suele fiarse de los argumentos que ofrecen un consuelo fácil y una explicación plausible.» —Luego, tras un breve silencio, añadió—: Cada cual hace lo que puede.

—Está muy bien que se preocupe por sus estudios —volvió a la carga la monja sin perder la calma—, pero debería pensar también en usted. En su vida.

—¿Y usted qué sabe de mi vida? —replicó ella con rabia.

Sor Amandine le acarició la mano con suavidad.

—Nada en absoluto, Colette. Sólo me pregunto si es feliz —repuso, y al ver que la chica estaba a punto de echarse a llorar, agregó—: Dicho lo cual, también tengo algunos conocimientos de matemáticas y geografía. Si necesita ayuda...

21

Se le cortó la respiración

Philippe no tenía una creatividad desbordante, así que le costó mucho imaginar un sistema que le permitiera ver al fin los pechos de tía Thérèse, fantasía que lo torturaba hasta en sueños.

—No tienes buen aspecto... —le decía su hermana durante el desayuno mientras su tía pasaba el brazo entre ellos para dejar en la mesa la leche o la mantequilla (se habían acostumbrado a que les sirvieran).

—¡No tengo nada! —replicaba él, irritado por tener que hablar con su hermana mientras el olor del brazo de tía Thérèse se le subía a la cabeza y uno de sus pechos estaba a punto de rozarle la mejilla.

Colette lo veía muy pálido, tenso; no parecía el mismo. Se lo había comentado a su padre, que se limitó a responder:

—Es la adolescencia.

La verdad es que dedicaba un tiempo considerable a desarrollar un plan... y a masturbarse —lo hacía en todas partes, a todas horas —. Sólo en el billar pensaba en otra cosa.

Días después creyó haber dado con una solución. La más sencilla, según él; aunque, en la práctica, resultó

endemoniadamente complicada, porque se basaba en un sistema de espejos.

Había hecho esquemas con cuadraditos para representar los espejos y flechas que indicaban el recorrido de la imagen. Sobre el papel era infalible: si colocaba dos en el ángulo correcto y, de noche, tía Thérèse se situaba en el lugar previsto, él tendría una vista perfecta de sus pechos a través del ojo de la cerradura.

Resumamos: nunca funcionó.

Habría tenido que conseguir dinero para comprar los espejos, colocarlos en un sitio donde no parecieran nuevos ni fuera de lugar, entrar y salir una y otra vez para hacer pruebas... Estaba tan frustrado que llegó a pensar si no sería más sencillo —y hasta preferible— decirle a tía Thérèse que quería ver sus pechos, tocarlos un instante: quizá lo entendiera. Pero no se atrevía.

Después barajó la idea de hacer un agujero en el tabique con el taladro que su padre usaba para colgar cuadros, pero tampoco vio cómo.

Por suerte, los milagros existen. Quizá premien los esfuerzos sinceros movidos por una fuerte determinación.

Ya había observado por el ojo de la cerradura que tía Thérèse tenía, en el centro de la espalda, un granito rojo y pertinaz que le costaba alcanzar. La farmacéutica le había recomendado una pomada cuyo prospecto aconsejaba «extender bien para que penetre».

Se había dejado las bragas puestas, así que él estuvo a punto de marcharse, pero se alegró de no haberlo hecho.

Porque aquel granito fue su oportunidad.

Una vez adquirida la pomada, tía Thérèse intentó aplicársela contorsionándose; pero, cuando por fin lo consiguió, no veía lo que hacía. A cualquiera le habría pasado. Acabó por entender que era más fácil ponerse de espaldas al espejo y torcer la cabeza para comprobar que extendía el ungüento en el lugar correcto. Desde el ojo de la cerradura, Philippe sintió que la boca se le abría, la mandíbula se le caía y los ojos se le desorbitaban. ¡Los pechos de tía Thérèse eran lo más hermoso que había visto en su vida, después de su culo!

Se le cortó la respiración. Incapaz de moverse, miraba sin parpadear las areolas, asombrosamente claras. Fue una impresión devastadora.

Su libido cobró nuevos bríos —si eso era posible— y la masturbación pasó de descontrolada a frenética.

22

Respiraba mejor

François había rumiado hasta el agotamiento su descubrimiento sobre el accidente de Jean.

Las preguntas eran tantas que lo abrumaban. Iba y venía por la casa, pálido, ensimismado. Nine lo observaba con inquietud: algo grave ocurría. Le acarició la mejilla, como para recordarle que estaba allí, pero para François todo aquello resultaba demasiado pesado.

Unos días después:

—Necesito salir —dijo con voz inexpresiva.

Ella le apretó la mano.

Él abandonó el piso sin siquiera pasarse por la habitación de los niños.

Paró un taxi y dio la dirección de Jean.

Había repasado la situación una y otra vez: era la única salida.

Pero, ya de camino, la idea empezó a parecerle insensata.

Para empezar, allí estaría Geneviève.

Y aunque lograra hablar a solas con su hermano, ¿qué iba a decirle? ¿Qué iba a preguntarle?

Unos hechos inquietantes y un puñado de coincidencias no bastaban para convertir a nadie en culpable.

¿Iba a confesarle que llevaba tiempo investigándolo? ¿Que había ido a Charleville, que había sobornado a un mecánico para conseguir una vieja factura suya, sólo para... para qué, exactamente? «Para saber si eres un asesino, Gordito...»

No podría pronunciar esas palabras.

No.

Era imposible. Era una acusación de asesinato. De dos, quizá. Tal vez de tres.

No, todo estaba mal, algo se le escapaba, algo torcía su lógica.

—Hemos llegado...

No se había dado cuenta de que el taxi se había detenido. Se disculpó, pagó y bajó rápidamente. Si Geneviève o Jean aparecían en ese momento, ¿qué podría decirles?

Entró en una cervecería: luz cálida, bullicio de voces, cobres relucientes, plantas, espejos. Era un lugar acogedor. Pidió una cerveza de barril y se la bebió casi de un trago; pidió otra y abrió la libreta.

Un poco de método.

Caso Lampson: nada, absolutamente nada incriminaba a Jean. No conocía a la joven actriz; sólo la había visto en el cine. De hecho, la instrucción ni siquiera se había interesado por él.

Caso Charleville: su presencia en el mismo hotel y en el mismo tren que la víctima no probaban nada. La proximidad no es una prueba. La joven habría pasado la noche con su novio, ¡no con él!

Caso Senancourt: la hora de salida de Jean no coincidía con la de sor Agnès. Y, aunque existían pruebas de que había tenido un accidente de coche, nada permitía deducir que antes hubiese atropellado a la monja.

Cerró la libreta y se frotó los ojos.

Sobre todo, ¿por qué iba Jean a hacer algo así: matar a chicas jóvenes?

Desde luego, no podía decirse que su matrimonio fuera un éxito. Pero ¿cuántos maridos infelices se convierten en asesinos? Muy pocos.

Por más que le daba vueltas, no encontraba ningún motivo —aparte de la frustración— que pudiera llevar a Jean a cometer crímenes tan atroces. Y la frustración, en todo caso, lo habría empujado a la violación, no al asesinato. ¡Dios mío, qué difícil era poner en palabras todo aquello, incluso en su propia mente! Ninguna de las víctimas había sufrido violencia sexual. Las mataban golpeándoles la cabeza una o varias veces y luego huían. Eso era todo.

¿Encajaba eso con el Gordito?

Aquella noche, en la cervecería, François decidió que invitaría a su hermano a cenar. El problema era que apenas se veían fuera de las reuniones familiares, donde sus conversaciones eran siempre breves y anodinas, así que tendría que estrujarse la cabeza para inventar un pretexto:

—Es por una novela...

Eso era lo que le había dicho.

Cuando acabaran de cenar, hablarían de su padre y de ahí él podría pasar al accidente.

Sólo quería aclarar las circunstancias, que nunca se habían conseguido reconstruir. Si Jean se las explicaba —y seguro que lo

haría—, su investigación terminaría allí.

Para Jean, era evidente, ¡François iba a escribir un libro basado en su hazaña de la rue de Caulaincourt!

No se lo explicó a Geneviève, habría exigido ir a la cena. Prefirió no decir nada, tiempo habría para contárselo.

—¿Ah, sí? ¿El periférico? —preguntó sorprendido, momentos después.

—Sí, voy a escribir una serie de artículos sobre las grandes obras de la década: las que ya están en marcha y las que se proyectan. Y, a tal señor, tal honor: quiero empezar por tu periférico.

La expresión «tu periférico» disipó al instante la decepción de Jean. Se metió con entusiasmo en el papel de capitán de industria.

En realidad, François no necesitaba nada: ya tenía las cifras, las previsiones, los testimonios; el artículo estaba escrito, listo para la imprenta. Pero sacó la libreta y Jean alcanzó a leer, al revés, las preguntas que había preparado.

—¿Las cifras...? —balbuceó.

—No te preocupes, Gordito, ya las sé. Lo que me interesa es la atmósfera, el ambiente...

—¡Ah, eso me gusta más! —repuso el otro apurando la copa de vino. Y se lanzó a un discurso desordenado. Habló de la obra, las máquinas, de los plazos, las dificultades y las ambiciones. Tan entusiasmado estaba que un hilo de vino se le escurrió por la barbilla—. ¡Es una obra titánica! —concluyó

Su hermano, incómodo, le ofreció la servilleta y le limpió la comisura de los labios.

—Tienes que ir a verlo.

Ya se imaginaba llevando a su hermano hasta el pie de las grúas y gritando explicaciones técnicas entre el estruendo de las máquinas.

Mientras fingía tomar notas, François observaba y escuchaba al Gordito. Lo que comprendió le heló la sangre: puede que tuviera ante sí a dos hombres.

El Gordito que peroraba sobre el bulevar periférico —tan impresionable, tan infantil todavía—, el hermano al que había defendido en la escuela.

Y aquel otro Jean Pelletier, un hombre corpulento, de manos pesadas, cuya sola presencia le inspiraba miedo.

La conversación agotó el tema. Fue una prueba larga y tediosa, durante la cual Jean relató, con todo detalle, una avalancha de anécdotas insignificantes sobre las obras que a él le parecían apasionantes.

Cuando por fin terminó, François desvió la charla hacia los grandes almacenes Dixie.

El Gordito pasó de un asunto a otro con la misma soltura: ambos lo mostraban bajo una buena luz.

Habló de tejidos, de la clientela, de márgenes de beneficio. No dejó nada fuera: las dificultades para encontrar personal competente («¡Los buenos vendedores escasean cada vez más!»), el rompecabezas del transporte («¡Reunir mercancías que vienen de Roubaix, Nîmes, Saint-Étienne, Mulhouse, Troyes, Lyon... créeme, es un calvario diario!»), las críticas a los sindicatos («¡Son irresponsables, François, no hay otra palabra!») y, por supuesto, los precios: siempre demasiado altos al comprar, nunca lo bastante al vender. Lo de siempre.

Jean comió mucho y bebió más de la cuenta.

François llenó varias páginas de su libreta, que acabaría tirando a la papelera. De postre pidieron *baba au rhum*, la especialidad de la casa, a la que Jean añadió una cantidad absurda de ron. «¿Será alcohólico?», se preguntó François. No: simplemente era un goloso.

Entonces llegaron al asunto del pequeño Michel, que tanto agitaba a la prensa.

—Esa colecta... ¿de quién fue idea? —preguntó François.

Jean dejó de comer de golpe y, mirando la copa, respondió:

—Mía.

—Pues parece que funciona...

—¡Funciona de maravilla!

François no perdía de vista su objetivo. El siguiente paso era evocar a su padre.

—Papá estaría orgulloso de ti...

—No, nunca tuvo ganas de verme triunfar. Me consideró un fracasado hasta el día de su muerte.

—Vamos...

—No quería hablar conmigo.

—Jean...

—¡No, te lo aseguro! Él no quería hablar conmigo, y yo no me atrevía a hablar con él. Así que...

François encendió un cigarrillo. Había encontrado la brecha que buscaba.

—A veces lamento no haber estado con vosotros en aquella época... —murmuró.

—No tienes nada que reprocharte.

—Papá, hospitalizado... debió de afectarte mucho. Mamá me contó que incluso tuviste un accidente.

—Sí, una tontería. Cosas que pasan.

François le hizo una seña a la camarera y se volvió hacia su hermano.

—¿Coñac? ¿Armañac?

—A un licor de pera no le diría que no...

François pidió las copas y le dio una calada al cigarrillo.

—¿Fue grave?

—¿Qué?

—El accidente.

Jean se echó a reír.

—Bueno, un guardabarros, un parachoques, una rueda... ¡No es poco, después de todo!

—¡Pues no!

François sonreía, admirado, como si su hermano le estuviera contando otra proeza.

—¿Y... cómo fue?

—Un tipo que venía en sentido contrario casi se me estampó de frente. Iría achispado, si no, no se explica. Me eché a un lado, pero ¡zas!... ¿Qué te parece? —Con los brazos extendidos delante, como si aún sujetara el volante, imitó el impacto: ¡bum! Parecía divertido, como quien recuerda una buena broma. Le dio un sorbo al licor de pera que la camarera acababa de servir—. Ni siquiera sé si el fulano se dio cuenta. Siguió su camino... y yo fui a dar contra una farola.

François no dijo nada.

—Deja —indicó Jean extendiendo la mano—, esta vez pago yo.

Discutieron un momento por la cuenta. Ganó François.

En la acera, se dieron un abrazo.

De camino a casa, François se sentía sorprendentemente sereno. Jean había mentido sobre las circunstancias del accidente. ¿Qué era lo que quería ocultar?

Jean, ya solo, permaneció inmóvil en la acera unos instantes. Estaba pensativo. Hacía buena noche, templada para ser octubre.

Al final se decidió y regresó al restaurante.

—Me fumaría un buen puro...

—¡Faltaría más!

Eligió un Upmann Connoisseur que el barman se apresuró a encenderle con una sonrisa.

Y sí: antes de irse, se tomaría otro digestivo.

—¿Qué le parece un armañac Château de Laubade?

—Perfecto.

Lo acomodaron en una mesita junto al guardarropa.

De vez en cuando fijaba la vista en la brasa del habano y repasaba mentalmente algunos pasajes de la conversación con su hermano.

Sonrió para sí. Un artículo sobre el bulevar periférico... Por supuesto, François no necesitaba sus anécdotas. No era buen mentiroso, aunque sí inteligente. Y muy intuitivo. Por eso había hecho tan buena carrera como periodista.

Se quedó un buen rato. La sala se había ido vaciando; el dueño, antes de marcharse, liberó al barman. «No se echa a un cliente que encadena cigarros y licores; vete, Bernard, ya cerraré yo.»

«¿Fue grave?»

A Jean le parecía oír de nuevo el tono inquisitivo de su hermano. Y volvió a ver la rue Delbet.

¡Un tipo que llegaba en sentido contrario! ¡Si la calle era de un solo sentido! De haber querido que lo descubrieran, no lo habría hecho mejor.

Tras pagar una cuenta astronómica sin siquiera fijarse está de nuevo en la acera. Ha refrescado; ¿qué hora será?

Vacila un poco, se sube el cuello del abrigo y echa a andar, dejando para más tarde parar un taxi. Contempla el paisaje parisino: los magníficos edificios, las plazas, los grandes árboles alineados a lo largo de los bulevares. «Qué hermosa es esta ciudad, Dios mío...»

Las ideas se encadenan: Dixie, la Federación de Empresarios, el bulevar periférico, Colette, Philippe... y se detiene en los dos últimos. Colette, su perlita; Philippe, ese zoquete, torpe en la vida, pero capaz de verdaderas genialidades sobre una mesa de billar.

Puede que François esté escribiendo un artículo sobre el bulevar periférico, pero no lo ha invitado por eso. Está investigando. Se está acercando.

Camina con paso lento y pesado, dándole caladas, densamente perfumadas, al cigarro. Se deja invadir por una emoción intensa: una alegría de vivir embriagadora y dolorosa, la sensación de estar llegando al final de un ciclo.

Esa perspectiva lo aturde. Siente que, por primera vez, su vida —lo que ha vivido, su trayectoria— y su existencia —lo que es, su destino, su ser interior— coinciden.

Jean Pelletier, alias *el Gordito*, camina por el bulevar apurando el habano. Tiene el rostro cubierto de lágrimas.

Cuando François llegó a casa, Nine dormía profundamente. Antes de acostarse a su lado, se fumó varios cigarrillos.

Su hermano mentía sobre el accidente, pero el buen humor con que había contado aquella anécdota resultaba desconcertante. ¡Un culpable no se comporta así! Tal vez había simulado el choque para no provocar la ira de Geneviève. Si se había dado un golpe en un lugar donde no debía estar, quizá quiso disimularlo con aquella banalidad. Estaba perplejo: si Jean tenía una amante —y ése era, en el fondo, el único mal que le deseaba—, era poco probable que hubiera ido a verla saliendo del hospital donde su padre...

«En resumidas cuentas», pensó, «sin una prueba formal sólo puedo hacer conjeturas. Y no tengo los medios de la policía para verificarlas.»

Iba a apagar el cigarrillo y levantarse cuando lo asaltó otra duda, más inquietante aún que las anteriores.

El primer asesinato conocido databa de 1948 y el último de 1959, pero... ¿había habido otros?

¿En otros lugares?

¿Cómo saberlo?

Ni siquiera la policía era capaz de relacionar crímenes de una ciudad con los de otra. Conviene recordar que estamos en 1963, cuando la administración aún no disponía de un archivo centralizado de casos criminales: era imposible vincular un asesinato cometido en Estrasburgo con otro idéntico perpetrado en Nantes.

Él, sin embargo, conocía una manera. Rudimentaria, sí, pero... Durante la cena, Jean había mencionado varios destinos habituales.

Se sentó ante su escritorio y escribió:

Roubaix (François Larmentiel).
Troyes (Philippe Morineau).
Saint-Étienne (Bernard Brabant).

Si Jean había mencionado aquellos lugares durante la cena era porque debía de haberlos visitado con frecuencia por motivos de trabajo.

Y él conocía, de su época en *Le Journal du Soir*, a los tres corresponsales que trabajaban allí.

Estoy trabajando en una novela y quiero basarme en casos reales: mujeres jóvenes, entre veinticinco y treinta años, asesinadas a golpes en la cabeza, con los crímenes sin resolver. ¿Recuerdas algún caso parecido en tu zona en los últimos años? No hay prisa; cualquier pista me serviría. Un abrazo,

François

Menos de una semana después, recibió un carta de su antiguo subordinado Bernard Brabant:

Querido (ex) jefe:

Me alegra tener por fin noticias tuyas. Incluso desde provincias seguimos tu carrera paso a paso. ¡Aquí se te lee! Yo no, claro —ya me bastaba con tus artículos del Journal*, como para tragarme ahora tus novelas—, pero sé que hay quien te admira.*

Bromas aparte.

Sobre lo que me preguntas (¡no sabía que también te habías pasado a la novela policiaca, fenómeno!): enseguida me vino a la cabeza un caso ocurrido por aquí, en enero de 1960, en las afueras. Te mando copia de los artículos que publiqué entonces; toma nota, eso sí es escribir.

Voy a tirar de archivo, a ver si encuentro algo más.

Un abrazo,

B.

Trágica muerte de una joven en Journiat

Saint-Étienne, 11 de enero. Anoche, hacia las diez, se produjo un trágico suceso: Cécile Lambois, de veinticuatro años, fue hallada gravemente herida en el barrio residencial de Les Chênes Verts, donde residía.

Según los primeros testimonios, la joven regresaba a su domicilio tras pasar la velada en casa de unos amigos cuando un desconocido la atacó, golpeándola con violencia en la cabeza antes de huir. Unos transeúntes la encontraron inconsciente.

Pese a la rápida intervención de los servicios de socorro, Cécile Lambois falleció poco después. El médico forense ha confirmado que los golpes, asestados con un adoquín encontrado en el lugar, resultaron mortales.

La policía ha hecho un llamamiento a posibles testigos y prosigue las investigaciones con la esperanza de reunir algún indicio.

La noticia ha causado una honda consternación en la ciudad. Cécile Lambois, descrita como una joven amable y muy apreciada, trabajaba como secretaria en los establecimientos Malien. Sus familiares y allegados están profundamente abatidos por esta pérdida brutal e incomprensible.

Las autoridades aseguran que harán todo lo posible por esclarecer este crimen abominable.

François leyó el artículo despacio, atento a cada detalle.

Una sonrisa leve se dibujó en sus labios: todo encajaba a la perfección con los tres casos que lo obsesionaban. De pronto, respiró aliviado.

¿Por qué había insistido en asustarse a sí mismo?

Dejó el artículo sobre el escritorio. La duda se disipaba y una sensación de bienestar, olvidada desde hacía años, comenzaba a invadirlo.

El 10 de enero de 1960 había sido domingo, lo recordaba perfectamente: aquel día su hijo Daniel se había roto un brazo al caerse de un árbol. Él estaba con Jean, todos estaban con Jean, en una comida familiar, en casa de su madre, en Le Plessis.

El crimen de Saint-Étienne tenía puntos en común con los otros tres, sí, pero no podía atribuírsele a Jean.

Y si no era culpable de éste, ¿por qué habría de serlo de los demás?

Aun así, las coincidencias eran demasiadas para achacarlas al azar.

Notó una excitación extraña: debía de haber un asesino de mujeres suelto.

La serie de crímenes que se perfilaba excluía a su hermano. Tal vez estaba ante un asunto de proporciones escalofriantes.

Quizá incluso ante el caso criminal del siglo.

23

¡Hemos salido bien parados!

Hiciera el tiempo que hiciese, Jean tenía la costumbre de ir a dar un paseo por el bulevar periférico sobre las cinco de la tarde.

Si la visita caía en sábado, se llevaba a Philippe con él, después de acompañarlo a la clase de billar. Padre e hijo compartían el orgullo de poder subir a la futura vía exprés gracias a la pegatina que les permitía el acceso.

Jean siempre iniciaba el recorrido en las oficinas de la BTPP, tres contenedores con ventilación en los que se afanaban arquitectos, ingenieros, delineantes... Lo veías inclinarse con cara seria sobre los planos, examinar gráficos murales con las manos a la espalda, hacerse explicar curvas, calendarios de plazos o notas de servicio, que aprobaba con un movimiento de la cabeza... Nadie había oído nunca el menor comentario suyo, lo que le había valido una sólida reputación de competencia; era emocionante.

El «señor Pelletier» tenía asignado su propio vestuario, una estrecha taquilla metálica, en la que padre e hijo encontraban sus chalecos amarillos con bandas reflectantes y sus cascos de seguridad, que se ponían como oficiales del ejército antes pasar revista a las tropas en el campo de batalla.

Continuaban la visita de inspección con una lenta deambulación por la tierra compactada, embriagados por el estrépito de las excavadoras y los camiones, mientras los jefes de equipo saludaban a Jean con un gran gesto del brazo, al que él respondía modestamente con un leve movimiento de la mano, como un hombre concentrado, preocupado, pero amable. Philippe encontraba a su padre señorial.

Las obras avanzaban, aunque a Jean le resultaba difícil apreciar los progresos y deducir la fecha de su finalización.

Durante toda la visita, había llevado enrollado en la mano, como un bastón de mando o un cetro, un ejemplar de *Le Journal du Soir* que dedicaba una página, firmada François Pelletier, al «faraónico proyecto del bulevar periférico».

—Mira, échale un vistazo.

Estaban en lo alto del promontorio, acodados en las vallas. Ante ellos, la larga línea de la futura autovía dibujaba una elegante curva. Jean desplegó el periódico para mostrar la gran página.

Philippe comprendió que el momento era importante, bastaba con ver a su padre sacando pecho y adoptando una actitud modesta que apenas disimulaba su ufanía, pero aquel titular y aquellas dos grandes fotos de la zona en obras, con las grúas y los camiones, no eran tan importantes como el ejemplar en el que él mismo, junto a la cama de hospital de su padre, había aparecido con toda la familia y que había conducido a una cruel desilusión en la escuela.

Jean lo comprendió.

—Mira, lee aquí... —Hacía un poco de viento, que se metía entre las grandes hojas del periódico y no hacía fácil la lectura; Jean renunció diciendo—: Ya lo leerás más tarde...

En realidad, estaba aliviado, porque, aunque el artículo lo mencionaba («... y especialmente el señor Pelletier, accionista de BTPP, pero también fundador de los grandes almacenes Dixie...»), Jean no había encontrado en él nada de lo que le había contado a su hermano durante la cena de hacía unos días, absolutamente nada...

Philippe miraba frente a él. Jean sintió que convenía pronunciar una frase paternal rotunda, pedagógica, pero no estaba seguro de qué decir.

—Verás, Philippe, esto no es... —empezó. Philippe se volvió hacia él, intrigado—. Esto no es para nosotros... Es decir, esta maravilla no la construimos sólo para nosotros. ¡Es también para vosotros! —Estaba excitado. Hablaba con bastante lentitud, soñando con que su hijo conservara en la memoria ese instante, «un día, estábamos frente a las obras y mi padre me dijo...»—. Si no hubiéramos tomado la iniciativa hoy, ¿qué sería de la ciudad mañana? —Dejó que la pregunta calara en la mente de Philippe—. ¡Dentro de un siglo —continuó—, estaréis orgullosos de lo que conseguimos!

Jean era de esas personas, y hoy en día sigue habiendo muchas, que creen haber pensado porque repiten lo que han oído.

Volvieron al coche.

A Jean le gustaba especialmente el momento en que, antes de marcharse y ante los ojos de su hijo, con un trapo exclusivo para esa tarea, se quitaba de los zapatos el polvo, de un blanco tirando a amarillo muy bonito, que habían cogido durante el recorrido.

La visita (ese día estaba solo) resultó accidentada.

En cuanto bajó del coche, notó una extraña agitación en el solar. Buena parte del personal parecía apelotonada cerca de la rampa de salida, como si, de pronto, una mano gigante hubiera inclinado el bulevar periférico. Llegaba demasiado tarde, los estridentes toques de silbato llamaban ya a todo el mundo a su puesto, los trabajadores regresaban hablando entre ellos, como a la salida de una fábrica.

Se obligó a no correr. A su juicio, mostrar la menor señal de inquietud habría sido indigno de su cargo. Aun así, una ansiedad sorda le taladraba el pecho. Llegó a la rampa de salida que permitía a los conductores abandonar el periférico a la altura de la Porte de la Plaine y, cuando consiguió abrirse paso entre la gente, vio el motivo del tumulto: a sus pies se abría un enorme agujero del tamaño de un autobús. Una ambulancia cruzó el solar a toda velocidad en dirección al hospital.

Aterrado, miró aquella boca abierta en la calzada, que, unida al asfalto levantado y la tierra amarillenta que caía a su interior, producía una lamentable sensación de desastre. No muy lejos, al otro lado del socavón, Baptiste Trajan-Perrin hablaba en voz baja con Louis Duvigan, presidente de la Comisión, y, junto a ellos, un ingeniero con los ojos desorbitados se secaba el sudor que le resbalaba por el cuello.

Jean se acercó e intentó captar alguna frase.

—A menudo —estaba diciendo BTP—, la causa de las subsidencias es difícil de determinar.

Jean parpadeó, inseguro respecto al concepto «subsidencia».

La respuesta cayó al agujero, con los escombros.

—¿Suelo mal compactado? —sugirió el funcionario del ministerio.

—¿Una brecha intersticial? —propuso Duvigan.

—¿Erosión subterránea? —aventuró el ingeniero.

A Jean le habría gustado proponer su propia hipótesis, pero no se le ocurría nada.

—¡Sea cual sea el motivo y la solución que encuentren —tronó el funcionario—, un retraso es absolutamente inimaginable, señor Trajan-Perrin!

Lo de menos eran los daños, su causa, sus consecuencias; lo que había ido a decir de parte del ministro era únicamente eso, ya podía marcharse.

—Nosotros no podemos asumir las consecuencias de un estudio geológico deficiente —respondió BTP.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó Duvigan.

—Tendremos un diagnóstico al final del día. Entonces decidiremos.

—Una vez más... —empezó a decir el enviado del ministro, pero BTP le paró los pies con un cortante:

—¡Al final del día!

Aquella conversación había desazonado a Jean.

—¿Ha habido algún herido? —preguntó.

Los cuatro hombres respiraron, el cambio de tercio era bienvenido.

—Un trabajador —masculló Trajan-Perrin—. Una pierna rota, ¡hemos salido bien parados!

Al instante, Jean sintió una vaga simpatía por aquel trabajador, aquel hermano desconocido y admirable que, como él, exactamente como él, acababa de romperse una pierna.

Cuatro días de retraso, solamente.

Y ciento cincuenta mil francos de beneficio suplementario...

Aquellas obras eran milagrosas, cada problema reportaba dinero, y seguiría siendo así hasta el final.

La tranquila maestría de Trajan-Perrin había deslumbrado a Jean. La solución técnica para taponar aquel boquete había consistido, tras la perforación, en llenar la cavidad con una mezcla de cien metros cúbicos de cemento y seis toneladas de dióxido de silicio suministradas por SilicoTech Industries, una empresa con sede en la Alta Saona.

—¡Infalible! —había asegurado BTP.

Jean había calculado que, entre el alquiler de las perforadoras, las compresoras y las máquinas de proyección, la compra de los materiales y el transporte, la cuenta ascendía a ciento cincuenta mil francos. BTP había conseguido el doble prometiendo reabsorber el retraso.

—No reabsorbemos nada —comentó—. Si oyen *La marsellesa* al cortar la cinta, se olvidarán de todo lo demás.

Jean consideraba que el asunto se había manejado de forma admirable, hasta que cayó en la cuenta de que no vería un céntimo del beneficio, porque BTP no había utilizado la empresa común para aquellos trabajos suplementarios... ¡sino otra, especializada en el alquiler de maquinaria que le pertenecía en exclusiva!

Por no mencionar que era el accionista principal de SilicoTech Industries.

Lo que hizo comprender a Jean que esa empresa era la que, meses antes, había organizado la carencia de máquinas que les había facilitado la obtención de aquel contrato.

La marrullería de Trajan-Perrin lo dejó mudo.

¿Habría algo más que no sabía?

¿Serían Geneviève y él quienes acabaran pagando el pato?

Jean temía la ira de Geneviève cuando se enterara de las trapacerías de su socio.

En realidad, su mujer, totalmente absorbida por su «obra filantrópica» en favor del huerfanito de la rue Caulaincourt, apenas prestó oídos a la información.

Le gustaban tanto los chanchullos y las martingalas que sintió una admiración decuplicada por Trajan-Perrin y se limitó a decirle a Jean con un aire cansado y fatalista:

—Decididamente, mi pobre Jean, nunca sabrás apañártelas...

24

1959. Los muertos

Seis meses antes, Manuel había conocido a Claire, una guapa jovencita con el pelo de un rubio irreal, claro como la paja, que prometía momentos prodigiosos, como los que el joven granjero vivió muy pronto, cuando empezaron a verse a escondidas en el campo. Él metía la mano debajo de su blusa, le apretaba los duros pechos, se deslizaba hacia su vientre y se zambullía en aquel vello rubio hasta perder el sentido de la realidad. Se derrumbaban el uno junto al otro aturdidos, agotados y felices, y luego Manuel la veía alejarse con su delicioso paso saltarín, volviéndose de vez en cuando hacia él con una mirada de pena que parecía una promesa. En esos momentos, a Manuel le daban ganas de retenerla, de estrecharla contra él, de casarse con ella, hasta tal punto que un día, mientras ella se marchaba y él volvía a abrocharse los botones, pensó «ojalá esté embarazada».

Fue entonces cuando lo llamaron a filas. Eso lo contrarió, por supuesto. Pero también lo llenó de orgullo, un orgullo que no le pertenecía.

Era de su padre, el emigrante español, que celebraba que su hijo fuera un «verdadero francés».

Y de Clara, que se lo imaginaba de uniforme.

Ingenuamente, Manuel se identificó con los chicos mayores que se pavoneaban en traje de paseo durante los permisos. Los veía en las terrazas de los cafés, contando anécdotas salaces o viriles, que hacían reír de admiración a todo el mundo.

Al llegar la hoja de reclutamiento, a su madre, como de costumbre, le había entrado una rabia fría, terca.

Gracias a la radio, sabía que lo que púdicamente se denominaba «los acontecimientos de Argelia» se parecía un montón a una guerra y que la «rebelión» se había agravado. El contingente francés sobre el terreno se había multiplicado por siete. La señora Ramos veía en todo aquello una gran hipocresía.

—Si no es una guerra, sino «acontecimientos», ¿por qué no mandan a la gendarmería en vez de a nuestros hijos?

Por no mencionar que nadie quería decir cuánto tiempo tendrían que quedarse allí los reclutas.

En 1956 el servicio militar de dieciocho meses había pasado a la historia. En el mercado de Saint-Aubin, se oía hablar de chicos que habían servido a la patria durante veintidós, veinticuatro y hasta treinta meses.

—¡Ellos sí lo saben, pero no quieren decirlo! —rugía la señora Ramos cuando alguien mencionaba la incertidumbre sobre la duración del servicio.

¡Cuántas veces había oído Manuel aquel «ellos», en el que su madre metía a políticos, ricachones, comunistas, propietarios y el resto de la gente que «manejaba los hilos»!

Lejos de estar deseando ver volver a su hijo luciendo el uniforme, la señora Ramos se preguntaba si al menos volvería.

Manuel alzó la cabeza.

«Así que esto es ser soldado», pensaba ante el deprimente espectáculo de la sala llena de literas con jergones de paja y las paredes cubiertas de fotos de chicas recortadas de revistas. Para matar el aburrimiento, los guripas —ninguno pasaba de los veinticinco años— fumaban Gauloises y jugaban a las cartas, los dados o lo que se terciara riendo a carcajadas, jurando, tirándose pedos con risotadas de ogro, algunos hacían competiciones de pulsos, todos bebían cerveza a morro, y, mientras tanto, la lluvia crepitaba en el tejado de chapa ondulada a rachas, porque en esos momentos hacía mucho viento, que producía un ruido tremendo y te crispaba los nervios. Cuando te asomabas fuera, no veías más que la torre cuadrada sobre la que ondeaba la bandera. Aparte de eso... unas letrinas espartanas, los puestos de guardia y la cantina, a la que, a la larga, todo el mundo iba a ajumarse.

Y una gran explanada de tierra batida con un cobertizo medio enterrado en el centro en el que se amontonaba a los prisioneros, algunos de los cuales visitaban el «locutorio», donde les hacían pasar un mal rato. Manuel había visto a algunos... El estado en que se encontraban daba miedo. Luego, debían de trasladarlos, porque no volvías a verlos.

El papel que había ido a desempeñar allí, en el *djebel*, seguía sin parecerle muy claro. Encontraba normal defender al país, pero no acababa de ver quién lo atacaba.

En sus cartas, su madre le hablaba de las tareas de la granja, de su padre, de las pequeñas noticias del pueblo... Eran casi más interesantes que las de Claire, que ya se lo había advertido: «No me gusta escribir», y no lo había dicho por decir, porque sólo respondía

a una carta de cada tres y, cuando lo hacía, eran un par de páginas breves llenas cosas cotidianas sin mucho interés. Y abajo, unas palabras supuestamente tiernas, que, leídas allí, caían en saco roto.

Al principio, había estado destinado en Ighil-Aghrout. Allí, hicieras control o reconocimiento, siempre era lo mismo: la angustia de lo imprevisto, un tiro, una mina, se contaban todo tipo de historias en las que a unos chicos los habían sorprendido y les habían disparado, ya no se sabía qué era verdad y qué mentira. Controlabas un pueblo, apuntando con el fusil delante de ti, ojo avizor, un ruido, te volvías a toda prisa dispuesto a disparar... Volvías agotado nerviosamente.

Los reconocimientos eran por el estilo, quitando las chozas y cambiándolas por el desierto, las rocas, la escasa vegetación y el miedo a ver surgir a un *fellagha* disparando con la ametralladora; aquellos tipos se escondían como nadie, eran muy escurridizos.

Y, después, vete a saber por qué, trasladaron a su unidad a Tifrit-Imilgha, una guarnición con fama de tranquila.

Y, de hecho, en los cuatro meses que llevaba allí, no había habido ninguna escaramuza seria. De vez en cuando, se hacía una visita a alguno de aquellos pueblos bereberes de casitas blanqueadas con cal agarradas a las laderas de las montañas, pero hacía muchas semanas que no había pasado nada reseñable.

Como allí te morías de aburrimiento igual que en todas partes, Manuel pasaba mucho tiempo contemplando las majestuosas montañas de la Cabilia, con sus escarpadas pendientes y su vegetación de enebros, arrayanes y lentiscos.

—Bonito, ¿eh? No es de extrañar que luchen por una tierra así...

Manuel volvió la cabeza, era Marcel, que también admiraba el paisaje. Un tipo bastante curioso. Y sorprendente. Mayor que el

resto y una mezcla extraña de rusticidad (sus padres eran campesinos) y sofisticación (había estudiado agronomía), bebía tanta cerveza como el que más y se adivinaba que sabía pegar un puñetazo, pero, por otra parte, se pasaba las horas muertas leyendo libros científicos. Usaba unas gafitas de carey y empleaba palabras que no conocías y que te explicaba bromeando. Lo normal habría sido encontrarlo irritante, pero nada de eso. Había importado al campamento el juego de la herradura, que hacía furor («No sé si se jugará en América, pero desde luego se juega en las películas del Oeste»), y cuando algún chico no comprendía algo, era a él a quien recurría. El campesino aprovechaba los conocimientos del ingeniero, que, a su vez, escuchaba las inquietudes, las esperanzas y los problemas del agricultor. Política agraria europea, selección de semillas, utilización de los abonos y los productos fitosanitarios, estabulación, riego, puesta en común de los recursos, no se dejaba nada en el tintero... Marcel le había regalado varias revistas técnicas. Era de «la nueva escuela», muchas de sus ideas escandalizaban a Manuel, como habrían escandalizado a su padre, y eso era precisamente lo que hacía que prestara atención a las palabras de su camarada agrónomo. No quería tener la actitud timorata y retrógrada que su padre habría adoptado en todo momento.

Marcel señaló la ladera de la montaña, cubierta de bosques de pinos y carrascas.

—¿Crees que habrá caza?

—¡Por supuesto! ¿Tú cazas?

—Cazaba. Con mi abuelo. Pero no era muy bueno.

Manuel volvió a fijarse en la montaña. Desde luego, él también lo había pensado; además, durante las salidas de la compañía había

visto asar muslos de corzo.

Marcel y él se miraron sonriendo y pensando lo mismo.

—¿Conoces a Serrat?

—Un poco, no demasiado...

Serrat y Marcel no estaban en la misma unidad que él.

—Él también es cazador, no para de calentarme la cabeza con el tema. Dice que con un MAS 36 puedes abatir a un jabalí.

—Son 7 milímetros...

—¿Y?

—Pues que habría que estar tremendamente cerca del animal —dijo Manuel riendo—. Por no hablar de la falta de precisión.

Dos días después, se le acercó el tal Serrat, un chico alto y musculoso con los ojos redondos y la cabeza cuadrada.

Serrat y Manuel debatieron con pasión sobre presas y escopetas bajo la mirada burlona de Marcel, que se comportaba como un crío impaciente por hacer una trastada. Serrat no veía el MAS como un arma inadecuada para la caza, sino como un desafío al que enfrentarse. Por supuesto, el reglamento prohibía salir a cazar, pero eso hacía que la aventura fuera aún más excitante. Los tres chicos se pusieron de acuerdo rápidamente.

El día señalado, al amanecer, Marcel negoció con un musulmán (así era como se llamaba a los reclutas franceses de origen argelino). El paso por la garita les costó dos paquetes de cigarrillos.

—Es caro —gruñó Serrat.

Los tres camaradas apretaron el paso hasta llegar al bosque. Encontrar huellas les costó una hora larga. Serrat era un cazador muy experimentado. Manuel y él siempre estaban de acuerdo en la

interpretación que había que dar a las pisada, a un revolcadero lo bastante reciente.

No tardaron en encontrar el rastro de un macho, y decidieron separarse. Manuel se ofreció a hacer de ojeador. Marcel se quedaría con el tirador, aunque nunca se sabía realmente cómo iría la cosa, qué dirección tomaría el animal si conseguían acorralarlo.

Acordaron sus respectivas trayectorias y una señal para reagruparse.

Él fue hacia el sur mientras sus compañeros se dirigían al oeste para rodear la zona en la que debía de encontrarse el jabalí.

Manuel sentía como un terrible hándicap ir armado con aquel fusil militar, que, en aquella situación, no estaba a la altura ni de la peor carabina de caza... La parte de la colina que debía cubrir era bastante extensa, así que avivó el paso. Encontró algunas huellas que le confirmaron que estaba sobre la buena pista, y la siguió largo rato.

Quizá porque se encontraba solo, o debido tal vez a la atmósfera de aquel bosque que no conocía, pronto estuvo impaciente por reunirse con sus camaradas. No veía el momento de encontrar al animal y poner fin a aquella escapada.

La hora aproximada que habían convenido pasó. Estaba solo, agobiado, aunque no comprendía el motivo.

El corazón empezó a latirle con fuerza, las manos se le cubrieron de sudor y se le hizo un nudo en la boca del estómago...

¿Qué le pasaba? No puede decirse de otro modo: se sentía en peligro.

Era el silencio del bosque.

¿Cuánto hacía que no oía un ruido?

Manuel se detuvo junto a unas jaras, respiró hondo y decidió silbar. Al no obtener respuesta, insistió.

¿Había retrasado algo a sus camaradas?

¿Se habían desviado de su trayectoria? ¿Por qué?

Avanzó unos metros y alzó los ojos hacia los altos ramajes, agitados por un viento repentino. Se sentía vigilado.

¿Debía volver? ¿Continuar? No sabía qué hacer, y, como las tenía sudadas, el fusil le resbalaba entre las manos...

¿Habrían vuelto al campamentos sus camaradas, al no encontrarlo?

De pronto, una ráfaga de ametralladora interrumpió sus cábalas. Se le heló la sangre. Había sonado a su izquierda, lejos.

Hubo otra, mucho más corta; un poco más distante, le pareció...

Instintivamente, se arrodilló y se inclinó hacia delante; luego, corrió a refugiarse detrás de un grueso pino, en el que apoyó la espalda, con el fusil temblando entre sus manos.

Era incapaz de hacer el menor movimiento. Paralizado por el miedo, de pronto pensó que, con aquella arma de cerrojo, en caso necesario, debería recargar después de cada disparo. Frente a una ametralladora, tenía una posibilidad entre un millón de salvarse...

Sólo había oído dos ráfagas, pero ¿cuántos guerrilleros había, en realidad? Sus compañeros no habían respondido al fuego... ¿Habían huido? ¿Estaban muertos?

Permaneció allí, recostado en el tronco del pino, largo rato, esperando angustiado el instante en que también lo atacaran a él, pero no ocurría nada.

¿Cuánto tiempo estuvo escuchando ansiosamente el bosque con la garganta seca?

Como no pasaba nada, se arriesgó al fin a levantarse para observar los alrededores. ¿A qué distancia habían sonado aquellas dos ráfagas de arma automática? No tenía ni la menor idea...

Se moría de ganas de salir huyendo. Si no lo hizo fue, principalmente, por cobardía, porque no se atrevía a salir al descubierto, dar señales de su presencia y recibir a su vez una ráfaga de ametralladora. Luego, pasados unos minutos, recuperó un poco de valor y, con él, el sentido del deber. No había acudido de forma espontánea en ayuda de sus camaradas, pero podía ir en su busca.

Se levantó y, sorprendido de que sus temblorosas piernas todavía lo sostuvieran, dio un paso y, luego, otro, apuntando con el fusil delante de él, volviéndose sin cesar a todos lados para barrer los alrededores, con el sudor resbalándole por la cara.

Caminó muy lentamente durante unos quince minutos.

En aquel sitio, el bosque se abría hasta formar un claro. Allí fue donde los vio.

Dos cuerpos tendidos en el suelo, acribillados a balazos.

Con el abdomen abierto...

Las vísceras brillaban al sol.

La mirada de Manuel ascendió hasta sus rostros. Tenían los ojos abiertos, apagados, vidriosos.

Se derrumbó en el suelo.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que encontró su mirada fue los cuerpos de sus compañeros, sobre los que revoloteaban las moscas.

Se levantó a toda prisa y salió huyendo.

No tenía vuelta de hoja: habían salido del campamento sin autorización. Lo considerarían responsable de sus muertes.

Trastabilló, pero reanudó la carrera. El calabozo, el consejo de guerra... ¿Cuál sería la sentencia? Dios mío... La prisión durante años, sin duda, pero eso no era nada... No, lo que le habría gustado era que la imagen de sus pobres compañeros se borrara y, con ella, su sentimiento de culpa.

Corría con el fusil en una mano, resollando, cayéndose y volviendo a levantarse, hasta que, por fin, divisó el campamento, con las alambradas y las siluetas de los barracones...

Se detuvo para recobrar el aliento.

Ahora tendrían que mandar una sección para buscar los cuerpos.

Y a él, para guiarlos. Después...

El terrible momento había llegado.

Se irguió y avanzó hacia la garita.

El musulmán de guardia era el mismo que al amanecer.

Miró a Manuel, que volvía solo, con el rostro descompuesto y los ojos desorbitados, y comprendió que algo terrible había ocurrido. Abrió la boca para pedir ayuda, pero se contuvo.

Dos hombres a los que había dejado salir esa mañana no estaban de vuelta. Fuera cual fuese la catástrofe, él era cómplice.

Manuel no sabía qué decirle.

El soldado le dio la espalda ostensiblemente: él no lo había visto.

Nadie se detuvo a su paso, nadie se sorprendió. Había cientos de soldados yendo y viniendo en todas direcciones. Llegó a su barracón. Estaba vacío. Era la hora libre.

Se arrojó sobre su litera.

Se buscó a los ausentes, se hicieron preguntas, pero nadie sabía nada y, cuantas más horas pasaban, más evidente era para él que el castigo sería especialmente severo debido a su cobardía. No se cruzó con el musulmán, que quizá lo evitaba. Él tampoco había dicho nada.

Tres secciones salieron en busca de los ausentes.

La segunda devolvió los cuerpos. La noticia corrió por el campo como un reguero de pólvora, se exigieron represalias.

Manuel seguía callado.

Se abrió una investigación. Se interrogó a bastante gente, pero a él no, nunca supo por qué.

El tercer día, se rindió homenaje a los soldados asesinados por los *fellaghas*, a los que se empezó a odiar todavía más abiertamente. Se izó la bandera a media asta, el coronel dijo lo que era de esperar, y todos se emocionaron mucho, algunos chicos lloraban. Se dispararon tres salvas de honor, que sobresaltaron a Manuel: eran las balas que habría merecido. Se depositaron los dos ataúdes, cubiertos con la bandera francesa, en el camión GMC, que partió escoltado por tres secciones.

Al cuarto día, Manuel sufrió violentos vómitos.

De momento, sólo se sabía que, de forma inexplicable, los dos hombres habían abandonado el campamento. ¿Por qué lo habían hecho? Era el gran misterio. Se barajaron diversas hipótesis, pero la de la caza era tan inverosímil que nadie se la planteó. Habían pasado cinco días. La investigación prosiguió, pero no tardaría en cerrarse. A falta de nuevos elementos, que Manuel esperaba con angustia.

Todos lo creían enfermo, se notaba que estaba muy afectado por la tragedia.

El día que la investigación se cerró oficialmente, recibió noticias de casa, su padre acababa de morir.

25

No tenía forma de averiguarlo

A principios de noviembre, François recibió una carta de su compañero Morineau, desde Troyes, con información sobre el asesinato, en marzo de 1958, de una joven farmacéutica. A mediodía, el establecimiento solía estar vacío. La joven estaba sola, comiendo en la rebotica.

Varios clientes habituales habían entrado y se habían sorprendido al no ver a nadie, pero ninguno se atrevió a rodear el mostrador; se limitaron a dar una voz y marcharse, pensando en volver más tarde.

Fueron los dueños quienes, a su regreso, sobre las dos de la tarde, encontraron a la muchacha tendida en un charco de sangre, con el cráneo destrozado contra la piedra del fregadero.

La policía barajó de inmediato la hipótesis del robo, pero no faltaba nada. Como en casos similares, se interrogó al entorno, sin resultado: el asesino nunca fue identificado.

Probablemente se trataba de un hombre de paso; la brutalidad con que la joven había sido golpeada —cinco o seis veces— no parecía atribuible a una mujer.

Y, por si eso fuera poco, Morineau añadía:

Volviendo a leer esto me acordé de otro asesinato cometido cuando estaba destinado en Mulhouse. Era a mediados de los años cincuenta: una profesora, si no recuerdo mal.

El encargado de cubrir los sucesos en aquella época era Huguelin. Falleció hace un par de años, pero sin duda podrás encontrar sus artículos en los archivos.

Un saludo cordial,

M.

Durante dos meses, Nine había visto a su marido absorbido en oscuras tareas de las que no le decía una palabra. Pero, desde hacía unos días, su gesto de preocupación había desaparecido, y por fin volvía a reconocer en él esa excitación especial de cuando se sentía al borde de un gran hallazgo. Le acariciaba el cuello y le daba un beso rápido en la mejilla. El mensaje era claro: «Aquí estoy.»

Llegaban cartas de provincias —la mayoría con el membrete de *Le Journal du Soir*—, y todas parecían multiplicar por diez la energía de su marido. Ella esperaba que acabara confiándole lo que tramaba. Aquellos instantes compartidos eran, para ella, los momentos más dulces de la vida en pareja.

Él, mientras tanto, estaba más concentrado que nunca. Los casos criminales que estudiaba eran ya siete, y probablemente habría más. Ya no se trataba de un par de asesinatos, sino de una serie vertiginosa, un verdadero fenómeno.

Estaba convencido: había dado con un asesino en serie, y estaba siguiendo su rastro, crimen tras crimen. ¡Ése sería su próximo libro!

Estuvo a punto de contárselo a Nine, pero se contuvo: el tiempo en que había sospechado del pobre Gordito no quedaba tan lejos, y

no sabía cómo empezar a explicarle aquel nuevo proyecto.

En los archivos del *Journal* encontró los artículos sobre el asesinato de Mulhouse. Morineau no se había equivocado.

El 7 de octubre de 1954, una maestra de veintinueve años había sido hallada moribunda en el patio de la escuela. La investigación reveló que, tras pasar el jueves limpiando y preparando las clases de la semana siguiente, la joven, mientras cerraba la verja, fue atacada en la acera y arrastrada al patio, fuera de la vista de los vecinos. Le golpearon la cabeza varias veces contra la tapia y luego contra el tronco de un plátano.

Fue hallada poco después, aún con vida; pero murió antes de llegar a la clínica.

Sin embargo, un segundo artículo, publicado al día siguiente, lo dejó helado: en la primera página aparecía un retrato a lápiz del presunto asesino.

No era su hermano, pero se le parecía.

Un testigo había visto salir del patio a un hombre pocos minutos antes de que hallaran a la víctima.

Cuanto más se fijaba en los rasgos, menos reconocía a Jean; pero al mirar el dibujo desde cierta distancia, el parecido resultaba innegable.

Dios... ¿cómo iba a terminar todo aquello?

¿Qué debía hacer?

De pronto, Nine volvió a encontrar en la frente de su marido la arruga horizontal de la preocupación. En vista de sus bruscos cambios de humor, ¿debía temer que se hubiera vuelto maniacodepresivo?

François se puso a dar vueltas por el despacho como un oso enjaulado.

Lo ideal habría sido comprobar los desplazamientos de Jean, saber dónde estaba en las fechas de los asesinatos, pero no tenía manera de hacerlo.

26

¡A ti ni te va ni te viene!

Un día de noviembre, Jean fue a buscar a Colette a la salida del colegio.

—Vamos al médico.

—¿Por qué?

—Porque estás adelgazando a ojos vista, y no es normal.

Cuando se lo había propuesto a Geneviève, ésta se había negado en redondo.

—Si va a ir al baile de Navidad, tendrá que ganar algo de peso. Y para eso, tenemos que llevarla al médico.

Sacó discretamente la tarjeta sanitaria de su hija del cajón de la cómoda y consultó los horarios del doctor Parédès, médico del barrio; un hombre corpulento, de hombros anchos, con trofeos de rugby en la sala de espera.

—¡No estoy enferma! —se quejó Colette.

—Eso es lo que vamos a ver —repuso él con una autoridad inusual.

Luego, ya en la consulta, mientras esperaban, la tomó de la mano y le preguntó en voz baja:

—¿Estás bien?

Parecía él quien necesitaba consuelo.

Cuando entraron, Jean explicó la situación de forma concisa.

—Bueno, veamos... —repuso el doctor, y luego añadió, dirigiéndose a Colette—: Quítate la ropa, cariño.

Jean le hizo un gesto con la mano y salió a la sala de espera.

El doctor Parédès la examinó con calma: la midió y pesó, le hizo preguntas sobre su alimentación y comprobó sus reflejos antes de colocarle el estetoscopio en el pecho.

—¿Ya has tenido la regla?

Colette se sonrojó: era una pregunta demasiado directa.

—Dos veces.

El médico levantó la cabeza.

—¿Cuándo?

De eso hacía tres o cuatro años; no lo recordaba bien.

—Te vino bastante pronto... y después, ¿nada?

—No.

Parédès repasó la curva de crecimiento en su historial.

—Puedes vestirte, Colette.

Hizo entrar a Jean y le explicó:

—No parece nada grave —dijo al cabo—. A veces el crecimiento provoca este tipo de irregularidades; no es tan raro. Haremos unos análisis hormonales y una radiografía para comprobar el crecimiento óseo. Si aparece algún desequilibrio, lo corregiremos. También conviene un análisis de sangre, por precaución. Así no dejamos nada al azar.

Colette salió contrariada.

—¡Yo no había pedido nada!

Jean, por su parte, estaba profundamente turbado por aquella mención al periodo de su hija.

¡Jamás lo habría imaginado! ¿Colette ya había tenido la regla? ¿A su edad?

¡Sólo tenía catorce años, por amor de Dios!

No sabía muy bien a qué edad era normal que le viniera, pero su hija le parecía demasiado joven. Era injusto. Casi la compadecía.

—¡Colette ya ha tenido la regla! —le anunció a Geneviève.

—¿De qué hablas?

—¡Sí, sí, te lo aseguro! ¡Se lo ha dicho al médico!

—¿Cómo? ¿La has llevado al médico?

Se puso furiosa, pero él no le hizo caso; estaba convencido de haber hecho lo correcto. Ahora bien, aceptar que su hija tuviera la regla era otra cosa. Eso no podía admitirlo.

—¡Y ya no la tiene! ¡Desde hace varios años! —añadió.

Geneviève se plantó delante de él.

—Eso es asunto de mujeres —dijo, con los labios apretados—. ¡A ti ni te va ni te viene!

—Pero es que...

—¡De lo que deberías preocuparte es de su futuro! —Y, como nunca estaba segura de que su marido captara lo que quería decir, añadió—: ¡Ahora que la has llevado al médico, y que sabes lo que sabes, más te vale convencerla para que vaya al baile de Navidad!

27

¡Bravo!

La colecta popular organizada para asegurarle el porvenir al pequeño Michel ya había superado los ciento cuarenta mil francos.

Todos los martes, la aparición del *Écho de la France* daba un nuevo impulso a la campaña.

Aparte de la cantidad de la semana, ligeramente inflada en pro de la causa, podían leerse titulares como éstos:

«¡Dono un mes de mi sueldo de todo corazón!»,
declara la señora S., de Tourcoing

O bien:

«¡Tendremos que privarnos de algunas cosas,
pero lo hacemos con mucho gusto!»,
dicen André y Martine M.,
de Saintes

Y, por supuesto:

«Estoy apabullado ante
la solidaridad de los franceses»,
confiesa, al borde de las lágrimas,
el Héroe de la rue Caulaincourt

Gilbert Magnin, director de la publicación, se felicitaba del aumento de las ventas del semanario conforme avanzaba la colecta. Se suprimían las cartas indignadas («¡Es el Estado quien tendría que actuar, no los franceses!»), las insinuaciones («¡Me gustaría saber quién va a pegarse la gran vida con lo recaudado!») y las quejas («¡Considero que mi marido, hemipléjico tras un accidente laboral, también se merece una colecta!»).

—Lo importante es alcanzar el objetivo —dijo Geneviève.

—¿Qué objetivo?

Nunca habían hablado de eso.

—Doscientos mil francos para Navidad.

—Si no llegamos, ustedes tendrán que poner la diferencia— bromeó Magnin.

—Si no llegamos, no será a su periodicucho a quien le demos la primicia.

El desacuerdo se zanjó unos días más tarde, cuando vieron la portada del *Presse-Hebdo*, donde, bajo una gran foto de un chico con gorra de obrero que intentaba sonreír torpemente al objetivo, se leía:

«¡Me han robado a mi hijo!»
¡El padre del pequeño Michel,
abusivamente entregado

a los servicios de Asistencia Social,
exige que se lo devuelvan!

Presse-Hebdo y *Écho de la France* eran hermanos enfrentados dentro de lo que ellos mismos llamaban «la prensa popular» —lo cual decía mucho sobre la idea que ambos tenían de lo «popular»—. Se disputaban las exclusivas, los escándalos y las fotos robadas, y compartían un rasgo esencial: una casi total ausencia de escrúpulos.

Al ver aquel titular, Geneviève montó en cólera y empezó a preguntarse si, con Magnin, habían apostado por el caballo equivocado.

Este caso encoge el corazón de todos los padres del país.

¡Estamos ante un bebé de cuatro meses que salió milagrosamente ileso de un terrible incendio y al que ahora, por culpa de la voluntad acaparadora de sus «salvadores», se considera huérfano!

Recordemos brevemente los hechos. La señora Gineste, de veinticuatro años, vivía con su pequeño en el edificio de la rue de Caulaincourt, escenario de un incendio espectacular en el que la joven madre perdió la vida. El bebé, en cambio, salió indemne. El milagro se atribuye a la intervención de un viandante que subió a socorrerlo, pero no se ha demostrado en absoluto que se tratara de un acto excepcional de valor, y es muy posible que no hiciera falta «enfrentarse a un espantoso infierno», como ha afirmado el supuesto héroe al que ciertos periódicos se han apresurado a ensalzar.

Sea como fuere, la investigación sobre esa criatura sin madre no llegó muy lejos, ya que su padre, el señor Émile Gruber —mantenido al margen de forma deliberada—, debe ahora realizar ante los servicios de Asistencia Social los trámites necesarios para recuperarlo.

Entretanto, ese bebé ha sido literalmente secuestrado por el presunto «héroe», que ha posado muy ufano con él, rodeado de toda su familia, y que parece decidido a sacar provecho de la situación por partida doble: no sólo se atribuye un acto de valor que nadie presenció, sino que además ha organizado una colecta «para asegurarle un futuro al pequeño Michel».

¿Quién se beneficiará realmente del dinero de esa hucha que ya reúne cientos de miles de francos? La pregunta sigue sin respuesta. Se asegura que un notario dará fe de la limpieza de la operación, pero se ignora de quién se trata.

Por su parte, el padre, privado de sus derechos, multiplica sus gestiones ante la administración para poner a su hijo a salvo del afán de dinero y notoriedad de una familia sin escrúpulos que se sirve de él con fines inconfesables, fines que nosotros denunciamos.

Un poderoso movimiento popular respalda ya al señor Gruber en su justa cruzada: la de un padre honrado, vergonzosamente despojado de sus derechos, cruzada que nuestro semanario hace suya con total determinación.

En contraste con la indignación de Geneviève, Magnin adoptó la actitud de un jugador de ajedrez ante una apertura clásica. A su juicio, aquello no tenía nada de escandaloso: era simplemente la aplicación de una regla básica del oficio, según la cual la verdad no es más que una versión entre otras de los hechos, y no siempre la más rentable.

—Pero, vamos a ver —dijo Geneviève agitando el *Presse-Hebdo* delante de las narices del periodista—, ¿de dónde ha salido ese dichoso padre?

—Habrá que analizar la situación y ver cómo contrarrestamos el golpe.

Aquella frase rotunda impresionó a Geneviève, que, como sabemos, tenía un temperamento naturalmente belicoso.

—¡Lo que necesitamos saber —dijo— es por qué no vivía con la madre del niño!

—Exacto.

—Y, si es el padre, por qué no lo reconoció.

Magnin celebró el ánimo combativo de su interlocutora y su manera directa de atacar el problema.

—Nuestros reporteros empezarán a trabajar en esa pista hoy mismo.

Jean se sentía terriblemente incómodo. Por supuesto, las falsedades del *Presse-Hebdo* lo habían ofendido, pero —aparte de que nunca había considerado su acto como heroico— la aparición del señor Gruber le suponía cierto alivio.

—¡El niño ya no es huérfano! —exclamó, sinceramente contento por el pequeño Michel.

—¡Mi pobre Gordito! —replicó Geneviève con condescendencia—. ¿No ves que todo eso es por dinero?

Él frunció el ceño.

—Aun así, es su padre. Y ese dinero está destinado al niño, no a él.

Luego, como siempre, cedió de mala gana a los planes de su mujer, aunque en el fondo no podía evitar alegrarse de que Michel hubiera recuperado a su padre.

La réplica de Geneviève y del *Écho de la France* exigía una fotografía muy difícil conseguir. Ante el revuelo provocado por la disputa mediática y la aparición del supuesto padre, la administración se había vuelto más cauta y ya no permitía ver al niño con la misma facilidad que antes.

A Geneviève se le encendió la sangre.

—¡¿Cómo que hace falta una autorización?! —le gritó a la directora del centro de acogida—. «¡Es para apoyar la colecta! ¿O es que a usted le da igual el futuro de ese pequeño?»

—Naturalmente que no. Pero existe... un litigio en torno a ese bebé, y la administración pública no debe... no puede...

—¡Ésta sí que es buena! ¡La administración francesa no es capaz ni de abrir una puerta!

Jean le tocó tímidamente el codo intentando calmarla, pero ella ni lo notó, así que dio unos pasos atrás.

—¡Si alguien va a impedirnos ver a ese niño, desde luego no será usted! —Se volvió buscando a su marido con la mirada—. ¡Jean! ¡Tómale el nombre a la señora, vamos a poner una denuncia!

—¿Una denuncia? —preguntó la funcionaria, alarmada—. ¿Por qué motivo?

—Por abuso de autoridad, obstaculización del paso, negación del derecho de visita, coacción moral, desconsideración con un héroe nacional...

La directora, tras dudar un instante, accedió «de forma excepcional» a dejarlos subir junto con el fotógrafo.

Jean ya se había quitado la escayola, pero Geneviève de todos modos le colocó la muleta bajo el brazo, para que quedara claro que aún no se había repuesto de su «hazaña».

La foto del matrimonio Pelletier sosteniendo al pequeño Michel en brazos parecía una vidriera de iglesia. Se consideró perfecta para acompañar la entrevista que la señora Pelletier «aceptó conceder al *Écho de la France*».

«¡Es un intento descarado
de quedarse con el dinero!»,
sentencia la esposa del Héroe de la rue Caulaincourt
ante la inesperada aparición
del supuesto padre del pequeño Michel

El matrimonio está sorprendido ante la aparición del autoproclamado padre. «Se da a conocer cuando la colecta ha superado los ciento cincuenta mil francos... ¿debemos creer que es una casualidad?», pregunta la señora Pelletier. Y, de hecho, la coincidencia es más que sorprendente. Efectivamente, recordemos que el señor Gruber, no contento con no reconocer al niño al nacer, permitía que la

joven madre viviera en condiciones extremadamente precarias, sin darle nunca dinero, prestarle ayuda de ningún tipo ni —lo que es más grave— mostrar el menor afecto por el bebé: ¡ él mismo reconoce que ni siquiera se ha acercado al centro de acogida! «Y por lo demás», se pregunta acertadamente la señora Pelletier, «cómo sabemos que se trata del verdadero padre?»

Para cubrirse las espaldas, los servicios de Asistencia Social se apresuraron a abrir un «procedimiento administrativo» que prometía alargarse indefinidamente y sólo les convenía a ellos.

Pero Geneviève, fiel a su amenaza, presentó una denuncia.

—¿Contra quién? —se alarmó Jean.

—¡Contra la directora! ¡Y contra ese tal Gruber! ¡Ya verá ése quién soy yo!

—No debería esperar. No le conviene.

El director del *Presse-Hebdo* fue categórico: había que adelantarse, dar el golpe y obligar a la justicia a reaccionar. Émile Gruber retorcía la gorra entre las manos.

—Es que... he recibido una citación...

—Razón de más. No espere.

Y así, el 10 de diciembre, el *Presse-Hebdo* abría su portada con el siguiente titular:

«¡Pronto estaremos juntos!»

El señor Gruber reconoce al pequeño Michel

en el ayuntamiento del decimocuarto distrito
y pone fin al drama de su separación.

Los fieles lectores pudieron seguir casi minuto a minuto el acto administrativo organizado por el semanario: la subida en procesión por la escalinata del ayuntamiento, la búsqueda de la oficina del Registro Civil, la presentación del documento de identidad sobre el mostrador y la declaración —con «voz clara»— ante el funcionario, sorprendido por la presencia de un fotógrafo y un reportero.

—Vengo a reconocer al pequeño Michel, hijo de la señora Gineste.

Bueno, en realidad, el empleado del registro no oyó palabra de labios de Gruber: las palabras no le salían. Fue el reportero quien se encargó de dar las explicaciones.

> *La gestión del joven padre conmocionó a los empleados municipales, que acudieron en cuanto se enteraron de la noticia. «¡Ese pequeño es muy afortunado de tener semejante papá!», se oía comentar. «¡Ahora nada podrá separarlos!»*

—¿Ha visto esto? —Geneviève estaba fuera de sí.

Mientras tanto, el director del *Écho de la France* leía el artículo con toda calma; de vez en cuando incluso parecía asentir con la cabeza o esbozar una media sonrisa. Se alegraba de tener por fin un adversario a su altura.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella.

—Nuestro trabajo... —respondió él, sin apartar la vista del periódico.

¿Se confiará un huerfanito
a un ex presidiario de nacionalidad dudosa?

Ciertamente, la imagen conmovería a cualquiera, si no se supiera que el señor Gruber intenta torcer el destino con un único fin: apoderarse del dinero de una colecta popular destinada al pequeño Michel.

Su iniciativa podría incluso parecer enternecedora, si no se advirtiera enseguida —para quien sepa leer en los comportamientos humanos— que ese supuesto padre interpreta muy mal el papel de «orgulloso progenitor».

Un papel, en fin, que le queda demasiado grande.

Porque, antes de proclamarse padre de manera tan repentina, el señor Gruber fue condenado por el Tribunal del Sena hace apenas tres años. ¡Y cumplió la pena de prisión!

Sin ingresos regulares ni domicilio estable, ¿cómo podría hacerse cargo de un niño?

No pueden ignorarse las dudas del funcionario del Registro Civil al comprobar que, en algunos documentos, el apellido Gruber aparecía con diéresis.

¿No será ese señor un alemán?

Ante esta situación, Écho de la France *no puede sino apoyar la iniciativa de la señora Pelletier y pedir que un juez atienda las reservas del funcionario: que verifique si el*

señor Gruber es realmente el padre del niño, si no miente y es, en realidad, Emil Grüber, un alemán, y, mientras tanto, que el pequeño Michel no sea entregado a quien podría ser, simplemente, un oportunista.

—¡Bravo! —exclamó Geneviève, aunque seguía preocupándole qué diría el juez—. ¡Espero que ese nazi se lleve una buena bronca!

28

En este punto de la investigación...

A Geneviève le gustaba ir al bulevar periférico «para despejar la mente». Al menos eso decía, apretándose las sienes.

Una o dos veces por semana, acompañaba allí a su marido.

—¡Nos vamos a la obra! —le decía al personal de Dixie, y enseguida añadía—: ¡Para una inspección!

Genio y figura...

Apenas habían pasado unos minutos desde su marcha cuando un hombre alto, bastante mayor y de aspecto elegante, entró en los grandes almacenes de la place de la République. Olía a tabaco y a agua de colonia; tenía las manos blancas y una mirada de miope tras las gruesas gafas de carey. Llevaba el pelo cuidadosamente extendido sobre el cráneo despoblado. Podría tener entre sesenta y cien años: era difícil precisarlo más.

Usaba bastón, pero no porque cojeara; no, el bastón era un toque de distinción. De lejos, tenía el aire de un *gentleman*. De cerca, en cambio, se notaban las apreturas, el quiero y no puedo: el traje, aunque bien cortado, era viejo; la chaqueta, raída; el pantalón, lustroso. La impresión general era de penuria, de falta de medios.

Por mucho que quisiera aparentar otra cosa, aquel recién llegado no desentonaba demasiado con la clientela habitual de Dixie, un establecimiento en rebajas perpetuas donde se vendían productos de escasa calidad; pero, simbólicamente, contrastaba de forma llamativa con el resto de la concurrencia, compuesta sobre todo por mujeres trabajadoras, modestas, venidas a menos en algunos casos, ahorrativas en bastantes y francamente apuradas en otros, sin pretensiones de refinamiento aristocrático.

Al principio nadie reparó en él, porque nadie lo miraba: las clientas no levantaban la vista de los cajones de lencería ni de los cestos de ropa, que removían con ambas manos para sacar los chollos del fondo.

De pronto, la cajera lo vio plantado ante el mostrador, sosteniendo por un tirante uno de aquellos saltos de cama de nailon rosa con encajes falsos que, por cinco francos, pretendía imitar el glamour hollywoodiense. Dixie también los vendía en azul y en blanco, y tenían bastante éxito.

La prenda, arrugada y ridícula, colgaba de la punta de su índice, pero la chica no lograba adivinar qué quería preguntarle.

—¿Sí?

El *gentleman* levantó con la otra mano el segundo tirante, o más bien una de sus partes, porque estaba descosido por el hombro y la otra parte colgaba. Luego agitó la prenda en silencio, con una expresión de indignación que no auguraba nada bueno.

La cajera sonrió con profesionalidad, se estiró para coger la prenda defectuosa y examinó el desperfecto.

—Ya veo —dijo—, se lo cambiaremos.

—De ninguna manera.

El cliente había dejado el bastón apoyado en el mostrador y cruzaba las manos sobre el vientre con el aire solemne de un prelado en visita.

—Podemos cambiárselo —insistió la cajera, pensando que no la había entendido.

—Ya no quiero el artículo. Es de muy mala calidad. Prefiero que me devuelvan el dinero.

Tenía una de esas voces que en las novelas se describen como «aterciopeladas»: acariciante, elegante, melodiosa... aunque en el fondo se percibía algo más, un matiz de firmeza, de autoridad. Sea como fuere, hablar de «mala calidad» en un establecimiento como aquél rozaba la tautología.

Su petición era razonable, pero chocaba con la política de Dixie, cuyo primer principio consistía en no devolver jamás el dinero.

—¡Estamos aquí para ganarlo, no para regalarlo! —solía decir Geneviève. Y añadía, en referencia a los clientes—: ¡Si han comprado algo, allá ellos!

La empleada intentó explicarle la norma de la casa presentándola como una medida de sentido común e insistió en la conveniencia de cambiar el artículo (tuvo que echarle mucha imaginación, porque aquel salto de cama estaba en el nivel más bajo de la lencería), pero no hubo manera:

—No me interesa: quiero el reembolso.

El jefe de sección, llamado a la caja, no obtuvo mejor resultado. Para entonces, en la planta baja reinaba cierta agitación: las clientas se habían agrupado alrededor del mostrador y tomaban partido, unas por los almacenes y otras por el cliente.

—Quiero el reembolso —repitió el gentleman, y añadió con voz firme—: ¡La ley está de mi parte!

Si íbamos a ponernos en eso... El jefe de sección se retiró y cedió el sitio al gerente, quien era lo que suele llamarse un hombre seguro de sí mismo: pecho abombado, andares senatoriales...

Escuchó con atención al cliente y luego, empleando un tono que dejaba claro que la conversación había cambiado de nivel, repuso tranquilamente:

—Caballero, la ley no exige en absoluto que devolvamos el importe de un artículo, sino sólo que cambiemos las prendas defectuosas. Nos limitamos a cumplirla.

Los demás compradores quedaron muy impresionados, pero la réplica fue inmediata:

—El artículo 225, párrafo 3, del Código de Comercio establece claramente que, si el cliente lo exige, ustedes están obligados a efectuar el reembolso. Es cierto que dicho artículo fue impugnado por contradecir el 57 bis del Código Civil, pero un dictamen posterior sentó jurisprudencia: el caso Marquin-Delboy, fallado el 30 de septiembre de 1934. En concreto...

Era una lucha de titanes.

Convencido de que tenía delante a un abogado, el gerente comprendió que estaba atrapado entre su jefa —que no habría cedido un milímetro— y el riesgo de un pleito que perdería y le costaría el puesto.

Balbuceó algo, buscando una salida:

—Yo diría que... el Código de Comercio...

En realidad, nunca había tenido ocasión de leer el dichoso Código; sólo conservaba vagas nociones de cuando había empezado

su carrera.

En todo caso, el *gentleman* continuaba a lo suyo:

—... el tribunal consideró que el derecho de restitución prevalece sobre la simple sustitución, incluso en una transacción entre particulares. Esa doctrina fue confirmada años más tarde por el Tribunal de Apelación de Lyon, que en su fallo del 8 de febrero de 1943 precisó que el vendedor tiene la obligación de reintegrar el importe abonado siempre que el comprador demuestre su buena fe. En resumen, señor gerente, la ley...

El gerente lo interrumpió con un gesto, poniendo fin a la avalancha verbal.

—Señorita —le dijo a la vendedora—, reembólsele el precio del artículo al caballero.

La derrota del gerente era, sin embargo, una victoria de la justicia, y la clientela celebró con entusiasmo su gesto. El *gentleman* asintió con elegancia y extendió la mano para recibir, en monedas pequeñas, los cinco francos que costaba el salto de cama.

Tras eso, volvió a tomar el bastón y abandonó los grandes almacenes bajo miradas atónitas y admirativas que lo siguieron hasta la puerta.

Pero, reconozcámoslo: todo este episodio del reembolso no daba para tanto.

Lo interesante ocurría dos plantas más arriba, en la sala en la que se recibía a las visitas, desde donde la secretaria de Geneviève, de pie ante la gran cristalera, presenciaba el sainete, aunque, a falta de sonido, tenía que conformarse con imaginarse los detalles, los diálogos, etcétera.

Un cuarto de hora después regresó a su escritorio y cerró maquinalmente la puerta del armario, sin reparar en el hueco que quedaba en el estante superior, donde, desde la creación de la empresa, guardaba las agendas comerciales.

François, por su parte, dejó en el suelo el pesado bolso con el que había tenido que cargar hasta la planta baja para alcanzar la salida de emergencia. Pagó al *gentleman* y añadió un billete de propina.

—Bravo y gracias.

Aquel hombre, improvisador genial que, treinta años atrás, había sido una gloria del teatro y ahora se veía obligado a vivir de expedientes, le encogía el corazón.

—A su servicio, François. Un placer, como siempre.

Un rato después llegó a casa. Nine, prudente, se guardó mucho de preguntar qué contenía aquel bolso tan pesado que llevaba consigo. Lo vio meterse en su despacho. Volvía a tener el rostro tenso.

En la mesa aguardaba una carta de Larmentiel, su compañero de Roubaix. Se enjugó la frente con el pañuelo y abrió la ventana.

—¿Vienes a la mesa?

Era Nine, al otro lado de la puerta. No se había atrevido a entrar, ni siquiera a llamar a la puerta.

—No, cariño, comeré más tarde.

Ya ni siquiera intentaba excusarse. Le temblaba la voz.

Larmentiel: el 24 de junio de 1955, una limpiadora de la Sociedad Hatier, de treinta y un años, había sido asesinada en el

portal de su edificio de cinco golpes en el cráneo con un objeto contundente; una palanca, sospechaba la policía.

Cuando revisó las agendas comerciales, se dio cuenta de que no las tenía todas. La más antigua databa de 1950: faltaban largos periodos, y además aquellos cuadernos sobrecargados, en los que se registraban tanto las visitas hechas y recibidas como los desplazamientos de unos y otros, no eran precisamente fáciles de consultar.

Aun así, pudo constatar que en marzo de 1958 Jean se encontraba en la región de Troyes y que, por consiguiente, era teóricamente posible que aún estuviera allí el día de la muerte de la joven farmacéutica. En cambio, era imposible saber si estaba en Mulhouse en octubre de 1954: faltaba la agenda de ese periodo. Así que hizo lo que habría hecho si, en lugar de investigar sobre su hermano, trabajara en una serie de artículos. Elaboró cuadros, comparó, cotejó y, basándose en las agendas disponibles, hizo una lista de las localidades en las que Jean había estado más veces y que los compañeros a los que había recurrido no cubrían: Nantes, Burdeos y Nîmes. Luego, visitó la Biblioteca Nacional.

El ambiente de recogimiento que encontró allí le hizo bien. Ponía un poco a distancia la brutal verdad que vislumbraba y temía. Bajo la tranquila luz amarilla de la sala de consultas de la biblioteca Richelieu, en el silencio casi meditativo de los lectores, el asunto perdía parte de su crudeza y se convertía en un objeto de estudio, un ejercicio intelectual. Había ido allí para consultar la prensa de las tres ciudades que le interesaban. Podría haberse arriesgado a volver

a *Le Journal du Soir*, pero no estaba seguro de que la información referente a un crimen de ese tipo hubiera sido objeto de un artículo, ni siquiera de uno breve; en París, un «asesinato de provincias» no tenía el mismo peso (salvo si sus méritos en cuanto al horror, la sorpresa, el espanto, le otorgaban esa distinción). También contaba el hecho de que allí lo conocían, y no quería tener que explicarle a nadie lo que hacía, lo que buscaba, es decir, mentir mucho.

En la prensa regional, los asesinatos sobre los que investigaba, si los encontraba, aparecerían mencionados necesariamente ya en la primera página. Pero consultar dos o tres diarios a lo largo de una decena de años era impensable, así que optó por las revistas semanales o mensuales de información general, que se nutrían del mismo material.

Mientras se instalaba, trató por enésima vez de poner racionalidad en todo aquello.

En realidad, entre todos aquellos casos, sólo podía albergar dudas respecto a uno. En sus tiempos de periodista, jamás se habría puesto a escribir un artículo con tan poco material, con tan pocos elementos indiscutibles; ¿por qué iba a hacerlo ahora como...? ¿Hermano? ¿Novelista? ¿Ciudadano? Actuaba movido por una oscura fuerza, ¿en calidad de qué?

¿Y por qué?

¿Para descubrir la verdad?

¿Por el prurito de llevar hasta el final el trabajo de investigación, una vez empezado?

Porque era periodista, sencillamente.

No podía evitarlo.

En 1948 dio con el asesinato en Thierville, departamento del Eure, de una joven camarera de restaurante, que tampoco podía cotejar, porque no disponía de la agenda de esa época.

No, la novedad no provino de su laborioso trabajo con la prensa regional, sino de la portada de *Le Journal du Soir* que compró al salir de la biblioteca.

¿Detenido (al fin) un peligroso asesino de mujeres?

Un hombre de cuarenta y ocho años es sospechoso
de varios asesinatos cometidos en los últimos quince años
en distintas regiones de Francia

Anteayer, al regresar a su domicilio, Janice Devoisin, obrera de veinticuatro años y vecina de Montrieux, fue brutalmente golpeada en la cabeza con una manivela de automóvil.

El agresor huyó y, pese a la rápida intervención de los socorros, la joven no pudo ser salvada.

Pocas horas después, la policía detenía a Jean-Noël Carraud, técnico especializado en el mantenimiento de maquinaria textil, profesión que lo obliga a viajar con frecuencia por todo el país.

Según las primeras conclusiones, la víctima habría rechazado las insinuaciones del acusado, provocando en éste —de carácter violento y temperamento colérico— un acceso de furia que desembocó en el crimen.

Pero el asunto no acaba ahí.

Los investigadores han relacionado este espantoso asesinato con otro cometido en octubre de 1948, cuya víctima fue una joven cartera de Lamberghem.

Recordemos que Montrieux y Lamberghem son dos localidades próximas, situadas a igual distancia de Roubaix.

La edad de las víctimas, el modo de operar, la rapidez de la agresión y la huida del asesino presentan notables similitudes.

La sorpresa de los investigadores fue mayor aún cuando uno de ellos, destinado en Évreux hasta 1950, recordó un tercer caso, también de 1948: el asesinato, en circunstancias análogas, de una joven camarera de restaurante en Thierville-sur-Eure.

Carraud niega toda implicación en los hechos, pero la policía examinará sus desplazamientos de los últimos años para determinar si pueden atribuírsele otros crímenes.

No se descarta que nos encontremos ante una serie de asesinatos de mujeres jóvenes cuya magnitud podría ser espantosa.

François sintió un alivio inmenso, pero también una vergüenza insoportable. Se descubría indigno.

Empezaba a comprender, en toda su amplitud y su ceguera, la infernal mecánica que conduce al error judicial.

Paso a paso —de la intuición a la duda, de la sospecha a la casi certeza— había recreado, él solo y en su propio espíritu, todos los actos de esa tragedia que lleva a un inocente al cadalso.

Ni siquiera la imagen de la guillotina lo había detenido.

El Gordito había entrado en el punto de mira de una justicia que él estaba dispuesto a ejercer por su cuenta, fundada únicamente en una «íntima convicción» que se había ido forjando poco a poco. Había medido los estragos irreparables que su decisión causaría en la vida de los suyos —empezando por su madre—, ¡y aun así nada lo había frenado!

Porque se había erigido en juez todopoderoso, y todo lo que encontraba, todo lo que descubría, lo examinaba no a la luz de la razón ni de la duda, sino bajo el prisma de la intuición: esa certeza interior que precede al juicio y justifica todos los absolutos.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Las coincidencias habían jugado en su contra. En lugar de ver un simple cúmulo de circunstancias, había acabado convencido de que Jean podía haberse entregado a crímenes atroces aprovechando sus frecuentes viajes. Y el verdadero asesino resultaba ser un hombre del mismo oficio —también del sector textil—, obligado igualmente a desplazarse por todo el país. Había establecido supuestas correspondencias entre las estancias de su hermano en provincias y varios asesinatos de mujeres jóvenes: exactamente las mismas que descubrirían ahora los policías tras la detención del verdadero culpable.

Sin duda remontarían las mismas pistas que él.

En unos días, o quizá en unas semanas, llegarían al asesinato de sor Agnès en Senancourt, al tren Charleville-París y, quién sabe, tal vez incluso al Régent.

La perspectiva lo excitaba profundamente.

Con el material que ya tenía —y la ventaja que llevaba a la policía —, podría seguir de cerca el caso Jean-Noël Carraud y basar en él su próximo libro.

El problema era cómo narrar su propia experiencia: la historia de un hombre cegado poco a poco por una convicción que...

Ahí se detuvieron sus pensamientos.

Dos días después, Jean le hacía de guía por el periférico.

—¡Y ésta es la salida de la Porte de la Plaine! —anunció con orgullo.

Gesticulaba hacia los jefes de equipo, empeñado en mostrar a su hermano quién era.

Resultaba pueril, pero él estaba dispuesto a perdonarle todas sus ingenuidades.

—¡Asombroso! —exclamó gesticulando él también.

¡Ah, cuánto le habría gustado decirle: «Jean, tengo que confesarte algo, una cosa horrible...»! Pero, en lugar de eso, caminaba detrás de él, miraba lo que le mostraba, se maravillaba, casi se extasiaba... y la verdad es que estaba impresionado.

—¿Cuándo se inaugurará? —quiso saber.

—El 7 de marzo...

Era finales de noviembre, costaba imaginar que en tres meses aquella franja de tierra, salpicada de bloques de hormigón, andamios, enormes conducciones y generadores sería una hermosa cinta uniforme de asfalto con tres carriles que llevaría al inmenso Parc des Expositions...

¿No estaría yendo Jean al encuentro de una nueva desilusión?

No, no estaba solo y, pese a los aires de importancia que se daba, no era el verdadero responsable, el jefe de las operaciones,

sino solamente un accionista.

—¿Has puesto mucho dinero en este asunto?

—Unos cientos de miles de francos. —El último sueldo de François era de dos mil ochocientos francos y su anticipo, de cuatro mil...—. Lo importante es el margen de beneficios —añadió Jean poniéndose recto el casco de plástico.

François había sido injusto con su hermano, no iba ahora a mostrarse celoso.

—¡Bravo, Gordito! —exclamó—. ¡Todos estamos orgullosos de ti!

Pero en lugar de disfrutar ese momento de complicidad feliz, Jean se detuvo y se volvió hacía su hermano, emocionado de pronto hasta las lágrimas y con los labios temblando.

—Gracias, François, después de todos estos años, sienta bien oír eso, ¿sabes?

Cogidos del brazo, los dos hermanos volvieron con paso relajado al vestuario para cambiarse.

Estaban cogiendo las chaquetas y los sombreros, y encendiendo otro cigarrillo:

—Ese asunto del pequeño Michel...

—¡Ah!

Jean sabía que tarde o temprano alguien de la familia iría a pedirle cuentas...

—Verás, es que... —empezó a decir François—. Mamá me ha llamado y...

—Habría podido llamarme a mí... ¿Y sabes por qué no lo ha hecho? Porque piensa que soy incapaz de resistirme a Geneviève. Y tiene razón, soy incapaz.

Lo había dicho en el tono de la evidencia, sin emoción, era algo admitido desde hacía mucho tiempo...

—Hélène también me ha llamado...

—¿Y qué dice?

—Que el apellido de la familia se ha conver...

—¡Ah, no, François, eso no!

—Pues sí, Gordito, la familia Pelletier.

—Cuando era el héroe de la rue Caulaincourt, a nadie le molestaba apellidarse Pelletier...

—Tienes razón, pero ahora ese apellido se está convirtiendo en sinónimo de...

—De hecho, ¿de qué apellido hablas?

François dudó.

—¡Pelletier!

—¿Qué Pelletiers?

—No te comprendo.

Jean se había detenido y le daba caladas al cigarrillo tranquilamente.

—Pelletier, en Francia, habrá trescientos mil, echando por lo bajo. ¿Crees que todos estaban orgullosos de que me contara entre los suyos y que ahora todos se avergüenzan al ver cómo nos aferramos al pequeño Michel?

—Yo no digo eso...

—¡Sí! Si fuéramos Osganiau o Urgargowitch, lo entendería, no podría tratarse de otros, pero francamente, unos Pelletier...

François sonrió. Sabía que aquel asunto no duraría eternamente y que un mes más tarde a todo el mundo le traería sin cuidado.

Iban en dirección al café.

François pasó el brazo por debajo del de su hermano.
—Somos los reyes, ¿eh? ¡Tú y yo! —dijo Jean riendo.

29

1960. El proyecto

Como Solita se había marchado a París con su marido, el cartero, la señora Ramos se había quedado sola. Llegado un momento, no lo soportó más y le escribió a Manuel, su único sostén, para pedirle que regresara a casa.

Él no se perdonaba no haber visto a su padre por última vez, aunque no tuviera culpa alguna. El ejército no se había mostrado precisamente diligente: el certificado de situación militar le llegó el mismo día del entierro, cuando estaba a más de mil kilómetros de distancia.

El regreso fue un auténtico calvario.

Primero se detuvo en París para ver a Solita.

El edificio, en el decimonoveno distrito, era bastante lúgubre. En la puerta, una placa de latón con la inscripción SEÑOR Y SEÑORA GUÉRIN y un timbre de falso cobre intentaban dar una ilusión de respetabilidad burguesa, pero nada más cruzar el umbral, uno se encontraba de frente con el comedor y un pasillo sin salida.

Solita había decorado el piso con esmero, pero las cortinas, las alfombras, los muebles... todo parecía desproporcionado, como si no hubieran tenido en cuenta las dimensiones del lugar al comprarlos.

Encontró a su hermana desconsolada.

—¡Papá murió mientras dormía! —repetía, como si aquella circunstancia agravara la pérdida.

Solita y Patrick tenían ya dos hijos. Hacía unos meses habían tenido que abandonar el piso de Saint-Ouen tras un juicio que se había prolongado tres años y había acabado dándole la razón al casero que quería echarlos.

El nuevo apartamento era «menos cómodo», le dijeron; querían decir «más pequeño». De ahí esa impresión de que el mobiliario resultaba desmesurado para el tamaño de las habitaciones.

Él se quedó en el sofá, sin apenas dormir durante dos noches. La culpa no era del lecho improvisado, sino del recuerdo del desastre de Argelia, que seguía atormentándolo. Casi pensaba que la muerte de su padre era el pago por haber sido el único superviviente de aquella guerra horrenda.

Por la noche, el recuerdo se convertía en pesadilla. La imagen de las vísceras relucientes de sus camaradas lo perseguía sin descanso.

Jamás volvería a salir de caza.

De todos modos, ya no quedaba rastro del mítico jabalí con el que soñaba enfrentarse.

En aquella lucha ciega, tras ocho años de paciencia y obstinación, quien había acabado abatido era él.

Al regresar a casa, había tenido que enfrentarse al dolor de su madre.

La conocía lo bastante para saber que, aunque su pena fuera profunda, nunca la expresaría más que de forma discreta y solitaria.

Y, precisamente por eso, nada le dolía más que ver a aquella mujer, que llevaría luto hasta el fin de sus días, tener con él las mismas atenciones que antes reservaba a su marido: dejarle el periódico sobre el brazo del sillón, servirle primero...

Él era, ahora, el único hombre de la casa.

Al día siguiente de su llegada se había cruzado con Claire.

—Has vuelto... —le dijo ella, incómoda.

En su última carta, escrita seis meses atrás, le había anunciado su boda con Adrien Poitaud, el nieto de su arrendador.

En Argelia, al recibir sus primeras cartas, él ya había presentido que su relación no duraría.

Pero pensaba en el cansancio, no en la traición.

Adrien Poitaud. Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago.

«Lo siento», le había escrito ella, «pero no me veo viviendo en la granja».

¡Bonita excusa! Cuando se quiere a alguien...

Claire le dio el pésame por su padre, pero sin convicción; no parecía sincera al decir que lo sentía.

Trabajaba de dependienta en Bertillon, los grandes almacenes de calzado de Villefranche.

Su marido, por su parte, estaba en un taller mecánico en Saint-André, y soñaba con montar su propio negocio, aunque no allí —«Villefranche no es lo bastante grande», le dijo ella—. Se marcharían cuando llegara el momento.

Mientras hablaba, hacía girar el anillo que llevaba en el anular.

—Bueno, tengo que dejarte...

Antes de irse, le dio un beso en la mejilla.

¿Qué significaba eso?

—Manuel —le había dicho el señor Poitaud—, la muerte de tu padre significa el final del contrato, pero si quieres seguir con la granja lo ponemos a tu nombre y listo.

Él no había dudado un segundo.

Sin embargo, un año después Poitaud fue a verlo nuevamente.

—Me hago viejo... creo que voy a jubilarme. —Él comprendió al instante las repercusiones de esa decisión, pero, por si le quedaban dudas, el arrendador se las confirmó enseguida—: Voy a vender. —Y como, aun al borde del retiro, seguía siendo un hombre astuto, añadió—: Creo que tengo un comprador... aunque no hay nada seguro. Ya veremos...

Acababa de abrirse la subasta.

Por supuesto, él no estaba en situación de entramparse para comprar la granja, pero aquella conversación reactivó una idea que había acariciado durante su servicio en Argelia y que, sin darse cuenta, había ido madurando silenciosamente en su interior.

—¿Y cuándo tiene pensado cerrar la operación, como máximo?

—Me he dado un año. El año que viene por esta época se la daré al que más ofrezca. ¡Pero eso no cambiará nada para ti! ¡Tienes contrato hasta 1963! ¡Cuidado, que yo venda no significa que se te pueda echar a la calle!

Parecía realmente contento de poder darle esa noticia.

Pero él sabía por dónde iba el asunto. Si el señor Poitaud le vendía la granja a alguien que deseaba explotarla, al cabo de tres años simplemente no le renovaría el contrato y su madre y él se verían en la calle.

—Usted no vendería la granja sin avisarme antes, ¿verdad?

—¡Nunca! Vamos, si me ofrecieras lo mismo que los demás, incluso tendrías preferencia.

La señora Ramos recibió la noticia sin mostrar sorpresa.

Tras la reparcelación, el señor Poitaud había jurado y perjurado que, cuando llegara el momento de renovar el contrato, «se haría algo», pero lo había prorrogado sin ceder un ápice.

Ella siempre había temido lo peor de aquel hombre y, en su opinión, nunca la había defraudado.

¿Qué hacer? ¿Empezar ya a buscar otra granja?, se preguntaba Manuel.

¿Encontraría algo mejor en otra parte o habría que empezar de cero?

—Haz lo que creas conveniente —le dijo su madre.

Pero él sabía lo que pensaba. En el pasado, el señor Poitaud había hablado muchas veces de retirarse.

—Y, si vendo, preferiría que fuera a usted, señor Ramos —solía decirle.

Su madre nunca estuvo de acuerdo.

—Si tienes que endeudarte otra vez —le decía a su marido—, desde luego no debería ser por esta granja.

Él, sin embargo, no se veía marchándose de allí.

Había vivido toda su vida en aquella casa; la conocía al detalle: el cristal que vibraba en el salón, el borde desportillado del fregadero de piedra, la vista azulada de la colina al amanecer desde la cocina —esa cocina de la que su madre renegaba desde hacía veinte años y que su padre nunca se había decidido a arreglar—, el olor peculiar del establo, la viga del cobertizo que cambiaron después de la gran tormenta y que nunca tuvo el mismo color que las demás; incluso el

clavo, largo como un dedo y roñoso como un viejo, donde su padre colgaba la chaqueta al volver de cuidar a los animales.

Todo eso formaba parte de su vida.

Sin embargo, para comprar la granja antes de que el señor Poitaud se jubilara hacía falta dinero.

Decidió que hablaría con André Rousseau.

Rousseau era un vecino, unos siete u ocho años mayor que él, por cuya casa solía pasarse de vez en cuando a tomar un vino. Conocía a su mujer y a sus tres hijos. El pueblo no era grande, y André siempre se había mostrado amable y servicial con su padre.

Esa tarde, André percibió enseguida, al ver a Manuel girar el vaso entre los dedos, que algo le rondaba la cabeza.

—Venga, suéltalo —dijo riendo.

—Propongo que nos olvidemos de la Federación.

—¡Anda! —exclamó André—. ¡Eso sí que no me lo esperaba!

Desde su creación, la Federación Lechera de Villefranche —la «Federación», como la llamaba todo el mundo— estaba presente en todas las conversaciones: absorbía la producción de los granjeros de tres valles y, con su poder, manejaba los precios y, en definitiva, el nivel de vida de más de un centenar de familias.

Pocos productores locales estaban satisfechos con lo que pagaba.

—Es el gobierno... —alegaban los líderes para justificarse.

Para muchos pequeños productores —como la señora Ramos, por ejemplo— la Federación y el gobierno eran igual de tramposos.

En veinte años había tenido tres presidentes, todos peores que el anterior.

La Federación representaba el poder del ministerio, que mantenía los precios bajos en nombre de la sacrosanta estabilidad económica.

Una y otra vez, los ganaderos se habían rebelado contra el precio de la leche, que los asfixiaba. Cortaban carreteras, marchaban hasta la prefectura... y, tras semanas de lucha que costaban caro a todos, conseguían un pequeño aumento que satisfacía a los menos combativos y arrastraba a los demás.

—¿Cómo que «olvidarnos de la Federación»? —añadió al fin Rousseau, escéptico.

Entre las muchas ideas que Manuel había discutido en su día con Marcel —que en paz descansara; no era muy creyente, pero él todavía se santiguaba mentalmente al recordarlo, acosado por las imágenes de Argelia—, estaba la de la «estabulación libre».

Hacía tiempo que había pasado de la fase experimental y, según el ingeniero agrónomo, estaba llamada a generalizarse.

«¡Bah, es una moda! No durará», opinaba Rousseau.

Durante mucho tiempo, las vacas se habían alimentado en los prados y sólo se encerraban en invierno.

Como la productividad era baja, se había impuesto la estabulación fija: privadas de movimiento, las vacas eran alimentadas a mano por los ganaderos, que también las ordeñaban en el establo.

Mantener a los animales atados de forma permanente se consideraba práctico y rentable; nadie se planteaba otra cosa.

Pero unas décadas atrás había surgido la idea de un sistema mixto: dejar a las vacas sueltas, como en los pastos, pero dentro de grandes cercados.

—Será una moda, pero funciona —respondió Manuel—. ¿Y sabes por qué?

André ladeó la cabeza.

—Porque, económicamente, sale a cuenta.

—Eso habría que verlo...

Manuel sacó las revistas técnicas que le había dado Marcel.

—¡Mira! —dijo abriéndolas sobre la mesa. Sabía que André no las leería: las letras no eran lo suyo, pero se las leería él mismo en voz alta—. Ahora, con la Federación, sacamos cuatro céntimos por litro, ¿verdad?

—Cabrones...

—Si montamos una cooperativa, podríamos sacar diez. Y todavía más con la mantequilla y los yogures: hay valor añadido, hay transformación.

—¿Y cómo se consigue eso? —André seguía escéptico.

—Con costes de transporte mínimos, porque venderíamos por la zona; con menos intermediarios, al no pasar ya por la Federación; y, además, con modernización del trabajo.

—¡Ah!

La modernización estaba de moda, pero implicaba cambios profundos en las costumbres de trabajo, y eso asustaba a muchos.

—Con el sistema de establo abierto, las vacas viven de forma más natural y, en consecuencia, producen más.

—Si tú lo dices...

—¡Lo pone aquí! —exclamó, y luego leyó en voz alta—: «Las vacas que se mueven libremente mejoran su producción lechera...»

—Eso me gustaría verlo...

—«Vigilar su estado de salud es más fácil.»

La esposa de André se acercó y se sentó con ellos.

—«Disminución de las intervenciones veterinarias» —siguió leyendo Manuel, pero, como la frase era complicada, añadió—: Las vacas que se dejan sueltas enferman menos que las otras.

Fue una conversación larga... que no condujo a nada, porque no los convenció.

—Os dejo las revistas —les había dicho antes de irse, bastante decepcionado.

Había preparado aquel encuentro a conciencia, trabajado los argumentos, pensado respuestas. Al cabo, no había chocado con ninguna razón técnica, sólo con el peso de las costumbres y la tradición.

Una semana después, André fue a devolverle las revistas.

Lo movía su odio a la Federación Lechera, pero iba lleno de dudas, más que de entusiasmo.

—Es que hacer todo eso debe de costar un dineral —se quejó—. El edificio, la ordeñadora... ¡casi nada! Y además, sólo nosotros dos...

En todo caso, para haber llegado a esas conclusiones, él o su mujer habían tenido que leer, al menos en parte, algún artículo de las revistas.

Manuel se acercó al aparador, sacó de un cajón un plano catastral y lo extendió sobre la mesa.

Había coloreado de azul las parcelas que él tenía arrendadas y, en rojo, las de André.

—No tendrías que poner más que la mitad de tus tierras. ¡No te arriesgas a nada!

—¿Y esas de ahí? —preguntó André inclinándose sobre el plano —. Son las de Delfosse, ¿no?

Delfosse, que tenía más de setenta hectáreas, estaba mucho mejor situado que ellos.

—Yo pongo mis catorce hectáreas, tú veinte y Delfosse diecisiete. Entre los tres juntamos más de cincuenta. —Le dio la vuelta al plano, en cuyo reverso había hecho cálculos—. ¡Y eso por lo bajo! —añadió con voz temblorosa—. Cuarenta y cinco vacas, con cinco holandesas para aumentar la producción. Y, en vez de dárselo todo a la Federación por tres francos y pico, lo vendemos nosotros mismos: en Villefranche, en Saint-Aubin, en La Chapelle, en Montreuil, en La Madeleine...

Sacó otro mapa: los puntos de venta y los mercados estaban unidos por trazos negros que dibujaban una especie de telaraña.

André volvió a rascarse la cabeza.

—¿Y el precio del edificio?

—Aquí está. —Manuel señaló una cifra con el índice.

La señora Ramos les sirvió más vino.

André, por su parte, metió la mano en el bolsillo y sacó un papel donde había apuntado preguntas, muchas preguntas.

—Si les damos pulpa de remolacha a las vacas —continuó Manuel —, aumentamos todavía más la producción. He estado en la Azucarera...

—¿Y?

—Para conseguir buenos precios, habría que hacerlos participar en la cooperativa. No están en contra; sólo hay que hablarlo.

—Así que —dijo por fin André— tu plan sólo puede funcionar si Delfosse se une a nosotros. Si no...

Delfosse no era precisamente famoso por su espíritu emprendedor. Era astuto y un tanto trapacero, pero, como ellos, estaba furioso con la Federación Lechera (y, en realidad, ¿quién no lo estaba?).

—Solamente tendría que poner diecisiete hectáreas en la cooperativa...

Es decir, menos de la mitad de su propiedad.

Siguieron tres semanas de charlas, de «quizá» y «ya veremos», con un Delfosse que no paraba de poner condiciones.

—¡Bueno, a la mierda! —acabó estallando André—. Si no te decides, se lo propondremos a otro.

Nadie lo había dicho en serio, pero podían hablarlo con Fulchi, un tipo imprevisible que tenía sus tierras justo enfrente de las de ellos.

—Vale, de acuerdo —dijo al fin Delfosse, comprendiendo que ya había conseguido todo lo que podía—. Estoy con vosotros.

Manuel lo había logrado.

Si la cooperativa funcionaba y rendía como esperaba, en un año pedir un préstamo para comprar la granja dejaría de ser un sueño imposible.

Manuel estaba ilusionado: ya había tenido una cita con un abogado de Villefranche que se encargaría de preparar los papeles... y su madre parecía dar su visto bueno al proyecto.

Pero entonces se dio cuenta de que ella podría estar siendo simplemente condescendiente. No era muy dada a decirle lo que pensaba de buenas a primeras. Le pidió explicaciones: si nunca

había respaldado a su marido en sus planes de comprar la granja, por qué ahora había cambiado de opinión?

—Porque, a diferencia de tu padre —le respondió ella—, tú sí tienes cabeza para algo así.

Durante la breve conversación que siguió, Manuel comprendió que su madre no le hablaba simplemente de la compra de la granja, sino de algo distinto: de la posibilidad de que ambos se hicieran, por fin, con lo que en el fondo había sido suyo desde hacía muchísimos años.

No esperó a que los documentos de la cooperativa estuvieran firmados ni a que el banco agrícola francés aprobara un préstamo de cincuenta mil francos: se puso de inmediato con las obras de la nave de estabulación libre.

30

Cuesta un poco entenderlas

Geneviève tenía más genio que juicio. Cuando se ponía en órbita, nadie —y menos aún su marido— podía prever hasta qué extremos era capaz de llegar.

El ejemplo más espectacular de su empecinamiento era, sin duda, el asunto del baile de Navidad del Club Iniciativas. ¿Por qué le importaba tanto?

«Se niega a ceder», se decía Jean; «cuando se le mete algo en la cabeza, tiene que conseguirlo como sea».

A principios de diciembre surgió un imprevisto que vino a confirmarlo.

—Si te niegas a ir al baile —le dijo a su hija—, no sería justo que tu hermano participara en el torneo del Sena...

Señal de que el argumento funcionaba, Colette, esta vez, salió de su mutismo:

—¡No veo la relación!

—Pues es muy sencilla: si tú no vas, él no participa. ¡No sería justo que tú te privaras del placer de ir a bailar y él disfrutara del de ir a jugar al billar!

La lógica aplastante del razonamiento dejó a Colette sin palabras.

El propio Jean creyó que el conflicto acababa de dar un giro radical.

Pero todo quedó en agua de borrajas, porque, sorprendentemente, Philippe recibió la información sin mostrar el menor interés, como si aquello no fuera con él.

—No pasa nada, me da igual —soltó antes de volver a su habitación.

Todo el mundo se quedó boquiabierto.

Jean se dio cuenta de que algo le pasaba. Desde hacía semanas parecía otro: se encerraba en su habitación, a oscuras, y debía de dormir mal, porque estaba pálido y ojeroso. Ya nada parecía interesarle.

«Está enamorado», comprendió de pronto, y pensó que su deber era hablar con él: seguro que necesitaba consejo.

Debía tener tacto, no presionarlo, no espantarlo. Cumplir su papel de padre.

—¿Cómo van las cosas, Philippe? —le preguntó una noche, en tono desenfadado, sentándose junto a él en el borde de la cama.

—Bien —respondió el chico, taciturno.

Llegados a ese punto de la conversación, Jean no sabía muy bien cómo continuar. Miró a su alrededor: la habitación era un caos, un territorio al que nunca había prestado atención. Geneviève no ponía los pies en ella; Thérèse pasaba la aspiradora y quitaba el polvo, pero, «por respeto», dejaba todo en su sitio, o casi. El desorden era absoluto: demasiada dejadez, demasiado abandono. Philippe vivía una pena de amor, estaba claro.

Había carátulas de discos esparcidas por el suelo. Se agachó y cogió una: Françoise Hardy.

—No está mal, la chica...

—No...

La respuesta le pareció prometedora.

—Las chicas —prosiguió—, a veces cuesta un poco entenderlas, ¿eh?

Philippe asintió, por si acaso.

—Vienen, van... —añadió—. Es mejor no darle demasiada importancia. En el momento duele, pero luego te das cuenta de que pasa. ¿Comprendes?

El chico no comprendía gran cosa, pero volvió a asentir. Él recibió ese gesto con alivio: había temido no encontrar las palabras adecuadas. Le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí.

—¿Y el billar, cómo va?

—Bah...

Lo entendía. Cuando se tiene el corazón roto, nada más importa. Por suerte, no dura.

—Ya verás como todo se arregla —dijo levantándose.

Al día siguiente, Colette lo abordó, inquieta.

—¿Hablaste con él?

—Sí, charlamos bastante. Tiene mal de amores; ya se le pasará.

Ella no respondió, pero lo oía gemir con furia dos o tres veces por noche, y no le parecía que se tratara sólo de una pena de amor.

31

Todo lo bueno se acaba

Geneviève no solía perder el sueño. Incluso tras la muerte de su madre había dormido a pierna suelta. Pero la aparición del supuesto padre de Michel la había disgustado mucho, y la citación del juez la tenía inquieta.

¿Y si, contra toda evidencia, acababa dándole la razón a él? Estaba demasiado nerviosa para dormir.

En la cama de al lado, su marido roncaba.

Decidió levantarse, salió al pasillo y, al encontrarse allí con Philippe, frunció el ceño. Él se puso rojo como un tomate y, descalzándose el pie derecho, apoyó el hombro en la puerta de tía Thérèse.

—¿Qué haces ahí?

Puso cara de preocupación.

—Tengo algo en la zapatilla...

—¿Algo? —Ella se había acercado—. ¿Qué?

Su tono era receloso y Philippe, que la conocía mejor que nadie, comprendió que ya estaba analizando la situación y buscando la trampa. Era muy tarde, todo el mundo dormía. Él le leía el pensamiento: ¿qué podía estar haciendo allí, con un pie en alto,

examinando la zapatilla, cuando ni siquiera había encendido la luz del pasillo?

Su madre miró un instante la puerta y, de pronto, como si alguien hubiera llamado, tía Thérèse la abrió y apareció sujetándose con las dos manos el cuello de la bata.

—¿Qué ocurre?

—¡Eso pregunto yo! —replicó Geneviève en tono acusador.

Las dos se volvieron hacia Philippe.

—Tengo algo en la zapatilla...

Sostenía la susodicha delante de él, y los tres comprendían que la situación era realmente extraña y, a decir verdad, bastante sospechosa.

Desde que se había incorporado a la familia, tía Thérèse siempre salía en defensa de los niños. Esa actitud había evitado más de un drama y, sobre todo en lo que se refería a Philippe, había encubierto más de una locura. Así que, casi automáticamente, cogió la zapatilla culpable y, tras deslizar el índice por el forro, lo sacó diciendo:

—Ah, claro, una espina. ¡Cómo no te iba a molestar!

—¿Puedo verla?

Pero Thérèse ya había sacudido la mano para dejarla caer.

Las tres miradas se dirigieron al suelo: ahora sería muy difícil encontrar la dichosa espina.

—Toma —le dijo devolviéndole la zapatilla—. Ve a dormir, es tarde.

—¿Qué hace este idiota en el pasillo a estas horas? —preguntó Geneviève en voz alta mientras el chico se alejaba, cabizbajo.

—Está un poco indispuesto —murmuró Thérèse señalando la puerta del lavabo, al fondo del pasillo—. Debe de haberle sentado

mal algo. Mañana le haré compota de manzana.

A Geneviève no la convencían ni la explicación ni el remedio, pero, a falta de una hipótesis más satisfactoria, se limitó a volver a su habitación refunfuñando.

Thérèse iba a hacer lo propio cuando Philippe intercambió con ella una mirada fugaz. Una duda la asaltó.

Él bajó la vista. Era una confesión muda.

Durante varias noches, él no se atrevió a volver a la puerta de su tía. Y, cuando por fin se armó de valor, se llevó una gran decepción: la cerradura ya no dejaba pasar la luz.

¿Se había dejado la llave puesta o era una señal de desconfianza? La situación lo desconcertaba, porque al día siguiente del episodio ella se había comportado con toda naturalidad.

Tras observarla largo tiempo, vigilando gestos y miradas, acabó convenciéndose de que tía Thérèse no sospechaba de sus andanzas. Pero eso sólo intensificaba el misterio de aquella cerradura que ahora obstaculizaba los placeres que soñaba con reanudar.

Un día, fingiendo confundir la puerta de su tía con la suya, la entreabrió y comprobó que alguien había pegado un papel sobre el ojo de la cerradura.

Aquella precaución lo dejó sin salida. Por suerte —o por desgracia—, algo vino a distraer a tía Thérèse: Petula Clark.

Era una cantante inglesa para viejos —o así la veía él, que prefería a Françoise Hardy, France Gall y Sylvie Vartan—. Pero para tía Thérèse no había nadie como ella: cuando aparecía en la tele, se pegaba al aparato con una sonrisa extática, y durante el día tarareaba sus canciones, incluso imitando su acento inglés. (Petula Clark era una de esas inglesas de pura cepa que después de treinta

años de vivir en Francia todavía hablaba con un acento inconfundible.)

A Philippe le costaba entender que tía Thérèse se extasiara con canciones en las que el corazón «dolía» y con historias de «desamor» en las que alguien «se marchaba para no volver jamás», todo ello cantado con un acento inglés tan espeso que daban ganas de poner subtítulos. Le parecía soberanamente ridículo. A él lo electrizaban las llamadas a «bailar el twist con los colegas» y los estribillos llenos de interminables «ye-ye». Eso, según él, sí que molaba.

Pero, de pronto, en noviembre, *Salut les copains* publicó una foto de la cantante —de vestido rojo y collar negro— con el titular:

Petula Clark

Una chica increíble

Y no fue el titular, ni la foto, lo que lo dejó atónito, sino el parecido, que encontró impresionante, entre Petula Clark... ¡y tía Thérèse!

Sí, claro que había diferencias —el pelo, la ropa, la sonrisa, el peinado, la mirada—, pero cuanto más examinaba las fotos del artículo, más evidente le parecía la semejanza. La gran ventaja de Petula Clark sobre tía Thérèse era que la primera podía acompañarlo a la cama y sonreírle mientras, a su manera, él le declaraba su pasión. También podía esconderla bajo la almohada.

Otra ventaja sobre la inaccesible tía Thérèse: de Petula Clark podía tener tantas como quisiera. O casi. Compró todas las revistas en las que aparecía fotografiada y las guardó celosamente bajo el

armario ropero. Cada nueva imagen de la cantante —y, por tanto, cada nuevo vestido, cada nueva falda, cada nueva blusa— abría una vía inédita a una fantasía ya bastante rica, sobre la que él mismo empezaba a preguntarse hasta dónde podría llevarlo.

Pero todo lo bueno se acaba. Semanas después, cuando Philippe ya había agotado todos los placeres que podía ofrecerle el sucedáneo de tía Thérèse, volvió a darse una vuelta por el pasillo.

El delito había prescrito, el papel quizá se había caído, la cerradura volvía a estar despejada, pero tía Thérèse ya no se movía con la naturalidad ingenua de antes. Philippe alcanzó a verla de perfil, adivinar su admirable trasero, una fugaz visión de sus pechos suntuosos, pero ya no era lo mismo.

Aquella decepción lo sumió en una profunda meditación, al cabo de la cual se detuvo en una idea luminosa, preguntándose incluso cómo no se le habría ocurrido antes.

¿Por qué no iba a aceptar tía Thérèse, que lo adoraba, iniciarlo en los asuntos del sexo? Al fin y al cabo, estaba preparado para la experiencia, ¡tenía los recursos necesarios! ¿No formaba parte aquello del aprendizaje de cualquier muchacho? Y, dado que a tía Thérèse le preocupaba tanto la educación de sus sobrinos, Philippe no veía por qué habría de negarse a transmitirle esos conocimientos.

Pronto fue cosa decidida. No pensaba declararse; le daba miedo ponerse en ridículo. No, hablaría con ella, apelaría a su razón: no concebía que pudiera rechazarlo.

Con todo, comprendía que no podía pedírselo a bocajarro, en la lavandería, el día que ella recogiera la ropa sucia, o mientras le servía el desayuno. Tenía que hacerlo bien: buscar el momento justo, ser elegante.

Faltaban unas semanas para Navidad, la ocasión perfecta para hacerle un regalo fuera de lo común y aprovechar para pedirle una clase particular. O dos. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que le harían falta varias.

Hizo listas y más listas de posibles regalos, porque no era fácil elegir qué podía ofrecerle a una mujer como tía Thérèse, con la experiencia que tenía de los hombres.

Hasta que, por puro azar, en el escaparate del estanco —donde había barómetros, encendedores de mesa y ceniceros de ónice— descubrió el regalo perfecto: un chalet suizo de madera que, al levantar el tejado, resultaba ser una caja de música, con una bailarina en tutú que giraba con mucha gracia. Se armó de valor y pidió oír la melodía. Era bonita, algo clásica, pero encantadora.

—Treinta francos —dijo el estanquero devolviéndolo al escaparate —. Tengo un modelo más grande por sesenta, con tres melodías a elegir.

Sesenta o treinta, era una fortuna para él, que siempre andaba mendigando un franco para una revista o dos para un paquete de P4 que fumaba a escondidas (a decir verdad, tenía que forzarse un poco, porque no le gustaban).

En fin, era caro.

Tenía que conseguir dinero.

32

Estoy esperando a alguien

Sospechoso de varios asesinatos
¡Jean-Noël Carraud liberado!
«Acaba de evitarse un trágico error judicial...»,
declara su abogado, el señor Kempf.

François no dejaba de repetirse mentalmente aquella frase, que para él había supuesto un auténtico mazazo: «Un trágico error judicial.»

Sentado en la terraza de la Brasserie Centrale de Roubaix, mientras apuraba el tercer Saint-Raphaël, se imaginó la mano de Nine posándose con suavidad en su antebrazo y volvió a dejar el vaso en la mesa.

Le costaba mantener la calma: ¡todo se había venido abajo de golpe!

La coartada del señor Carraud en el caso del asesinato de Janice Bonvoisin, cometido en Montrieux el 6 de noviembre, ha resultado indiscutible: numerosos testigos confirmaron su presencia, aquella misma noche, en la velada de

presentación de la nueva gama de productos de su empresa, a casi cuatrocientos kilómetros del lugar del crimen.

En cuanto al ocurrido en Thierville-sur-Eure, en 1948, en el que los investigadores también lo consideraban implicado, el señor Carraud se hallaba entonces en Italia, donde permaneció cerca de dos semanas.

Lo curioso es que la policía —sin duda a instancias del excelente abogado defensor, el señor Kempf— ha presentado unas disculpas (muy vagas, por cierto). El juez Pirouet, por su parte, ha declinado hacer comentarios.

El sospechoso en cuya culpabilidad había creído estaba otra vez en libertad, y todo el andamiaje de sospechas en torno a Jean volvía a levantarse, con un nuevo dato imprevisto que —seguramente a instancias de la policía judicial— la prensa no había mencionado hasta ahora:

El elemento clave en la liberación del señor Carraud —más concluyente aún que los testimonios que respaldan su coartada— son, evidentemente, sus huellas dactilares.

Conviene recordar que, durante el asesinato de la joven cartera de Lamberghem, el 20 de octubre de 1948, el asesino dejó tras de sí una huella de pulgar perfecta, impresa en la sangre misma de la víctima.

Los servicios científicos de la policía no necesitaron más de veinticuatro horas para comparar la huella de

Lamberghem con la del señor Carraud y concluir que su inocencia era total e indiscutible.

Aparte del golpe que suponía verse devuelto a la casilla de salida, para François la existencia de aquella huella dactilar lo cambiaba todo.

Su primer reflejo fue comprobar si la localidad de Lamberghem figuraba entre los destinos posibles de Jean —no recordaba haber visto ese nombre al hojear sus agendas—. Pero, al examinar el mapa de la región, descubrió que uno de los desplazamientos habituales de su hermano durante años había sido a Berquieux, donde se encontraba uno de sus proveedores, la sociedad Steuvels. Berquieux estaba... ¡a menos de diez kilómetros de Lamberghem!

Aquella huella lo cambiaba todo.

Ya no se trataba de meras sospechas.

Esa huella sería —o no sería— de Jean.

Por eso llevaba dos días recorriendo la región de Roubaix. Primero había ido a la pequeña oficina de correos donde habían asesinado a la chica, una visita que estaba claro que era inútil, y luego había vuelto a Roubaix, más concretamente al tribunal donde trabajaban los jueces de instrucción y donde, en la secretaría, se conservaba el sumario con todos los elementos de la investigación: declaraciones, testimonios, informes periciales, actuaciones procesales...

Y la ficha dactiloscópica con la huella recogida en el escenario del crimen.

Documentos consultables por abogados y personal judicial, pero no por los periodistas.

La cuestión era saber si lograría hacerse con una copia o si se vería obligado a regresar a París con las manos vacías y abandonar definitivamente aquella investigación agotadora que, en sólo unas semanas, debía de haberle costado ya dos o tres años de esperanza de vida.

Había acudido a la secretaría, donde pidió examinar unos expedientes públicos que no le interesaban lo más mínimo, pero que le sirvieron para observar detenidamente a los funcionarios que trabajaban allí.

Seleccionó a tres personas: un escribano judicial, una secretaria y un administrativo. Al escribano, porque apostaba a los caballos (no era gran cosa, pero algo era algo); a la secretaria, porque bebía (triste, pero era lo que había); y al administrativo, por pura intuición (ridículo, pero había que intentarlo).

¿Cuánto estaba dispuesto a pagar por aquel documento? Después del dispendio en el taller de la rue Cassini, no le parecía bien volver a meter la mano en la caja común sin hablarlo con Nine.

Entonces, ¿cuánto podía ofrecer?

¿Mil francos? ¿Tres mil? ¿Diez mil? ¿Más? Gastar tanto dinero —o bien para nada, si Jean estaba limpio, o bien para mandarlo al patíbulo—, ¡qué negocio!

Dedicó el primer día al escribano y perdió el tiempo. Jugaba pequeñas sumas a la quiniela hípica, tenía un coche nuevo, una mujer a la que besaba en la boca al llegar a casa, dos niños que armaban un escándalo al verlo, un perro... Aquel hombre no encajaba en el perfil del jugador empedernido al que se pudiera comprar.

El segundo día, consagrado a la secretaria, fue más penoso pero igual de inútil.

François contó las copas que se tomaba en la barra de bares alejados del tribunal: tampoco eran tantas. Esperaba más. Por ahora, la mujer no pasaba de candidata al alcoholismo crónico. Lo peor estaba por venir, y François no encontraba la forma de aprovecharlo.

Para terminar, perdió el último día con el administrativo. Debía de estar haciéndose viejo, porque su intuición inicial había resultado una completa gilipollez.

Se iría al día siguiente, con las manos vacías.

Jamás entendería cómo se encadenaron los hechos. Años después, al recordarlo, se asombraría de lo que había hecho, lo atribuiría a una especie de desesperación. Se sentía tan hundido —por sí mismo, por el Gordito, por toda la familia—, tan agotado, que inconscientemente había acabado deseando que algo irreparable se interpusiera en su camino. Que lo pararan. Que lo detuvieran.

La tarde antes de su partida decidió volver a subir a la secretaría; faltaban menos de veinte minutos para el cierre.

Se cruzó con el escribano, que se escabullía discretamente antes de la hora para apostar a las carreras. Sólo quedaba una funcionaria: la secretaria a la que había estado siguiendo en los bares entre la audiencia y su casa. La sala de espera estaba vacía.

—¿Señor?

Lo había visto tres días antes y le había hecho la misma pregunta, pero por allí pasaba tanta gente...

—Estoy esperando a alguien.

—La secretaría va a cerrar.

—¡No dejaré que me encierren!

La mujer esbozó una sonrisa forzada; ya había recogido sus cosas. La vio inclinarse hacia el bolso, incorporarse y dirigirse al lavabo. En cuanto se quedó solo, sin pensar ni vacilar, avanzó con paso decidido, empujó la portezuela de vaivén, rodeó el mostrador y se adentró por el pasillo de la derecha, bastante ancho y con ventanas altas, a lo largo del cual empezó a caminar a un ritmo que esperaba pareciera normal.

A su derecha, las puertas de las salas de los funcionarios y jueces del tribunal.

Al otro lado, alineados bajo las grandes ventanas, carritos metálicos de dos pisos llenos de sumarios.

Juez Lemoine.

Juez Maubert.

Juez Pirouet.

Entonces comprendió que no había ido en esa dirección por casualidad: ya había tomado aquel pasillo el primer día, y su memoria debía de haber guardado la imagen de aquella puerta de madera barnizada con la placa de cobre donde figuraba el nombre del juez.

Nadie a la derecha.

Nadie a la izquierda.

Curioso, pensó: en esa misma postura, exactamente igual y con la misma urgencia, se había inclinado quince años antes sobre el cadáver de la pobre Mary Lampson, aquella mujer a la que ahora se preguntaba si no habría matado su propio hermano.

Urgencia, sí: en cualquier momento se abriría una puerta, lo sorprenderían *in fraganti*, y en veinte minutos estaría ante un policía,

en una hora ante un juez, y luego dormiría en la cárcel.

Tres carpetas voluminosas.

El caso de Lamberghem acababa de reabrirse con la detención de Jean-Noël Carraud; en unas semanas volvería a los archivos.

El sumario estaba allí, enorme, atado con una cinta. François lo cogió sin vacilar y recorrió el pasillo con el corazón en un puño.

Los lavabos. El pestillo. El legajo sobre la tapa del inodoro. La cinta desatada. Las subcarpetas de colores. Piezas introductorias, no. Declaraciones, no. Documentos de pruebas, no. Deprisa. ¿Ha entrado alguien en los lavabos? No, sólo un ruido en el pasillo. La correspondencia, no. Mandatos y comisiones rogatorias, no. Informes periciales, médicos, autopsia, informe balístico... Allí estaba: la ficha dactiloscópica.

La huella en todas sus formas, el pulgar desde todos los ángulos posibles. Y hasta una imagen terrible del escenario del crimen: una ampliación de la huella estampada en la sangre de la víctima.

Eligió una foto lo bastante clara y una copia por calco en una hoja milimetrada. Las dobló dos veces, cerró el sumario, entreabrió la puerta de la cabina: nadie. Abrió la del pasillo: nadie. Echó a andar hacia el despacho del juez, dejó el voluminoso sumario sobre el carrito correspondiente sin detenerse y, de pronto, delante de él, a unos diez metros, vio a un hombre alto con uniforme de ujier.

—¿Qué hace usted aquí?

Sin dudar un instante, François gira sobre los talones y echa a correr. Los pasos del ujier retumban tras él, se precipitan sobre las baldosas. De pronto —a saber por qué— cambia de estrategia: en lugar de intentar cruzar la puerta de vaivén del fondo del pasillo, se vuelve de golpe. El ujier llega como una exhalación; él lo esquiva y,

cuando el otro, tras ir a dar al suelo con un grito, intenta incorporarse, él ya corre como un loco en la dirección contraria. En segundos ha recorrido las dos terceras partes del pasillo, se lanza escaleras abajo, atraviesa el patio y sale del tribunal, aún oyendo los gritos del hombre que pide ayuda. Pero ahí está la plaza, el quiosco, una calle a la derecha, otra a la izquierda. Entonces, frena y empieza a caminar casi con normalidad, sin aliento, al borde del síncope.

Puede que acabe de robar —arriesgándose a la cárcel— lo necesario para mandar a su hermano a la guillotina.

33

Un malentendido trágico
«¡Calumniándome a mí, calumnian a mi hijo!»
La víspera de su comparecencia ante el juez,
Émile Gruber defiende sus derechos
y responde a sus detractores

Decir que los métodos escandalosos empleados para privar al señor Gruber de su legítimo derecho a vivir en paz con su hijo han indignado a la opinión pública sería quedarse corto. Presse-Hebdo *se enorgullece de poder restablecer la verdad y denunciar las insinuaciones insultantes y las desvergonzadas mentiras vertidas sobre su persona.*

Aclaremos, pues, que lo que la parte contraria —por voz del infame pasquín Écho de la France— *describe como una «pena de prisión» derivada de una sentencia del Tribunal del Sena no fue, en realidad, más que una simple detención, tras una discusión sin importancia, que sólo supuso para el señor Gruber una estancia en comisaría de... ¡veinticuatro horas!*

Ciertamente, el juez lo condenó a ocho días de internamiento, pero enseguida suspendió la ejecución de la

pena, de modo que Gruber abandonó el tribunal como un hombre libre.

En cuanto a las insinuaciones sobre su nacionalidad, resultan realmente vergonzosas. El señor Gruber es, en efecto, ciudadano francés, hijo de Gérard Gruber, natural de Alsacia, y de Brigitte Chanier, también francesa.

[...]

No cabe duda de que la inminente decisión del juez, al confirmar la paternidad del señor Gruber, pondrá fin a las falsedades difundidas con el único propósito de mancillar el honor de este padre de familia.

Frente al Palacio de Justicia, los reporteros del *Presse-Hebdo* y el *Écho de la France* fumaban juntos y comentaban el último partido del Racing Club, sin perder de vista la escalinata por la que debía bajar Émile Gruber.

De momento, estaba delante del juez, buscando las palabras...

—¿Un malentendido?

El juez parecía escéptico.

—¡En cierta forma, sí! —respondió el abogado de Gruber, al que el *Presse-Hebdo* pagaba la mitad de los honorarios a cambio de información de primera mano—. ¡Mi cliente y la difunta señora Denise Gineste sólo tuvieron relaciones íntimas en dos ocasiones!

Y eso bastó para que Émile se enamorara perdidamente de ella. Decidido a pedirle matrimonio, rompió de inmediato con la joven con la que mantenía una relación por lo demás muy reciente. Un mal trago. Émile era un hombre manso, tranquilo, pacífico, que echó mano de toda su delicadeza para cortar con la pobre chica.

Pero ¡cuál sería su sorpresa al no encontrar a nadie en casa de Denise sólo un día después de esa ruptura!

—¡Ni en el trabajo! —añadió Gruber.

¡La joven se había volatilizado, literalmente!

Entonces, Émile empezó a buscarla febrilmente por todas partes, preguntando aquí y allí, manteniéndose atento, informándose.

—Mi cliente incluso se planteó contratar a un detective privado, pero, por desgracia, no tenía los medios necesarios.

En vista de lo cual, llegó a pensar, con el corazón destrozado, que quizá ella no lo amaba hasta el punto de imaginarse el futuro a su lado...

—Supuse que no se había atrevido a decírmelo y había preferido marcharse...

Pero un año después apareció de improviso una joven llamada Simone Leduc, amiga de la infancia de Denise, que venía a comunicarle... ¡su espantosa muerte en el incendio de la rue Caulaincourt!

—Eso me entristeció no se imagina cuánto...

—Y fue Simone Leduc quien le explicó a mi cliente el quid del asunto —intervino el abogado—. ¡Un malentendido, señoría! ¡Un trágico malentendido!

Queriendo darle una sorpresa, Denise había ido a buscar a Émile al trabajo, pero lo había visto en la terraza de un café en compañía de una joven que le sujetaba la mano con ansia...

—¡Acababa de sorprender a Émile en plena ruptura, señoría! ¡Para casarse con ella!

Denise regresó a casa indignada, destrozada.

Y esa misma noche dejaba París por Auxerre, donde residían sus padres.

Semanas más tarde, al descubrir que Émile la había dejado embarazada, se negó a alterar su vida y volvió a París, donde retomó el trabajo y tuvo a su hijo, al que llamó Michel...

—... y empezó a vivir la difícil vida de una madre soltera, señoría, hasta que el incendio de su edificio...

Émile callaba. El juez lo miraba fijamente.

—¿Y bien, señor Gruber?

—Me enteré al mismo tiempo de que Denise había muerto y de que yo era padre.

El abogado negaba con la cabeza despacio; se veía que estaba dolorosamente impresionado por aquel drama.

—¡Soy el padre de ese niño! —declaró de pronto Gruber a voz en cuello, para sobresalto del juez—. ¡No pido otra cosa!

El juez reclasificó el atestado sobre la pelea entre Gruber y un cliente del bar Le Balto, que había terminado con un violento puñetazo y una noche en comisaría.

Quedaba, había dicho el togado, el asunto de la nacionalidad del señor Gruber, la cuestión de aquella «u» que tan pronto llevaba diéresis como no, según los documentos oficiales.

Él mismo se apellidaba Célerier. De Célarié a Célérité, pasando incluso por Célebrité y Sérurier, lo habían llamado de todo...

—¿Estaría usted dispuesto a someterse a una prueba de paternidad?

«¡El juez Céléri se ha mostrado
muy comprensivo!»,

nos confiesa el señor Gruber,
padre del pequeño Michel

«Confío en la justicia de mi país»,
afirma la esposa del Héroe de la rue Caulaincourt

—¿Una prueba de paternidad? ¿Eso es posible?

La pregunta tocaba un tema espinoso entre Geneviève y Jean.

Digamos en voz alta algo que nadie (salvo algunos lectores y lectoras) sabía: aquel matrimonio había tenido dos hijos sin haber mantenido ninguna relación sexual desde la noche de bodas. Jean nunca había considerado anormal esa penuria de contactos íntimos. Geneviève era su cruz, su castigo, había llegado a su vida para exorcizar sus demonios; ¡habría sido el colmo que le proporcionara consuelos!

Geneviève le había anunciado que estaba embarazada dos veces, y él se había alegrado de ser padre en ambas ocasiones.

Jean tenía dos hijos a los que amaba con locura, y punto.

Por increíble que parezca, jamás había pensado mal de su mujer. La idea de que Geneviève pudiera tener una relación regular nunca se le había pasado por la cabeza. Era una madre dudosa, a veces excesiva, socialmente no era una mujer fácil, pero, a los ojos de Jean, era una buena esposa... vete a saber por qué.

Jean no tenía la menor idea de cómo se hacía una prueba de paternidad ni de si tenía validez legal. Por suerte, cuando Geneviève hacía una pregunta, rara vez esperaba respuesta: ya había pasado a otra cosa.

En aquella ocasión, a una maleta en el pasillo.

—¿Qué es eso?

Lo sabía perfectamente; la había reconocido: era una de las que Thérèse había llevado consigo de Beirut, una maleta lujosa de cuero legítimo con correas que conservaba como una reliquia de la época —ya muy lejana— en que tenía medios.

—¡Thérèse! —tronó.

La hermana apareció, alarmada, y se apresuró a coger la maleta, disculpándose.

—¡Perdón, ya no me acordaba! ¡Voy a guardarla!

Había cogido la maleta y corría ya hacia su habitación, pero Geneviève se colocó en la puerta y le cerró el paso.

—¿Puedo saber...?

Ya lo sabía. Toda su persona mostraba que lo había comprendido perfectamente.

—Iba a decírtelo... —murmuró Thérèse mirando al suelo.

—¿No pensarás irte a Beirut para Navidad?

Thérèse se armó de valor.

—Sí, iba a explicártelo...

—¿Y se puede saber con qué dinero?

Utilizaba con su hermana el mismo tono autoritario y perentorio que con su marido y sus hijos.

La pregunta estaba cargada de insinuaciones. ¡Si Thérèse había conseguido dinero, sólo podía haberlo sustraído de los recursos del matrimonio Pelletier!

—Utilizaré mis ahorros —balbuceó la otra.

—¡Vaya! ¿Aún tenías?

—Un poco... lo suficiente...

—Pero, a ver, criatura, ¿qué vas a hacer tú allí? ¡Te fuiste de Beirut con una mano delante y otra detrás! Allí te tienen por una ladrona, el único amigo que te quedaba se largó con la caja. —Geneviève fingió reírse a carcajadas. Thérèse, pesarosa, no sabía qué decir—. Además, ¿quién va a ocuparse de los niños?

Esta vez Thérèse se quedó sorprendida.

—Pues... yo.

Geneviève abrió la boca. ¡Era verdad, Colette y Philippe también iban!

—Se ocupará nuestra tía.

Geneviève se volvió a la velocidad del rayo. Era Philippe.

Armándose de valor, había acudido en ayuda de tía Thérèse.

Geneviève no dijo nada.

Thérèse se marchaba en contra de su opinión; Colette se negaba a participar en el baile de Navidad; Philippe se atrevía a salir en defensa de su tía... Aquel cúmulo de contrariedades la había dejado sin energías.

Se retiró. La vieron recorrer el pasillo pesadamente hasta la cocina. Necesitaba reponer fuerzas, porque aquello...

Cerró la puerta a su espalda.

Thérèse se había quedado mirando a Philippe, que había tenido la valentía de acudir en su ayuda.

«Qué enternecedor este grandullón», pensaba.

El chico la miraba, a su vez. Su tía llevaba una blusa floreada que, por un sensual capricho del azar, tenía un capullo de rosa que quedaba justo encima de su pezón izquierdo. Se prohibió mirarlo.

—Te agradezco que me hayas defendido, cariño; pero no hacía falta —le dijo ella.

—¿Es verdad que tienes el dinero? —le preguntó él de sopetón.

Esperaba que respondiera que no.

Porque había encontrado la forma de conseguirlo.

Y, en lugar de hacerle un regalo, le pagaría el viaje (¡no tenía ni idea del precio de las cosas!).

—Sí, ya he comprado el billete de ida y vuelta. Eres un cielo.

Tía Thérèse le dedicó una gran sonrisa y, tras acariciarle la mejilla con suavidad, regresó a su habitación.

A él ya no le dio tiempo a mirar el capullo de rosa, pero, con un nudo en la garganta, contempló las nalgas de su tía, que temblaban deliciosamente bajo el nailon de su falda...

Entretanto, Geneviève se había asomado a la puerta de la cocina, y *Joseph*, que estaba allí, se alejó rápidamente.

Ella lo siguió con la mirada, pensativa.

Luego se agachó, cogió el cuenco en el que Colette le ponía comida para todo el día, lo vació en el cubo de la basura y volvió a dejarlo en su sitio exacto.

Joseph y ella se miraron.

Su relación acababa de entrar en una nueva fase.

34

Quiero doscientos

¿Olía a cerveza? ¿A vino? Desde luego, a alcohol.

Colette sabía que todos los chicos fumaban a escondidas, pero lo de Philippe era otra cosa.

Más de una vez lo había sorprendido bebiéndose los restos de las copas al final de las comidas familiares y lo había atribuido a las ganas de provocar. Sin embargo, esa tarde se preocupó.

¿Cómo era posible que oliera así?

Volvía de la clase de billar, y en la academia no servían alcohol a los menores: era una norma sacrosanta.

¿Con él hacían la vista gorda?

—¿Qué estás husmeando? —dijo él tapándose la boca con la mano, pero ella se la apartó y se inclinó hacia él con la nariz por delante. Él se puso rojo.

—¡Ve a lavarte los dientes! —ordenó Colette.

Sólo faltaba que su madre se diera cuenta, ¡se armaría buena!

Ya hacía unos días que ella había notado algo raro. Su hermano se marchaba a la academia a media tarde, en cuanto terminaba los deberes, y sus padres no regresaban hasta la hora de cenar.

Al enterarse de aquella nueva rutina, tía Thérèse había torcido el gesto.

—¿No tendría que acompañarte un adulto?

—¡Está el señor Horowitz!

En casa, el nombre del profesor de billar era casi sagrado. Sus lecciones le habían permitido a Philippe conseguir una magnífica y prometedora victoria en el reciente torneo, y, aunque Geneviève lo encontraba «demasiado judío para su gusto», incluso ella lo consideraba un adulto de confianza.

Así pues, Thérèse había dejado que se fuera tras recomendarle que, por el bien de todos, regresara antes que su madre.

Una tarde, decidida a llegar al fondo del asunto, Colette lo siguió. Pensaba echarle la bronca al director de la academia si servían alcohol a los menores. Hasta el señor Horowitz se llevaría un rapapolvo. Pero no hizo falta, porque Philippe se fue derecho al Balto, un bar con estanco situado dos calles más allá, que anunciaba, junto al letrero con su nombre, la disponibilidad de una sala posterior con mesas de billar.

Colette, realmente furiosa, se disponía a entrar tras él y cantarle las cuarenta, pero de pronto cambió de idea —y de dirección— al ver, a través de la luna del escaparate, que su hermano estrechaba la mano de un Edmond que, Gauloise en mano, sonreía enseñando sus dientes amarillentos.

No tardó en encontrar, detrás del quiosco de prensa, un buen sitio desde el que observar el interior del café, donde ahora Philippe estaba saludando a un individuo calvo con unos tremendos mostachos de charcutero.

Ella no podía saberlo, pero su hermano lo había conocido allí mismo unos días antes. ¡Y había perdido con él una partida a treinta puntos!

—¡Por no mucho! —le había advertido Edmond—. Déjate ganar, pero que no le parezca demasiado fácil, ¿entendido?

Edmond había elogiado delante del charcutero el talento de Philippe, joven prodigio del billar; incluso había apostado treinta francos... que perdió, porque Philippe —a regañadientes— se dejó ganar.

Había tenido que esforzarse bastante —su contrincante era flojo, sus *fuettés* dejaban mucho que desear y, cuando le salía un retro, se debía más a la suerte que a la habilidad—; a cambio, pudo darle unos sorbos al Cinzano que Edmond le había tendido discretamente junto a los lavabos.

Y ahora había llegado la hora de la revancha.

Lleno de confianza, el charcutero había aceptado otra partida a treinta puntos.

—¡Yo sigo creyendo en el chico! —dijo Edmond en voz baja, porque en el bar estaba prohibido apostar dinero—. El otro día no estaba suficientemente concentrado, eso es todo.

—Si te da igual perder, por mí... —respondió el charcutero, que incluso propuso subir la apuesta a cien.

Philippe, con la competitividad exacerbada por la derrota anterior, que consideraba humillante, estuvo tentado de aplastarlo, pero consiguió dominarse.

—¡Tampoco hace falta ganarle por mucho! Si no, se dará cuenta de que lo hemos timado y se negará a pagar, ¿comprendes?

Si no ganaba aquel dinero, ya podía despedirse del regalo para tía Thérèse y de sus clases particulares. Se lo recordaba a sí mismo una y otra vez.

Tía Thérèse, generosa como era, le permitía acariciarle los pechos. Sudaba ante la mera idea...

—¡Uf, qué justo ha ido! —exclamó Edmond cuando él dio cuenta de su adversario con un *massé* parcial.

Colette, desde detrás del quiosco, vio a Edmond salir del bar en compañía del bigotudo, que sacó la cartera y le entregó unos billetes. En cuanto se fue, Philippe se reunió en la acera con su manager de un día.

—Hacemos setenta treinta, ¿de acuerdo? —propuso Edmond.

—Así a mí no me quedará mucho... —respondió Philippe.

—¡Yo hago lo más difícil, chavalote! ¡Hay que engatusar al tipo y luego hacerle soltar la pasta; no es como darle a una bola, tienes que ser hábil! —Y como el otro no parecía muy convencido—: ¡Vale, chavalote, sesenta cuarenta, ¿te parece bien?!

En la acera, Philippe sólo recibió treinta francos. No era lo pactado.

—¿Y las bebidas, chavalote? ¡Eso entra en los gastos! Y sin contar el Cinzano...

Colette no vio cuánto acababa dándole, pero leyó la decepción en la cara de su hermano.

Edmond lo cogió por el hombro.

—¡Esto no es más que el principio, chavalote! Sólo hemos tanteado el terreno. ¡Luego cambiaremos de sala y le sacaremos trescientos del ala a algún primo!

Philippe no era lo bastante bueno con el cálculo mental como para deducir su parte en una apuesta de trescientos francos, pero por el tono de Edmond comprendía que era casi una fortuna.

Al día siguiente, a media tarde y muy cerca de la academia de billar, Colette pasó un buen rato fingiendo buscar una calle, interesarse por un escaparate o esperar un autobús para poder hacerse la encontradiza.

—¡Señor Horowitz! Pero qué casualidad —dijo—. Soy Colette, la hermana de Philippe Pelletier...

El anciano no la reconoció de inmediato. ¡Ah, sí, ahora se acordaba! Estaba con su padre en la final del torneo; una chica encantadora.

Charlaron unos minutos, hasta que Colette consiguió lo que quería, e incluso algo más de lo esperado.

Terminada la conversación, se fue directa al Balto, abrió la puerta con decisión, dejó que el dueño vociferara: «¡Los menores tienen que ir acompañados por un adulto!» y, sin inmutarse, agarró a Edmond por la pechera y lo arrastró a través de la sala hasta la acera.

—¡Pero bueno!

—Edmond, todo el mundo lo ha visto varias veces con mi hermano, que aún no ha cumplido doce años, y nos creerán cuando vayamos a comisaría a poner una denuncia por corrupción de un menor.

—¿Corrupción? ¿Qué corrupción?

—Diré que arrincona a mi hermano en los lavabos.

—¡Ja! Ésta sí que es buena.

—Diré que le mete la mano en el pantalón.

—¿Cómo?

—Que le pidió que le hiciera una...

—¡Pero yo jamás he hecho eso!

—Ya lo sé, pero a quien creerán es a mí, porque tengo dieciséis, soy una chica y, en estos momentos, usted está en libertad condicional. La próxima vez que vaya a firmar a comisaría, se quedará allí, y luego lo llevarán ante un juez. Cuando haga mi declaración, diré que intentó sodo...

—¡Oooh! ¡Oooh! —gritó Edmond, indignado. Sus dientes amarillos resaltaban en su cara roja.

Miraba a Colette, y aquella lagartona le parecía muy capaz de hacer eso y más.

—Bueno, entonces, ¿qué?

—No quiero volver a verlo por este distrito de París. Considérelo una cláusula adicional de su libertad condicional; le servirá para recordarlo.

Edmond suspiró.

—Vale, de acuerdo.

—Y quiero los doscientos francos que ganó con mi hermano.

—¡Eh, que fueron cien!

—Sí, pero yo quiero doscientos.

Mientras contaba los billetes y se los iba entregando, Edmond negaba con la cabeza con tristeza.

¡Dios mío, qué lástima que aquella cría fuera menor! Habría sido una socia estupenda.

Se acercaban las Navidades. En unos días, tras la ceremonia en honor de papá, partirían hacia Beirut con la abuela.

Tras darle cien francos a Philippe, que se quedó atónito, Colette se fue a la librería Cohen, que tenía un fondo impresionante de obras de la Antigüedad grecolatina.

Luego, en su última sesión con sor Amandine, después de hacer ejercicios sobre las variaciones de una función (la monja tenía una auténtica facilidad para hacerse entender en matemáticas y ciencias), sacó de su bolso un paquetito elegantemente envuelto.

—Feliz Navidad, hermana...

—Pero ¡por Dios, Colette!

Sor Amandine estaba muy emocionada: eran los *Amores* de Ovidio en una edición preciosa, un libro magnífico.

—Le habrá costado...

—No se preocupe. He conseguido vender las *Antiquitates Romanae*.

—¿Ha revendido... el regalo de su madre?

Estaba escandalizada.

—Sí —respondió Colette sonriendo—. Debió de costarle una fortuna, pero la gastó con un mal propósito. De todas formas, ni siquiera se dará cuenta de que ya no está: hace regalos por el efecto que producen. Pasado el efecto, el regalo deja de existir.

Sor Amandine volvía el libro del derecho y del revés, lo hojeaba...

—Es un poco pagano, quizá... —aventuró Colette, dubitativa.

La monja rió de buena gana.

—Precisamente por eso me lo ha comprado, ¡para provocarme!

Colette se sonrojó.

—Le deseo unas felices Navidades, hermana. Y un próspero Año Nuevo. ¿Cuál es su mayor deseo?

—Que Dios me permita servirlo el mayor tiempo posible.

Una duda asaltó a Colette.

—¿Está usted enferma?

—Un poco. No hace mucho que lo sé, fue una sorpresa. No es nada grave, no se preocupe. Sólo... un poco molesto.

La voz de la hermana sonaba distinta, más apagada. ¿Hasta qué punto podía creerse aquella tranquilidad que fingía?

Al ver que Colette se emocionaba, se apresuró a añadir:

—No se preocupe, Colette. Dios manda la enfermedad, pero también a los médicos. Y tengo otro deseo. —Le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a levantar la cabeza—. Quiero verla feliz. Tan feliz como debería ser. Eso es lo que más deseo. Ah, y yo también pensé en usted.

Esa noche, ya en la cama, Colette abrió con emoción el regalo de sor Amandine.

Había un marcapáginas al final del capítulo VIII.

Abrió el libro por esa página.

«*Nemo restituit annos, nemo iterum te tibi reddet. Ibit qua coepit aetas nec cursum suum revocabit...*»

Tradujo mentalmente:

«Nadie te devolverá los años, nadie te devolverá a ti misma. La vida seguirá el camino que empezó y no volverá sobre sus pasos. No te avisará de su rapidez ni hará ruido; discurrirá en silencio.»

«¡Cuánto le gusta dar lecciones a sor Amandine!», se habría dicho unos días antes. Pero la había visto frágil y se había conmovido; no le apetecía pensar mal. ¿Estaría más enferma de lo que decía?

«Nadie te devolverá los años, nadie te devolverá a ti misma.»

Pensar que Séneca le hablaba a una chica como ella habría sido presuntuoso, pero, si estudiaba latín, era porque aquellos autores se dirigían a todos.

Y, por tanto, también a ella.

Entre sus sentencias, ¿quién podía decidir cuáles se aplicaban a uno mismo?

Volvió a abrir el libro.

«Nadie te devolverá los años, nadie te devolverá a ti misma.»

¿Tenía ella edad para recibir semejante advertencia?

¿Podía una chica de catorce años comprender de verdad... que su vida sería breve?

Apagó la luz.

Aunque había «vida» y «vida». ¿A qué se referiría Séneca: a la duración de la vida o a la manera de vivir?

Le pareció oír a sor Amandine: «Ser desdichado y no hacer nada para cambiarlo, ¿es una forma de vivir?»

Entonces, un rostro casi olvidado volvió a visitarla en su primer sueño de la noche.

El rostro de Macagne.

35

1961. La cooperativa

¡La de veces que Manuel estuvo a punto de renunciar, de mandarlo todo a paseo, de tirar la toalla y acabar con aquello de una vez!

Aunque había acordado con Delfosse y André que construirían juntos el edificio, le había costado Dios y ayuda conseguir que pasaran ni siquiera un día entero en la obra: ¡siempre tenían algo más urgente, más importante que hacer!

De hecho, durante mucho tiempo sus socios siguieron mostrándose ambivalentes respecto a la iniciativa en la que, sin embargo, habían aceptado participar. Habían invertido y se habían endeudado, y, lógicamente, querían que saliera bien, pero quizá no estaban del todo convencidos de sus posibilidades. Se escaqueaban de las tareas más duras para seguir atendiendo sus propias granjas, cuyo futuro les parecía más seguro. En varias ocasiones, Manuel tuvo que obligarlos a asistir a reuniones que no sirvieron de nada. Entonces comprendió que la dinámica del proyecto, que había sido idea suya, dependía sólo de él, y que los otros no se implicarían plenamente hasta ver los primeros resultados.

Durante aquel año agotador, tuvo que encargarse de buscar las máquinas de ordeño, las lecheras y los comederos automáticos;

comprar e importar vacas holandesas —consideradas muy productivas—; negociar con el banco agrícola, presentar el proyecto ante la Cámara de Agricultura y cumplir los primeros requisitos veterinarios de Sanidad Animal.

En ésas estaba cuando, por fin, recibió la visita de Gildas Ferchaux, director de la Federación Lechera de Villefranche, un cincuentón hijo de agricultores bretones que había estudiado en una escuela superior.

Ferchaux aparcó bastante lejos e hizo el resto del camino a pie, y él, que trabajaba en el tejado, lo reconoció al primer vistazo —todos los granjeros de la región lo conocían, y él los conocía a todos— y lo vio detenerse ante la verja. Podría haberla empujado, pero no: se quedó allí, esperando a que lo vieran y fueran a abrirle.

Bajó del tejado despacio y fue a su encuentro.

—Buenos días, señor Ramos —lo saludó Ferchaux.

Estaban cada uno a un lado de la verja, hablando como por encima de un seto.

—Debería haber venido antes, pero... —Esbozó una amplia sonrisa—. ¡Una cooperativa lechera es un negocio duro, ya lo verá! —Y, como Manuel no respondía, señaló las obras, casi terminadas—: Bonito edificio... ¿Puedo?

Él le abrió la verja y le indicó el camino con un gesto casi obsequioso.

—Impresionante... —murmuró Ferchaux mientras, con la mirada medía el perímetro, evaluaba las limitaciones operativas, calculaba los costes de mano de obra—. ¡Bravo! ¡Da gusto ver a jóvenes modernos de verdad! —Bajó la voz—. Con la gente de aquí no hay manera de conseguir que se mueva... Pero ustedes tienen razón, la

estabulación libre es lo mejor; estoy cansado de decirlo, pero es predicar en el desierto.

Manuel se limitaba a responder con monosílabos. Ferchaux, con las manos en los bolsillos, miraba los cubículos en proceso de instalación.

—En cuanto a la alimentación, a veces es complicado: no todos los animales tienen las mismas necesidades, sobre todo si se mueven más. —Se volvió hacia Manuel—. ¿Vigilarán lo que consume cada vaca o lo harán a ojo de buen cubero?

Manuel estaba impresionado: Ferchaux hacía las preguntas adecuadas e indicaba las principales dificultades a la primera. No esperaba respuesta; volvió a señalar el enorme espacio destinado al pasto.

—¡Es formidable! Dicho esto, gestionar todo el estiércol con las vacas moviéndose por todas partes puede convertirse en un problema. Les conviene tener una buena organización. Y brazos para llevarla a cabo. —Sonreía amablemente—. ¿Tienen suficiente autonomía con el forraje si se retrasan las entregas? Claro, qué tonto soy, habrán previsto una reserva...

Manuel, que atravesaba un periodo difícil —trabajando a destajo y permanentemente angustiado—, recibía aquellas preguntas y comentarios como amenazas.

—¿Puedo hacerle un pequeño reproche, señor Ramos? ¿Por qué no fue a verme antes de lanzarse? La Federación podría haberlo aconsejado, ayudado y, ¿por qué no?, haberse asociado con usted.

Lo había dicho en un tono amable, casi paternal.

—No veo qué se habría podido...

Manuel no pudo terminar la frase.

—¡Si fuera mal pensado, creería que quieren hacernos la competencia! No, es broma: ya sé que no se trata de eso, porque, en fin...

Ese «porque, en fin...» significaba: porque con la Federación no se compite. Había ido a dejarlo claro. Ni más ni menos.

Manuel les habló a André y a Delfosse del encuentro con Ferchaux, pero, como no quería preocuparlos, se limitó a calificarlo de «visita de cortesía».

—A ése lo vamos a jorobar a base de bien —soltó André.

—Ya veremos... —murmuró Delfosse, más circunspecto.

Entre la ingenuidad de uno y el escepticismo del otro, Manuel se sentía realmente solo.

Así que agradeció de veras recibir ayuda.

Para empezar, la de su madre, que se mostró aún más activa de lo que él esperaba. Galvanizada por el deseo de resarcirse de tantos años de dependencia económica del propietario, trabajaba jornadas de quince horas y nunca parecía cansada.

El otro apoyo lo tomó por sorpresa.

Un lunes, cuando el edificio empezaba por fin a tomar forma, Claire se presentó «para hacerle una visita». Era el día que cerraba la zapatería. Entró en la parte ya terminada, donde se almacenarían la paja y el forraje, alzó la vista hacia el techo de planchas de roble y dijo que le parecía impresionante. Manuel había dejado las herramientas y se había quedado en la puerta, indeciso. Ella se volvió, lo miró fijamente y dejó caer el vestido, que formó un bonito drapeado alrededor de sus pies. Él se quedó sin respiración: la

encontraba más hermosa, más atractiva, más excitante que en sus sueños de la época en que aún esperaba casarse con ella.

Ella empezó a ir todos los lunes a la misma hora, sin ceremonias. Hacían el amor largo rato y después ella se paseaba por el solar como por una tienda, observando lo que había cambiado y haciendo preguntas. Pero jamás respondía a los silenciosos interrogantes de Manuel.

Al principio, él había esperado un viraje, pero no tardó en comprender que no pasaría nada: Claire no cambiaría de vida.

—Tú eres el que mejor me folla —la oyó decir un día.

¿Hablaba sólo de su marido o había otros?

Él recibía con voracidad lo que ella le ofrecía y le prometía que la cooperativa, una vez en marcha, les permitiría vivir «como en la ciudad», esperando que quizá entonces ella se decantara por él.

Pasado un tiempo, Claire empezó a ir otros días además de los lunes: no era raro que apareciera por ahí al final de una tarde cualquiera o a primera hora de la mañana. Manuel no sabía si se estaba volviendo a enamorar de él o si sólo la movía una necesidad sexual irrefrenable.

De algún modo, su madre terminó enterándose de aquellas visitas. ¿Sería la única que lo sabía o debía él temer que un día Adrien Poitaud apareciera con su escopeta?

Enardecido por los encuentros con Claire y entusiasmado con su proyecto de la cooperativa, Manuel redobló esfuerzos, lo que resultó providencial, porque conseguir los permisos fue más complicado de lo previsto.

Sanidad Animal puso objeciones a las dependencias destinadas al ordeño (hubo que ensanchar dos aberturas), a la comprobación de las temperaturas de almacenamiento (fue necesario duplicar la dotación de termómetros de lectura directa y llevar un registro diario de los resultados) y a la verificación de las normas de seguridad alimentaria (lo que incrementó sensiblemente la cantidad de material previsto para la desinfección).

—Si hubieran querido quitarnos las ganas, no lo habrían hecho mejor... —dijo André.

Manuel no respondió, pero compartía la sensación. Los inspectores que debían autorizar la explotación se habían mostrado excesivamente quisquillosos.

Sin embargo, se sentía fuerte y decidió hacer caso omiso de su inquietud.

Además, la incipiente cooperativa tropezaba con otras dificultades, empezando por la entrega del material de ordeño, esencial.

—Lo encargamos hace tres meses —le recordó Manuel al representante que vendía los aparatos Alfa-Laval—. ¡Y ustedes nos garantizaron la entrega en seis semanas!

—¡No, no, señor Ramos, «garantizamos», no! —respondió alegremente, como quien da una buena noticia—. ¡«Calculamos» seis semanas, no las «garantizamos»!

—De todas formas, ya han pasado doce. ¡Teníamos previsto empezar a principios de enero!

El representante sonrió con aire compasivo.

Manuel insistía, amenazaba, recriminaba, pero el material no llegaba. Incluso se planteó ir en persona a París para pedir

explicaciones a la casa matriz y, curiosamente, cuatro días después, recibieron los aparatos.

—¡Eres un crack! —exclamó André al ver al técnico instalar una flamante DeLaval Milking Machine.

Pero el manual estaba en inglés.

—Les buscaremos la versión francesa, señor Ramos —prometió el representante.

Por suerte, se las apañaron sin las instrucciones, porque nunca las recibieron.

Con todos los permisos en la mano, el 20 de febrero de 1961 instalaron por fin a las cincuenta vacas en la nave de estabulación, cuyo techo estaba equipado con enormes ventiladores. Cuando no estaban en el pasto, cada una disponía de quince metros cuadrados, un cómodo cubículo y acceso libre a los comederos lineales.

Fue entonces cuando Manuel vio en las caras de Delfosse y André que empezaban a creérselo, aunque eso no impidió que toparan con nuevas dificultades: organizar el ordeño por turnos, vigilar los grupos de animales, llevarlos al pasto, ocuparse del envasado, de las manutenciones y del mantenimiento de las instalaciones... Todo fue motivo de problemas.

Y, como una salsa que tarda en cuajar, de pronto, a mediados de marzo, todo empezó a funcionar más o menos como estaba previsto.

Las señoras Delfosse y Rousseau, movilizadas, se mostraron muy eficaces en el envasado en botellas de cristal y en la elaboración de mantequilla y yogures; los niños acudían a la nave con entusiasmo para limpiar los cubículos; el recorrido del trabajador que hacía de

conductor a tiempo parcial empezó a ampliarse; les llegaban pedidos de leche de mercados y restaurantes. La producción se vendía sin grandes tropiezos y, aparte de algunas peleas puntuales por el reparto de tareas o las prioridades en el trabajo, la cooperativa estaba en marcha.

Y funcionaba.

El contable de Villefranche, que verificaba las cuentas cada semana, estaba gratamente sorprendido.

Los campesinos que antes sonreían con ironía al ver a Manuel empezaban a mirarlo con otros ojos y, por algunas frases intercambiadas aquí y allá, cabía preguntarse si no lo envidiaban por su habilidad para sustraerse al poder casi soberano de la Federación Lechera. Empezaban a hacerle preguntas.

Un año de construcción caótica, seis meses laboriosos de puesta en marcha y, por fin, las cosas iban bien. Delfosse era el primero en presumir en el bar de haber «jorobado a la Federación»; la mujer de André Rousseau bregaba con un tesón que rayaba en el fervor; Claire nunca había estado tan atrevida, tan descarada, tan vital, tan excitante, tan exigente... tan hermosa.

Manuel se decía que aquello no podía seguir así: algún día Claire tendría que decidirse, por él o por su marido.

Y se sentía bastante confiado.

36

¿Qué debo hacer?

La guerra que dio Geneviève con aquel asunto...

—¡La Legión de Honor no se recibe todos los días!

Había puesto la casa patas arriba en cuanto se publicó el decreto. Para empezar, exigió que la ceremonia se celebrara en la sede de la Federación de Empresarios.

Siguieron casi dos semanas de negociaciones.

Aunque el impulsor de aquella distinción había sido Gaston Rougier, se negó a que fuera él quien pronunciara el discurso.

—¡Condecoran al Héroe de la rue Caulaincourt! —protestó—. ¡Tiene que ser un ministro!

—¿Qué ministro? —preguntó Trajan-Perrin, que cada día descubría una nueva faceta de la señora Pelletier.

Geneviève repasó la lista de los miembros del gobierno y, al no encontrar ningún «ministro de Incendios, Salvamentos y Actos Heroicos», decidió —vaya uno a saber por qué— dirigirse a Louis Bernard, ministro de Infraestructuras y Grandes Obras del Estado.

—El señor Pelletier... —explicó pomposamente— también es accionista del bulevar periférico. ¡Nada menos!

Ni el propio Gordito había oído jamás a su mujer llamarlo «el señor Pelletier»...

Hubo que ocuparse de todo: las flores y las invitaciones, la lista de asistentes, el protocolo, el dosel especial, el orden de las presentaciones. Geneviève había exigido un ujier con uniforme para ir anunciando a los invitados conforme llegaran, e incluso censuró el cojín en el que se llevaría la cruz, porque era de un rojo «muy poco sugerente».

El problema fue que el ministro, claro, no estaba disponible.

—¡Si no hay ministro, no hay Legión de Honor! —protestó ella.

La Gran Cancillería le respondió con sobriedad que disponía de una lista de personalidades acreditadas, entre ellas varios embajadores.

—¿Diplomáticos en la reserva? —replicó—. ¡No, gracias!

El asunto siguió atascado hasta que un artículo en el *Écho de la France* vino a destrabarlo:

El entorno del Héroe de la rue Caulaincourt, escandalizado

«El gobierno se niega a condecorar a mi marido,
es muy triste...», dice la señora Pelletier

Ante «la emoción provocada por esta noticia» —emoción que, por lo visto, sólo el *Écho de la France* experimentaba—, no quedó más remedio que ceder.

El ministro propuso que lo sustituyera René Garnier, secretario de Estado encargado de las Relaciones con las Asociaciones y los Cuerpos Intermedios.

Para sorpresa de todos, Geneviève aceptó.

No se lo dijo a nadie, pero aquella expresión: «cuerpos intermedios», la intrigaba profundamente: despertaba en su imaginación vagas asociaciones de ambigüedad, de confusión, de erotismo indefinido... «Cuerpos intermedios»*...* La sola idea le producía una turbación extraña y una viva curiosidad por saber qué aspecto tendría aquel individuo.

La decepción fue mayúscula. René Garnier no estaba, ni de lejos, a la altura de su título: era un hombre corriente, de físico anodino y manos blandas que leería con voz monótona el discurso preparado, le daría a Jean un rápido abrazo y se escurriría discretamente después del primer sorbo de champán.

Pero Geneviève tenía motivos para estar contenta. Primero que nada porque el cóctel corría a cargo de la Federación, pero además porque no sólo había conseguido que se le entregara la medalla al Gordito, sino que toda la familia Pelletier estuviera presente en el triunfo de su marido.

Jean estaba exultante a su manera, sonriendo bobamente.

Angèle se había comprado un vestido para la ocasión; todos habían olvidado lo elegante que podía ser. («¡Estás estupenda!», le había susurrado Hélène al oído en cuanto la había visto.)

Philippe estrenaba un traje con el que se sentía muy ufano, aunque el cuello de la camisa, tan tieso, le enrojecía la piel.

Cierto que Colette, en cambio, ni siquiera había aceptado ponerse el traje que ella había encargado para el famoso baile de Navidad, y que probablemente ya no serviría para nada. («¡Pareceré una tarta!», había dicho, y ella le había respondido que no usarlo era

desperdiciar un dinero que no les sobraba, pero la otra no le había hecho caso.)

Pero, sea como fuere, al menos durante la ceremonia ella podía olvidarse de ese viaje del que todo el mundo se alegraba menos ella.

Era 20 de diciembre.

A la mañana siguiente, Angèle se marcharía a Beirut con Hélène, Colette, Philippe, Alain y Annie, y no volverían hasta el 4 de enero.

Para colmo, durante el cóctel, François se acercó a su madre.

—Mamá, si no molesto, me gustaría reunirme con vosotros en Beirut...

A Angèle se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Cariño! ¡Nada podría hacerme más feliz! Pero... ¿y Nine?

—Se quedará con la pequeña; tiene que terminar un gran encargo para principios de enero.

Su madre le acarició la mejilla.

—Te sentará bien; la verdad es que te veo muy... —Dudó sobre el calificativo: ¿cansado?, ¿tenso?—. ¿Estás bien?

François se esforzó en sonreír.

—¡Sí, sí! ¡Sólo necesito unas vacaciones!

En ese momento, su mirada se encontró con la de Jean, rodeado por la gente de la Federación y con sus hijos a su lado. También él estrenaba traje, y parecía aún más ufano que Philippe. De vez en cuando se inclinaba sobre su medalla —una estrella de cinco puntas dobles rematada con una corona de hojas de roble y laurel— y sonreía, satisfecho.

A François le dio dolor de estómago. Nine lo vio tomar una pastilla, pero no dijo nada; siguió su mirada hasta Jean. ¿Qué pasaba entre los dos hermanos?

«¿Qué debo hacer?», se preguntaba François, como cada minuto desde que había salido corriendo del tribunal de Roubaix con la copia —doblada dos veces y en el bolsillo— de la huella impresa en la sangre de la víctima de Lamberghem.

Como cada vez que miraba a Jean, y más aún esa mañana en que el Gordito se ruborizaba ante los cumplidos, no conseguía relacionarlo con la imagen de un asesino de mujeres.

Fernand Charroy, el secretario adjunto de la Comisión, consiguió acercarse al fin, copa en mano, a Geneviève, para declamar con voz de pito:

—Esta Legión de Honor, premio a la valentía, / honra a su marido y a usted, señora mía...

—¿Cómo?

La reacción desconcertó a Charroy, pero la ocasión era demasiado buena para desaprovecharla: se precipitó sobre Jean.

—Lo han condecorado muy merecidamente, / pues su gesto fue hermoso, a fe mía, y valiente.

—¿Eh? —exclamó Jean, distraído por la agitación del fondo de la sala.

Trajan-Perrin leía una nota que acababa de entregarle un ujier y cuyo contenido había atraído a un grupo de invitados.

—¿Y cuándo ha sido?

—Hace unas dos horas.

Al cabo de un momento, nadie hablaba de otra cosa. Algunos invitados, como Perrin, ya estaban pidiendo sus abrigos.

De pronto, Jean se sintió extrañamente solo.

Geneviève lo llamó desde la otra punta de la sala:

—¡Pero ¿quieres venir?!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

En el tramo del bulevar periférico que llevaba de la Porte de Gentilly a la de Charenton se había producido un incidente desconcertante.

En aquella vía rápida, los choques y las trompazos estaban a la orden del día, pero aquel accidente se salía de lo habitual.

—Vamos, Jean —le dijo Perrin-Trajan tendiéndole el abrigo—. Nos están esperando.

37

No veo...

Hasta la llegada de los servicios de emergencia, bajo el puente —en el tramo donde el Frégate verde accidentado seguía atravesado en la autovía— los vehículos continuaron avanzando lentamente por el carril que quedaba libre. El atasco provocado por esa ralentización hizo que la ayuda tardara bastante en llegar.

Los bomberos, seguidos por una ambulancia, encontraron al conductor apoyado en la carrocería, enjugándose la frente con un pañuelo.

Tras retirar el coche, se permitió circular por un solo carril. Los conductores reducían la velocidad para contemplar el espectáculo y, como de costumbre, el concierto de bocinas fue en aumento a medida que la cola de vehículos se alargaba.

Hasta ahí, salvo el hecho de que el conductor había salido ileso de un accidente que podría haberlo matado —si hubiera chocado a gran velocidad contra el pilar del puente—, lo ocurrido no tenía nada de extraordinario.

Cuando Trajan-Perrin y Jean llegaron, la vía estaba por fin despejada, pero en el lugar reinaba una agitación poco común.

Había mucha gente y, entre ellos, personas que no solían verse en el escenario de un accidente de tráfico.

El comisario Giraud, de la policía judicial, se quedó muy sorprendido al ver llegar, junto al «patrón de los patrones», a un individuo muy rojo, jadeante, azorado, que ostentaba en la solapa de su chaqueta una Legión de Honor con galón, cinta y medalla, como si se dirigiera a una ceremonia oficial. Les estrechó la mano a ambos.

—El señor Jean Pelletier, accionista —dijo escuetamente BTP para presentar al Gordito.

El comisario avanzó hacia la carrocería del Frégate.

—Sí —dijo, como si respondiera a una pregunta o hablara consigo mismo—, es muy desconcertante. El tipo iba por el carril izquierdo. Como el tráfico era denso, circulaba bastante despacio. Los testigos oyeron estallar un neumático y vieron zigzaguear el vehículo durante unos metros, hasta chocar con el guardarraíl. Pero la causa del accidente no fue un neumático. —Metiendo el brazo por la ventanilla, el comisario señaló el asiento del conductor—. Le dispararon con una escopeta de caza.

—¿Está seguro? —preguntó Perrin.

El comisario rebuscó en el bolsillo, sacó su pañuelo, lo abrió y mostró un pequeño proyectil cuya base recordaba la de una bala, pero cuya parte superior estaba ennegrecida, deformada, estriada.

Costaba creerlo.

—Pero ¿cómo...? —balbuceó Jean—. ¿Quién ha...?

El comisario señaló el talud cubierto de hierba que descendía suavemente hasta la carretera.

—Un hombre armado se apostó allí, entre la maleza, donde nadie podía verlo. Apuntó al Frégate y... cuando comprendimos lo que había pasado y localizamos su puesto de tiro, ya estaba lejos.

—¿Y el conductor ha muerto? —preguntó Jean, impresionado.

—¡Está como una rosa! La bala no lo alcanzó.

—¿Quién es? —quiso saber Perrin.

El comisario guardó el pañuelo y consultó su libreta de espiral.

—Se llama Jacques Tinchant. Tiene treinta años, es empleado de banca, soltero. Vive con su madre. Es bastante charlatán, te cuenta su vida encantado. No bebe, no fuma, no juega, no tiene deudas... Su mayor orgullo es ser filatélico. —Hizo una breve pausa y cerró la libreta con un golpe seco—. ¿Ven el problema?

Sí, hasta Jean veía el problema.

Era poco probable que un hombre armado se hubiera apostado entre la maleza, cerca del bulevar periférico, para disparar contra una presa tan inofensiva justo cuando ésta pasaba —fugazmente, por necesidad— por allí.

Si no era eso, entonces la víctima simplemente se encontraba allí por azar.

Y alguien estaba disparando al azar en el periférico.

Se barajaron varias hipótesis.

¿La OAS, algunos de cuyos miembros seguían sin entregar las armas pese a los acuerdos de Évian? ¿La extrema izquierda revolucionaria? ¿El Frente de Liberación de Bretaña —al que costaba imaginar viajando hasta París para disparar contra un coche—? ¿Un

grupúsculo de extrema derecha? ¿Un servicio de espionaje extranjero?

Nada de eso tranquilizaba a nadie.

Y menos a pocos días de las Navidades. En esas fechas, supuestamente apacibles, de sentimientos generosos y buenos propósitos, el impacto emocional de aquel acto, tan extraño como inquietante, acrecentó la sensación de vulnerabilidad que ya pesaba sobre la opinión pública.

La víctima, Jacques Tinchant, posó encantado para la prensa —sosteniendo un álbum de sellos raros— y se mostró muy locuaz: no le sorprendía que su vida interesara a los periódicos, puesto que él mismo la consideraba apasionante.

Se confirmó que no tenía enemigos ni tampoco amigos; mantenía pocas relaciones. La discusión más grave que confesó a los investigadores la había tenido con otro filatélico, a propósito de la autentificación de las sobreimpresiones aplicadas a los sellos «tipo Sage» para las colonias, frente a la ausencia de menciones oficiales en los catálogos de referencia.

Que aquella controversia hubiera terminado a tiros en el bulevar periférico resultaba poco probable.

Como el suceso estaba destinado a causar sensación, se esperaba una rápida reivindicación que, si no tranquilizaba, al menos orientara la investigación. Mientras tanto, se estudiaba la hipótesis de la locura, aunque también ésta planteaba interrogantes: pese a que la puesta en escena sugería un desequilibrio mental, la precisión del disparo hacía pensar más bien en un tirador perfectamente dueño de sí mismo.

¿Era compatible aquel acto con la locura?

La reivindicación del criminal se esperaba tanto como se temía.

Todo el mundo olvidó muy pronto el nombre de Jacques Tinchant, porque no tenía importancia para nadie.

La prensa, por su parte, estuvo a la altura de las circunstancias.

Después de:

Drama navideño en el periférico.

¡Disparan con una escopeta a un conductor!

Y:

Las Navidades, amenazadas.

¡Un automovilista, víctima de un disparo
de escopeta en el bulevar periférico!

Vino:

Disparo con escopeta de caza en el periférico.

¡París, en estado de shock!
¿Quién es el tirador loco del bulevar?

Y casi enseguida:

La policía, alarmada.

¡Un asesino merodea por el bulevar periférico!

E incluso el previsible, pero eficaz:

Psicosis en el periférico.

¿Un asesino anda suelto?

Cuatro días después, a excepción de las cartas de denuncia habituales y algunas tentativas de aprovecharse del suceso por parte de grupos bastante oscuros, ninguna reivindicación seria había llegado a la policía ni a los periódicos.

Pasado ese plazo, las probabilidades de que llegara eran ya mínimas.

Una semana más tarde no se sabía absolutamente nada sobre el porqué, aunque sí bastante sobre el cómo.

La escopeta: balística había determinado que se trataba de un arma de caza eficaz a una distancia de unos cien metros, perfectamente adecuada a la situación.

El proyectil: un cartucho de calibre 18,5 milímetros y 24 gramos, es decir, una munición apreciada por su precisión y su potencia, utilizada sobre todo en la caza mayor.

Las conclusiones: un arma bastante común y, por tanto, difícil de localizar. Y, si se tenía en cuenta que el vehículo circulaba a escasa velocidad, el tirador debía de ser poco hábil o inexperto, lo que, paradójicamente, no resultaba tranquilizador: los torpes son tan peligrosos como los expertos.

Trajan-Perrin se mantenía en contacto con la policía, pero también había activado su red de información para seguir, casi hora a hora, los progresos de la investigación. Quería saber qué pasos daban los responsables, qué pensaba el juez instructor, qué publicarían los periódicos, la identidad de los testigos a los que se tomaba declaración, etcétera.

Jean, que consideraba desmesurado aquel interés, se atrevió a decírselo.

—Después de todo, no es culpa nuestra —dijo—. Nosotros construimos el periférico; la seguridad de los usuarios es responsabilidad de la policía, ¿no?

—Tener a la policía cerca nunca es buena señal...

—No veo... —empezó Jean.

Pero el comentario lo dejó con una sensación desagradable.

38

Gracias, tesoro

Se conocían desde hacía treinta y cinco años, aunque seguían sin tutearse.

—¡Angèle! ¡Por fin está aquí! —Fatima lloraba como una Magdalena. Estaba desbordada—. *Ya habíbti!* ¡Hélène! ¡Qué alegría verte! —La estrechaba entre sus brazos regordetes y le daba fuertes besos en las mejillas. De pronto se quedó parada: Colette había cambiado tanto que la miraba y casi no la reconocía—. *Ya ahla!* ¡Colette! ¡Ven, que te abrace, corazón! ¡Madre mía, cómo has crecido! ¡Pero qué preciosidad de niña!

Etcétera.

Minutos después, se llevó aparte a Angèle.

—No me atrevía a preguntarle por *Joseph*... ¿sigue vivo? —Y, una vez tranquila, añadió en voz alta—: Y dime, Colette, ¿cómo está nuestro amigo *Joseph*, cariño mío?

—Mayor, señora Al-Rashid; él ya debe de tener más de quince años... —respondió la niña con la voz un poco empañada.

—¡Bah! ¿Qué son quince años? ¡Mírame a mí, que tengo dieciocho y estoy estupendamente!

Diciendo esto, dio un gracioso giro sobre sí misma y volvió a abrazar a Colette.

La familia Pelletier y los Al-Rashid siempre habían sido muy cercanos. Louis Pelletier le ganaba a Omar al dominó y perdía con él a las damas; se entendían de maravilla.

Omar era comerciante —compraba y vendía joyas de oro y plata, piedras preciosas, artesanías locales— y le había ido muy bien: la familia era próspera.

Por supuesto, fueron ellos quienes alquilaron a Angèle un piso para las Navidades: tenían tres. Aquél, situado en la avenue des Français, era el más espacioso, con techos de doble altura, un salón inmenso con sofás de cuero, un comedor provisto de una gran mesa para diez comensales, dormitorios con muebles de madera tallada —en los que se habían instalado camas supletorias— y un cuarto de baño con bañera de patas y dos lavabos de porcelana. Desde las ventanas se disfrutaba de una vista maravillosa del Mediterráneo. Y, allí donde el horizonte se confundía con el cielo, podía admirarse el halo azulado del monte Líbano. El alquiler costaba una pequeña fortuna que Angèle pagaba encantada. Dudaba que Omar le hubiera hecho un precio especial —era comerciante hasta la médula—, pero, aparte de eso, era buena persona. Como toda la ciudad vivía al ritmo de las festividades, había hecho decorar el piso: guirnaldas sobre las puertas, estrellas fugaces de papel e incluso un Papá Noel en la ventana.

Los Pelletier no eran especialmente religiosos; en su día incluso se habían negado a inscribir a sus hijos en un colegio católico, como hacía la mayoría de los franceses del Líbano. Aun así, Angèle acudía a misa en Pascua, en la Ascensión, en Pentecostés y en la Asunción

de la Virgen. Y, por supuesto, a la misa del gallo, que no se habría perdido por nada del mundo.

—Mi mujer es creyente cinco días al año —solía decir Louis.

No obstante, tanto a su hijo Étienne como a él los habían enterrado según el rito católico.

Las ceremonias religiosas solían reunir a menudo a las dos familias. Durante mucho tiempo había sido Angèle —excelente cocinera— quien, el día del Aid el Adha, preparaba el *kibbe* al horno, el cordero mezclado con bulgur y especias.

—Debería haberme casado con una cristiana —decía Omar con una sonrisa en los ojos, algo que siempre irritaba a su mujer, a la que ese plato jamás le salía tan bien como a Angèle, ni remotamente parecido.

En 1947, acontecimiento memorable, el Aid el Adha cayó el 25 de diciembre: las dos festividades se celebraron juntas, con unos apaños que contentaron a todo el mundo, a ambas familias y a alguno más.

El encanto de Beirut obró su magia en toda la familia.

En su día, Hélène había soñado con marcharse a París en cuanto pudiera, y eso fue lo que hizo. Pero ahora, regresar a su ciudad natal con su madre y sus hijos, respirar aquel aire de suavidad inigualable, contemplar desde la ventana la Corniche de Beirut, animada de la mañana a la noche, le producía una emoción tan intensa como inesperada, era una suerte de redescubrimiento que por momentos la obligaba a contener las lágrimas. A veces, veía aquella ciudad provinciana y llena de palmeras como si fuera la primera vez, y se maravillaba ante la mezcla de arquitectura clásica de ladrillo rojo y modernos edificios de hormigón blanco.

Y otra que tenía unas ganas locas de llorar era Colette. ¡No era para menos! Había vivido allí hasta los diez años; aquella atmósfera, aquellos olores, aquellos colores, aquel mar, la alegre algarabía de las calles... todo la hacía sentirse en casa.

Los niños se pelearon por las habitaciones y, al final, se decidió que la tía Hélène dormiría con Angèle; tía Thérèse, con Annie y Colette; y que, cuando llegara François —dos días después— compartiría la de Philippe y Alain.

—¿No se puede cambiar? —preguntó Philippe.

Sabía que era inútil, pero tenía que intentarlo: quería dormir en la misma habitación que tía Thérèse...

Ya la veía tendida de lado con las piernas recogidas al tiempo que su respiración levantaba lentamente la sábana sobre su pecho. Aunque Annie o Alain durmieran muy cerca... sería...

Pero el intento estaba condenado al fracaso: la jurisprudencia de la abuela nunca había cambiado.

—No, no. Las chicas con las chicas, los chicos con los chicos.

El contraste entre Angèle y Thérèse era llamativo. La primera había ido a Beirut dos años antes, la segunda lo había abandonado hacía cuatro. No era una diferencia enorme; sin embargo, mientras que la señora Pelletier se comportaba como si aún viviera allí y se afanaba en el enorme piso igual que habría hecho en su propia casa, Thérèse, que había dejado la maleta sin abrir en la habitación, parecía una turista modesta y torpe, a la que no se tardó en ver sentada junto a la ventana, pensativa.

A Philippe, que no la perdía de vista ni un momento, le daban ganas de hacer con ella lo que hacía con su madre antaño, en los tiempos en que aún lo quería: sentarse en el suelo y apoyar la cabeza en sus rodillas para dejar que le acariciara la cabeza, un gesto ritual entre los Pelletier.

Tía Thérèse no lo habría rechazado; habría seguido mirando soñadoramente por la ventana mientras le pasaba los dedos por el pelo. Pero él no se atrevió a dar el paso, porque aquel gesto formaba parte de la exuberante colección de fantasías eróticas que alimentaban su imaginación.

En ésa, se sentaba en el suelo, apoyaba la frente en las rodillas de tía Thérèse y deslizaba lentamente la mano entre sus piernas, que se entreabrían un poco para dejarle paso; después... después no lo sabía.

La imagen se desdibujaba, como todas las demás, porque todas acababan, tarde o temprano, en un callejón sin salida que lo dejaba anheloso, turbado, triste.

Como hubo que inventar una excusa para el viaje de Thérèse a Beirut —que Geneviève veía con muy malos ojos—, le contaron el cuento de que iba para encargarse de los niños.

Naturalmente, quien de verdad lo hacía era la abuela, encantada de tener alrededor su pequeño gallinero.

Así que Thérèse tenía mucho tiempo libre.

Durante el día, parecía deambular sin rumbo ni propósito, como descubrió Philippe una tarde, al verla por casualidad caminando por el bulevar.

Se inventó un pretexto, se apartó del grupo de los niños y la siguió durante un buen trecho, aunque sabía que no podía ausentarse demasiado rato y temía perderse.

Tía Thérèse se detenía ante los escaparates de las tiendas elegantes, miraba zapatos o bolsos, entraba a probarse barras de labios y salía tras decir:

—Tengo que pensarlo.

Luego seguía caminando; compraba un franco de almendras o pacanas en un puesto ambulante, se paraba ante la entrada del Hôtel Phoenicia y sonreía, mirando a través del ventanal las grandes plantas exóticas que convertían el salón en un invernadero; o se quedaba frente a la verja del Palacio Colonial, donde se enroscaban obstinados y nudosos sarmientos de glicina.

Vagó así, soñadora, todo el tiempo que su sobrino la siguió, hasta que acabó volviendo con los demás y yendo con ellos a comprar helados.

Para Annie, Alain y Philippe, aquella ciudad fue el primer regalo de aquellas Navidades.

Estaba adornada, sí, pero no era como París: aquélla era una Navidad en vacaciones y un final de año bajo un sol tibio que dejaba ver las nieves lejanas en las cimas de las montañas.

Nunca antes, en esa época del año, habían comido pastas rellenas de dátiles, nueces o pistachos, castañas asadas mientras paseaban por calles animadas, ni saboreado chocolate caliente y flanes de azahar en cafeterías bulliciosas.

Grupos de cantores entonaban melodías en las calles, en las tiendas, en las escalinatas de las iglesias. Los villancicos —en francés, en árabe y también en inglés— los seguían por todas partes.

El aire olía a canela, clavo y nuez moscada.

Fue en el centro comercial ABC, en el barrio de Achrafieh, donde tía Thérèse y la abuela Angèle los llevaron a elegir sus regalos.

—Tú no —le dijo la abuela a Philippe acariciándole la mejilla—. Para ti, este año será distinto...

En la voz de la abuela había una promesa.

Colette miró a su hermano con ternura, como si fuera su madre.

Y, hablando de su madre, para sorpresa de Philippe, casi no pensaba en ella por primera vez en mucho tiempo.

Estaba rodeado de amor y se sentía atraído por un objeto infinitamente más deseable que ella.

A su vida sólo le faltaba una cosa («¡Ah, si tía Thérèse dijera que sí!»).

Allí, en Beirut, le parecía aún más voluptuosa que en París.

Llevaba vestidos que nunca le había visto: maravillosos, ceñidos, sugerentes...

Habría jurado que sus pechos tenían un volumen distinto; ¿podía ser?

—Ojo —les advirtió la abuela—, cada uno puede escoger sólo un juguete: aún no es Navidad...

Sólo Annie escogió algo —al salir, creía adivinar al tacto, a través del papel de estrellitas, la muñeca, de la casa Bella, que había elegido—, los demás prefirieron esperar a ir a la librería Antoine.

Alain tardó en escoger, pero al final se decidió por *Las joyas de la Castafiore*, *Astérix y los godos*, *Spirou y Fantasio*, *El prisionero del Buda* y *Los pitufos negros*. Luego, insistió en llevar él mismo el pesado paquete. No veía la hora de abrirlo y ponerse a leer.

A Colette también le costó decidirse, pero se llevó *Ana de las Tejas Verdes*, *Rebeca*, *Mujercitas* y *Jane Eyre*.

Philippe, a quien aún no le habían comprado nada, se lo tomaba con filosofía, arropado por el brazo amoroso de su abuela.

Luego, mientras tía Thérèse llevaba a los chicos a la pastelería Samadi, en el barrio de Gemmayzé —donde servían los mejores helados de la ciudad—, la tía Hélène, la abuela y Colette se dirigieron al cementerio.

Situado en un barrio de edificios residenciales, el cementerio latino, cerca de la rue Clemenceau, era una extensa red de senderos flanqueados por cipreses, bojes, laureles y hiedras.

No conseguía ser triste, ni siquiera en invierno; era, simplemente, tranquilo.

En ausencia de Angèle, era Fátima quien cuidaba del panteón familiar, una verdadera curiosidad: no había otro igual en todo el cementerio.

Muchas familias ricas se habían hecho construir imponentes mausoleos, pero ninguna había llegado, como Louis Pelletier, a encargar una especie de templo griego con frontón triangular, revoque rugoso y dos escalones que ascendían a un estilóbato con tres columnas —acanaladas, con volutas, hojas de acanto, cornisa con dentículos y un cimacio en la parte superior—, pronaos, verja de

hierro forjado y, en el tímpano, esculpido en altorrelieve, el letrero FAMILIA PELLETIER en grandes mayúsculas. A quien no hubiera conocido a Louis Pelletier, aquel panteón debía de parecerle pomposo, pretencioso, excesivo y, por qué no decirlo, bastante feo.

Pero quienes lo habían tratado sonreían: aquel hombre siempre había cultivado ambiciones desmesuradas acerca de la posteridad de una familia de la que se consideraba patriarca. Le gustaba hacer remontar su rama de los Pelletier hasta un mariscal del Imperio, para diversión general. Y cuando hubo de enterrar a su hijo menor, en 1948, la familia estaba tan abatida por el dolor que nadie tuvo el valor de oponerse a la construcción de aquella fantasía arquitectónica con olor a nuevo rico y a pretensiones dinásticas.

Cuatro años atrás, Louis había sido enterrado allí también, para reunirse con su benjamín.

El tiempo había oscurecido la piedra; los bojes habían crecido a su alrededor, la buganvilla plantada por Angèle había prosperado, y la vulgaridad del edificio se había atenuado, sus ínfulas se habían apagado.

Angèle, Hélène y Colette se enjugaban las lágrimas, sin el menor asomo de la incomodidad de otros tiempos.

Lloraban a los mismos dos hombres, aunque cada una lo hacía por razones distintas. El niño sensible que Angèle había criado no se parecía del todo al hermano excéntrico que Hélène había adorado. El padre maravilloso y divertido de Hélène era muy distinto del marido recto y fiable con el que se había casado Angèle y, en cuanto a Colette, también de su querido abuelo: solícito, generoso... ¡y tremendamente bromista! Por petición suya —«para cuando me muera»—, ella le había llevado el ancho trozo de tela con los colores

de la bandera francesa que acabaría sirviendo para mantenerle la boca cerrada.

Las tres se emocionaban sin desconsuelo. Con el tiempo, el desgarro de la pérdida se había mitigado; sólo quedaba la pena.

Durante aquellos días felices y agitados, la llegada de un François pálido y súbitamente encanecido causó cierta conmoción. Al instante, su hijo, Alain, corrió a abrazarlo. A los demás, que llevaban semanas sin verlo, les sorprendió su apariencia envejecida. El cambio, aunque no lo afeaba, despertó cierta inquietud.

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó Angèle, alarmada.

François alegó el cansancio de un año muy ajetreado.

—¿Va todo bien? —le insistió Hélène, discretamente, poco después.

—¡Claro, perfectamente!

El tono fue casi áspero, y François lo lamentó al instante.

Nadie mencionó el asunto del cabello, encanecido tan de repente, aunque una leve inquietud quedó en el aire. Poco después, la risa y el alboroto de los niños disiparon el malestar, y las fiestas recobraron su alegría.

François los llevó a todos a Faraya-Mzaar para pasar un día de trineo que ninguno olvidaría. A su regreso, Angèle los frotó con Vicks VapoRub como si volvieran de una expedición al Everest; el piso se llenó del olor a alcanfor y eucalipto. Luego preparó chocolate caliente. Excepto Colette, antes de las ocho todos dormían, exhaustos y felices.

Cuando no participaba en la vida familiar, François salía «a dar una vuelta». Angèle pensaba que buscaba inspiración.

Hélène, en cambio, comprendía que, pese a sus evasivas, su hermano no estaba bien y respetaba su necesidad de aire. Por la tarde, el hermano regresaba contando historias de sus paseos por el zoco: anécdotas curiosas, algo imprecisas, que sonaban a invención.

¿Acabaría hablándole? Era lo que Hélène esperaba. ¿Podría ayudarlo? ¿Serían asuntos de pareja? Rezaba para no verse obligada, cualquier día, a tomar partido entre su hermano y su cuñada, a la que quería como a una hermana. En el fondo, le resultaba inconcebible que François y Nine pudieran separarse.

Probablemente, pensó, de eso quería hablarle François aquella noche, mientras fumaban el último cigarrillo en el balcón, envueltos en la tibieza de un invierno beirutí que parecía primavera.

—Quería decirte algo...

François abrió la boca, pero no pudo seguir. ¿Por qué? Porque no tenía valor para decirle a Hélène lo que temía: que el Gordito podía ser un asesino. Ni siquiera estaba seguro de creerlo.

Hélène lo miraba, expectante.

Él apartó la vista y comprendió que, si algún día sus temores se confirmaban, todo el peso recaería sobre él.

Que estaba completamente solo. Y que seguiría estándolo.

—Quería decirte... bueno, más bien preguntarte.

—¿Sí?

—Es sobre Colette... ¿Pasa algo con ella?

Los dos adoraban a su sobrina, así que la preocupación de François parecía natural; sin embargo, Hélène dudó que ése fuera el tema.

Intuyó que él había cambiado de idea en el último momento.

Quizá más tarde...

Y se sintió cobarde por el alivio que sintió.

—Ni idea.

—Está un poco apagada, ¿no?

—Sí, he intentado hablar con ella varias veces, pero dice que todo va bien...

—Geneviève no parece muy preocupada...

—Mientras Colette vaya bien con los estudios, Geneviève no se dará por enterada.

—Hablaré con Jean.

Hélène sonrió con ternura.

—Él ya lo sabe. Al pobre le entrará el pánico de siempre, y eso no facilitará las cosas. Es tan sensible...

Por supuesto, un día acabaron pasando por delante de la jabonería.

Desde que Louis la vendió para volver a Francia con Angèle y establecerse en Le Plessis, nadie la había mencionado, aunque la antigua empresa familiar seguía muy presente en la memoria de todos.

De pronto vieron el rótulo, con sus letras verdes, tan emocionante que nadie fue capaz de apartar la vista durante un buen rato:

Jabones de Levante

Antigua Casa Pelletier

A Hélène la sorprendió leerlo.

¿Necesitaban los nuevos propietarios recordar quiénes habían sido los anteriores?

Colette se preguntó si habrían conservado las viejas tinas a las que el abuelo ponía nombres de cortesanas famosas.

Recordaba los gritos indignados de la abuela cuando bautizaban una tina nueva «Ninon de Lenclos» o «Virginia de Castiglione».

—¡Ésas eran unas pelanduscas! —decía ella sulfurada.

—Sí, también —respondía tímidamente el abuelo—, pero no sólo...

Desde el portón se percibía el olor a aceite de oliva, cítricos, madera de cedro y una mezcla de esencias florales en la que la rosa competía con el jazmín y el azahar.

«Qué infancia tan hermosa», se decía Colette.

«Qué vida tan feliz...»

«Qué familia tan maravillosa...»

De vuelta en casa, Hélène abrazó a su madre con ternura.

François la besó en las mejillas mientras ella se secaba las lágrimas con un pañuelo hecho un rebujo en la mano.

Luego vino la cena de Nochebuena.

Y después, los regalos.

Y, por fin:

—Te felicito, Philippe —dijo la abuela—. Has sabido ser paciente. Espero que te sientas recompensado...

¡Y de qué manera! Era un taco de billar desmontable, de madera de fresno, con juntas de latón, virola de resina fenólica y suela de cuero. ¡Una maravilla! Estaba tan emocionado que se fue corriendo a su habitación; su hermana tuvo que ir a buscarlo. Volvió con los

ojos llenos de lágrimas y abrazó a la abuela, luego a la tía Hélène, al tío François... y finalmente a tía Thérèse.

Pero, al inclinarse, se entendieron mal, y los labios de ella rozaron la comisura de los suyos. Quedó petrificado.

—Me alegra que te guste —decía la abuela, viéndolo guardar el taco en su funda de cuero con las manos temblorosas.

Él no creyó ni por un instante que aquel medio beso fuera un accidente.

¡Tía Thérèse lo había besado!

A su manera.

Discretamente.

Porque había más gente.

Pero ese gesto lo decía todo: estaba de acuerdo.

Al día siguiente le haría su regalo y le formularía la petición.

Encontraría las palabras.

Aunque, en realidad, las palabras eran lo de menos: tía Thérèse ya había respondido por adelantado. Pero así eran las cosas con las mujeres, pensaba: siempre le tocaba al hombre hacer la petición. Por pudor. Ellas eran así. Creía saberlo. Muy bien.

Al día siguiente tendría que formular la petición, y ella la aceptaría.

Y después...

A partir de ahí, todo se volvía confuso.

¿Qué pasaría?

Cuando intentaba imaginarlo, su mente se nublaba: después de eso, todo se le escapaba. Sólo tendría que dejarse guiar, se decía; cumplir su parte del trato sería cosa de tía Thérèse.

Pensó en ella unos segundos más, con una excitación que no quería contener.

Se revolvió entre las sábanas, procurando no mancharlas —por la abuela—, y al fin se alivió con torpeza. Después, se durmió.

Al día siguiente.

Al día siguiente.

Para darle el regalo a tía Thérèse había elegido el día de Navidad: un día de cansancio, de placer, de indolencia. La noche anterior habían comido demasiado, pero esa mañana se terminaron los restos, deliciosamente aderezados por la abuela. Luego, cada uno se entretuvo con los regalos que había recibido. Fue un día largo, extraño, suspendido en el tiempo, como afectado por un leve desfase horario. Se marcharían al cabo de unos días. Pensaban vagamente en el regreso, en las maletas. La visita tocaba a su fin, pero todavía estaban en aquel magnífico piso frente al mar, con esa tibieza que adormecía los sentidos. París quedaba tan lejos que casi dudaban de su existencia. Philippe estaba nervioso: no encontró el momento de quedarse a solas con tía Thérèse.

Por suerte, esa noche todos se acostaron temprano.

Y como tía Thérèse dormía en la misma habitación que Annie y Colette, la situación parecía ideal: la primera se dormía en cuanto tocaba la almohada, mientras que la segunda solía quedarse en el salón, charlando con la abuela y con tía Thérèse; a veces lloraban al recordar al abuelo. Aguardó en el pasillo, con la puerta entreabierta. Vio a tía Thérèse salir del baño y dirigirse hacia el dormitorio.

Cuando ella pasó a su altura, ella se lo encontró allí, de pie, con un paquete entre las manos.

—Pero... ¿y esto, tesoro?

Lo dijo en un susurro: los dos entendían que estaban en terreno prohibido.

Ella vaciló un segundo; se mordió el labio, lo miró, y al fin tomó el paquete.

—Ven... —dijo simplemente.

Él la siguió al interior de la habitación.

Hablaron en voz baja: al fondo, Annie dormía profundamente. Sólo se oía su respiración.

—¿Esto es para mí? —susurró tía Thérèse.

Asintió con aire resuelto, pero, frente a ella, toda su valentía se vino abajo.

A decir verdad, no era fácil mantener la cabeza fría en esas circunstancias.

Tía Thérèse llevaba una blusa de flores, con el escote trenzado y un lazo que cerraba justo en el centro. Philippe, desde su altura, veía cómo el movimiento de su respiración abría y cerraba el canalillo como una puerta prohibida.

—Pero ¿por qué te has...?

Un regalo personal, un presente clandestino, la mirada fascinada del niño... Todo aquello habría conmovido a cualquier mujer, pero no a cualquier tía. Tía Thérèse había tomado el relevo de su madre cuando Philippe aún no tenía diez años. Por mucho que hubiera crecido, seguía siendo su pequeñín: un niño torpe, con el corazón a flor de piel. Por eso le daba el regalo a escondidas; entre ellos había toda una historia de confidencias y pequeños secretos.

—Qué detalle...

Desenvolvió el paquete y algo cayó al suelo. Un listoncito de madera se había soltado del tejado del chalet en miniatura. Philippe abrió la boca, consternado.

—¡Qué bonito es! —oyó decir a su tía, que, sin soltar el chalet, se agachó a recoger el listoncito.

No debía de ser la primera vez que veía una caja de música como aquélla; al entreabrir el tejado del pequeño chalet, echó una mirada a la cama de Annie, temerosa de despertarla. Aun así, se decidió. La música rompió el silencio: notas metálicas, agudas, *El lago de los cisnes* en versión mecánica. Tía Thérèse procuró cerrarla despacio, sonriéndole a Philippe con una disculpa muda y señalando con la barbilla la cama de su prima.

Pero él ya no estaba allí.

Veía el listoncito de madera en la mano de tía Thérèse y comprendía las dimensiones del desastre. El chalet era feo, espantosamente feo. Aquella caja de música resultaba ridícula —y, sin embargo, era la más cara de la tienda—, y la bailarina del tutú que giraba sobre sí misma le parecía grotesca. La frase que había preparado —«Tía Thérèse, ¿querrías...?»— se le quedó atascada en la garganta, sepultada bajo la vergüenza; ya ni recordaba cómo seguía.

—¡Y también es joyero! —exclamó tía Thérèse, maravillada.

Para Philippe, aquello fue el golpe final. ¿Cómo había podido...? En casa, su madre no dejaba de insistir con ese tema: ¿cuántas veces la había oído contar que el mexicano que había desvalijado a su hermana se había llevado todas las joyas?

«Muchas eran de nuestra madre», añadía Geneviève, indignada.

—Gracias, tesoro mío.

Tía Thérèse se alzó de puntillas y, poniéndole una mano en la nuca, lo atrajo hacia sí para depositar un beso generoso en su mejilla.

—No te puedes imaginar lo contenta que estoy... —dijo.

En otro momento, aquella mano en su cuello, aquel roce fugaz del pecho de tía Thérèse, el contacto de sus labios, lo habrían puesto a cien. Pero ahora tenía que digerir su fracaso. Salió de la habitación a toda prisa.

«Qué emotivo es. Como su padre», pensó tía Thérèse.

39

Pater incertus

—¡Ja, ja, ja! ¡Al boche lo han dejado con el culo al aire! —exclamó entusiasmada Geneviève.

Dicho de forma más elegante, la prueba de paternidad no había permitido resolver el caso.

Lo único que se había determinado era la compatibilidad del grupo sanguíneo de Gruber con el del pequeño Michel, lo cual, por sí solo, no probaba nada.

—*Mater certissima, pater semper incertus* —comentó doctamente el juez Célérier, que era un hombre culto.

El resultado tenía la ventaja de prestarse a la interpretación que conviniera a cada una de las partes.

El *Écho de la France* tituló:

El test de paternidad es categórico:
¡Grüber no es el padre del pequeño Michel!

Y el *Presse-Hebdo*:

¡El señor Gruber, aliviado!

Nada impide que lo declaren
padre del pequeño Michel

En su fuero interno, Jean estaba decepcionado: habría preferido que se reconociera oficialmente a Gruber como padre.

Temía las reacciones de Geneviève.

Además, el malentendido entre Gruber y la joven madre le despertaba una emoción romántica: miraba al hombre y veía en él el rostro de un buen padre de familia.

En el fondo —aunque nunca se lo hubiera confesado—, a Jean le gustaban las historias de amor.

Como el asunto no había avanzado un milímetro, el juez decidió abrir una investigación complementaria para reunir testimonios imparciales sobre la relación entre la madre y el presunto padre, o incluso alguna prueba, aunque eso parecía imposible.

¿Pruebas de qué? Nadie tenía la menor idea.

Por su parte, los periodistas no esperaron a las instrucciones del juez para iniciar su propia investigación.

El 15 de diciembre, el *Écho de la France* titulaba:

Emil Grüber y Simone Leduc:
¿una pareja maldita?
La «mensajera» de la difunta
y el presunto padre, ¿conchabados
para captar la herencia del pequeño Michel?

Hoy fingen no conocerse... pero ¿es verdad?

La señorita Leduc, que despliega sus encantos en Auxerre, jura que vino a París por puro buen corazón, para entregar al señor Grüber un mensaje póstumo de la madre de Michel.

Y, a continuación, tres párrafos bastante difamatorios tanto de la una como del otro.

En cuanto al *Presse-Hebdo*, no se había quedado atrás:

¿Qué ha sido del dinero de la colecta?

Un extraño silencio rodea
la fabulosa suma recaudada entre los franceses

¿A cuánto asciende el botín que codicia el matrimonio Pelletier?

¿A trescientos mil francos? ¿Cuatrocientos mil? ¡Hay quien incluso habla de un millón!

Nadie conoce la cifra exacta... o, más bien, nadie quiere decirla.

Y después, media página dedicada al modo en que se habría organizado la colecta, insinuando manejos turbios, malversaciones y otras corruptelas.

Tras eso, las dos publicaciones rivalizaron en imaginación.

Geneviève se llevó la palma al proponer visitar la tumba de la madre de Michel el día de Navidad para llevarle flores.

—¡Sí, sí: tienes que venir!

Jean hizo todo lo posible por librarse de lo que intuía iba a ser una dura prueba, pero fue inútil. El 25 de diciembre, con más de dos horas de antelación sobre la hora prevista para la «emotiva ceremonia», hubo que subirse a un taxi con un gran ramo —flores de Pascua, eléboros y amarilis— y dirigirse al cementerio. Llovía a cántaros y hacía un frío que pelaba. Los árboles desnudos se inclinaban bajo el aguacero. Aún no habían llegado y ya deseaban marcharse.

Delante de la verja había una furgoneta de la televisión. Los cables serpenteaban hasta la tumba de Denise Gineste (1939-1963), donde, bajo una lona de plástico, una enorme cámara montada sobre trípode ya esperaba. Los técnicos se afanaban. El presentador, completamente a tono con la escena —lampiño, serio, impasible—, parecía de una funeraria. Además del matrimonio Pelletier, unas tumbas más allá se hallaba Gilbert Magnin, director del *Écho de la France*. Había también un cámara, dos reporteros y un fotógrafo.

—¿Empezamos? —preguntó este último, impaciente—. Me estoy helando.

Los técnicos le indicaron a Geneviève dónde ponerse: en un sendero cercano a la tumba. La televisión, aprovechando su ventaja sobre la prensa escrita, sería la primera en entrevistar al matrimonio.

Ella lucía un aire de flor pisoteada, casi desplomada sobre el hombro de Jean, más incómodo que nunca.

El presentador habló con voz grave y ceremoniosa; se notaba que aquello no iba a ser una fiesta.

—¿Pueden explicarnos el motivo de su visita a este cementerio el día de Navidad?

Sus ojos se posaban en Jean, aunque a esas alturas todos sabían que quien llevaba la voz cantante era su mujer. Y Jean, sin saber qué decir, echó una mirada a su alrededor, azorado. Por suerte, ella había ensayado varias respuestas. Aunque soltó una que no tenía la menor relación con... con nada:

—Creemos que hoy es un día en el que todos los niños deberían ser felices. Y pensábamos en nuestro pequeño Michel, que no puede serlo del todo. Por eso intentamos protegerlo, con todas nuestras fuerzas, de quienes quieren privarlo de su futuro.

—Ha dicho usted «nuestro pequeño Michel»... ¿Considera que tiene un derecho de propiedad sobre él?

—¡Claro que no! Pero si ese niño al que mi marido salvó de las llamas jugándose la vida no tuviera defensores, ¿qué sería de él?

—Tienen ustedes una disputa con el señor Gruber, que asegura...

—¡... que es el padre, sí, por supuesto! Mire, el...

Había preparado la respuesta con antelación: la tenía lista: frases elegantes, medidas, cuidadosamente construidas. Y, sin embargo, cosa rarísima en ella, Geneviève perdió el hilo.

—El padre, quiero decir... el supuesto... en fin, es que... —La causa de su desconcierto era la súbita aparición de Émile Gruber, que avanzaba por el sendero con un ramo de rosas y mimosas en la mano, rumbo a la tumba. Lo acompañaban un reportero, un fotógrafo y un hombre con gabán, que debía de ser el director del *Presse-Hebdo*—. Es el... —balbuceó Geneviève—. En fin, no hay...

Tartamudeaba, pálida y confusa. Por fin, alzó los ojos hacia Jean, que respondió con un gesto de impotencia.

Su frase quedó en suspenso mientras Gruber posaba ante la tumba para los fotógrafos y depositaba el ramo con delicadeza sobre

la losa de granito.

—Creo, señora Pelletier, que está usted muy emocionada... —dijo el entrevistador.

—Sí, sí, es la emoción... ¿Podemos dejarlo aquí?

Y, sin esperar respuesta, se abalanzó, furiosa, hacia la tumba. Al pasar, cogió su propio ramo y se plantó junto a Gruber. De espaldas, podían parecer dos figuras recogidas ante la tumba del soldado desconocido después de depositar una ofrenda. Sólo que Geneviève le propinó a Gruber un empujón con el hombro para colocarse delante de él. Luego dejó su ramo sobre el suyo, lo miró de arriba abajo, sacó el pañuelo con decisión y rompió a llorar.

Los fotógrafos se frotaban las manos.

El periodista de televisión invitó entonces a Gruber a hablar. Al oír su respuesta, Geneviève comprendió que había perdido la partida.

—¿Por qué ha venido precisamente hoy a la tumba de Denise Gineste?

—Era... el amor de mi vida.

Su aparente sinceridad desarmó al presentador.

Mientras tanto, el director del *Presse-Hebdo* se acercó discretamente a Jean.

—Gracias por avisarnos —le susurró al oído.

El cumplido sonrojó a Jean.

A su vez, Émile Gruber le dirigió un tímido gesto con la mano: «Gracias.» Jean respondió con un leve movimiento de cabeza, no menos sobrio.

En cuanto a Geneviève —que, por fortuna, no había visto la escena—, se apresuró a hablar con el director del *Écho de la France*.

—Publicará que fuimos nosotros quienes pagamos la lápida, ¿verdad?

Gilbert Magnin, visiblemente decepcionado, respondió con desgana:

—Sí, sí... Ya veremos...

Geneviève volvió del cementerio herida, ofendida, indignada.

Jean desapareció enseguida; sabía por experiencia que, cuando su mujer se enfadaba, lo mejor era hacerse invisible. Mientras colgaba el abrigo en el perchero, Geneviève rumiaba venganzas contra el señor Gruber, el pequeño Michel, los periódicos, la justicia, el juez...

De pronto, se cruzó con *Joseph*.

Era un gato viejo, cada vez más tranquilo, que apenas se movía y no causaba molestias.

Dormía en la cama de Colette aunque ella no estuviera, y, como ya no podía subir a los muebles altos, Colette había tenido el detalle de colocar en una estantería baja —apenas encima del escritorio— el Buda de escayola pintada junto al cual el animal dormía desde siempre, con la cabeza apoyada en el pedestal y los bigotes rozando los regordetes pies.

Cuando Geneviève lo vio, acababa de comer un poco y beber agua, y regresaba despacio a la habitación.

Lo siguió con la mirada, lo vio trepar trabajosamente a la estantería y acurrucarse junto al Buda.

Se acercó y contempló al gato y la estatuilla durante un instante, tratando de comprender la emoción confusa que la embargaba. Era

el disgusto por no haber convencido a Colette para que fuera al baile de Navidad, que esa noche llenaría de luces y música la gran sala del Club Iniciativas.

Extendió la mano y, al instante, *Joseph* echó atrás la cabeza y bufó. Ella sonrió y, con una rapidez inesperada, le soltó un manotazo a la figura, que salió volando y se hizo añicos contra el suelo.

Joseph se irguió: el lomo encorvado, el pelo erizado, los ojos chispeando de furia.

Geneviève no se atrevió a ir más lejos y, con el rostro de pronto sereno, salió de la habitación.

El gato se sentó despacio y, desde la estantería, miró los pedazos desparramados del Buda. No sabía cómo interpretar aquello: ¿era un arranque o una declaración de guerra?

Estaba en eso cuando Geneviève regresó. De inmediato, *Joseph* saltó a la cama, listo para huir si la cosa se torcía. Pero ella actuó como si estuviera sola: llevaba una caja de zapatos, una escobilla y un recogedor. Barrió los trozos de escayola y los arrojó ruidosamente dentro de la caja, que dejó justo en el lugar donde el gato solía dormir.

Antes de salir, se volvió hacia él.

Luego cerró la puerta.

Joseph no podría ir a su cajón, ni a la escudilla, ni al cuenco del agua hasta que a alguien —pero ¿a quién?— se le ocurriera abrir.

Se tumbó, meditabundo.

Al menos había salido de dudas.

Era una declaración de guerra.

40

Cómplices

Faltaban dos días para la partida.

François había estado esperando a que la conversación decayera, a que el cansancio empezara a notarse.

Los niños se acostaron por fin, incluida Colette. Hélène dio una vuelta por las habitaciones: todos dormían profundamente. Volvió sonriendo.

Angèle se adelantó a Thérèse, que iba a levantarse para prepararles una infusión de salvia. Siempre estaba pendiente.

—Siéntese, Thérèse; yo me ocupo —pidió, y enseguida añadió—: No está en París

Quería decir: «No está en casa de Geneviève.»

Estaban hablando del pequeño Michel.

—No entiendo el empecinamiento de esos dos —dijo Angèle—. Lo de la colecta estuvo bien, pero podrían haberse detenido ahí. El niño tiene el futuro asegurado, ¿qué más se puede hacer?

Hélène advirtió que su madre hablaba de Jean y Geneviève sin distinguirlos. Era algo nuevo.

—Sobre todo ahora que ha aparecido el padre —añadió Thérèse, que allí se sentía más libre para opinar.

Angèle le dio un sorbo a la infusión.

—De todas formas, viendo cómo tratan a sus propios hijos, cuesta entender por qué se aferran tanto a ese otro niño.

—¡Philippe y Colette no son infelices! —protestó Thérèse, con una voz un poco aguda.

A fin de cuentas, era ella quien los cuidaba; se sentía algo ofendida.

—Lo sé —se apresuró a decir Angèle—, no quería decir eso... Me refería a otra cosa.

Hélène acudió en su ayuda.

—Geneviève emprendió esa cruzada por puro interés. El pequeño Michel sólo es un instrumento. En el fondo, para ella ese niño no existe: es una cuestión de poder, de notoriedad.

—¡Eso debería estar prohibido! —exclamó Angèle.

—Y no parece que el Gordito diga gran cosa...

—Es usted injusto, François —replicó Thérèse, cada vez más animada—. Más de una vez le he oído decir a mi hermana que, ahora que el padre había dado un paso al frente...

Al final siempre volvían al mismo punto: la cuestión de la legitimidad del señor Gruber.

François trataba de llevar la conversación hacia Jean, pero no lograba su propósito. Ya lo había intentado un par de veces. La ocasión llegó por fin:

—El Gordito puede sorprender —dijo Hélène—. Se deja manejar por Geneviève, pero a veces reacciona de golpe. No sería la primera vez...

François aprovechó la oportunidad al vuelo.

—¿Quieres decir... que puede ser violento?

—¡Jean no es violento! —protestó Angèle.

—No —concedió Hélène—, a veces es impulsivo, bruto, pero no violento.

Se volvió hacia su hermano sonriendo.

—¡El violento eras tú, no el Gordito! En el patio del colegio... de los dos, el pendenciero eras tú.

El comentario lo divirtió.

—A no ser que el Gordito haga, a escondidas, cosas que no sabemos...

Hélène se lo tomó a risa.

François bajó la cabeza, conmocionado de pronto.

Un recuerdo acababa de asaltarlo sin aviso.

¿Cómo había podido olvidarse?

¿Qué esfuerzo sobrehumano de desmemoria le había permitido enterrar semejante recuerdo?

Jean tiene nueve años; él, siete.

Están de vacaciones en Junia, en la región de Keserwan.

Disfrutan del mar, de las playas, del aire costero. Se lo pasan en grande, discuten, se reconcilian: son inseparables. Jean está colado por Samira, una morenita de ojos vivos y sonrisa torcida, lo que le da un encanto especial. La chica se ha burlado de su sobrepeso («¡Gordito!»). No es la primera. Él le pasa un brazo por los hombros.

—Bah, que la zurzan. ¿Vamos a por las bicis?

Pero el Gordito está dolido. No quiere saber nada de bicicletas. Avanzan por la calle sombría que sube hacia su casa hasta llegar a la plaza, donde una niña a la que no conocen bebe en la fuente con las manos ahuecadas.

El Gordito sigue rabioso; nada lo calma. Él se cansa: que refunfuñe, ya se le pasará.

Entonces oye un ruido. Se vuelve.

El Gordito ha retrocedido, ha agarrado a la niña por la cabeza y está golpeándola contra el borde de piedra. Él corre hacia ellos y tira de su hermano, que cae de culo. La niña yace en el suelo, inmóvil, con la cabeza ensangrentada.

—¡Vamos! —grita él.

Y echan a correr.

No hablan del asunto.

Esa tarde, su madre los encuentra paliduchos y se preocupa; el sol ha pegado tan fuerte todo el día... ¿Será una insolación?

Ellos dos siguen sin decir nada: es un secreto que temen no saber guardar si cualquiera de los dos dice una sola palabra sobre el asunto.

Luego se enteraron de que a la niña la habían encontrado enseguida y llevado al médico. Fue incapaz de dar la menor indicación sobre su agresor: «un chico», dijo, pero la había atacado por detrás, no había podido verlo. Le dieron unos puntos, nada más.

Ellos dos guardaron el secreto.

Como cómplices.

¿Por eso había querido ir a Beirut? ¿Para desenterrar ese terrible recuerdo?

Sí, eso es lo que piensa ahora.

—¿Perdón?

—¿Le sirvo más infusión? —pregunta Thérèse.

Esa noche se había sentido más perdido que nunca. Se había levantado, había ido a fumar, había vuelto a acostarse...

«¿Cuántos niños no le han pegado a una niña? ¡Eso no significa que, de adultos, vayan a ser asesinos!»

Pero ahora que aquel secreto de la infancia había salido a flote, el Gordito ya no le parecía la misma persona. Era alguien capaz de hacer «eso».

¿Debía decidirse, entonces?

Porque ya hacía tres semanas que tenía la huella dactilar del asesino de Lamberghem... y no había hecho absolutamente nada con ella. No había intentado comprobar si era o no la de Jean.

Desde que empezó a sospechar de su hermano, se había entregado a toda clase de pensamientos mágicos:

«Si no tengo respuesta de mis colegas antes del día 10, es que Jean es inocente.»

«Si no descubro nada antes del lunes...»

Eso se repetía mientras rebuscaba en los archivos de *L'Orient*, el gran diario libanés, donde ya había pasado dos tardes antes de que lo asaltara aquel recuerdo. Partiría al día siguiente por la mañana, con Alain.

Ahora entendía por qué su instinto lo había hecho empezar a revisar los números del periódico desde 1942, en lugar de limitarse a 1947, el año en que Jean y Geneviève se marcharon a París.

Porque su inconsciente sabía que el origen estaba en una fecha mucho más lejana: aquellas vacaciones en Junia. La niña de la fuente. La conspiración del silencio.

«Si no encuentro nada...», pensó.

Pero lo encontró.

A tres calles de la jabonería habían asesinado a una joven de diecinueve años, golpeándola repetidas veces en la cabeza con el mango de un pico. No hubo violación ni testigos, sólo un crimen incomprensible que seguía sin esclarecerse.

Había ocurrido el 14 de octubre de 1947.

Diez días después, Jean abandonaba Beirut.

41

1962. La lucha

—¡Esta vaquería no está nada mal! —decía el señor Poitaud con los pulgares metidos bajo los tirantes.

Lo halagaba ver aquel edificio levantado en sus tierras: la actividad de la cooperativa había puesto el foco sobre su granja. Desde hacía seis meses corría el rumor de que la propiedad se había revalorizado y que no tardaría en venderla.

—¿Y rinde mucho? —preguntaba.

—Bueno, no tanto como nos gustaría... —respondía Manuel sonriendo.

Se cuidaba mucho de reconocer que la cooperativa había resultado ser un negocio excelente. Y, además, apasionante. Las tres familias, con sus diferencias y defectos, pero también con sus virtudes, se habían puesto manos a la obra; proveedores y distribuidores habían respondido, reconociendo su valentía y su dinamismo.

Entre bastidores, todo el mundo celebraba que la Federación hubiera encontrado por fin la horma de su zapato.

El supermercado Goulet-Turpin de Villefranche, inaugurado en enero de 1962, colocó lado a lado los productos de la cooperativa y

los de la Federación. En todos los mercados ambulantes de la región los recibían con los brazos abiertos, y como ofrecían precios algo más bajos que la competencia, las ventas eran excelentes: no era raro que terminaran la jornada con todo agotado. Incluso algunas empresas se dejaron convencer y les hicieron pedidos.

La vida había tomado un rumbo agradable. Siempre había muchísimo trabajo, más de lo previsto, pero por fin el éxito les sonreía.

Había vuelto a cazar. Mató algunas piezas, pero aquel jabalí mítico quedaba lejos: era un recuerdo de infancia, un motivo de nostalgia.

Y precisamente en el lindero del bosque era donde a veces se veía con Claire. Dios, qué volcánica era aquella chica —aún no conseguía verla como una mujer—: su piel, su calor, su olor... ¿Cuándo se cansaría de ellos? Jamás. Hacían el amor con una pasión desbordada, y Claire se reía al verlo enrojecer.

Después de tantos meses de trabajo agotador, comprobar que todo marchaba más o menos según lo previsto fue un alivio inmenso. Por eso, la noticia de la «promoción» de la Federación Lechera cayó como un mazazo.

—¡Dos por uno! —exclamó André, anonadado—. Si compras un litro de leche, te regalan otro. ¿Quieres una libra de mantequilla? ¡Te dan el doble por el mismo precio! Lo hacen en Goulet-Turpin y en todos los mercados.

—No podrán mantenerlo mucho tiempo —aventuró Manuel, aunque sabía perfectamente que, económicamente, la Federación tenía la espalda mucho mejor cubierta que la cooperativa.

Fue a ver al director de la Federación.

—Tenemos excedentes, señor Ramos —le dijo el otro—. En nuestro lugar, usted haría lo mismo.

No sonreía, se veía que quería mostrarse ecuánime.

—¡Es una práctica desleal! —respondió Manuel.

Cambiando de tono, Ferchaux hizo pedagogía.

—No, señor Ramos. Jurídicamente, una promoción temporal no se considera desleal.

—Entonces, si es temporal, ¿cuánto va a durar?

Ferchaux se miró los pies, como un hombre que va a tomar impulso.

—Dejémonos de rodeos, señor Ramos. Fue usted quien inició las hostilidades decidiendo vender más barato que la Federación. Entró en competición con nosotros.

—¡Vendimos a dos céntimos menos que ustedes!

—Eso es. Vendieron más barato. A eso se lo llama «hacer la competencia».

Manuel no había querido creer lo que, sin embargo, sabía: en aquella lucha, la cooperativa tenía pocas posibilidades, si es que tenía alguna.

Cambió de estrategia.

—Somos una explotación pequeña, señor Ferchaux. Tres granjas, cincuenta vacas... No estamos en condiciones de competir con ustedes.

Y dijo lo que se había jurado no decir nunca, algo que su madre, orgullosa como era, habría desaprobado. Pero él no sabía qué otra cosa hacer.

—Déjenos vivir, señor Ferchaux. No queremos hacernos millonarios, sólo ganarnos la vida...

—La Federación Lechera representa a ganaderos que también necesitan ganarse la vida, señor Ramos.

Ferchaux, estaba claro, no les perdonaría una. No habría concesiones ni compasión.

Y de pronto, lo entendió.

Se quedó boquiabierto.

¡Qué ingenuo había sido!

Ferchaux trataba de tú a tú con la administración; no había un solo funcionario del sector agrícola que no le debiera algún favor.

Las trabas burocráticas, las demoras en los certificados sanitarios... habían sido cosa suya.

Y también los retrasos en la entrega de las ordeñadoras.

Desde el principio.

Salió del despacho sin decir palabra, consternado.

Más solo que nunca.

A su regreso procuró no mostrarse derrotado, pero ¿qué podía decirles a André y a Delfosse que sonara alentador?

—Lo pensará... volveremos a hablar.

No hubo reacción.

No lo habían creído.

Después de ese encuentro, empezó la larga, agotadora, desesperante lucha contra la Federación Lechera.

Algunos mercados desplazaron su mercancía.

—¡Aquí nadie nos verá!

—No puedo hacer nada, señor Ramos, tengo instrucciones...

Después de aquel encuentro comenzó la larga, agotadora y desesperante lucha contra la Federación Lechera.

Algunos mercados reubicaron su mercancía.

—¡Aquí nadie nos verá!

—No puedo hacer nada, señor Ramos; tengo órdenes...

Semanas después, Goulet-Turpin les pidió una rebaja en los precios.

—No podemos ajustarlos más —alegó él.

Ya, pero los de la Federación venden más barato; han rebajado los precios y ahora los suyos quedan por encima.

Un día apareció un inspector; Manuel lo conocía bien: había examinado las instalaciones antes de conceder la autorización.

—¿Cómo que «dicen»? —protestó—. ¿Quién lo dice?

—Eso es lo de menos. Tengo que verificar las condiciones sanitarias.

André, que estaba delante, contenía las ganas de partirle la cara. Delfosse, algo más atrás, observaba la escena en silencio; imposible saber qué pensaba.

El registro no estaba en regla. Había una lechera algo sucia, una copa de ordeño mal lavada...

Comprendieron que la prohibición de seguir produciendo pendía sobre sus cabezas.

En los mercados corrían rumores.

Los campesinos de la región murmuraban contra aquellos que se habían creído más listos que los demás.

El repartidor de la cooperativa pinchó en la carretera de Villefranche: tres de las cuatro ruedas quedaron llenas de clavos.

Cuando volvió del teléfono, el cargamento se había recalentado; hubo que tirar todos los productos.

Pasaron unos meses de calma. Después, tuvieron que renegociar con el banco agrícola.

—Su empresa no es lo bastante sólida, señor Ramos. Lo siento.

La cooperativa hacía agua.

Manuel, que pasaba las veladas buscando soluciones, respuestas, subterfugios, tenía que sobrellevar además la ausencia de Claire desde hacía...

¿Cuánto?

¿Tres semanas? ¿Cuatro?

Fue a la zapatería a echar un vistazo. No estaba.

Pasaba los días en la carretera, en salas de espera, al teléfono, en oficinas donde lo hacían esperar.

Repasaba mentalmente las últimas cifras de la cooperativa: no quería rendirse.

El representante de la Cámara de Agricultura, comprensivo, le entregó un dosier para solicitar una subvención excepcional reembolsable; pero, si se la concedían, la ayuda no sería inmediata: todos los fondos del año estaban ya repartidos.

«Para entonces ya habremos cerrado», pensó él.

Cuando regresaba de alguna gestión, André lo miraba con insistencia y Delfosse encendía un cigarrillo con la colilla del anterior.

Trató de mantener el tipo, aunque acababan de deshacerse de lo poco que les quedaba y sabían que el final estaba cerca.

El alcalde del pueblo dijo que estaba escandalizado por las prácticas de la Federación Lechera y le aseguró a Manuel que haría lo que pudiera. Con lo cual, no hizo nada.

Las vacas exigían el mismo trabajo vendieran o no: había que soltarlas, volver a encerrarlas, evacuar el purín, llenar los comederos, limpiar y desinfectar la ordeñadora...

Y, por la noche, él se pasaba horas con las cuentas, las facturas, los extractos bancarios.

El delegado del Sindicato de Agricultores declaró que apoyaba la cooperativa «al cien por cien», que era una magnífica iniciativa e incluso podía servir de modelo para muchos pequeños ganaderos, pero abogó por el realismo.

—La Federación Lechera garantiza una salida estable a muchos productores. Tienes que negociar con ellos, buscar un punto de acuerdo; ¡hay sitio para todos!

La señora Ramos no decía nada, pero, a medida que los demás iban perdiendo fuerzas, ella redoblaba los esfuerzos.

—¿Has hecho las cuentas? —preguntaba André.

Al principio, Manuel respondía con frases tranquilizadoras, vagas, que podían interpretarse como se quisiera.

Desde hacía un mes, sólo decía:

—No, no he tenido tiempo; esta noche me pongo.

Un concejal le explicó que había que ser «positivos» y encontrar «una solución equilibrada». Se mostró dispuesto a ayudar, siempre que la cooperativa «dejara de echar leña al fuego».

A él también habría querido partirle la cara.

Cuando iba de vuelta a casa, solía pasar por la zapatería y veía a Claire a través del escaparate.

Pero como ella ya no iba a buscarlo, no se atrevía a entrar sin más y decirle que quería hablar con ella.

La cooperativa había perdido dos mercados institucionales y el rumor sobre las irregularidades sanitarias seguía circulando.

Hizo copias de las autorizaciones, certificados y garantías, y las colgaron en los puestos del mercado, protegidas con fundas de plástico. Casi parecía sospechoso que unos comerciantes sintieran tanta necesidad de justificarse.

Volvió a visitar a Ferchaux.

—Siéntese, señor Ramos.

Durante un largo momento ninguno habló.

—Intentemos ser positivos, ¿le parece? —dijo al fin el otro.

Era la misma palabra que había empleado el concejal: «positivos».

—Se encuentran ustedes en dificultades y, si las cosas siguen así, dentro de seis meses estarán en suspensión de pagos. ¿Me equivoco?

—¡En absoluto! —replicó Manuel casi gritando—. Pasamos un mal momento, y usted lo sabe muy bien, pero nosotros...

—Calma, calma —lo interrumpió Ferchaux—. No tire por la borda todo lo que ha construido, señor Ramos. No arrastre a sus socios, que confiaron en usted, a una debacle inevitable. Mantenga su negocio a flote, siga trabajando como sabe hacerlo, mantenga su proyecto con vida...

Resultaba extraño oír al principal artífice de su naufragio animándolo a continuar.

—¡Qué más quisiera yo!, pero son ustedes quienes...

Dudó un instante, sin saber cómo decirlo.

Ferchaux se le adelantó:

—Quienes pueden salvarlo. Es verdad: sólo nosotros.

—Haz lo que quieras —le dijo su madre con los labios apretados.

La vergüenza se leía en su cara.

—Pero, entonces... ¿en qué nos convertiremos? —preguntó André, que no acababa de entenderlo.

—Seguimos igual, con el mismo estatus —repuso Manuel a su pesar.

—¿Y eso qué nos aporta? —preguntó Delfosse.

—Nos evita la quiebra, no perdemos dinero y dejamos de arriesgarnos.

Y así fue como aceptaron la propuesta de la Federación Lechera y vendieron la cooperativa.

Enero de 1964

42

Quizá sea mejor que lo haga yo mismo

François había acabado por ceder a la ira.

Ahora que había recordado aquel terrible episodio de su infancia y descubierto otro asesinato cometido en Beirut apenas unos días antes de la partida de Jean, tan semejante a todos los anteriores, estaba casi convencido de su culpabilidad.

El vértigo abismal que lo asaltaba al pensar en el número de víctimas —más que probables— de su hermano, había dado paso a una furia helada.

«¡Haré que lo detengan!», se repetía camino de París.

Y no lo conmovían ni la consideración sobre el sufrimiento que aguardaba a su madre, ni la inmensa pena de Hélène ni la desdicha que caería sobre Colette y Philippe al descubrir que su padre era un asesino reincidente.

«¡El que hizo todo eso fue Jean, no yo!»

Evitaba pensar en la guillotina, la única imagen capaz de hacerlo vacilar.

«¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Más?»

Sin duda, el número real de víctimas era escalofriante; sólo el asesino podía saber cuántas habían sido exactamente.

¿Y él actuaba en nombre de qué?

De la justicia, desde luego que no.

Por supuesto que sentía compasión por todas aquellas familias que jamás supieron por qué uno de los suyos había sido brutalmente asesinado, pero no tenía vocación de vengador ni de héroe moral.

Su verdadera motivación era la ira... y el miedo a lo que aún podía ocurrir.

Estaba claro que Jean había matado a numerosas mujeres, y nada hacía pensar que fuera a detenerse. De hecho, él estaba convencido de que volvería a hacerlo. Lo que se hace una vez, puede hacerse de nuevo.

En la Antigüedad se ejecutaba al mensajero que llevaba malas noticias... y él sabía que, en su familia, nadie le perdonaría lo que estaba a punto de hacer. Por eso no pensaba cargar en solitario con la culpa de haber denunciado a su hermano ante la justicia. ¿Por qué habría de hacerlo? Hélène...

Pero antes debía desenmascararlo con absoluta certeza, y creía tener los medios necesarios para lograrlo.

Conservaba la huella dactilar del asesino de Lamberghem, y estaba convencido de que pertenecía a Jean. Faltaba confirmarlo.

Para ello, necesitaba una huella inequívoca con la que poder cotejarla.

Descartó enseguida recurrir a un objeto de uso cotidiano: cualquiera —Geneviève, Philippe, Colette, incluso Thérèse— podía haberlo tocado y arruinar la comparación.

Tenía que estar seguro, completamente seguro, de que aquella huella era de su hermano.

—¿Me lo explicas un poco?

—¿Explicar qué?

—¡Lo del francotirador del periférico! —Jean fingía sorpresa; resultaba irritante.

—¡Ah, eso! No fue nada. Para empezar, ni siquiera pasó en nuestro tramo. —Sentía cierto orgullo, como si, al elegir otro sector del bulevar, el asesino les hubiera otorgado un salvoconducto frente a la culpa—. Y, en fin, gente que dispara a otra gente... Tú, que trabajaste tantos años en la crónica de sucesos, sabes perfectamente que eso ha existido siempre.

François trataba de concentrarse en lo que decía su hermano, pero toda su atención, toda su energía, estaban fijas en la copa de Jean y en el miedo de que el camarero la cogiera antes de que él pudiera impedirlo. Incapaz de mantener viva la conversación, la dejaba vagar sin rumbo, arrastrada por los temas que iban surgiendo perezosamente, uno tras otro, sin orden ni interés.

—¿Conocías a Leila Haddad? —le soltó de pronto, a bocajarro.

Le salió sin pensarlo. Bajó la cabeza y rodeó la copa con los dedos; le temblaba la mano.

Jean frunció el ceño.

—A algún Haddad, sí; en Beirut había muchos. Pero a Leila... no, no me suena. ¿Por qué?

Su hermano lo miraba con serenidad. Y ahora el que estaba incómodo era él, porque Jean parecía... absolutamente sincero.

Lo observó en silencio. Esperaba una vacilación, un titubeo, cualquier signo de incomodidad. Pero el Gordito no tenía cara de estar fingiendo: estaba tranquilo, ajeno, como si el nombre no le dijera nada.

—¿Por qué? —insistió Jean—. ¿Quién es?

Él optó por replegarse, porque lo aterraba lo que podía suceder. No estaba preparado. No se sentía capaz de decir: «Una chica de diecinueve años, asesinada a golpes con el mango de un pico en octubre de 1947, quince días antes de que te mudaras a París. Y creo que fuiste tú quien la mató.»

No se sentía capaz.

¿Jean se derrumbaría y se echaría a llorar? ¿Volcaría la mesa, gritando que se había vuelto loco? ¿Llegarían a las manos?

¿Y qué mayor prueba de su inocencia que aquella expresión de total, absoluta, perfecta sinceridad?

«El que está loco soy yo», se dijo.

—No, nadie...

—¡Venga, di! ¿Lidya? ¿Lamia Haddad? ¿Cómo has dicho que se llama?

Él le dio dos largos tragos a la cerveza. Sentía el corazón latiéndole en el pecho.

—Leila Haddad.

—¿Y por qué me lo preguntas?

—Porque... me crucé con ella en Beirut. Iba a la escuela con Hélène. Sólo era por eso.

—¡Ah!

Jean asintió con un gesto vago; parecía decepcionado. El asunto no le interesaba lo más mínimo.

El silencio cayó entre ellos, espeso, incómodo. Ya no quedaba nada que decir.

François sintió que había llegado el momento de poner fin a aquello.

Quizá su propia pregunta lo había tomado por sorpresa, pero la despedida estaba calculada al milímetro.

Y, aunque por dentro temblaba, supo mantener el control.

Se levantaron. Él no se opuso a que su hermano pagara. Pero Jean, en lugar de rellenar el cheque en el mostrador, lo hizo en la mesa. Así, de un plumazo, le cerró toda posibilidad de actuar.

—¡Espera un momento, Gordito! —exclamó en cuanto estuvieron en la acera—. Me he dejado el encendedor.

Volvió a entrar, corrió a la mesa, cogió la copa de Jean con su servilleta y se la metió en un bolsillo de la gabardina.

Ya estaba.

El doctor Konig, médico forense y jefe de la unidad de medicina legal de la policía, había publicado cientos de artículos difundidos en todo el mundo. A sus casi setenta años seguía siendo un hombre alto y atlético, aunque renqueaba un poco («La ciática», decía: «mi compañera más fiel»). En todo caso, daba la impresión de ser una roca: firme, inmutable. Esa estabilidad, esa obstinación en seguir siendo el mismo, resultaba irritante. Se sabía que tenía que estar siempre pendiente de su corazón: la válvula mitral le fallaba («Lo oigo latir», decía; «tarde o temprano se cansará»).

Pero aún no había ocurrido. Seguía vivo. Muy vivo.

—Siéntate.

La vivienda era lujosa.

François se había prometido no mencionar a Lorraine, la hija: una artista feroz, exigente... y desgraciada. Él había publicado una serie de artículos sobre el doctor Konig cuando Lorraine acababa de

desaparecer. Se había marchado de golpe. Fue entonces cuando lo conoció, y ya desde el primer encuentro le pareció un héroe cansado, una especie de rey shakespeariano: sarcástico, inflexible y lleno de autoironía.

Le contó que recibía llamadas que suponía de Lorraine, pero que, en lugar de hablar, la joven guardaba silencio, respirando entrecortadamente. Aquel silencio, aquella respiración, lo alarmaban. Había pasado la vida practicando autopsias a jóvenes muertas; sabía mejor que nadie lo que podía ocurrirle a una chica sola.

Y ahora lo encontraba igual que entonces, sólo que con más arrugas.

Konig lo tuteaba; él nunca se había atrevido a hacerlo.

—No es mi terreno —repuso al fin.

A lo largo de su carrera, Konig había demostrado un rigor que justificaba su reputación.

Él había dejado sobre la mesa baja la copa de Jean y las dos copias de las huellas sustraídas en la audiencia de Roubaix.

Confiaba en que el doctor no podría resistirse: le estaba poniendo delante un misterio que sólo él podía resolver.

—En fin, podría intentarlo...

Seguía teniendo sus contactos. Le bastaba una llamada.

En medicina legal, en la policía judicial o en la científica, cualquiera habría dado un mes de sueldo por hacerle un favor al mítico doctor Konig.

—Ya veré. Vuelve dentro de un mes.

—¿No podría ser antes?

—Mañana por la mañana me voy a Estados Unidos.

—¿Y no puede encargárselo a alguien?

Konig inclinó ligeramente la cabeza, irritado, y señaló la copa, que ahora presidía la mesita como una reliquia sagrada.

—¿Se ha obtenido conforme a la ley y a los procedimientos?

—Bueno...

—Seré más claro: ¿en condiciones válidas desde el punto de vista jurídico?

—No del todo...

—Y si se comprobara una correspondencia entre ambas huellas, ¿incumbiría eso a la justicia o sólo a ti?

François enrojeció.

—La verdad es que...

Se detuvo; no podía responder sin añadir una mentira a otra.

—Entonces quizá sea mejor que lo gestione yo mismo, ¿no te parece?

¡No tendría la respuesta hasta mediados de febrero!

Estuvo a punto de coger la copa e ir a intentarlo a otra parte, pero el doctor tenía razón: si las dos huellas resultaban coincidentes, el asunto pasaría al ámbito judicial.

Y prefería ser el único que decidiera qué hacer con ese hallazgo.

Cuando lo acompañó hasta la puerta, Konig lo retuvo un instante.

Miraba al suelo, indeciso: no hacía una confidencia así desde hacía más de treinta años.

—Lorraine está bien —murmuró al fin—. Se casó. Vive en Filadelfia.

François reaccionó de la forma más expresiva que Konig podía tolerar.

—Me alegro —murmuró.

43

¿Quién era?

Las expresiones como «Pesadilla de Navidad» o «Navidades sangrientas» sólo tenían sentido durante las fiestas, el francotirador del periférico pronto había pasado al olvido, y Jacques Trinchant había vuelto a sus sellos.

Aunque Trajan-Perrin sostenía que, mientras aquel loco siguiera libre, no debían bajar la guardia, Jean se sentía más tranquilo.

Hacía mal, porque esa calma duró poco.

Muy poco: hasta el 17 de enero, cuando llegó al quiosco y vio aquella portada.

Los damnificados del periférico.

¡Lo han perdido todo para que otros saquen provecho!

Era la portada... ¡de *L'Humanité*!

Para Jean, el órgano del Partido Comunista —que solía imaginarse enrollado en las manos de los sindicalistas de Dixie— no era un periódico «de verdad», algo que uno compra y lee, sino una especie de estandarte, un objeto simbólico que transmitía mensajes que nunca habían tenido que ver con él.

Ver aquella publicación tratando un asunto que lo afectaba de cerca fue un auténtico shock.

Y si dudó en comprarlo, a pesar de su intenso interés y de una inquietud evidente, fue sencillamente porque no sabía que se pudiera.

—Parece que hay lío en el bulevar periférico...

Era el quiosquero, que lo conocía bien: nunca le había vendido más que *Le Journal du Soir*, y ahora lo veía contemplar el espectacular titular de *L'Humanité* con los ojos muy abiertos.

Le tendió un ejemplar.

Él buscó unas monedas a toda prisa, tomó el periódico, lo metió bajo la gabardina y salió corriendo hacia el metro: le aterraba que alguien lo viera.

Se sentó en el banco del fondo del andén y lo abrió con cautela.

Lo incomodaba desplegar una publicación semejante, con la hoz y el martillo bien visibles en mitad de la cabecera.

Detrás de las titánicas obras del bulevar Periférico: Vidas rotas, familias desalojadas, trabajadores sacrificados. Los damnificados del progreso

La vía rápida que rodeará la capital se nos presenta como el símbolo de una modernidad triunfal, de una ciudad que se abre a los automóviles, los negocios, la ágil circulación de mercancías. Pero ¿a qué precio? ¿Y en beneficio de quién?

Los habitantes de los barrios populares han sido los primeros en pagar las consecuencias. Desposeídos de sus casas y obligados a abandonarlas y a instalarse en pisos impersonales, alejados o demasiado caros, son las víctimas invisibles de esta política burguesa.

Quienes ven trastornada su vida cotidiana por el estruendo de las demoliciones no son grandes empresarios ni altos funcionarios: son obreros, empleados modestos, familias humildes que sufren de lleno el impacto de un proyecto impuesto por el Estado al servicio de los privilegiados.

Barrios destruidos, desarraigo

La señora Guérin, una madre de familia que vivía en el decimonoveno distrito, vio cómo su edificio era arrasado en unos meses.

«Nos dijeron que teníamos que irnos y nos dieron una indemnización irrisoria. Ahora vivimos en la rue Herrera, en un piso más pequeño y más caro. Los niños han tenido que cambiar de escuela; hemos perdido a nuestros vecinos, nuestros puntos de referencia», declara con la voz rota por la amargura.

Lo que desaparece no son sólo edificios: es todo un tejido social, unos lazos de solidaridad que se deshacen. Esos barrios, a menudo calificados de insalubres por las autoridades, eran, por el contrario, lugares llenos de vida y fraternidad, espacios en los que obreros y empleados

encontraban un poco de estabilidad frente a los avatares de la existencia.

Pero, para los responsables del proyecto, esos aspectos humanos...

El artículo iba acompañado de la foto de un ama de casa de unos treinta años sentada a la mesa de su cocina, cubierta de papeles: los restos de su batalla perdida contra las obras del periférico.

Fue un Jean conmocionado el que, aquella tarde, le preguntó a su mujer:

—¿Tú sabías esto?

Había desplegado el periódico sobre la mesa. Geneviève se inclinó para leer el artículo —con las manos a la espalda, como si temiera mancharse— y luego volvió a erguirse.

—No sé a qué te refieres...

—Pues... a esa gente desalojada, echada de sus casas; ¿tú sabías algo?

—La verdad es que no. Pero ¿qué cambia? —Cuando Geneviève no quería entender algo... Antes de que su marido insistiera, añadió —: Los pobres siempre acaban pagándolo, Jean. Si vives en un barrio de chabolas y te conformas con eso, no te sorprendas cuando lo derriben.

—¡Pero, de todas formas, era su casa!

—¿Ah, sí? Como vive gente en ellos, ¿no se pueden tocar los poblados de chabolas?

—¡Espera, espera! No han demolido para construirles viviendas nuevas, sino... ¡para echarlos!

—¡Ah, de acuerdo, se debería haber construido el periférico en Orleans, porque alrededor de París había cuchitriles y edificios cochambrosos!

Jean sabía que su mujer nunca había mostrado compasión por nadie, pero esta vez era distinto.

—¡Somos accionistas del proyecto, Geneviève! ¡En parte, somos responsables!

La otra se enderezó.

—¡Si hiere tu sensibilidad, ve a repartirles tus beneficios, así tendrás la conciencia tranquila! Pero no cogerás un céntimo del dinero de la casa, ¡eso te lo garantizo!

Geneviève llamaba así al dinero de los dos.

De todos modos, no: Jean no pensaba compartir su fortuna. Le había costado demasiado reunirla.

Pero sentía compasión por aquella gente, y lo avergonzaba no haber sabido antes lo que ocurría, ni siquiera haberlo imaginado.

Unas horas más tarde, en las «oficinas» —tres contenedores prefabricados donde trabajaban contramaestres y jefes de obra— de la BTPP, Jean volvió sobre el tema:

—¿A los expropiados ya sólo les queda llorar?

—¿Lee usted *L'Humanité*?

Trajan-Perrin estaba realmente impactado: que un miembro del consejo de administración de la patronal francesa y socio suyo en los negocios fuera un lector del órgano comunista era un descubrimiento asombroso.

—¡No, no, en absoluto! —gritó él con una sinceridad muy convincente—. ¡Jamás! ¡Pero lo tengo delante!

BTP respiró más tranquilo.

—¿Qué creía? —le soltó—. ¿Que los vecinos habían saltado de alegría ante la perspectiva de la construcción del periférico? ¿Que habían cedido sus edificios con una sonrisa en los labios?

Verse ante un hecho consumado no era nada nuevo para Jean; de hecho, constituía la base misma de su vida conyugal. Pero precisamente porque le reconocía a Geneviève el derecho a manejarlo a su antojo, no estaba dispuesto a que lo hiciera nadie más. El asunto de los marginados del periférico lo inquietaba profundamente porque nunca se lo había planteado, y quienes sí lo habían hecho se habían cuidado muy bien de no mencionárselo. Si había sido, aunque fuera sin saberlo, cómplice del desalojo de familias enteras, aquella gacetilla comunista tenía razón: era intolerable.

La rue Abbé-Herrera era una calle pequeña y antigua del decimonoveno distrito. Del número 1 al 6 se alineaban edificios de cinco plantas casi idénticos, lo que acentuaba su aire de barriada obrera. ¿Había muchos Guérin en la zona? Sólo uno. Un chiquillo le señaló con el dedo el número 12. En el buzón, una placa con la inscripción SEÑOR Y SEÑORA GUÉRIN contrastaba con las etiquetas escritas a mano y pegadas con celo de los demás vecinos: aquélla estaba grabada con letras clásicas, discretas, que evocaban una burguesía modesta y refinada. Indicaba el cuarto piso.

Jean vaciló. ¿A qué había ido allí? ¿A compadecerlos? ¿A ofrecerles una compensación? ¿A lavar su culpa? Sólo quería ver cómo vivían esas personas, y tampoco era tan terrible. Viviendas obreras, sí, pero nada miserables. Quince años atrás, cuando él y

Geneviève habían llegado a París, vivían en un edificio parecido... ¡y no se habían muerto! ¡Y luego prosperaron! La rabia se volvió entonces contra *L'Humanité*, que comerciaba con las quejas de la clase obrera.

—¿Es usted del ayuntamiento?

Una mujer había aparecido. Treintañera, de rostro agradable. Lo miraba con una leve ironía. Jean la reconoció enseguida: era la misma que aparecía en la foto del periódico sentada a la mesa de su cocina.

—Mi marido lo dijo en cuanto leyó el artículo —empezó ella—: «Ya vendrán del ayuntamiento, nos compadecerán, nos harán promesas, nos harán rellenar más formularios y luego cerrarán el expediente.» ¿No es así?

El tono no era agresivo, sino resignado, con ese cansancio de quien ya ha perdido la fe. Miraba su gabardina, su sombrero, el cigarrillo que él se apresuró a tirar al suelo y apagar con el pie.

—¿Es usted funcionario? ¿Concejal?

—¡Concejal! —respondió él tendiéndole la mano—. Me llamo Jean Pelletier.

Lo sorprendió su propia seguridad.

De algún modo, la pregunta de la mujer lo había desconcertado. Se veía en una junta municipal, ¿por qué no?

Ella miró indecisa su mano tendida; seguramente la educación le impedía negarle el saludo. Al fin se la estrechó, con evidente desgana.

—¿Qué quiere?

—Pues... verlo... por mí mismo.

—Porque esto lo coge de nuevas, claro.

—¡No, ni mucho menos! Pero, verá, nosotros, los concejales, no siempre estamos al corriente de todo, y yo...

Y ahí se quedó. Había estado a punto de darle la razón al marido de aquella mujer; se comportaba como si fuera a prometerle algo, a ofrecer ayuda, a alimentar una esperanza, cuando en realidad era cómplice de los culpables. Se avergonzó de aprovecharse del malentendido, de mentir... como si ya fuera concejal. La treintañera parecía desconcertada, intrigada por aquel hombre corpulento cuyos gestos, sin embargo, eran torpes y vacilantes.

Tenía además la impresión de haberlo visto antes.

¿De paso por el quiosco?

No; debía de ser en la revista municipal. A esa gente le encantaba fotografiarse en salas de hospital o en aulas escolares, posando junto a los «desfavorecidos».

Allí estaban, frente a frente, en mitad de la calle.

Jean advirtió que ella sostenía un capazo que parecía bastante pesado. Ella sintió de pronto que la cesta de esparto dejaba de pesar: una mano enorme la había cogido por las asas y la levantaba con facilidad. Vio el rostro amable de aquel hombre grueso, que le sonreía, y soltó el capazo.

—Es en el cuarto —dijo, y sin esperar respuesta entró en el edificio.

El portal, viejo pero limpio, no tenía portería. Alguien debía de encargarse de la escalera, aunque no de las ventanas, cubiertas de polvo, que tamizaban una luz pálida y triste. No era un patio miserable, sólo antiguo, impregnado del olor a fritura.

El piso era pequeño y de una pulcritud casi maniática.

Al entrar, oyó una puerta cerrarse al fondo del pasillo.

Dejó el capazo sobre la mesa de la cocina, pero la mujer se apresuró a cogerlo y ponerlo en la encimera.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café?

Jean se sentía demasiado voluminoso, incómodo en aquella cocina.

Para disimular, se acercó a la ventana. Por un hueco entre dos edificios se alcanzaba a ver un tramo del bulevar periférico.

La señora Guérin se sentó a la mesa. Como él no respondía, sirvió dos vasitos. El olor del café recalentado llenó la estancia. Abrió la cajita de hojalata donde guardaba los terrones de azúcar. Se había casado en 1954 —contó—, y al año siguiente su marido y ella compraron un piso en la rue Frédéric-Moreau, en Saint-Ouen, con una hipoteca a veinte años.

—Fue comprarlo y empezaron los contratiempos. Hacía uno que lo habíamos comprado, cuando se votó el proyecto del bulevar periférico. De Porte de Clignancourt a Porte de la Chapelle. Al siguiente, teníamos la orden de desalojo...

—¿De desalojo? ¿Así, sin más?

—¡«Sin más», no! Fueron diez veces y nos hicieron ofertas, pero siempre era menos de la mitad de lo que necesitábamos para no perder dinero, ¿comprende? A todos nos ofrecieron realojarnos.

Volvió a oírse la puerta del fondo del pasillo y la mujer miró en esa dirección. Luego se quedó callada y se puso a mirar fijamente los vasitos donde había vertido el café recalentado. En la casa no se oía más que el tintineo de las cucharillas.

Jean también se había vuelto hacia el pasillo.

A esas horas no podía haber niños en el piso, pero tenía la desagradable sensación de que alguien los estaba escuchando.

Sintió un escalofrío. ¿Sería el marido, que aparecería de pronto a pedir cuentas a aquel concejal inesperado que volvía a pedir información que ya habían dado mil veces? ¿Estaba en un aprieto?

—Nos pusimos tercos, y no deberíamos haberlo hecho —reflexionó la señora Guérin—. Al igual que un puñado de vecinos más, decidimos acudir a los tribunales. Los abogados decían que querían derribar más de lo necesario, que nuestro edificio no tenía por qué entrar en el plan. Y así estuvimos cinco años... —Levantó la barbilla como subrayando su valentía—. Al final, ya quedábamos muy pocos; la mayoría había terminado por aceptar lo que les ofrecían. Los entendíamos, claro; pero, entre abogados y papeleo, ya habíamos gastado tanto que echarse atrás entonces era perderlo todo.

Jean tenía el vasito en la mano, pero no se bebía el café ni se atrevía a encender un cigarrillo, aunque en el piso ya flotaba un poco de olor a tabaco. Miraba a aquella joven señora: no era especialmente guapa, pero a él se lo parecía; tenía algo verdadero y hablaba con sencillez. Le encontraba un aire a una joven que había conocido antaño, en una ciudad de provincias, no recordaba cuál...

—Pero, antes de eso, cuando compraron el piso, ¿no los advirtieron de que...? —preguntó—. Quiero decir...

—Sí, nos dijeron que había un «proyecto», pero nadie hablaba de desalojos porque nuestro edificio no estaba en la zona donde se construiría el periférico.

Jean no lo entendía; se le notaba en la cara.

Entonces, su anfitriona sacó una gruesa carpeta del aparador y le tendió un plano catastral.

—Lo marcado en verde es la zona de construcción del bulevar, la que había que «limpiar», como decían ellos. Y esto, en azul —añadió señalando un área unos centímetros más ancha—, son los edificios condenados. Mire, el nuestro era éste.

—Así que ampliaron la zona de demolición...

—Sí, se dieron cuenta de que habían calculado mal. Tenían que limpiar más terreno del previsto.

Jean no era un experto en la materia, pero lo sorprendía: aquellos estudios debían de haber exigido años de preparación, se habrían elaborado montones de planos y proyectos. Que, de pronto, descubrieran que sus estimaciones se habían quedado cortas resultaba difícil de creer.

—Cinco años metidos en juicios, y los perdimos todos. Debían de estar bastante enfadados con nosotros, porque nos desalojaron tres semanas después. Y nos realojaron aquí. Somos cinco. Bueno, cuatro, pero... —Hizo un gesto vago: era complicado de explicar—. Y todavía seguimos pagando deudas... —añadió con sarcasmo.

—Es muy injusto —repuso él, que de injusticias sabía algo—. Habría que... No sería nada fácil, pero...

No tenía la menor idea de qué decir, hacer o proponer; no se le ocurría absolutamente nada.

Ella acudió en su ayuda:

—No veo que se pueda hacer nada —dijo tranquilamente—. Ya está. Se acabó.

Jean se sentía mal, porque era ella quien se mostraba comprensiva, y no al revés; era ella quien empatizaba con su impotencia.

La joven señora se acabó el café y dejó el vaso en la mesa. Quizá hablar le había hecho bien.

—Tengo que ir a buscar a los niños al colegio...

Jean se levantó de golpe, como si le hubieran reprochado no hacerlo.

—No lo estoy echando, pero...

En realidad, sí. Lo echaba.

Con tacto, pero lo echaba.

Había ido allí a exhibir su impotencia ante personas que sufrían, y merecía algo peor. Otra lo habría insultado, lo habría puesto de patitas en la calle hacía rato. Había querido ver de cerca unas estrecheces de las que era cómplice. Aquella forma tan delicada de invitarlo a marcharse le dio tanta pena como la historia que acababa de oír.

—Gracias por el café.

Ella se limitó a sonreír y cerró la puerta.

Él se quedó unos instantes en el rellano, frente a la escalera, sin fuerzas.

Entonces oyó la voz de un hombre joven que preguntaba:

—¿Quién era?

—Un señor del ayuntamiento.

—¿Y qué quería?

—Nada. Me ha dicho que no pueden hacer nada por nosotros.

Cuando llegó a la calle, Jean tuvo una vez más la desagradable sensación de que lo observaban desde el cuarto piso.

Sin levantar la vista, se dirigió al metro.

—¿Qué le sorprende tanto? No lo entiendo...

Y, de hecho, Trajan-Perrin parecía realmente sorprendido.

Volvían a estar en una de las casetas de obra que hacían de oficinas de la BTPP, rodeados de planos y documentos.

Jean recorrió con la mirada las paredes cubiertas de dibujos y croquis hasta dar con el que se correspondía, más o menos, con el que le había mostrado la señora Guérin.

—¡Aquí está! ¿Lo ve? —exclamó triunfal—. ¡Ampliaron la zona de demolición! ¡Lo sabía!

—Sí. ¿Y...?

Trajan-Perrin seguía sin entender adónde quería ir a parar.

—¿Echaron a gente sin motivo?

—Jean, la necesidad no puede entrar en la misma ecuación que el beneficio. Y además... ¿se imagina vivir con las ventanas abiertas al periférico, con el tráfico que tiene?

—¿Los desalojaron para evitarles molestias?

Si Trajan-Perrin hubiera sabido reírse, lo habría hecho. En lugar de eso, esbozó una mueca que, en su mente, debía de pasar por una sonrisa.

—Nos dieron autorización para ampliar la «zona de protección».

—¿«Nos»? ¿A quién se refiere?

—A mí, principalmente. Esos terrenos están en un lugar estratégico, ¿entiende? A unos cientos de metros de la salida del periférico, justo en el límite de París, es decir: más baratos que París.

Y, como Jean tenía la cara de quien no ha visto venir nada y necesita tiempo para asimilarlo, le pasó un brazo por los hombros, con falsa camaradería.

—El futuro está en los metros cuadrados de oficinas y en los hoteles, no en los edificios viejos.

Y, abriendo la puerta que daba al asfalto, desde donde se divisaban decenas de grúas en movimiento, añadió:

—Ya va siendo hora de que dé por terminado su aprendizaje, mi querido Jean, y entre de una vez en el patio de los mayores.

44

¡Me gustaría saber por qué!

¿Se equivocaría siempre con sus hijos?

Primero, había idolatrado durante más de siete años a Philippe, sólo para sufrir una cruel decepción: aquel niño del que ella esperaba tantas cosas resultó ser un tonto.

Entonces, Colette había tomado el relevo.

Parecía una buena decisión: aquella niña sí que había respondido, en gran medida, a sus expectativas. A pesar de llevar un curso de retraso, en enero había alcanzado el tercer puesto de su nueva clase. Ahora bien, no había sido la primera, pese a que ella la exhortaba sin cesar a «esforzarse más» y la animaba con elogios, caricias, promesas y regalos.

La primera duda había asaltado a Geneviève en ese momento.

Estaba claro que podía, pero no quería. No era un problema de capacidad —como con el memo de Philippe—, sino de voluntad. Ahí estaba la clave: Colette era indisciplinada, rebelde. Sintió un escalofrío. De pronto comprendió que su obediencia podía entenderse, más bien, como indiferencia; y que su aparente docilidad, en vez de nacer del respeto, bien podría provenir del desinterés. Cuando algo le importaba de verdad, no necesitaba

motivación alguna —ni de ella ni de nadie— para lanzarse a por ello. En cambio, si algo no le interesaba, no había quien la convenciera de hacerlo. Ejemplos: ni su negativa a asistir al baile del Club Iniciativas ni el viaje a Beirut habían dado lugar a discusiones. No protestó, no se explicó, no trató de justificar nada: simplemente hizo, sin alterarse, su santa voluntad.

Jamás lograría nada con esa niña, pensó con un estremecimiento.

Pero ¿qué era exactamente lo que pretendía de ella?

Convertirla en la jovencita ideal que ella misma no había sabido ser.

Se dio cuenta de que, en el fondo, sabía ya, desde hacía meses, que todo estaba perdido. Precisamente el rechazo del baile y el viaje a Beirut (¡pagado de su propio bolsillo!) habían marcado el final de sus esperanzas.

¿Qué le quedaba?

Sólo su marido. Es decir, nada.

Se sentía débil, sin propósito, presa del abatimiento y la decepción.

Ni siquiera estaba segura de obtener el resultado esperado en el asunto del pequeño Michel. La colecta había alcanzado la bonita cifra de ciento setenta y tres mil francos, pero, una vez cerrada, ya no ofrecía nuevas oportunidades de hablar de ella. Pese a sus esfuerzos, su actividad incesante y la indiscutible justeza de su causa, no estaba segura de imponerse al nazi de Grüber. Y, para colmo —era triste reconocerlo—, hasta el incendio de la rue Caulaincourt se iba borrando poco a poco de la memoria colectiva,

como si la Legión de Honor concedida al Gordito hubiera puesto punto final a aquella aventura heroica.

En cuanto al inmenso proyecto del periférico, las cosas, una vez más, no iban bien. Con aquel asunto del francotirador, las obras se retrasaban sin cesar y, pese a las palabras tranquilizadoras de Trajan-Perrin, veía peligrar la inauguración, aquel acontecimiento en el que ella y su marido esperaban ser felicitados, aplaudidos...

La nave de los Pelletier hacía agua por todas partes.

Como puede verse, su ánimo no pasaba por el mejor momento.

Pero era de esas personas incapaces de vivir sin un gran desafío, sin una batalla que librar.

Aquella tarde estaba demasiado cansada para ir al despacho, así que se quedó sola en casa: era la tarde de Thérèse, ese puñado de horas de descanso semanal que ella le había concedido a su asistenta.

Pensativa, miraba a *Joseph*, que, al no poder acurrucarse a los pies del Buda —desaparecido hacía poco—, se había sentado en el umbral de la puerta y la miraba fijamente.

Odiaba a ese animal desde el primer día. Sólo lo había aceptado con la esperanza de que Colette se lo agradeciera.

—¡Chist, fuera! —Se incorporó apoyándose en los brazos del sillón.

El gato se alejó con cautela hacia la habitación de Colette.

Ella cerró la puerta.

Acto seguido, cogió su bolso y salió de compras.

—¿Estás enfermo, *Joseph*? —preguntó Colette.

El gato se limitó a rozarse contra sus piernas, ronroneando con un aire tranquilizador.

Pero ella no se sentía en absoluto tranquila: *Joseph* nunca había hecho sus necesidades fuera del cajón, nunca. ¡Qué hedor!

Corrió a la cocina en busca de algo con lo que limpiar, temerosa de la reacción de su madre. Pero aquel pequeño drama doméstico reavivó un miedo que había sentido desde el accidente del Buda.

Joseph estaba envejeciendo muy deprisa.

Había dejado de subirse a su estantería, ya demasiado alta para él, y fue entonces cuando derribó la estatuilla, que se hizo añicos. (Ella había empezado a buscar otra, pero en París no era tarea fácil.)

—Oye, Colette —oyó decir a su madre, que se detuvo en seco y agregó—: ¿A qué huele? —Fingía olfatear el aire—. ¡A pipí de gato! —y, tras un segundo—: ¡A pipí, y a algo más que pipí!

—¡Ha sido un accidente!

La madre guardó silencio unos instantes y, de pronto, pareció tomar una decisión.

—Si ha sido un accidente, puedo entenderlo. Pero te lo digo desde ahora: si el gato se vuelve incontinente, no podremos seguir teniéndolo en casa.

—¿Ah, no? ¿Y qué haremos con él?

—Lo que hace todo el mundo con los animales viejos, hija mía. Evitarles sufrimientos inútiles.

Colette se quedó sin habla.

—¿Qui... quieres decir...?

Rara vez le faltaban las palabras, pero esta vez un nudo en la garganta le impedía hablar.

Las dos bajaron la vista hacia el viejo gato, que seguía allí, sobre el escritorio, contemplando la escena.

Colette sintió las lágrimas brotar en sus ojos y apartó la mirada.

El juez Célérier había abierto una investigación sobre la moralidad de Émile Gruber con la esperanza de que su resultado le evitara pronunciar una de esas sentencias salomónicas que, queriendo contentar a todo el mundo, no satisface a nadie, salvo a los juristas. Tenía cierta debilidad por Gruber, reforzada por la irritación que le provocaba aquella Geneviève Pelletier estruendosa, agresiva y alborotadora, en la que le parecía entrever un mal fondo. Por lo demás, no era hombre que se dejara influir por inclinaciones o aversiones.

Así pues, movilizó a la policía y los servicios sociales.

Los investigadores hablaron con los vecinos del señor Gruber, sus conocidos, sus compañeros de trabajo y los tenderos de su barrio, con los que intentaban ahondar en su relación con la madre de Michel, tarea dificultada por el hecho de que había sido tan breve como secreta. La investigación no aportó elementos muy nuevos. Se determinó de forma más precisa de qué manera y en qué lugar se habían conocido Émile y Denise, se remontó a algunos antiguos amores de Gruber y se interrogó a la joven a la que había dejado por la señorita Gineste, pero no se descubrió gran cosa.

Para el juez, la madeja era tanto más difícil de desenredar cuanto que la información que le llegaba se veía constantemente alimentada, contradicha o cuestionada, obligándolo una y otra vez a pedir investigaciones suplementarias a los agentes del Estado.

Ante el titular del *Écho de la France*:

Emil Grüber, endeudado hasta las cejas.
¿Tiene medios para ocuparse del pequeño Michel?

El *Presse-Hebdo* había respondido:

«Tengo trabajo y puedo
subvenir a las necesidades de mi hijo»,
asegura el padre del pequeño Michel

Pero no fueron esos dimes y diretes, ya habituales, lo que interesó al juez, sino la carta de un «antiguo compañero» de Gruber, que prefería permanecer en el anonimato, para «no echar leña al fuego». Aunque el argumento resultaba sorprendente, el contenido de la carta no podía ser menos ambiguo. «¡Gruber siempre ha ido detrás del dinero, porque apuesta grandes sumas! A los caballos, etcétera. Ha pedido préstamos a todos sus conocidos. Yo renuncié a reclamarle lo que me debía, porque ya está de deudas hasta el cuello y jamás podrá devolverme lo que le presté... ¡Y no es poco, se lo aseguro!»

Si, para escribir esa carta anónima, Geneviève se había bastado y sobrado a sí misma, no ocurrió otro tanto cuando el *Écho de la France* tituló:

Tras su reciente paso por un hospital psiquiátrico,

¿está Emil Grüber en condiciones
de criar a un niño?

Y el *Presse-Hebdo*:

«¡Tras enterarme de la muerte de Denise,
sufrí terribles trastornos del sueño!»,
nos confiesa el padre del pequeño Michel.

Geneviève no tenía ninguna duda sobre lo que quería decir, pero necesitaba una mano para escribirlo; dos cartas con la misma letra sin duda habrían alarmado al juez. No podía recurrir a Jean, en el que nunca había confiado; en cuanto a Colette, no merecía la pena planteárselo. Y Philippe, con su caligrafía de analfabeto, quedaba descartado. ¿A quién se lo pedía?

Geneviève acabó acorralando al gerente de Dixie y, al final de una reunión turbulenta a propósito de su inminente despido por haber reembolsado un artículo de lencería pese a las normas de la casa, aceptó generosamente hacer borrón y cuenta nueva a cambio de un «pequeño favor en beneficio del niño».

Así pues, el juez recibió un segundo anónimo de un enfermero que se había olvidado de firmar, pero que aseguraba haber cuidado al señor Gruber, «paciente muy inestable, afectado por graves trastornos nerviosos». El sanitario del psiquiátrico no dudaba en subrayar que el enfermo se había mostrado «imprevisible con los médicos y violento con el personal».

Lo divertido para Célérier fue que el sobre, como el del anterior anónimo, iba dirigido al señor juez, «al que se le ríe todo».

Geneviève, que no había entendido que Célérier era su apellido, encontraba natural que todo el mundo le bailara el agua, puesto que era quien decidía.

Hasta ese momento, los padres de Denise Gineste habían guardado silencio. Los investigadores explicaban que nunca habían pedido la custodia de su nieto debido a su avanzada edad (más de setenta años en esos momentos) y su precaria situación económica. Para ellos, la aparición de Émile Gruber, cuya legitimidad no cuestionaban, había sido un alivio.

«¡Confiamos en que la justicia
reconozca la paternidad del señor Gruber!»,
declaran los abuelos del pequeño Michel,

había titulado el *Presse-Hebdo*. Y el *Écho de la France* había pasado a la ofensiva ipso facto:

¡Los abuelos de Michel lo reclaman!
¿Es razonable confiar a un niño de meses
a unos abuelos muy ancianos y... sin un céntimo?

A grandes males, grandes remedios: Geneviève había convocado a Philippe.

—¡Vas a escribir una carta!

—¿A quién?

—¡Tú haz lo que te digo!

El chico se sentó a la mesa.

La hoja en blanco, el tintero, el portaplumas... aquella parafernalia aterraba a Philippe, que, no obstante, puso manos a la obra diciéndose, sin mucha convicción, que su esfuerzo quizá lo congraciara con su madre. Por primera vez en su vida, iba a ser útil escribiendo mal y haciendo un número considerable de faltas de ortografía.

El «juez al que se le ríe todo» no tardó en recibir la misiva de un trabajador inmigrante que había residido en Auxerre. Comenzaba con un «su halteza» y explicaba que el matrimonio Gineste le había «*dao travajo* varias *beces* sin *declaracion*», como solía hacer «con *to* el mundo» para «*tos* los *travajos* de la casa».

Desde que había solicitado la custodia de su hijo, tres meses atrás, las polémicas y los ataques más viles se sucedían sin descanso. Tras su declaración ante el juez y el posterior anuncio de una investigación sobre su moralidad, Émile Gruber estaba ya al límite. Era un hombre sencillo y sincero, poco dado a discutir, bondadoso y, a menudo, desarmado ante la adversidad.

La presión que ejercía sobre él el director del *Presse-Hebdo* («¡Somos sus únicos aliados, Gruber; no lo olvide!») lo aterrorizaba. Los titulares de la prensa adversa le provocaban palpitaciones. Y aquella victoria —muy relativa— obtenida en el cementerio frente a la señora Pelletier durante las Navidades sólo lo hacía temer un contraataque que terminaría por hundirlo.

A mediados de enero sintió que las fuerzas lo abandonaban.

Pasó dos días sin levantarse de la cama, pensando una y otra vez en el pequeño Michel, al que sólo podía ver con permiso del juez, y por apenas un par de horas.

No tenía amigos. No tenía a nadie.

Y, como ocurre en esos momentos de confusión en los que las soluciones más absurdas parecen evidentes, soñó que estaba con su hijo; que Michel había crecido, que se querían, que se escondían, que eran felices, que se confundían con Jean Valjean convertido en Fauchelevent. Se veía saliendo con un Michel adolescente que se parecía a Marius.

Entonces decidió raptar al niño.

En su cabeza, todo parecía fácil. Bastaba con subir al dormitorio común sin cruzarse con nadie, acercarse a la cuna y llevarse al niño. Y, de hecho, lo hizo: consiguió llegar hasta allí, pero el azar —como en el caso de Valjean— decidió otra cosa. Apenas se inclinó sobre el pequeño cuando los gritos y los alaridos de las monjas lo dejaron paralizado.

—¡Mi cliente ni siquiera tocó al pequeño Michel! —clamó su abogado ante los reporteros.

Delante del juez Célérier fue menos vehemente:

—Señoría, mi cliente fue a ver a su hijo sin autorización, lo admite y lo lamenta. Pero pretender que quiso secuestrarlo es hacerle un juicio de intenciones.

Apeló a la clemencia del juez.

Célérier observó al pobre hombre que estaba sentado frente a su escritorio, cabizbajo y ojeroso, y le pareció más digno de lástima que de reproche.

El abogado le había ofrecido una vía de escape. La aceptó.

—Está bien, letrado: admitimos que su cliente no puede ser encausado por una intención que se le atribuye. Pero no volveré a autorizar ninguna visita hasta... —Se detuvo. El abogado lo miraba, expectante; incluso Gruber, que apenas entendía lo que pasaba, percibió la tensión—. Hasta la vista pública, en cuyo término pronunciaremos nuestro fallo.

—¿Y eso cuándo será, señoría? Ay, perdone, ¿en qué fecha piensa su señoría fijar esa audiencia?

El juez consultó su agenda.

—El miércoles 11 de marzo.

Un mes y medio más tarde.

—No, Geneviève; esto no puede ser...

Desde que colaboraban en el mismo objetivo, se trataban con más confianza.

—¡Me gustaría saber por qué!

Gilbert Magnin, director del *Écho de la France*, siempre había sabido mantener la calma frente a las erupciones volcánicas de Geneviève. Dejó el papel sobre la mesa.

—Es excesivo —respondió.

Era un adjetivo sorprendente en boca del director de un periódico al que ni los excesos ni los escrúpulos habían frenado jamás, pero Magnin sabía hasta dónde se podía llegar; ése era, en realidad, el secreto de su éxito.

Y esta vez fue categórico, con su habitual tranquilidad: no, el titular propuesto por la señora Pelletier no sería el elegido.

¡La Guillotina para Grüber!

Después de su Odiosa Tentativa
de secuestro del Pequeño Michel,
salvado por el Héroe de la rue Caulaincourt,
ese Criminal debe ser condenado a Muerte

Era un titular demasiado largo y cargado de mayúsculas, pero, sobre todo, tan desmesurado que resultaba imposible tomárselo en serio.

En su oficio, era un error de principiante. Hasta las amenazas de demanda tenían menos peso que aquella regla inviolable: se pueden publicar todas las mentiras del mundo, siempre que suenen mínimamente verosímiles.

El titular definitivo fue más modesto:

Cobarde intento de secuestro del pequeño Michel

Emil Grüber pretendía llevárselo a Sudamérica

Si Geneviève no defendió su propuesta con más ardor fue porque, de todos modos, sabía que no podría conseguirlo. Por supuesto, soñaba con ver al «boche» puesto definitivamente en la picota; pero, sobre todo —sobre todo—, lamentaba que desde 1939 el público ya no pudiera asistir a las ejecuciones capitales.

La simple idea de ver la guillotina en acción la extasiaba.

Que nunca la invitaran a aquel «espectáculo» sería la gran frustración de su vida.

45

1963. La caída

El contrato de venta de las acciones de la cooperativa lo redactaron los expertos del departamento jurídico de la Federación Lechera. El documento era más largo que un día sin pan. Se hacía eterno. André lo hojeó sin poner atención; Delfosse seguía repartiendo a su alrededor esas miradas escépticas e impenetrables que lo caracterizaban.

Como por arte de magia, volvieron a hacerles hueco en los mercados, y Goulet-Turpin volvió a colocar sus productos bien a la vista. Los precios de la leche, los yogures y la mantequilla eran los mismos que los de la Federación; lo único que delataba su procedencia eran las etiquetas, pegadas una a una por los hijos de Rousseau.

La madre de Manuel no comentó nada sobre la venta de la cooperativa y, cuando él intentaba sacar el tema, se limitaba a decir:

—Lo haces lo mejor que puedes, hijo: estoy segura.

—¡Hemos salido bien parados! —les aseguraba él a sus dos socios—. Seguimos teniendo la empresa que fundamos, no hemos perdido dinero...

Era el único asunto sobre el que Delfosse se expresaba con claridad. Sí, lo habían perdido.

«¡Pero seguimos vivos!», le daban ganas de gritar a Manuel, aunque se cuidaba mucho de hacerlo.

Se sentía solo. Así que, tres meses después de la última visita de Claire, tomó una decisión.

Fue a esperarla cerca de la zapatería, convencido de que pasaría por allí. Cuando la vio, estuvo a punto de echar a correr hacia ella, pero se quedó paralizado. Fue Claire quien se acercó.

—He querido ir a verte, pero... Bueno, es que...

Su voz era la de siempre, pero su rostro había cambiado: tenía manchas y estaba algo hinchada. Llevaba el pelo recogido hacia atrás.

—¿De cuánto estás? —fue lo único que él logró decir mientras le señalaba el vientre apenas redondeado.

—De casi tres meses. Y no —se adelantó a su pregunta—, no es...

No era suyo. Hacía más de tres meses que no la veía.

Él dio media vuelta sin decir palabra. Habría matado al primero que se atreviera a hablarle.

Un día de enero de 1963, Manuel llamó a André.

—Las vacas están raras —dijo—. Se mueven despacio, como si les costara mantenerse en pie.

—Sí —respondió André—, yo también lo he notado.

Cogió la bici y fue a reunirse con él.

Juntos observaron el rebaño: comían poco, rumiaban sin ganas, algunas babeaban.

—Tosen... —murmuró Delfosse cuando llegó.

—Y hay una que cojea...

Poco después, dos empezaron a temblar.

El veterinario llegó al caer la tarde. Le bastó echarles una mirada a los animales para entender que las cosas pintaban mal.

Revisó a las vacas una por una: tenían fiebre, ampollas en la lengua y las encías, las ubres irritadas y las pezuñas en carne viva.

—Es fiebre aftosa —dijo al fin, con voz cansada.

Los tres socios se quedaron inmóviles.

Aquella palabra olía a catástrofe. Traía de vuelta historias oídas mil veces: rebaños sacrificados, fosas abiertas, fuego.

—Hacía años que no aparecía —murmuró el veterinario—, y cuando llega, corre como el fuego.

—¿Y cómo ha podido entrar aquí? —preguntó Manuel.

El hombre intentó sonreír sin conseguirlo.

—No las han envenenado, señor Ramos. Es un virus. Nada más que un virus...

La mala suerte.

—Tomaré unas muestras para confirmarlo.

Diez días de espera. Y mientras tanto, el miedo.

—¿Podemos hablar con calma? —preguntó el veterinario.

Y allí estaban los cuatro, en el comedor de los Ramos. La madre de Manuel les servía vino en vasos Duralex.

—Tengo que tomar medidas preventivas...

La habitación, de techo bajo, se llenó de un silencio denso.

Esa misma noche, Manuel y André se pusieron manos a la obra.

Al amanecer, Delfosse se les había unido.

Trabajaban sin descanso, con una actividad febril, casi desesperada.

Aislaron algunas vacas, aunque nadie sabía si eran las únicas enfermas. Quemaron montones de cosas: heno, cubos, botas de goma, monos de trabajo.

Murió una vaca, luego otra. A Manuel se le encogía el corazón al ver cómo arrastraban por el suelo, con un cabrestante, los cuerpos enormes de aquellos animales hasta la fosa que habían abierto con la excavadora prestada por Villefranche.

Ya no estaban autorizados a vender nada, de modo que lo tiraron todo: la leche, los yogures, la mantequilla, los quesos.

Pero no bastaba.

Quemaron trapos, esponjas, fregonas; desinfectaron una a una todas las herramientas con productos viricidas. Nadie sabía qué aceptaría cubrir el seguro.

Había que limpiar los establos a fondo.

Pero tampoco bastaba.

Sacrificaron otras dos vacas y se deshicieron de sus cuerpos. Habían excavado una segunda fosa, más profunda que la primera, como si esperaran llenarla en los días siguientes.

Llevaban días sin dormir. Manuel estaba al límite, su madre también; André y Delfosse seguían en pie por pura inercia.

A pesar del cordón sanitario, los niños les llevaban bocadillos y café. Después de comer, volvían a la tarea de desinfección.

Cada día volvían a limpiar a fondo la furgoneta que usaban para los mercados.

Y aun así, no bastaba.

El veterinario regresó. Otras dos vacas habían enfermado. Era una hecatombe. Tal como había dicho, la fiebre aftosa se propagaba como el fuego. Quemaron el estiércol. El hedor era insoportable. Estaban a punto de quemarlo todo, incluso las zonas de envasado. La cooperativa era ya un lugar maldito: nadie del pueblo se atrevía a acercarse.

Cuatro días, cinco... Manuel dormía sobre una paca de paja que le habían llevado de otra granja. Todos se mantenían a distancia; hablaban a gritos, como en una especie de locutorio rural. El virus era increíblemente resistente.

Tendido en la paca, sueña con jabalíes, vacas, Claire, Argelia; todo se mezcla. Se despierta rendido, envuelto en el olor a caucho quemado. Vuelve al tajo, desinfecta por segunda vez todos los recipientes de acero inoxidable.

Llegan los servicios sanitarios, los veterinarios, la prefectura, la Cámara Agrícola... Cada visita lleva nuevas exigencias: hay que quemar un poco más, tirar otra cosa, destruir más. Si la situación sigue así, acabarán arrasando el edificio.

El señor Ferchaux pasa tres veces.

La primera, se muestra comprensivo. La segunda, los compadece.

A Manuel se le enciende la bombilla:

—Firmamos los contratos, pero no nos los han devuelto...

Ferchaux, sorprendido, dice que lo mirará, que se ocupará de ello, que no es normal. Pero pasan dos días, nada. Tres, y lo mismo.

El que aparece es Delfosse, al que hace tiempo que no veían.

—La venta se ha anulado —asegura. Ni André ni Manuel comprenden a qué se refiere—. Estaba harto de esperar el contrato

firmado, así que me pasé por la Federación, a preguntar. —Hace una pausa—. No firmarán: la cooperativa ya no les interesa.

André lo sujeta del brazo: teme que, en un arrebato, se lance contra Ferchaux.

La Federación no les comprará lo que, de hecho, ya no existe.

Lo que sí existe —sin duda— son las deudas.

El director del banco agrícola —al que no han visto ni una sola vez desde el inicio de la epizootia— se digna aparecer. Es la visita de un enterrador. Hablan de pasivos, de plazos, de pagos. Por primera vez, la señora Ramos no va a la nave. Manuel la encuentra en el huerto, encorvada sobre un bancal con una regadera que apenas puede sostener en la mano.

Dos meses después, en una noche clara, el edificio empieza a arder.

Nadie corre a apagarlo, nadie pregunta, nadie reclama nada: ya no queda nada de valor.

Es lo mejor. Peor sería ver durante años aquel cascarón hundiéndose entre zarzas. Más vale que arda. Todos lo piensan, incluso los gendarmes, que deben abrir una investigación, pero se conforman con beber un vaso de vino sobre la mesa cubierta con hule. Le piden a Manuel que firme un papel: afirma que no ha visto nada y que no presentará denuncia.

El tribunal declarará la bancarrota. Todo se ha perdido y está endeudado hasta el cuello. Le ha dado lo que quedaba del dinero a André Rousseau, que saldrá un poco mejor parado: no había puesto todo su capital en la cooperativa.

Pocas noches antes, en el silencio de la cocina, su madre le dice:

—La señora Rousseau me ha propuesto que vaya a ayudarlos...

Una frase breve, pero que lo dice todo.

André o su mujer —quién sabe— quieren acogerla; todavía está fuerte. Después, cuando ya no pueda trabajar, irá a la residencia de Villefranche. Él rompe a llorar por primera vez en su vida.

Su madre se levanta, se acerca y le da un abrazo discreto. También por primera vez.

—Has hecho lo que has podido, hijo. Eres muy valiente, como tu padre.

Ha hecho que avisen al señor Poitaud de que le dejará las llaves en la puerta.

No quiere despedidas ni ceremonias.

Aún quedan unas semanas de contrato; volverá cuando tenga fuerzas para vaciar la casa.

Ha recibido una carta de Solita:

> *En el nuevo piso no hay mucho sitio, pero Patrick dice que podemos apretarnos un poco. Eres bienvenido. En París y los alrededores hay trabajo: las fábricas buscan obreros, mozos... Quizá quieras volver al campo. No nos has dicho cuánto le debes todavía al banco agrícola. Pensamos también en mamá, pero no creo que quiera venir a París, ya la conoces. Todo esto es difícil, sobre todo para ti, cariño. Nosotros, después de todo, estamos bien...*

Después de acompañar a su madre a casa de los Rousseau, vuelve a recoger la maleta. Se lleva poca cosa: no necesita casi

nada. Tendrá que buscar trabajo; el banco agrícola ha aceptado fraccionar los pagos.

Sólo la maleta y la escopeta. Piensa venderla, pero se la lleva porque no quiere dejársela a nadie.

Camina hasta la carretera para coger el autocar a la estación. De pronto se detiene, vuelve sobre sus pasos.

En el establo busca unos alicates, arranca el gran clavo oxidado en el que su padre colgaba la chaqueta y se lo guarda en el bolsillo.

46

¡Usted estaba de acuerdo!

Jean seguía dolido tras visitar a los expropiados del bulevar periférico, pero, sobre todo, indignado por el cinismo de Trajan--Perrin, que recurría a estrategias enrevesadas que siempre terminaban favoreciéndolo a él, dejando a sus socios las migajas y las posibles responsabilidades. Desde el principio —desde el alquiler de las máquinas suplementarias hasta la entrega del dióxido de silicio, pasando por la ampliación de la zona de demolición—, no había dejado de ver pasar ante sus ojos beneficios tan inesperados como sustanciosos.

Y temía descubrir otros.

En cuanto a Geneviève, se volvía cada vez más enigmática para él.

Su batalla contra Gruber la absorbía por completo. Guardaba los artículos de prensa y escribía innumerables cartas para conseguir apoyos. Como el Vaticano no había respondido a sus insistentes peticiones, se había dirigido al arzobispo de París, a quien exponía con todo detalle su punto de vista y pedía ayuda. A su juicio, el rescate del niño tenía algo de milagroso. No pedía la canonización de su marido —al menos todavía—, pero estaba convencida de que la

Iglesia debía pronunciarse en su favor. Consideraba que eran dignos de contarse entre los Justos. La carta pasó a un obispo auxiliar, que la remitió al vicario general; de ahí llegó al consejo episcopal, luego al deán, que le pasó la patata caliente al párroco, y éste, finalmente, al vicario parroquial, que la tiró a la papelera.

Ella esperaba con impaciencia el respaldo de la Iglesia y, segura de obtenerlo —pues consideraba justa su causa—, contaba a todo el mundo que, en esa lucha entre el Bien y el Mal, tenía defensores decisivos.

Sin embargo, para él, las motivaciones de su mujer seguían sin estar del todo claras.

¿Qué pretendía realmente?

Lo supo el miércoles 22 de enero, en la oficina central de Dixie.

Una fecha que recordaría toda su vida, y por más de un motivo.

—Me pregunto... —empezó Geneviève.

Él cerró los ojos unos segundos: tratándose de su mujer, esa frase anunciaba que había tomado una decisión. Y, como siempre, había que esperar lo peor.

No dijo nada, así que ella continuó:

—Me pregunto si no deberíamos cortarle la hierba bajo los pies a ese juez al que todo le hace gracia.

—¿Por qué?

—¡Para evitar que tome una decisión irreflexiva, Jean! ¿Y si le da por entregarle el niño al boche? ¡Imagínate!

—Puede que sea su padre...

—¡Por supuesto que no!

—De todos modos, eso da igual. Si el juez lo decide, no veo cómo podríamos oponernos.

—¡Podemos invocar el principio de precaución si hay indicios de que la sentencia contradice una decisión administrativa!

Jean la miró, desconcertado. Era imposible seguirle el hilo.

—¿Qué decisión administrativa?

—El procedimiento de adopción. Creo que deberíamos adoptar a ese niño.

Él no daba crédito. Aquella mujer era inagotable.

—Nuestra solicitud de adopción —prosiguió ella, exaltada— se convertiría en «un aspecto crucial del caso, y su resultado podría influir en la decisión judicial. El procedimiento administrativo iniciado tendría un efecto suspensivo sobre la sentencia del juez».

—¿Quieres... adoptarlo?

Seguía atónito.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¡Pero qué ingenuo eres, mi pobre Gordito! Si el boche gana el pleito, ¡se irá con el niño y con el dinero!

Se había informado «al más alto nivel», decía. Había hecho que le explicaran todo. Jean descubrió entonces que tenían varios abogados, y que de ellos había aprendido aquella jerga jurídica, esas argucias y esa lógica incomprensible. Si, como aseguraba, sus abogados hacían «correctamente su trabajo», la solicitud de adopción «suspendería el veredicto del juez».

—Sí —dijo Jean—, pero... ¿y el niño?

—¿El niño, qué?

—Hablas de procedimientos y de decisiones judiciales, pero cabría preguntarse... cuál es el interés del niño, ¿no?

—Supongo que, según tú, «el interés del niño» —repitió con desdén— sería entregárselo al boche...

—Puede que sea su padre, cosa que nosotros, desde luego, no somos.

—¡Quizá, pero tenemos derechos!

—¿Cuáles?

—¡Te recuerdo que le salvamos la vida!

—Sí, lo recuerdo, pero ¿qué derechos nos da eso?

—¡El de no haberlo salvado para nada!

—Mmm... —murmuró Jean, cada vez más perplejo—. Me pregunto con quién estaría mejor ese niño...

—¿Ah, sí? ¿Te lo preguntas?

—Pues sí...

Si esa vez no cedía, era porque no comprendía el sinuoso recorrido que había seguido el destino del pequeño Michel en la mente de su mujer. Decepcionada por un hijo varón que había resultado inútil y por una hija rebelde, Geneviève estaba dispuesta a probar suerte con otro niño. «Un hijo adoptado siempre se siente más en deuda con sus padres adoptivos», pensaba. Y completaba su razonamiento con otro consuelo: en cualquier caso, pocas probabilidades había de que el pequeño Michel resultara más tonto que Philippe —algo inimaginable—, ni más rebelde que Colette, lo cual ya era francamente imposible.

Desdobló un impreso y lo dejó sobre el escritorio.

—Tienes que firmar ahí abajo —dijo señalando el lugar con un índice imperioso.

«Formulario preliminar para la adopción de un niño francés.»

Lo había cogido con el pie cambiado.

Geneviève le tendía una pluma, se la ponía en la mano y le cogía la muñeca como para hacer firmar un nuevo testamento a un moribundo. Él se resistía. Geneviève insistía, escandalizada por su testarudez.

—¡Pero ¿será posible?!

En ese momento, el gerente de Dixie asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Señor Pelletier, tiene una llamada urgente...

—¡Nos importa un pito! —gritó Geneviève sin soltar el brazo de su marido.

—Es el señor Trajan-Perrin...

—¿Qué?

—¡Ya lo cojo! —se apresuró a responder Jean.

Liberado de la garra de Geneviève, se había levantado y había corrido al teléfono.

Oyó la voz tranquila y metálica de BTP.

—El francotirador ha vuelto a las andadas. Hay una nueva víctima.

Privada de resultados concretos, la policía decidió ponerse las pilas y trabajar en serio... y por todos los frentes.

Así lo comprobó Jean cuando pasó por la oficina de la BTPP, de donde le llegó el eco de una conversación animada, casi un guirigay.

El contable de la empresa estaba rodeado por tres hombres trajeados, concentrados en listas y libros de registro.

Aquella escena le recordó a Jean las veces en que la administración había ido a inspeccionar las cuentas de su propia

empresa.

—Sí, viene a ser eso —admitió Trajan-Perrin cuando se quedaron solos.

Encendía un cigarrillo tras darle unos golpecitos contra su pitillera de oro. Rara vez ofrecía.

—¿Hacienda? —preguntó Jean.

Lo dijo con voz clara y segura, satisfecho de haber entendido por una vez lo que ocurría sin necesidad de explicaciones.

—No exactamente... —Y, ante su mirada interrogante—: La brigada financiera.

—¿Qué es eso? Quiero decir, ¿por qué?

Trajan-Perrin soltó el humo por la nariz.

—La policía se pregunta si el tirador no actúa movido por un deseo de venganza.

—¿Venganza? ¿Por qué?

—Eso es lo que los investigadores tratan de averiguar.

—¿Aquí? ¿Qué...?

Normalmente, Trajan-Perrin soportaba con paciencia las ingenuidades de Jean, pero aquella vez se lo notaba tenso, incómodo. Dudó antes de responder. Jean insistió:

—¿Qué buscan exactamente esos policías financieros?

—Se interesan por los contratos públicos del periférico.

—¿Y qué tiene eso que ver con una venganza?

Trajan-Perrin apagó el cigarrillo casi entero, pisándolo con fuerza.

—Se preguntan si los concursos fueron regulares, si se evaluaron todas las licitaciones. Tratan de saber si algún empresario que se sintió perjudicado guarda suficiente rencor como para vengarse.

—Es absurdo.

—Sí, pero muy molesto. Si encontraran algo... irregular...

Jean no veía... Y, de pronto, se hizo la luz.

—¡Mierda! —soltó en voz muy baja—. Repartimos sobres.

—No.

—Claro que sí, acuérdese..

—Usted.

—Yo, ¿qué?

—Usted repartió doscientos mil francos en propinas.

—Sí, los sobres los entregué yo, pero...

Se interrumpió, horrorizado.

—Las gratificaciones salieron de su parte, de su dinero —confirmó Trajan-Perrin.

—¡Pero la idea fue suya!

BTP no respondía. Jean comprendió que, si la justicia venía pidiendo cuentas, el único culpable sería él, Perrin se lavaría las manos, nada probaba su complicidad.

Por eso, lo había elegido a él.

Necesitaba un testaferro.

Alguien que, eventualmente, pagara en su lugar.

—De momento, no hay por qué preocuparse —dijo Trajan-Perrin posándole la mano en el hombro—. En mi opinión, no encontrarán nada, no se preocupe.

Cuando BTP volvió a entrar en el contenedor, Jean se quedó en la puerta, aturdido y petrificado.

47

Es mi secreto

A su regreso de Beirut, Philippe encontró su habitación exactamente como la había dejado. Y muy pronto todo —el piso, las clases, los días— volvió a parecerse a lo de antes, a aquella época en que soñaba que, gracias a tía Thérèse y a su regalo, su vida cambiaría por completo, volviéndose nueva y excitante.

Allí seguían sus revistas, sus discos, las fotos de Petula Clark, la antipatía de sus compañeros, la hostilidad de los profesores. De aquellas Navidades sólo quedaba el maravilloso taco de billar que le había regalado su abuela y con el que se desahogaba un par de veces por semana.

Tras la esperanza, la decepción, la cólera y, por último, el arrepentimiento, había entrado en esa fase del amor en que se aprende a amar sin esperar nada, incondicionalmente, para uno mismo y, a veces, a pesar de uno mismo.

En pocas semanas, tía Thérèse se convirtió en una imagen, en una abstracción.

Y, sin embargo, seguía ahí, carnal y tentadora hasta lo insoportable.

Ya no era realmente la tía Thérèse de antes, sino un objeto inaccesible que, a veces, se ofrecía a su vista; él seguía yendo a mirarla, a recargar su deseo. Era una tortura.

Renunciar a ella implicaba también renunciar a otra cosa: a penetrar, gracias a ella, en un misterio que intuía esencial.

Aunque seguía fiel a su pasión por el cuerpo de su tía, persistía en él aquel enigma oscuro que hasta entonces sólo había entrevisto, que de vez en cuando se insinuaba fugazmente ante su mirada, para luego huir, como un animal asustado, a refugiarse en la cama.

Solamente lo intuía, y lo poco que alcanzaba a ver, siempre de perfil, lejos de iluminarlo, lo sumía en una oscuridad más densa.

Aquello tenía un nombre ridículo: «Conejo.»

Así llamaban los chicos al sexo de las mujeres. En la escuela no se hablaba de otra cosa.

Lo que lo turbaba era entender que la palabra aludía a un pelaje suave, que debía de apetecer acariciar, como el de *Joseph*, pero en versión femenina. De acuerdo, pelo... ¿y qué más? ¿Qué había debajo? Había comprado de ocasión algunos números atrasados de *Paris-Hollywood*, con actrices en batín y con poses insinuantes, pero no le sirvieron de gran cosa: a ninguna se le veía.

Entonces se le ocurrió que tal vez podría descubrir algo más si examinaba de cerca la ropa interior de tía Thérèse. También habría podido hacerlo con la de Colette, pero no era lo mismo: Colette era una chica, no una mujer. Ni punto de comparación.

¿Qué esperaba encontrar? No lo sabía. La idea de tener entre las manos unas bragas de tía Thérèse lo aturdía. Quizá, pensaba, comprendería algo sólo con mirarlas. De algún modo, asociaba

aquellas prendas con los sujetadores, que al fin y al cabo reproducían la forma de los pechos.

Dudó mucho tiempo antes de pasar a la acción. Siempre encontraba excusas para no hacerlo. Pero al fin, una tarde, se decidió.

Después de cenar, mientras tía Thérèse acababa de fregar los platos, entró en su habitación con la sensación de profanar un santuario.

Miró la cama, la almohada, la palangana esmaltada, el cepillo del pelo, el guante de crin, la toalla, la puerta del armario grande y, por último, la cómoda.

Todo lo impresionaba: tenía la sensación de haber entrado en un territorio prohibido, extrañamente femenino.

Se acercó, abrió el cajón de arriba: era el de la ropa interior. Hundió la mano, palpó la suavidad de las telas y sacó unas bragas.

Eran de seda color carne, con el rombo reforzado y los bordes adornados con un encaje blanco diminuto: un vestigio, junto con las maletas y unos pocos objetos más, de la época gloriosa en que a tía Thérèse aún no le estaba vedado el lujo.

No podía creer lo que tenía entre las manos.

Se inclinó para olfatearlas... y, de pronto, oyó los pasos de tía Thérèse en el pasillo.

Creyó que se moría.

Cerró el cajón, movió la cabeza en todas direcciones, buscó con desesperación una salida, pensó fugazmente en saltar por la ventana. Pero, recordando una escena de teatro televisado, corrió hasta el armario empotrado, lo abrió: había escobas, productos de limpieza, apenas un hueco donde cabía de pie. Se metió y cerró de

golpe en el preciso instante en que tía Thérèse entraba en la habitación.

El terror era absoluto. Creía que iba a desmayarse.

El corazón le latía tan fuerte que le daban náuseas.

La oyó andar, después encender la radio: empezó a sonar música clásica, lo cual no lo calmó en absoluto. Pasaban los minutos sin que pudiera saber qué hacía ella. Los recuerdos de sus gestos se mezclaban; ya no recordaba nada con claridad.

Luego oyó el frufrú de la ropa. Tía Thérèse se estaba desnudando. La oyó tararear la melodía...

Poco a poco, su ritmo cardiaco empezó a bajar; respiraba un poco mejor. Lo importante era no hacer ruido, no estornudar. Bastó pensar en eso para que empezara a picarle la nariz, pero, por suerte, fue una falsa alarma.

Intentó tranquilizarse diciéndose que era poco probable que tía Thérèse necesitara una escoba o una fregona a esas horas. Había sido su madre quien insistió en guardar allí los productos de limpieza: «será lo más práctico para ti», le había dicho sonriendo.

Pero enseguida surgió otra preocupación: ¿cuánto tiempo tendría que quedarse así, de pie, sin moverse, respirando apenas, esperando a que tía Thérèse se durmiera para poder salir?

Sólo de pensarlo, le corría un sudor frío por la espalda.

¿Y si de pronto le entraban ganas de orinar? Peor aún: ¿y si notaban su ausencia? Lo llamarían, lo buscarían por toda la casa, y entonces la puerta del armario se abriría de golpe... Y sería su madre, gritando: «¡Pero qué haces ahí metido!»

El billete asegurado para el internado. Estaba aterrorizado.

¿Cómo moverse sin hacer ruido cuando se pasa a menos de un metro de una mujer dormida?

Agarrotado, buscó, con infinita precaución, una postura menos incómoda, pero no la había. El armarito era realmente estrecho; tenía los músculos tan tensos que sintió un primer calambre y tuvo que morderse el labio para no soltar un gemido.

El dolor se disipó poco a poco. Procuró inspirar hondo sin hacer ruido. Aguzó el oído: la música seguía sonando, mezclada con el rumor del agua en la palangana esmaltada.

Entonces, la tentación pudo más que él.

Apoyó la mano en la puerta y, apretando los dientes por miedo a que chirriara, la empujó muy muy despacio.

Por suerte, el armario estaba bien situado: no necesitó abrir más que unos centímetros para ver la habitación.

Tía Thérèse estaba desnuda ante el palanganero, de medio perfil, una postura que acentuaba la curva de sus nalgas.

Se estaba secando.

Al instante, sintió una presión en la entrepierna; tuvo que contorsionarse, aflojar el cinturón, porque la tensión le hacía daño.

Las sensaciones se parecían a las que había experimentado al mirar por el ojo de la cerradura, pero la proximidad, el hecho de que bastara extender la mano para tocarla, lo cambiaba todo.

Estaba en la misma habitación que una mujer completamente desnuda.

Y la excitación creció tanto que, por un instante, se preguntó qué podría hacer...

Y, de pronto, tía Thérèse cogió algo de la repisa, bajo el espejo, se volvió y fue a sentarse al pie de la cama, justo enfrente del

armarito empotrado.

Enfrente de él.

¡Y colocó un pie sobre el borde de la cama para cortarse las uñas!

Con las rodillas separadas...

¡Un espectáculo inaudito!

Él, con la boca abierta y los ojos desorbitados, se sentía como si levitara.

Su mirada no podía despegarse de aquella prodigiosa visión, tan real que acababa resultando confusa.

Y, entonces, lo comprendió.

Comprendió lo que era.

Quedaban muchas zonas de sombra, pero, de algún modo, lo comprendía. Fue como una iluminación, un deslumbramiento.

Al principio, Thérèse no le había prestado atención: sólo era un ruidito que procedía del armario empotrado. No era nuevo; una vez había puesto allí una ratonera, aunque nunca atrapó nada. Luego el ruido había cesado... y ahora volvía.

No pensaba abrir la puerta: los ratones la horrorizaban.

Pero tampoco le apetecía pasar toda la velada —o incluso la noche— oyendo aquel chiquichaque.

¿Qué hacer?

Se quedó inmóvil, conteniendo el aliento. Alzó la cabeza.

Nada.

El silencio había vuelto. Más tranquila, se inclinó de nuevo para seguir cortándose las uñas.

Volvió a pensar en su día, en su pequeña Colette, tan valiente pero tan difícil de entender, y en ese grandullón de Philippe, tan

empeñado en agradarle; le resultaba enternecedor. No se prohibía sentirse un poco halagada al saberse aún capaz de gustar a un muchacho que, sin duda, tendría a su alrededor a un montón de chicas de su edad. «Esperemos que no haya que tomar medidas disuasorias», se decía, «que todo se apague por sí solo...».

Apoyó el pie en la alfombra; se le había dormido y tuvo que mover las rodillas para que desapareciera el hormigueo. Repitió el gesto con el otro, cruzándolo sobre el muslo contrario.

En ese instante oyó un ruido sordo delante de ella.

Se incorporó de un salto.

La puerta del armario empotrado se abrió de golpe.

Y apareció Philippe: el rostro crispado, los ojos desorbitados, presa de una convulsión que no entendía, mientras un espasmo le sacudía el cuerpo, una mezcla de miedo, vergüenza y deseo desbordado. El aire se llenó de un destello blanquecino, fugaz, absurdo. Thérèse quedó petrificada, salpicada por el desastre, incapaz de reaccionar.

Philippe oyó unos golpes discretos en la puerta. Antes de que pudiera responder, tía Thérèse entró con pasos lentos, prudentes.

Estaba sentado en la cama con la cabeza baja, rojo de vergüenza, sin saber qué hacer. Ella se acercó, le cogió la mano y se la apretó.

Todavía resonaba en su cabeza el grito que había dado al descubrirlo en el armario. Había visto, pasmada, los hilos de esperma cruzando el aire y cayendo sobre sus pechos y su vientre,

y, mientras él huía sujetándose el pantalón con ambas manos, había alcanzado a ver su rostro crispado por la confusión y el orgasmo.

Antes de que él cerrara de un portazo, ella se había echado a reír, en silencio: una risa nerviosa pero sincera, de alivio. La aparición súbita del muchacho le había dado un susto de muerte, sí, pero también la había conmovido. Comprendía ahora lo que el pobre Philippe había estado viviendo sin que ella lo advirtiera. Sabía que su sobrino estaba en la edad de los descubrimientos, que la miraba con deseo, como debía de mirar a todas las chicas y mujeres. Pero jamás habría imaginado que esa fijación pudiera llegar tan lejos: esconderse en un armario para espiarla, Dios mío... ¿Lo habría alentado ella sin darse cuenta?

Se acercó al espejo y, mientras se limpiaba las gotas de esperma, seguía sonriendo, enternecida y a la vez inquieta. ¿Podía aquella situación ambigua costarle el puesto?

Al día siguiente procuró comportarse con naturalidad, pero Philippe no apareció. No desayunó, cruzó el piso corriendo y desapareció camino de la escuela. Por la noche, durante la cena, no levantó la vista del plato. Colette lanzó a su tía una mirada interrogante; ella le respondió con una sonrisa tranquila: «No te preocupes, yo me encargo.» Y eso era justo lo que pensaba hacer. Por eso había ido a verlo: para hablar. Ahora estaba allí, sólo faltaban las palabras adecuadas. Y no llegaban.

¿Qué le decía a aquel chico al que adoraba y que tan rápido había crecido?

—Cariño, ya sabes cuánto te quiero... —empezó.

A Philippe, aquellas palabras lo sacudieron por dentro.

—¡Yo también te quiero! —exclamó volviéndose hacia ella.

Thérèse respiró hondo. No iba a ser fácil.

—Eres mi hombrecito —le dijo con dulzura.

—Me quieres... pero ¿cómo?

Le apretaba la mano, pendiente de sus labios, tan cerca de ella, con todos los tesoros que adivinaba bajo su ropa, con ese olor a jabón que lo enloquecía... Lo que sabía de ella, lo que había visto, lo ponía febril.

Thérèse comprendió su espera y decidió no herirlo.

—Lo entiendo perfectamente... Estás en un periodo difícil. Tumultuoso. Y es normal. Todos los chicos de tu edad pasan por... —Se interrumpió: lo que estaba diciendo sonaba tan general, tan torpe, tan inútil... que tuvo que obligarse a continuar—. El deseo es algo muy poderoso. Sobre todo en los hombres.

—¿Y en las mujeres no?

—No tan... en fin...

Thérèse entendió de golpe lo difícil que era calmar a un adolescente atrapado por el deseo.

También ella lo había sentido. Recordaba la violencia del anhelo, la urgencia de un cuerpo, la espera impaciente. Cuando llegaba al hotel Phoenicia, a veces cogía la llave sin esperar al recepcionista, subía las escaleras casi corriendo, jadeando, como si llegara tarde. Entraba en la habitación y se desnudaba, se tumbaba en la cama, incapaz de estar quieta, mirando la puerta, esperando oír sus pasos. Aquel hombre siempre llegaba unos minutos después, desde el Palacio Colonial. «¿Por qué lloras?», le preguntaba al verla así. Ella no respondía: lo atraía hacia sí, le arrancaba la ropa riendo, y no recuperaba el aliento hasta sentirlo dentro. Entonces, las lágrimas volvían, pero ya eran otras.

«Dios mío... —pensó ruborizándose—. ¡Delante de Philippe!»

Era como si la intensidad de aquel recuerdo se reflejara en su rostro, como si estuviera dando un espectáculo de indecencia y de vergüenza.

—Es parecido para todo el mundo, Philippe... parecido.

El chico miraba las manos entrelazadas de ambos. Thérèse también las vio y retiró las suyas despacio. Él volvió a cogerle una enseguida, con tanta avidez que ella comprendió que tenía que poner fin a aquello.

—Philippe, tengo que decirte algo.

—¿Qué? —preguntó, sin levantar la cabeza.

—En mi vida... hay alguien.

Philippe se quedó mudo.

Nunca se le había ocurrido pensarlo.

¿Cómo imaginar que tía Thérèse pudiera tener a alguien?

—¿Quién es?

—No quiero decírtelo. Es mi secreto, mi vida. ¿Lo comprendes?

—¿Y... es en serio? ¿Te casarás con él? ¿Te irás de casa?

Quien hacía esa pregunta ya no era el adolescente que soñaba con acostarse con su tía, sino el niño asustado que vivía con una madre cruel y temía perder a la única persona que lo consolaba.

Ella le apretó la mano.

—Jamás, cariño. Eso, jamás. —Le acarició el pelo—. Te lo prometo.

Iba a besarlo, pero el miedo a que la malinterpretara la contuvo.

Se quedaron así:

Thérèse, consciente de la desilusión que le había causado; Philippe, abrumado, viendo cómo sus sueños se desmoronaban.

—Ahora, hay que irse a dormir.

Cuando ella se levantó, sintió su mirada. Qué duro debía de ser tener que renunciar a todo, comprender que nada de lo que había soñado sería posible.

Estuvo a punto de decir «lo siento», pero se limitó a salir en silencio y cerrar la puerta con suavidad.

Aquella noche, Philippe comprendió que había entrado en otra dimensión del amor. Estaba celoso.

Alguien le había robado a tía Thérèse. Lloró de rabia, golpeó la almohada y no logró dormirse hasta muy tarde. Los celos habían matado el deseo.

Desde la mañana siguiente, no volvió a dirigirle la palabra.

Colette, intrigada, fue a ver a su tía; luego le preguntó a su hermano qué había pasado. Uno y otra respondieron lo mismo: nada. «Es un enfado pasajero», pensó Colette. «Philippe está tan nervioso últimamente...»

Él ya no buscaba el placer. La nefasta pasión de los celos le roía el alma y el corazón. No conseguía imaginarse a tía Thérèse con un hombre. Para empezar, ¿qué tipo de hombre? Entonces, esperó el día libre de su tía. Y, en lugar de ir a la escuela, se apostó en la esquina de la calle, escondiéndose tan pronto detrás del quiosco como en la puerta cochera, temiendo que su comportamiento llamara la atención a la portera o el quiosquero, pero, al cabo de unos instantes, apareció tía Thérèse, arreglada, peinada, pintada... Eso le dolió mucho.

La siguió desde lejos. Se deslizó hasta el otro extremo del autobús, dándole la espalda, atento a la parada donde ella bajaría. Rezaba para que no subiera el revisor: había subido sin billete. Era la

línea 155, la que iba a Nation. Allí se apeó ella. El corazón de él latía con fuerza. No sabía qué haría: si buscar al amante para enfrentarlo, si seguirla hasta donde fuera... Sufría tanto que se sentía capaz de cualquier cosa. Caminaba con rabia. Ella, en cambio, avanzaba con paso seguro; parecía conocer perfectamente el camino.

¿Y si entraba en un edificio? ¿Si subía directamente a casa del hombre? Entonces ya no podría seguirla.

Pero, de pronto, ella se detuvo. Él apenas tuvo tiempo de apartarse, de volverse y buscar refugio.

Asomó la cabeza con cautela y la vio allí, quieta, en mitad de la acera.

Levantó la vista. El letrero decía: HÔTEL DES NATIONS.

Y entonces, mirando a lo lejos, ella levantó la mano para saludar. Sonreía.

Un hombre se acercaba. Cuando Thérèse se arrojó a sus brazos, Philippe reconoció a su padre.

48

Teóricamente, todo es posible

Desde que habían vuelto de Beirut, hacía un mes, el estado de *Joseph* se había agravado.

Colette se pasaba horas limpiando y ventilando. Geneviève no se cansaba de despotricar: con aquel gato era imposible vivir, alguien debería tomar una decisión, etcétera.

Por suerte, tía Thérèse pasaba mucho tiempo en casa; la única ventana de acción que tenía Geneviève para cambiar de sitio o esconder el cajón donde hacía sus necesidades *Joseph* era estrecha, demasiado corta para provocar los estragos que esperaba.

—Es extraño, juraría que lo puse ahí... —decía tía Thérèse.

—Mi pobre Thérèse, nunca has tenido buena memoria...

Pese a las pocas oportunidades que se le ofrecían, el olor de las deyecciones de *Joseph* era lo bastante persistente para que nadie olvidara que vivían con un animal problemático.

Joseph había conseguido detener la escalada de las hostilidades demostrando que no carecía de recursos y que estaba en condiciones de contraatacar. La segunda vez que Geneviève le había escondido el cajón, había ido a hacer sus necesidades... a su armario.

—¡Encima de mis zapatos! —había gritado Geneviève poniendo a todos por testigos de que una mierda de gato adornaba sus chinelas de lentejuelas.

Joseph, delgado y febril, estaba sentado en el umbral de la habitación mientras tía Thérèse corría a buscar algo para limpiar y Colette tomaba las primeras disposiciones.

—¡Ya puedes tirarlas! —chillaba su madre—. ¿Qué quieres qué haga ahora con ellas? Unas chinelas que me costaron... —Dudó sobre el precio, todo el mundo sabía lo roñica que era—. Unas chinelas caras...

Cada vez que tenía la oportunidad de obligar a *Joseph* a hacer sus necesidades fuera del cajón, Geneviève cerraba la puerta de su habitación para protegerse y, sin comprender que era ridículo, le echaba dos vueltas de llave.

Joseph también tenía problemas para alimentarse, porque no encontraba lo que Colette había puesto a su disposición por la mañana, antes de irse al liceo.

—¡Ya se lo ha zampado todo! —exclamaba Geneviève, que al irse a su vez dejaba, bien visible sobre la mesa, un paquete abierto de galletas Lu, a cuyo alrededor *Joseph*, atenazado por el hambre, daba vueltas todo el día intentando resistir. Acababa cediendo. Entonces, Geneviève lo miraba sonriendo tranquilamente y gritaba—: ¡Y encima ladrón! Porquería de gato... Si ahora va a haber que ponerlo todo bajo llave, apañados estamos...

Etcétera.

No obstante, las dos fuerzas enfrentadas estaban equilibradas. Cada vez que lo atacaba Geneviève, *Joseph* intentaba responder y obligarla a meditar el próximo movimiento detenidamente.

Por ejemplo, una vez por semana, Geneviève «trabajaba en casa» (miraba con lupa los gastos del director de Dixie, le encantaba pedirle justificantes hasta del último céntimo). Entonces, *Joseph* se ponía a jugar con una canica de cristal que había encontrado en la habitación de Philippe. La bolita, rebotando en las anfractuosidades del suelo, chocando contra las patas de los muebles o rodando a lo largo de los zócalos, hacía un ruido de mil demonios.

A *Joseph* nunca le había gustado jugar a las canicas y era viejo, se movía con más dificultad, pero supo sacar fuerzas de flaqueza para hacerle la vida imposible a Geneviève. Ella lo ahuyentaba y se encerraba para estar tranquila, pero entonces la canica empezaba a golpear la puerta, y era aún peor. Geneviève salía hecha una furia, y el gato huía tan deprisa como podía, no siempre lo bastante para evitar el puntapié en el vientre, pero aun así satisfecho de su respuesta.

Un día que ella había vaciado su cuenco en una planta para privarlo de agua, empezó a soltar maullidos estridentes, desgarradores. Geneviève lo encontró subido en el aparador del salón. ¿Cómo había conseguido trepar allá arriba? ¡La chimenea! Debía de haber saltado primero a la repisa de mármol, que estaba a media altura, y desde allí, a lo alto del mueble.

Joseph la miraba fijamente, había dejado de maullar.

En cuanto ella se alejó un paso, volvió a la carga.

Geneviève regresó con dos figuritas de vidrio soplado, una jirafa y un cisne, cuyos largos cuellos formaban un arco muy fino, eran unas cosas muy feas y muy frágiles. Retrocedió para comprobar que sería muy difícil bajar por allí sin provocar daños irreparables. En cuanto a saltar directamente al suelo, *Joseph* ya no podía esperar

conseguirlo. Y sin embargo, para comer, para beber, para hacer sus necesidades, tendría que intentarlo.

Geneviève se fue a trabajar muy satisfecha de sí misma.

Es fácil de imaginar los gritos que soltó cuando buscó los dos animales de vidrio soplado y, como tía Thérèse se había apresurado a recogerlos, los encontró en el cubo de la basura. Todo el mundo descubrió entonces cuánto cariño les tenía a aquellas figuritas, cuyo valor sentimental era incalculable.

A mediados de febrero, el viejo *Joseph*, agotado por aquella guerra incesante, dio signos de debilidad.

Incluso en presencia de Colette, que intentaba alimentarlo bocado a bocado, ya apenas comía. Geneviève se dijo que había llegado el momento de darle el golpe de gracia. Llevaba mucho tiempo meditando sobre lo que sería más eficaz, más contundente, necesitaba dar con una medida definitiva, una situación que pusiera a todo el mundo de su parte y aislara a Colette, que siempre tomaría partido por su gato.

La encontró.

Se sentía muy animada.

A mediodía, abandonó las oficinas de Dixie y se dio un pequeño capricho, una docena de aquellas gambas que tanto le gustaban y que se comió, bastante cochinamente, por cierto, en la terraza de un bar, acompañadas por una copa de vino blanco seco. Fue muy agradable. Reservó una gamba, que envolvió en su pañuelo y que, cuando regresó a su despacho, puso a secar en el radiador del cuartito donde guardaban los suministros, cuya llave custodiaba ella celosamente; para conseguir una goma o un clip había que dar el santo y seña.

Abrió la ventana, para ventilar.

La gamba estuvo allí dos días, y vaya si se secó.

El sábado ya no era más que una lengüecilla reseca, que esa noche, en casa, Geneviève machacó con una cuchara. Luego, olisqueó con satisfacción el fino polvo, que ya no tenía olor a gamba.

El domingo tuvo un bonito detalle con toda la familia: compró unos gruesos bocados de crema, especialidad de la pastelería Léonard. Cada cual tenía su sabor preferido: café para Jean, chocolate para Philippe, vainilla para Colette y pistacho para tía Thérèse.

Joseph, al que había tenido encerrado en el salón toda la mañana, no había podido evitar lo peor, y aquel olor fétido estropeó un poco lo que Geneviève llamaba pomposamente «un surtido de postres». Colette había sudado tinta con el parquet, *Joseph* se había aliviado en una esquina del salón, no muy lejos del sitio que ocupaba tía Thérèse en la mesa.

—Pues las emanaciones del pis no son nada buenas... —había comentado Geneviève al principio de la comida—. ¡Ya veréis como un día acabamos enfermando!

Joseph, tumbado en su cesto, miraba a Colette con una pizca de inquietud; aquello no presagiaba nada bueno.

A media tarde, Thérèse empezó a sentirse mal.

Un cólico, unos dolores de vientre terribles, y, lo que era más sorprendente, erupciones cutáneas rojas, hinchadas, pruriginosas, que le cubrieron los brazos y las piernas; era espectacular.

—Ha debido de ser el bocado de crema —gimió Thérèse volviendo del aseo.

—¡Bah, bah! —respondió Geneviève—. ¡Has comido cien veces, y nunca te han sentado mal!

—Tenía un gusto...

—Un gusto, ¿a qué?

Thérèse no lo sabía.

Philippe estaba muy alarmado.

—¿Es grave?

—No te apures, cariño mío —consiguió balbucear Thérèse.

Llamaron al médico, que diagnosticó una fuerte reacción alérgica. Era extraño, porque tía Thérèse sólo le tenía alergia al marisco, motivo por el cual, aunque a Geneviève le encantaba, en casa nunca lo comían.

El cuerpo de Thérèse se cubría de placas rojas a tal velocidad que el médico temió un shock anafiláctico. De hecho, Thérèse tenía dificultades para respirar, se ahogaba enseguida, y la tensión le había bajado seriamente, mientras que el ritmo cardiaco se le había acelerado.

Jean corrió a comprar epinefrina, que el doctor administró por vía intravenosa.

—Vigilaremos todo esto. En caso de recaída, si pasa algo anormal, corran a urgencias, ¿entendido?

El médico se disponía a marcharse.

—Oiga, doctor —le preguntó Geneviève—, este ataque de alergia... ¿a qué se debe, en su opinión?

—Su hermana me ha dicho que es alérgica al marisco...

—¡Por eso nunca lo comemos! Y, desde luego, esto no ha caído del cielo...

El médico no acababa de entender qué quería decir.

—No me haga caso —dijo Geneviève—. Pero ¿no podría tratarse de una reacción alérgica... a otra cosa?

—No veo...

Geneviève bajó la voz, pero todo el mundo lo oyó perfectamente.

—¿No ha notado ese olor a pis de gato?

Era difícil no hacerlo en cuanto entrabas al piso.

—Pues... sí...

—Nuestro gato es muy mayor, se le escapa. Ese olor permanente, ¿no podría provocar nuevas alergias?

—Sobre un terreno ya propicio, quizá... Es muy misterioso; para saber de qué se trata lo mejor sería hacer análisis de sangre...

—De acuerdo, pero ¿es posible?

—Teóricamente, todo es posible...

Iba a añadir algo, pero no le dio tiempo.

—Gracias, doctor —le dijo Geneviève estrechándole la mano calurosamente—, gracias, gracias, gracias.

Colette fue a la cabecera de su tía.

Unas horas después, los efectos de la reacción se difuminaban uno tras otro, Thérèse ya sólo se encontraba débil.

Joseph estaba postrado en la cama de Colette, que le vio una expresión curiosa. Parecía que tuviera ganas de llorar.

49

Tú tienes otra cosa...

La salud de *Joseph* llenaba de angustia a Colette.

Su estado de agotamiento emocional no tardó en alarmar a sor Amandine.

—Estoy preocupada por usted, Colette —le dijo. Como de costumbre, la niña quiso interrumpirla, pero esta vez la monja no estaba dispuesta a tolerarlo—. Si no acepta que le hable, Colette, ¡puede irse a casa y no volver!

Por primera vez, exhibía un rostro serio, firme, duro, casi belicoso. Ahora era Colette quien podía negarse a que la intimidaran, pero, cuando quiso levantarse, responder y abandonar la celda para no volver jamás, abrió la boca e, incapaz de decir una palabra, se deshizo en lágrimas.

El diálogo que se inició a continuación, inconexo y caótico, sería muy difícil de reproducir. Colette no paraba de llorar, un dique invisible había cedido, el peso acumulado de sus interrogantes y sus angustias la aplastaba. Habló de Beirut, las Navidades, Philippe, su madre, *Joseph*... Era mucho, pero no bastaba, seguía habiendo un obstáculo insalvable, inexpresable, un muro ciego ante el que, la niña, inerme, tropezaba y volvía a caer. Sor Amandine, que la

estrechaba contra su pecho, la escuchaba y sentía casi físicamente aquella oscura resistencia, como encastrada en el cuerpo de la niña, un amasijo de cólera e impotencia.

Cuando acabó de desgranar el rosario de sus tormentos, Colette, agotada, se derrumbó sobre la mesa con la cabeza apoyada en los brazos. Se había quedado sin energías. Mientras oía la voz de la monja, lejana y apaciguadora, tenía unas ganas enormes de dormir.

—Todas esas cosas son muy difíciles de sobrellevar, incluso para una niña tan fuerte como usted. —En la voz de sor Amandine no había ni lástima ni conmiseración, Colette percibía en ella... una espera—. Esto no es de ahora —decía la monja—, hace mucho tiempo que se siente desgraciada... —Era como si, después de las desdichas cuyo inventario acababa de hacer, en Colette subsistiera algo doloroso, que seguía ahí, en el fondo de ella, como un resto que llorar—. Lo que nunca ha querido contar...

Lo que acabó con sus última fuerzas fue la desesperación.

Colette alzó la cabeza.

—Un hombre.

Era casi una pregunta, una palabra inesperada que había surgido y, en un primer momento, provocó desconfianza e incredulidad. Pero, una voz pronunciada, una vez lanzada al aire, hizo reemerger una ola de imágenes insoportables y trágicas que le cortaron la respiración. La fuerza de aquel hombre, su deseo implacable, le llenaron la boca de un sabor a hiel, que la impulsó a levantarse para correr, marcharse, huir, pero ¿adónde iría? A los dos pasos, se derrumbó en la cama de la monja con los brazos sobre la cabeza, como para protegerse de una lluvia de piedras.

Sor Amandine esperó largo rato a que las lágrimas se le agotaran. En la celda, la luz disminuía poco a poco. La monja encendió la lamparita de la mesilla, se sentó en el borde de la cama, al lado de Colette, y le posó la mano en la nuca. ¿Se había dormido?

—Lo sé —dijo simplemente—, lo sé. —Sin entenderlas realmente, Colette oyó esas palabras, pronunciadas en voz tan baja que no estaba segura de haberlas comprendido. ¿Cómo podía saber ella lo que la había aplastado?—. En mi vida, también hubo un hombre... —Colette contuvo las ganas de levantarse y mirar a la monja—. Alguien tan cercano a mí, ¡tan cercano! En la vida de muchas mujeres, hay hombres así. Y una se siente tan sola, ¿verdad? Tan sola... —La mano de sor Amandine le acariciaba la nuca con suavidad, como hacía ella con *Joseph* cuando, mientras leía en la cama, el gato venía a hacerle compañía—. Y luego, poco a poco, comprendes que es una soledad muy compartida... —Colette se apartó, se volvió y posó la cabeza en las rodillas de la monja, que ahora le acariciaba la mejilla lentamente—. Para sanar —prosiguió la hermana—, necesitaba a alguien a quien entregarle esa pena, alguien que me quitara esa carga. Tuve suerte, Dios me aceptó. —Rió bajito, y Colette también habría sonreído, pero estaba tan cansada que se limitó a seguir allí, ovillada en la cama, con las manos contra el pecho—. Lo que me ayudó fue la fe. Eso es lo que me salvó. Tú tienes otra cosa que yo no tenía...

Colette intentaba comprender, y sor Amandine debió de notar bajo la palma de la mano algo que resistía, un interrogante. Por su carácter, Colette no podía quedarse de brazos cruzados frente al misterio. Se levantó y miró a la monja.

—¿Qué era lo que usted no tenía?

—Fuerza, Colette, yo no tenía fuerza. Por eso Dios acudió en mi ayuda, porque sólo lo tenía a Él, porque de no ser por Él... —Interrumpiendo como a su pesar el hilo de sus pensamientos, sor Amandine asintió y le sonrió—. Tú puedes creer en ti, en la fuerza que te habita. Pero ¡cuidado! No estoy diciendo que no necesites a Dios, ¡al contrario! —se corrigió. Las dos sonrieron a la vez—. Entretanto, confía en la fuerza que Él te ha dado. Confía en esa fuerza como yo confío en Dios.

Siguieron hablando mucho rato. Había oscurecido. Tuvieron que separarse.

Esa tarde, Colette no pasó por casa, tenía que cuidar del hijo de unos vecinos.

En lugar de instalarse en la mesa del comedor con su trabajo, como solía hacer, se quedó largo rato ante la ventana, pensativa, mirando los tejados y, sobre ellos, un cielo luminoso y gris como la pizarra.

Tuvo la sensación de que aquel espectáculo, que había contemplado muchas veces, había cambiado en algo, no sabía en qué.

50

Tienes que darme tu palabra

Desde que le había entregado la copa con las huellas de su hermano al doctor Konig, François sabía que estaba a las puertas de la revelación definitiva, tras la cual nada sería igual en su vida, hasta el fin de sus días.

Había pasado por todas las etapas del caso de conciencia, intentando ahogar sus emociones cuando el miedo hacía presa en él. Esas convulsiones lo dejaban exhausto, el remordimiento lo aplastaba por anticipado.

Si el cotejo de las huellas condenaba a Jean, su deber sería denunciarlo. La razón le susurraba que quizá no fuera necesario hacerlo. Se reafirmaba en sus resoluciones, que no sobrevivían a la noche. ¿Qué sería de su vida si decidía ser el denunciante para unos, el salvador para otros y, para todos, el instrumento de la desgracia? Entonces, la apatía se apoderaba de él, dejaba de temblar, la suerte estaba echada, pero el sudor no tardaba en perlarle la frente; ¿por qué tenía que verse él en aquel trance, qué había hecho para merecer aquello?

En última instancia, tuvo que admitir lo que sabía desde el principio, desde el primer día. Había leído *Crimen y castigo*: «El

último juez de un hombre es su propia conciencia.»

—Habla Konig. Ven a verme mañana por la tarde —había dicho.

Y después había colgado.

La copa de Jean, que François le había confiado, seguía en el mismo sitio que la vez anterior, sobre la mesita baja, aunque ahora estaba parcialmente cubierta por un polvo blanquecino, casi azulado, con visibles trazos de pincel.

—Tengo malas noticias para ti.

—¿Muy malas?

—Me temo que sí. Y no puedo dártelas sin antes tomar algunas precauciones.

Sabía lo que iba a decirle.

Aquellas dos huellas eran de Jean. Jean era el asesino de la joven de Lamberghem y, sin duda, de muchas otras... Su hermano era un asesino reincidente y peligroso. Konig, por su parte, no sabía nada de eso, salvo una cosa: las dos huellas pertenecían a la misma persona.

Pero mientras no lo dijera en voz alta, mientras él no oyera las palabras terribles y definitivas que condenarían a su hermano a la muerte —y a él, a la desgracia—, nada existiría todavía.

Y, por supuesto, el doctor Konig no estaba dispuesto a pronunciarlas sin antes obtener las garantías que le exigía su conciencia.

—No te preguntaré por qué te importa tanto esta comparación —dijo al fin—. Tampoco quiero saber cómo conseguiste la ficha dactiloscópica ni esta copa. Los delitos o crímenes que puedan

revelarse a partir de esas huellas no son asunto mío. Pero, antes de comunicarte el resultado, necesito estar seguro de que el caso se pondrá en conocimiento de la justicia. Tienes que darme tu palabra. De lo contrario, no te diré nada y te marcharás con las manos vacías.

Si escuchaba lo que el doctor tenía que decirle, todo acabaría en ese instante. Ya no le quedaría margen de decisión; su destino quedaría sellado.

En ese momento, entendió que en el fondo siempre lo había sabido. Que ése era, precisamente, el motivo por el que había acudido al médico forense: para no tener que elegir, para librarse por fin de su conciencia.

—Tiene mi palabra.

Konig se volvió y cogió un sobre ancho del que sacó varios documentos. El que entregó a François era la comparativa: las dos huellas ampliadas, con cruces diminutas, muy numerosas, que señalaban detalles totalmente idénticos...

—Son exactamente las mismas. Es decir, para mí...

François alzó la cabeza.

—¿Para usted?

—En este tipo de análisis, el margen de error nunca es cero. Siempre existe un pequeño riesgo de falso positivo. La justicia tendrá que recurrir a un laboratorio y designar a expertos. Llegarán a la misma conclusión que yo, pero sus resultados serán oficiales.

Él miraba la copa.

Era la prueba absoluta.

Pero había dado su palabra.

Volvió los ojos a la mesita, vencido.

El doctor cogió la copa por la base utilizando el pañuelo y la introdujo en el sobre, que acto seguido le tendió sin decir palabra.

El dilema se reproducía de una forma muy parecida.

Entregar a su hermano o faltar a su palabra.

51

No se puede hacer otra cosa

De lo único que tenía certeza era de que ya no podía cargar solo con aquello. No tenía fuerzas para llamar a un comisario conocido, concertar una cita urgente, aportar toda la documentación, entregar el sobre con el vaso, explicar, volver a explicar... «Mi hermano es un asesino multirreincidente, mata a mujeres jóvenes desde...» No, no podría hacerlo.

La única persona con quien compartir aquella carga insoportable era Hélène.

Jean también era su hermano, su responsabilidad.

Volvería a casa, recogería la carpeta y se iría directo a verla, sin llamar, sin avisar. Si no estaba, la esperaría el tiempo que hiciera falta.

Y después, irían juntos a la policía. Era una decisión sensata, la única que le parecía posible.

Pero las cosas no sucedieron así.

Al llegar, Nine ya lo esperaba.

—He cerrado el taller antes; está todo en secado, allí no hago nada, y si...

Se interrumpió. En cuanto vio su cara demacrada, los hombros vencidos, la pesadez de cada paso, comprendió que estaba a punto de confesarle aquello que llevaba meses ocultando.

Y, por primera vez, sintió miedo. Hasta entonces había confiado ciegamente en él. ¿Se habría equivocado? ¿Estaba a punto de desmoronarse toda su vida?

No dijo nada. Lo siguió al salón, donde él se dejó caer en un sillón. «No», se decía François, «Nine no tiene por qué soportar esto. Tengo que ir a ver a Hélène. No, Nine, no...». Pero ella se sentó frente a él, apoyó las manos en las rodillas y esperó, pálida de miedo.

Él negó con la cabeza.

Entonces comprendió que la fuerza de voluntad de Nine estaba a punto de flaquear. Había esperado, había callado mientras su temple se lo permitió...

Pero, como él, ya no podía más.

Llevaban semanas distantes: él no la tocaba, mentía, se ausentaba, regresaba agotado. Debía de esperar que en cualquier momento le anunciara que se iba. Quizá pensaría que había otra mujer, pero seguro que lo más doloroso era creer que ya no la amaba.

¿Podía callar?

Aunque sentía una necesidad casi física de abrazarla y estrecharla contra el pecho, no se movió. Sabía que debía tranquilizarla, aliviar su angustia, pero estaba extenuado. Era incapaz de articular palabra. Sólo consiguió pronunciar una, una que abría todas las puertas y cerraba las demás:

—Es el Gordito...

Después de eso, ¿qué podía añadir?

La primera reacción de ella fue echarse la culpa.

Hacía mucho que intuía que en la vida de Jean había algo oscuro, secreto, quizá inconfesable. Le tenía afecto a aquel hombre torpe, conmovedor, débil, que adoraba a sus hijos y soportaba el maltrato de su mujer; pero percibía en él algo indescifrable, una profundidad inquietante... Era una sensación difusa, sin pruebas, y nunca se la había mencionado a François.

Ahora se lo reprochaba. Pero ¿de qué se trataba realmente?

Al verlo tan abatido y mudo, se alarmó. ¿Tan grave era? ¿Más de lo que temía?

Él se levantó, salió del salón y volvió con una gruesa carpeta que abrió sobre las rodillas. Tardó un buen rato en elegir los documentos que puso, al fin, ante ella: tres artículos.

Un recorte amarillento...

La actriz Mary Lampson, agredida,
golpeada y asesinada en el cine
Le Régent ayer tarde

Una portada del *Courrier du Nord*:

Joven cartera asesinada salvajemente
en la oficina postal de Lamberghem

Un titular del *Quotidien de Seine-et-Marne*:

Joven monja asesinada

la pasada noche en Senancourt

Nine no leyó los artículos. Se conformó con los titulares y dejó que la idea se abriera paso en su mente.

Después, estalló en sollozos.

—Pero ¿estás seguro?

Él le mostró la ficha dactiloscópica de Roubaix y el sobre, deformado por el vaso que llevaba dentro. Luego se lo explicó con calma.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó ella.

—No tengo la menor idea. Tendrá que decírnoslo él mismo. No hay violencia sexual, pero, aun así, parece algo compulsivo...

Ella encendió un cigarrillo. No era habitual.

—¿Hay más?

—La primera vez se remonta, creo, a 1948, y la última, que yo sepa, a 1959. Entre esos años...

Ella se volvió hacia él.

—¿Y qué piensas hacer?

—Si lo denuncio, lo condenarán a muerte. Y a mamá también. Todos morirán, incluso los que sigan vivos.

—Por eso hay que pensar en las que ya están muertas. En sus familias, en quienes las amaban.

Él había pasado días enteros dándole vueltas a una cuestión que para ella no admitía duda.

—Después ya pensaremos en nosotros y en nuestra culpa —añadió.

Era una frase sorprendente. Él la miró sin entender del todo.

—¿Cómo es posible que ninguno de nosotros se diera cuenta de nada? —siguió ella—. Hemos vivido quince años junto a un hombre que mataba a mujeres, ¿y nunca sospechamos nada? ¿No te parece que también debemos preguntarnos por qué?

—¡El culpable es él!

—Eso dirá el juez, pero luego...

Nine vio en su mirada que acababa de recordar el incidente de Junia, cuando Jean tenía nueve años y él, siete.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—No puedo ir solo a la policía. Se lo contaré a Hélène y, cuando esté preparada, iremos juntos.

Ella apagó el cigarrillo con un gesto brusco.

—No, François. Eso no puede ser.

—No hay otra manera...

—¿Tú y Hélène vais a cargar con el peso de enviar a vuestro hermano a la guillotina? ¿Por qué asumir esa culpa? ¡El asesino es él, no vosotros!

—No se me ocurre otra forma.

A ella sí se le ocurría. Sabía lo que debía hacer.

52

Quiero que me des tu palabra

De pronto comprendió que aquélla sería la última conversación que tendría con su hermano como tal. En una hora ya no serían dos hermanos, sino un acusador y un culpable. Para él, ya nunca más sería el Gordito.

Incapaz de imaginar cómo empezar, decidió hablar con pruebas. Dejó sobre la mesa el retrato robot publicado en la prensa alsaciana en octubre de 1954, cuando la policía buscaba al asesino de la profesora hallada agonizante en el patio de su escuela. A un lado colocó la página arrancada del registro del hotel de Charleville; al otro, la factura del taller de la rue Cassini.

«Qué estupidez», pensó. Al ver el retrato, se sorprendió pensando que su hermano había envejecido.

No lo oyó entrar. Jean apartó la silla y se detuvo frente al dibujo.

Él dio la vuelta al papel para que pudiera verlo derecho.

François temía lágrimas, súplicas, explicaciones, justificaciones... una escena insoportable. Pero no hubo nada de eso. Jean contempló la imagen unos segundos.

—Una cerveza —le pidió al camarero que pasaba cerca.

Cuando levantó la vista, su rostro lo decía todo: en unos segundos acababa de confesar y condenarse.

—Sabía que estabas investigando sobre mí —dijo al fin—. Lo comprendí la noche que cenamos en La Forge, ¿te acuerdas?

Su voz era ronca, pastosa.

Bebió de un trago la cerveza que acababan de servirle y se limpió los labios.

—No te lo creerás, pero lo comprendí... ¡y luego lo olvidé! Bueno, no exactamente; pero no llegó a obsesionarme como temía. Me venía y se me iba.

—Me sabe mal haberte dado tanto trabajo, haberte causado tanta pena... Pero me siento aliviado de que hayas sido tú quien lo haya descubierto.

¿Aliviado? ¿Qué quería decir con eso? ¿Que esperaba que mirara para otro lado, que se guardara el secreto?

—¿Aliviado? —repitió.

—Sí... la policía siempre me ha dado un miedo terrible.

Jean tenía los hombros más caídos que al llegar.

Dejó la copa húmeda sobre el retrato, descuidadamente.

François, ya sin necesidad de enumerar pruebas ni fechas, abordó la pregunta que lo atormentaba desde el primer día y la formuló con una sola palabra:

—¿Por qué?

Jean alzó las manos, impotente.

—Era más fuerte que yo. Una especie de cólera... Luego se me pasaba.

La pobreza de la respuesta lo dejó helado. Comprendió que ni siquiera él había llegado a entender sus propios actos. Incomodado

por el retrato robot —deformado casi obscenamente por la humedad de la copa—, lo apartó.

Guardó el papel, la factura y la hoja del registro en su cartera.

—¿Cuántas han sido?

El mismo gesto: no lo sabía.

Cualquiera habría interpretado aquella actitud como indiferencia, pero no: sufría. Su sufrimiento, sin embargo, era torpe, desordenado. Lo que François tenía delante no era el arrepentimiento, sino el espectáculo de la impotencia. La desgracia de su hermano era muda; su abatimiento, muy por debajo de la magnitud de sus actos. Si, como él creía, aquellos crímenes eran gestos de rebelión contra fuerzas opresoras, contra las injusticias, ni siquiera el propio autor lo sabía. Cada asesinato había borrado la pizarra anterior; el efecto acumulado se disolvía con cada nueva víctima.

En ese momento, François tuvo la certeza de que jamás se detendría.

Había esperado promesas, apelaciones a la generosidad, alguna mención al sufrimiento de su madre o al destino de sus hijos destrozados por la revelación. Nada de eso.

Jean callaba.

Tal vez hacía años —muchos años— que deseaba que llegara ese momento.

—¿Cuántas? —repitió François.

—No lo sé...

Estuvo a punto de añadir «no las he contado», pero comprendió que sería horrible.

«¿Tendría que sacar ahora los recortes de prensa y preguntarle "¿fuiste tú?" uno por uno?», pensó François.

No tenía fuerzas.

Jean se había encogido; por fin llegaron las lágrimas, un alivio momentáneo.

Para no llamar la atención, se tapó el rostro con las manos y lloró acodado sobre la mesa; sólo se veían los hombros, sacudidos por los sollozos.

Aquel llanto impúdico le resultaba insoportable a François, porque era obvio que lloraba por sí mismo.

¿Había llorado así por alguna de sus víctimas?

François deseaba acabar de una vez.

Y él también.

Se secó los ojos, se sonó y preguntó:

—¿Vas a denunciarme?

Si en la pregunta había una súplica, François fingió no oírla.

—No.

El otro lo miró, atónito.

Durante un instante, François volvió a ver al hermano que había querido, y, cosa terrible, comprendió que seguiría queriéndolo, porque sabía que, pese a todo, no era únicamente un asesino.

En realidad, casi nadie puede reducirse a sus actos. Pero algunos, como él, han hecho tanto daño que eso ya no importa.

—¿No?

—No —repitió—. Tú mismo te entregarás.

—De acuerdo.

François estuvo a punto de sonreír: la rapidez de aquella respuesta demostraba que todavía tenía esperanzas de salir bien

librado.

—No creas que soy incapaz de ir a la policía yo mismo —le advirtió—. Sería un grave error pensarlo. Pero eres tú quien debe hacerlo.

Miró a su hermano: era evidente que buscaba una forma de salvarse.

—Quiero que me des tu palabra —le pidió.

Jean agachó la cabeza.

53

Creo que ya la he resuelto

—Dame sólo un poco de tiempo —había dicho Jean.

Pero François no podía soportar la idea de que, en ese plazo, su hermano añadiera otra víctima a la lista, una más que pesaría sobre su propia conciencia.

—No haré nada, te lo juro —aseguró Jean.

No era suficiente. François negó con la cabeza.

—Tienes que ir ahora mismo, Jean. De inmediato.

Entonces Jean cambió por completo.

—¡Pagaré, François! ¡Pagaré con mi cabeza! Pero no puedes negarme el tiempo necesario para poner a mis hijos a salvo.

Colette, Philippe... eran inocentes. Y él estaba a punto de arruinarles la vida. Aflojó.

—¿Qué vas a hacer?

—¡No lo sé! —gritó Jean—. ¡No lo sé! —repitió, ya más bajo, aunque la tensión seguía ahí—. Por eso te pido un poco más de tiempo. Sólo un poco.

¿Pensaba huir?

¿Podía correr ese riesgo?

Como le resultaba imposible pensar con claridad, urgido, acorralado, el primer plazo que se le ocurrió fue el sábado siguiente: el día de la inauguración del tramo del bulevar periférico.

—¡Dame hasta el sábado!

—No, Jean, lo siento. Es demasiado. Hasta el miércoles, ni un día más. Y quiero tu palabra.

—De acuerdo. El miércoles. Tienes mi palabra.

Cuando salió a la calle, Jean se sentía vacío, solo, sacudido por sensaciones contradictorias.

Para empezar, tenía miedo de morir.

La investigación lo relacionaría con varias mujeres asesinadas —era sincero: nunca las había contado—. La guillotina era inevitable.

Las lágrimas se mezclaron con la imagen de sus hijos. Si hubiera dependido de él, habría querido morir allí mismo, en aquella acera, para librarse de esa perspectiva espantosa.

¡Ahora cargarían toda su vida con el peso de un padre asesino!

¡Eso mataría a su madre!

Y Thérèse...

Qué desastres iba a provocar.

Su mente, desbordada, le devolvía rostros que creía olvidados: los ojos de mujeres jóvenes que, en el instante en que se abalanzaba sobre ellas, expresaban una sorpresa, un estupor absolutos. ¡Cuánto habría querido pedirles perdón! ¡Cuánto merecía pagar con su vida las que había segado de ese modo!

Y, de pronto, allí, en mitad de la acera —apenas unos minutos después de separarse de su hermano—, la solución se le impuso con

una claridad aterradora: se suicidaría.

Por ahora era sólo una idea, pero le parecía la única forma de cerrar el círculo con limpieza, sin que hubiera más víctima que él. Porque... haría pasar el suicidio por un accidente.

Morir lo aterraba, pero la idea del suicidio, de pronto, le pareció tan perfecta que ya casi no implicaba la muerte.

¡Eso debía hacer!

Y, sin duda, eso era también lo que su hermano esperaba.

Por eso le había dado unos días.

Si se concentraba en organizar su propia muerte «accidental», tal vez morir le resultara más fácil.

Hasta se sentía casi aliviado.

Le pondría fin a todo.

El miércoles, como muy tarde, se mataría al volante de su coche.

¡Como una estrella de cine!

En casa, lo esperaba una Geneviève más belicosa que nunca. ¿Cómo había podido soportar a aquella mujer tantos años? A ella, y no a las otras, era a quien debería haber matado. Desde el primer día.

—¡Hombre, por fin! ¡Dichosos los ojos! —exclamó ella.

Daba igual la hora: siempre lo recibía con la misma frase, con el mismo reproche. Y hacía ya mucho que a él lo traía sin cuidado.

—... y de ir a disculparse —seguía diciendo su mujer.

—¡No veo cómo *Joseph* ha podido ir a casa de la vecina! —protestó Colette.

Geneviève se había tomado la molestia de trasladar las heces del gato hasta el felpudo de al lado —una operación que le había dado

un asco indescriptible—, logrando así que la señora Martin, horrorizada, montara un escándalo.

Otro cargo más en la contabilidad moral de *Joseph*, una cuenta en la que el animal ya estaba en números rojos.

—¡Es increíble! —exclamó Geneviève fingiendo no oír a su hija—. ¡Abres la puerta y se caga en el felpudo de la señora Martin!

Thérèse llegó con la sopera. Jean y ella intercambiaron una mirada fugaz.

El único que lo advirtió fue Philippe. Su padre y tía Thérèse... Ahora que lo sabía, todo encajaba. Le costaba creerlo, pero no sentía enfado alguno. Si su tía debía tener un amante, mejor que fuera su padre. ¡Qué suerte tenía! Así que era él quien podía acariciar aquellos pechos magníficos, aquel trasero de ensueño. Estaba orgulloso de su padre.

Jean también lo estaba de él. Con el billar, aquel chico le había dado algunas de las sensaciones más intensas de su vida. Sensaciones de victoria. Y pensó, de pronto, que cuando él faltara, ¿qué sería de Philippe? Adiós al billar, adiós a todo.

—... demasiados problemas; habrá que tomar una decisión —decía Geneviève.

Seguían hablando de *Joseph*. Ella se inclinaba por la eutanasia, tema recurrente desde hacía días.

—¡No tienes derecho! —gritó Colette—. ¡No te lo permitiré!

Se levantó de la mesa, furiosa, y salió del comedor. El pobre gato, vacilante, agotado, moribundo, la siguió tambaleante.

—Te pongo por testigo, Jean. ¡Será posible!

Jean no la escuchaba. Pero acababa de darse cuenta de algo en lo que nunca había reparado: en bastantes cosas, Geneviève no se

atrevía a decidir por sí sola.

En Geneviève quedaba un poso muy antiguo de servilismo, una forma remota de sumisión que la llevaba a necesitar el aval de su marido: que él aceptara, firmara, autorizara, admitiera, cediera. Sin ese visto bueno, ella no actuaba. Resultaba casi incomprensible, y sin embargo aquel rasgo se repetía en todo.

Con *Joseph*, por ejemplo.

Llevaba días esperando que él le diera su consentimiento: el gato —decía— se había vuelto insoportable y había que ponerle una inyección. Lo acosaba sin descanso con ese argumento. Pero, como él aún no había dicho que sí, seguía librando su pequeña guerra de guerrillas sin atreverse a pasar a la acción.

Y lo mismo ocurría con el «Formulario preliminar para la adopción de un niño francés». Desde principios de febrero se lo presentaba una y otra vez, decidida a usarlo de forma espectacular durante la audiencia del 11 de marzo, con el fin de «obligar al juez».

Por supuesto, no podía adoptar al pequeño Michel sin la firma de su marido, pero aquel papel tampoco era imprescindible para, como decía ella, «hacer valer sus derechos». Nada le impedía firmarlo por su cuenta y dejarlo a él ante el hecho consumado.

Y, sin embargo, no lo hacía.

Él no sintió ninguna satisfacción al comprobarlo, pero esa constatación le dio que pensar en lo que ocurriría después.

Al cabo de unos días.

Cuando ya no estuviera.

Muerto él, *Joseph* no sobreviviría ni una hora.

Mientras tomaba la sopa, reprimía el impulso de mirar hacia Thérèse, que, al otro extremo de la mesa, servía un plato para

llevárselo a Colette a su habitación —con un trozo de queso para el gato—. Sólo alcanzó a ver su silueta. No la adoraba, pero la quería. Ella lo cuidaba; él le daba calor. Ella lo calmaba; él la tranquilizaba. Dos seres heridos, uno junto al otro.

Desde que Thérèse había entrado en su vida, nunca había vuelto a...

Incluso pensarlo le repugnaba, pero la verdad era ésa: no había vuelto a ocurrir. Aquellos accesos de ira incontenible, aquellas muertes... Ella había llegado demasiado tarde.

¿Qué sería de ella sin él?

Sería una presa perfecta para Geneviève, que, en el fondo, la odiaba tanto como la despreciaba.

Terminó la sopa e hizo balance.

En su ausencia: *Joseph*, condenado.

Philippe, reprimido.

Colette, asfixiada.

Thérèse, tiranizada.

Cuántas cosas cambiarían si todavía le quedaran años por vivir.

—Thérèse —decía Geneviève, furiosa—, no sé cómo te las apañas para hacer estas sopas; cada vez están peor. ¿No podrías esforzarte un poco?

Jean dejó de sonreír y se concentró en una nueva idea. ¿Qué pasaría si ella muriera al mismo tiempo que él?

Para los niños sería un golpe terrible. Thérèse se hundiría en la incertidumbre. Sólo que... en el fondo, todos lo esperaban.

Todos deseaban librarse de aquella déspota: de su maldad, de su crueldad, de su ferocidad. Incluso quienes no eran del todo conscientes de ello.

—Pero, a ver, Jean, ¿por qué sonríes así?

—Perdón —respondió humildemente—. Tenía una duda, pero creo que ya la he resuelto.

Geneviève nunca comprendió por qué, esa misma noche, cuando volvió a presentarle el formulario de adopción, él tomó el bolígrafo y firmó.

No podía imaginar que, en la mente de su marido, aquel documento ya no significaba nada: el día de la vista, los dos estarían muertos. En un accidente de tráfico.

54

¡Qué magnífico acontecimiento!

Solita no sabía que Manuel se había llevado la escopeta a su casa.

Lo ayudó el azar.

Una simple cuestión de horarios.

Ella no podía estar en casa a la hora en que él llegaría, así que le dejó la llave bajo el felpudo. Él encontró la casa sola y, en cuanto entró, escondió el arma bajo su cama. Era consciente de que Solita y Patrick tenían dos hijos de siete y ocho años, la edad de la curiosidad, de modo que se ofreció a limpiar él mismo su cuarto.

Pocos días después se enteró de que la vivienda tenía un sótano; se llevó allí la escopeta y los cartuchos y los guardó.

¿Qué intención tenía?

Ninguna.

Había llegado a París exhausto y desmoralizado; incluso hubo un momento en que pensó usar el arma para acabar con todo. Lo detuvo la generosidad de su hermana: no quería que Solita se sintiera culpable; bastantes problemas tenía ya.

«¡Maldita sea, por qué nuestra familia tiene tan mala suerte!», se repetía.

Y esa mala suerte no venía de la muerte de su padre, sino de mucho antes: de la guerra, incluso del momento en que sus padres habían decidido emigrar a Francia.

¿Era mal fario? ¿O la suma de la incompetencia, la falta de adaptación, la incapacidad para subirse al tren de la modernidad...?

Habían sido gente animosa y trabajadora, pero no había bastado.

Manuel comprendía que habían sido víctimas de una fuerza más poderosa que ellos, contra la que nada podían hacer ni su valentía, ni su energía, ni su voluntad, ni sus iniciativas. No había una palabra que designara esa fuerza, y para él era un auténtico tormento no poder nombrarla: ser víctima de un poder cuya presencia sentía —devastadora, invisible— y no saber cómo llamarlo.

A veces pensaba en el jabalí de antaño.

A ése podía nombrarlo, claro, pero aquel animal tenía una presencia impalpable, amenazadora e imprevisible, como esa fuerza social que había aplastado a su familia, que había podido con él, con Solita, con todos los suyos.

Buscaba trabajo. No era difícil encontrarlo: puestos de mozo o peón se ofrecían por todas partes. En esa época había más trabajo que trabajadores. Pero él estaba desanimado, dominado por una fuerza opresora que no le dejaba levantar cabeza. Y de pronto —aunque nada lo predispusiera a ello— sintió una afinidad muda, extraña e inexplicable con los *fellaghas* contra los que había combatido en Argelia.

Aquellos hombres habían matado y herido a muchos de sus camaradas; los odiaba con todas sus fuerzas, pero... empezaba a comprender su lucha. Ellos también eran víctimas de una opresión. Como él.

Bajó al sótano a buscar la escopeta y, con el arma en los brazos, contempló largo rato el paisaje urbano desde la ventana de su cuarto.

A lo lejos se veía el tramo del bulevar periférico del que Solita y Patrick habían sido expulsados.

Ya la primera noche, el matrimonio le había contado toda la historia, desde su desalojo hasta su realojo allí, pasando por el juicio... Y su situación provocaba un potente eco en la mente de Manuel.

Era el destino de los Ramos.

No estaba muy lejos de creer que, debido a su origen, Solita le había llevado la desgracia a su marido. Patrick era un buen chico, muy generoso acogiendo de aquel modo a su cuñado, pero a Manuel le parecía débil, y se había casado con una chica estupenda, soberbia, con un gran corazón, pero que, para desgracia de ambos, era... una Ramos.

Alguien de la raza maldita.

Así que, sin darle más vueltas, Manuel había ido a aquella vía rápida, que te mareaba: tanto coche, tanta energía, tantas vidas transeúntes, impersonales y fatuas, que aplastaban, quizá sin saberlo, otras vidas no menos dignas.

Encontró un terraplén, se tendió en el suelo y, tras regular la mira, vio pasar por el visor aquellos coches, que, para él, ya no eran más que figuras como las que antaño intentaba derribar en la feria, mientras Claire le rodeaba la cintura con el brazo y él, envuelto en su olor, quería acertar por ella y llevarse aquel peluche estúpido, pero que tenía el mismo tacto aterciopelado que el vellón de Claire.

Fue un Renault. Un Frégate verde.

Manuel disparó. Vio que el coche zigzagueaba a lo largo de unas decenas de metros y se detenía. No quería matar a nadie, sino hacerse oír, hacer estragos en el mundo como el mundo los había hecho en él.

Se levantó, se metió la escopeta debajo de la gabardina y volvió a casa.

¿Cómo convencer a Geneviève para que viajara en coche con él, asegurándose de que el recorrido le permitiría provocar un accidente doblemente mortal, sin causar otras víctimas?

Era un pliego de condiciones bastante denso.

¿Cómo se las apañaba? (Jean se hacía más preguntas premeditando matar a su mujer que en muchas otras circunstancias precedentes, pero basta de cinismo.)

La dificultad era casi insuperable, porque no era fácil obligar a Geneviève a hacer algo que no hubiera decidido ella y porque últimamente estaba que mordía.

La audiencia con el juez al que se le reía todo se celebraba en unos días. Geneviève hervía de impaciencia.

Se encontraba en la situación del candidato que acaba una campaña electoral extenuante: reducido a la impotencia, obligado a esperar de brazos cruzados el resultado de la votación.

Ahora que Jean había firmado la solicitud de adopción (no conseguía explicarse aquella súbita rendición), Geneviève pasaba mucho tiempo preparando su intervención y sometiendo listas de argumentos al director del *Écho de la France*, al que consideraba «su

mentidor» (nunca había asimilado el concepto de mentor), pero al que reprochaba que hubiera relajado la presión mediática.

—¡Es que no hay nada más que decir! —explicaba Magnin—. Hemos hurgado en la vida de Grüber, sus relaciones, su pasado, su historia, lo hemos dejado en cueros vivos; ¿qué más quiere?

El director del semanario afilaba los cuchillos a la espera de la sentencia, que prometía, fuera cual fuese el resultado y, por tanto, el vencedor, una estupenda serie de artículos y fotografías.

Pero, volviendo a Jean, tenía un problema peliagudo, porque, en realidad, Geneviève era una mujer bastante casera. Para matarse en la carretera con ella, primero había que sacarla de casa...

¡Y esa dificultad fue una revelación!

Como ocurre a menudo, la solución más sencilla sólo se le ocurrió después de haber discurrido toda clase de teorías (algunas bastante estrambóticas). El único sitio al que Geneviève iba encantada era Le Plessis, la casa de Angèle, donde se celebraban la mayoría de las comidas familiares.

Con la excusa de un trabajo en la Federación de Empresarios, Jean tomó esa dirección, no para visitar a su madre, sino con el fin de buscar un lugar propicio para ejecutar su plan.

Circulaba bastante despacio para estudiar la zona, dejando que los demás conductores le tocaran el claxon, pero la suerte se puso de su lado: a menos de treinta kilómetros de la meta, la carretera bordeaba el Loing...

Dio varias pasadas, y acabó decidiéndose por una curva a la derecha bastante ancha, cuyo terraplén descendía abruptamente hacia el río. Jean paró allí y, con la excusa de orinar protegido por la portezuela abierta, examinó detenidamente el lugar.

Era factible.

Tendría que ir a bastante velocidad para hacer que el coche se saliera del arcén y cayera al Loing. Probó la hipótesis volviendo a pasar bastante deprisa, y quedó convencido de que había dado con el plan ideal. Veía el coche alzándose del suelo, flotando en el aire y cayendo de cabeza al río.

Él estaba al volante.

A su lado, Geneviève, atónita, con los ojos fuera de las órbitas, veía aterrada el agua subiéndole hasta el cuello, gritaba...

Qué alivio...

A Jean sólo le quedaba pensar en un motivo indiscutible en opinión de su mujer para ir a casa de su suegra.

La segunda vez, Manuel había disparado desde el tejado de un edificio cercano al bulevar.

En esta ocasión estaba al límite del alcance de la escopeta y, consciente del riesgo de que el disparo causara más daño del deseado, observó largo rato, siguiendo a un coche tras otro a través del visor, dudando, calculando.

Había que disparar un poco antes. Y no cometer ningún error.

Se decidió en cuestión de segundos: un Citroën Ami 6 blanco pasaba por el carril lento; ajustó el ángulo y apretó el gatillo.

Después vinieron horas de angustia.

Vio estallar el parabrisas, el coche reducir la marcha y detenerse, pero era imposible saber si había alcanzado a alguien.

Se enteró por los diarios de la tarde: la acompañante estaba levemente herida.

El cazador que dormía en él se felicitó por la precisión del disparo... y por el revuelo que había provocado. Nadie hablaba de otra cosa.

Había corrido el riesgo de herir gravemente a alguien, y había sabido evitarlo. Gracias a su gesto, los periódicos mencionaban por fin las condiciones de trabajo de los obreros del bulevar, se preguntaban por la necesidad de aquella obra gigantesca, cuestionaban los contratos públicos firmados y, sobre todo, sacaban a la luz la suerte de los «excluidos del periférico» y la injusticia que habían sufrido.

Había visto la sorpresa de Solita y Patrick al comprobar que su situación, por fin, se consideraba digna de interés... aunque ya fuera demasiado tarde.

Eso fue lo que lo animó: la sensación de servir para algo.

Otra fecha estaba en boca de todos: la inminente inauguración de otro tramo del bulevar periférico.

Halagado por su recién adquirida fama de «francotirador invisible», se sentía galvanizado ante el reto que representaban los cientos de policías que patrullarían sin descanso por las zonas donde podría esconderse y por la expectación general que rodeaba las inmediaciones de la vía rápida.

Ante la proximidad de la muerte, Jean sintió la necesidad de confesarse.

No ante su hermano, como no había conseguido hacerlo, sino ante un sacerdote.

Contarlo todo.

No era creyente, pero no veía otra forma de aliviar su alma, cargada por sus actos y por el daño que su muerte —y la de Geneviève— causarían a sus hijos.

¡Qué difícil resultaba soportarlo!

¿Quién mejor que un sacerdote?

No tenía idea de cómo sería; ya lo vería. Lo único claro era que no quería morir sin haber pronunciado aquellas palabras, sin haber expresado su arrepentimiento por las jóvenes a las que había... Ni siquiera en su fuero interno se atrevía a terminar la frase.

Tenía que decirlo. Buscó una iglesia.

San Pedro de Montrouge estaba cerrada; en la Fraternidad de los Capuchinos no habría confesor disponible hasta el fin de semana. Encontró la solución en Nuestra Señora del Rosario, donde confesaban los miércoles por la mañana.

Le preguntó a una anciana si había que pedir cita para confesarse y recibió una de esas miradas de espanto que algunos creyentes lanzan en cuanto se trata de mostrar misericordia.

—No, sin cita previa —respondió ella.

Para Jean, el miércoles por la mañana era el momento ideal. Unas horas después, Geneviève y él estarían muertos.

Porque, por fin, se le había ocurrido una excusa para convencerla de ir a comer con su madre.

—Creo que mamá tiene comprador para la parcelita de bosque que compró papá, ¿te acuerdas?

—Hace bien; nadie ha puesto los pies allí en su vida.

En ese momento, Geneviève miró a su hermana, que estaba fregando los platos. Casi siempre era Jean quien los secaba; ella permanecía en su sillón, observándolos.

Al levantarse para coger el paño, dijo, como para sí mismo:

—El comprador de mamá tiene una segunda residencia cerca; el miércoles comerá con ella para cerrar el trato. De todas formas, es curioso...

—¡Yo no le veo la gracia!

—No, tienes razón, sólo es curioso. Ese señor es director de los servicios judiciales en el Ministerio de Justicia.

—¿Qué?

—Ayudante del ministro o algo parecido; en cualquier caso, alguien de muy alto nivel.

A Geneviève el corazón le dio un vuelco.

—¡Pues iremos!

—¿Qué?

—Llama a tu madre e invéntate un pretexto para comer allí el miércoles...

—Pero ¿por qué?

La torpeza de su marido la exasperaba.

—¡La vista, Jean! Poder hablar con un pez gordo del ministerio unos días antes de la vista lo cambia todo. ¿Es que no lo entiendes?

Geneviève tenía una idea muy personal del funcionamiento de la justicia: la concebía igual que su manera de dirigir los almacenes Dixie de République, a base de enchufes, arbitrariedades, amiguismos, tratos de favor y abusos de poder.

—Bueno, veré si puede ser... —dijo Jean.

—¡Arréglatelas, Jean! ¡Es de extrema importancia!

Para las autoridades, la inauguración del viernes era una ocasión «de alto riesgo».

Era cierto que, hasta el momento, el francotirador sólo había actuado contra automóviles en movimiento, pero, como no se conocían ni sus motivos ni sus reivindicaciones (¡si es que los tenía!), era muy difícil adivinar sus intenciones. La tribuna de autoridades, la banda de la Guardia Republicana o el público cuidadosamente seleccionado que asistiría a los discursos eran blancos inmóviles más fácilmente alcanzables.

Así que, dos días antes, la prefectura desplegaría en la zona y sus alrededores un impresionante contingente de antidisturbios y procedería a un cuidadoso examen de las inmediaciones al alcance de una escopeta.

Manuel no pensaba dejar que le dispararan como a un conejo.

En consecuencia, el martes precedente, cuatro días antes del evento, fue simplemente a dar una vuelta por los alrededores del tramo, con la esperanza de poder esconder la escopeta en alguna parte. Si no lo conseguía, lo dejaría correr.

Eran las diecisiete horas treinta, el día empezaba a declinar.

Había muchos policías circulando a pie o en bicicleta y varios coches patrulla estacionados en las entradas de la zona en obras. Los trabajadores, tras cambiar el mono por la ropa de calle, salían de la obra formando un torrente continuo, en medio del cual Manuel, para su sorpresa, pasó inadvertido, pese a avanzar en sentido contrario, con la escopeta pegada como de costumbre a la pierna, bajo la gabardina.

Asombrado de encontrarse en la obra sin que nadie lo hubiera interpelado, apretó el paso hacia las grúas, entre las que pudo

ocultarse. Vio salir a los últimos trabajadores, las barreras cerrándose y un cordón de antidisturbios, que se colocó en línea para impedir el paso.

Estaba dentro.

Pensar que estaría atrapado allí toda la noche le produjo cierto vértigo. Solita se preocuparía al ver que no volvía, cosa que no solía hacer.

Se arrepentía de haber probado suerte. Era un plan ridículo. ¡Se había metido él mismo en la ratonera sin pensar! Lo único que sacaría en limpio sería morirse de frío toda la noche, si tenía suerte, si no, que lo descubrieran con las primeras luces y lo detuvieran.

Dejó la escopeta en un rincón, tapada con la gabardina, y empezó a buscar alguna lona bajo la que ocultarse y quizá dormir. Encontró varios trozos de tela rígida, cuyo uso ignoraba y que le costó lo suyo doblar a su alrededor para protegerse.

Esperó la noche con cierta angustia, empezaba a notar el frío, era un mes de marzo bastante suave, pero cuando no te mueves...

Luego, podían ser las ocho, una potente luz inundó súbitamente la zona.

Al instante, Manuel volvió a cubrirse con la gabardina, pero ¿qué pasaba? El corazón se le aceleró. ¿Habían descubierto su presencia? ¿Tomaría la policía la zona? En tal caso, se levantaría con las manos en alto confiando en que no le dispararan. Pese al frío, estaba cubierto de sudor.

Se oía un ruido, pero bastante lejano, y, como no pasaba nada, al cabo de un buen rato, se atrevió a echar un vistazo fuera de su escondite y, entonces, advirtió que los focos iluminaban principalmente una zona vecina a la suya, allá, al otro lado del

terraplén, que no podía ver desde arriba. Calmó su aprensión y, poco a poco, recuperó una pizca de serenidad.

Aquella luz despertaba su curiosidad.

Pero ¿qué iluminaban de aquella manera?

Horas antes, mientras buscaba localizaciones, había visto un poco más lejos, a la derecha, una grúa más pequeña que las demás, de la altura de un cuarto piso. Fue allí y, escopeta al hombro, empezó a subir la escalerilla que llevaba a la cabina. No se dio cuenta hasta media altura de que estaba a plena luz; subió a toda prisa y llegó al habitáculo, la abrió de golpe y se lanzó al suelo.

Si alguien lo había visto, los policías tardarían menos de diez minutos en rodear la zona, no le daría tiempo a bajar de nuevo. Lanzaría la escopeta al vacío para mostrar que no pensaba resistirse...

Esperó un buen rato así, tendido boca arriba con la escopeta de través sobre el pecho, como un soldado acechando la llegada de los *fellaghas*...

Por fin, se levantó muy despacio y observó la zona iluminada, a menos de treinta metros de donde se encontraba.

Aquellos focos, similares a los de los estadios, servían todas las noches para iluminar a los trabajadores que, tras el cierre de la zona, seguían trabajando para recuperar el retraso. Se hacían cientos de horas extraordinarias. Las ampliaciones del presupuesto estaban a la orden del día, y Trajan-Perrin, de pie cerca del estrado de madera basta que ocuparían los responsables políticos y las personalidades, se felicitaba de la marcha de las cosas.

—¡Qué magnífico acontecimiento! —decía.

Y es verdad que, bajo aquel crudo resplandor, la cinta de asfalto, que dibujaba una armoniosa curva, subrayada por los trazos blancos que separaban los carriles de circulación, tenía un aspecto espléndido.

—Sí —dijo Jean—, es cierto.

Pero él, a diferencia de BTP, tenía ganas de llorar.

Lo que dejaría para siempre al día siguiente era, ante todo, a sus dos hijos, cuyo simple recuerdo le partía el corazón, pero también aquella... «obra». Sí, aquella obra, en la que había participado y que al cabo de cuatro días sería inaugurada por la República.

Se sentía grande y se sabía muerto.

—Ya verá —dijo BTP volviéndose hacia él—, nadie se dará cuenta de que nada está acabado del todo. Porque todo el mundo tiene ganas de creerse la historia. —No era humor, ya sabemos que Perrin estaba trágicamente desprovisto de él, era realismo—. El sábado, ya lo verá...

Jean no vería nada.

Por eso había ido allí, aunque ahora lo lamentaba.

Había querido asistir a los últimos preparativos, sentir la atmósfera del éxito, pero aquello le dolía de un modo espantoso.

Una secretaria provista de un pequeño portapapeles se acercó para ofrecer a la firma unos documentos a BTP. Bonita, veinticinco años, tal vez. Era afortunada, mientras que algunas otras... Jean tenía el corazón partido y el alma destrozada.

El estrado estaba levantado y esperaba a que se instalaran los micrófonos que amplificarían discursos vibrantes y llenos de orgullo. Los postes a los que se ataría la cinta tricolor que el primer ministro cortaría entre aplausos con unas tijeras estaban colocados, el

espacio en el que se situaría la banda de la Guardia Republicana para tocar *La marsellesa*, despejado y limpio.

Era lo que veía Manuel desde la grúa.

Preparaban el evento.

Ensayaban.

La inauguración...

El tramo de aquel bulevar periférico en cuyo nombre Solita había sido desalojada, expulsada, evacuada, estaría en servicio en unos días, la apisonadora de la sociedad pasaría costara lo que costase; los Ramos formaban parte de los perdedores, esa noche los potentes focos iluminaban su derrota.

No tenía prismáticos, sólo la mira de la escopeta. La utilizaba para barrer toda la zona.

De pronto, se detuvo en una figura.

La reconoció.

Era aquel gordinflón, el tipo del ayuntamiento que había acudido a casa de Solita hacía unos días.

La clase de individuo que debía de haberse llenado los bolsillos.

«No puede hacer nada por nosotros», había dicho su hermana.

Embargado por la emoción, Manuel apuntó a aquel individuo bastante obeso que, de pronto, con las manos a la espalda y los ojos bajos, se volvió en su dirección.

Manuel le vio algo tozudo, bestial.

Apretó el gatillo.

Y así fue como murió Jean Pelletier, alias el Gordito: de un disparo en pleno corazón.

55

Tampoco sería fácil hacerlo de otra manera

Jean fue enterrado el lunes 9 de marzo de 1964.

Geneviève apareció ante la multitud congregada frente a los grandes almacenes Dixie con un vestido de terciopelo negro, de franjas y volantes, ceñido a la cintura por un ancho cinturón dorado, profusamente adornado y amplio en la parte inferior, lo que acentuaba su corpulencia. Quizá las mangas —abombadas y voluminosas— contribuyeran a la incomodidad y perplejidad que recorrió a los presentes, para quienes las sorpresas del día aún no habían terminado. En pocas horas, Geneviève se había transformado en una viuda majestuosa y desgarradora, solemne y trágica.

Ella misma había tomado todas las decisiones y había insistido, en particular, en que el cuerpo del difunto saliera de las oficinas de la empresa. Ya que se enterraba a «un héroe de la República», le parecía lógico que el cortejo partiera de la plaza del mismo nombre.

Los portadores del ataúd, vestidos con librea —como auténticos lacayos—, lucían guantes blancos inmaculados.

Angèle no prestó demasiada atención a aquellos fastos. Había perdido primero al menor de sus hijos y ahora al mayor. Estaba desconsolada, pero se mostraba digna. Hélène, igualmente afligida,

la sostuvo del brazo durante toda la ceremonia. Ambas mujeres, por mucho que se sintieran distantes del modo en que se había organizado el sepelio, quedaron tan conmocionadas como escandalizadas al descubrir que la fachada del edificio, hasta la tercera planta, estaba cubierta por una fotografía gigantesca de Jean con una pierna escayolada a un lado y una muleta al otro.

La empresa había decidido cerrar aquel día para que todo el personal pudiera asistir a las exequias. Después se los invitaría a llevar un ancho crespón negro sobre la bata de trabajo durante treinta y tres días, «conforme a la tradición de las sociedades antiguas», según Geneviève.

A la salida del ataúd, cubierto de rosas rojas y blancas, orquídeas y lirios, una orquesta interpretó música de Verdi.

Durante la misa —cuyo programa había organizado la propia Geneviève— se rezaron el *Requiem aeternam*, el Aleluya y el *Salve Regina*, y se leyeron pasajes del Libro de Job (19, 1,23-27), la Carta a los Romanos (6, 3-9) y el Evangelio según san Juan (14, 1-6). El oficio se prolongó tres horas y media. Dondequiera que estuviera, quizá Jean halló algún consuelo al saber que la iglesia de Nuestra Señora del Rosario —donde no había podido confesarse antes de morir— acogía su funeral religioso.

François tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre la manera en que había muerto el Gordito. Aunque ver escapar a su hermano —y, con él, a su madre y a toda la familia— de la guillotina había sido un alivio, la sensación de sentirse liberado por una muerte violenta le producía una culpa inmensa. No había tenido nada que ver con lo ocurrido, pero sentía que el destino lo había absuelto de una decisión que quizá nunca habría tenido el valor de tomar.

Colette y Philippe no se separaron ni un instante desde el anuncio de la muerte de su padre. Ambos compartían la misma sensación de abandono.

Su padre los había dejado solos con su madre.

Por supuesto, no era culpa de Jean; él no había querido que lo mataran. Pero desde su desaparición —«desde que alzó el vuelo», decía poéticamente Geneviève—, ella había tomado decisiones definitivas y unilaterales que nadie, ni Angèle ni François ni Hélène, había conseguido revertir.

Afirmaba estar «demasiado afectada» para seguir ocupándose de sus hijos; decía que era superior a sus fuerzas.

Philippe iría a un internado masculino en Montlhéry; Colette continuaría en el liceo, también como interna.

Ambos la habían decepcionado.

Su condición de viuda le impedía adoptar al pequeño Michel, a quien no volvió a mencionar jamás.

—Acabaré mis días con mi hermana, eso es todo... —decía suspirando, con expresión de mater dolorosa.

Thérèse, muy afectada por la desaparición de Jean —su único apoyo—, sentía que el mundo se le venía encima. La perspectiva, inevitable por carecer de medios propios, de vivir sola con Geneviève la aterraba.

Quizá parezca demasiado fácil terminar esta historia tal como empezó, pero es que no hay otro modo de hacerlo.

Recordemos que, en la rue Lamarck, Jean había vacilado ante la temible escalera que subía hasta la rue Caulaincourt y había acabado

optando por tomar la rue des Saules; una simple decisión que tuvo graves consecuencias para él y para toda su familia.

Al volver del funeral, Geneviève iba a encontrarse en una situación parecida.

Estaba agotada por las demostraciones de dolor que había prodigado. Después de la recepción organizada en un gran hotel —donde Geneviève pronunció un elogio vibrante e interminable de su marido, justo antes de la suelta de treinta y tres palomas que, según ella, simbolizaban la pureza del alma del difunto «héroe de la rue Caulaincourt, caballero de la Legión de Honor»—, se decidió que Colette y Philippe pasarían unos días en Le Plessis con su abuela.

Geneviève bajó del taxi y entró sola en el edificio. Pulsó el botón del ascensor. No era raro que el último usuario no lo hubiese devuelto a la planta baja o que la cabina quedara bloqueada en los pisos superiores, porque la puerta de hierro forjado no cerraba del todo bien: había que empujarla hasta oír un clic.

No había sido el caso.

Oyó la cabina —que debía de encontrarse en el quinto piso— iniciar su lento descenso.

Era un ascensor muy antiguo, de una lentitud exasperante, sobre todo para un carácter tan impetuoso como el suyo.

Decidió subir a pie.

Thérèse, que mientras iba a la cocina había oído a su cuñada llamar al ascensor y maldecir en el portal, le dejó la puerta del piso entreabierta.

El drama se gestó en ese instante.

Si hubiera tomado el ascensor, la cabina la habría dejado en el rellano...

Pero, subiendo por la escalera, al llegar al último peldaño se encontró en el umbral de la vivienda a *Joseph*, flaco, escuálido, pero con el lomo arqueado, el pelo erizado y una mirada torva, bufando y soltando unos gruñidos extremadamente amenazadores. Comprendió que la esperaba.

Se detuvo, impresionada.

Su error fue poner los dos pies en el mismo peldaño.

Porque, sin previo aviso, en el instante en que, para alzarse el velo, soltó la barandilla, *Joseph*, con una agilidad de la que nadie lo habría creído capaz, le saltó al cuello.

No consiguió llegar tan alto, pero sus cuatro patas aterrizaron al mismo tiempo en el pecho de Geneviève, que, perdiendo el equilibrio, cayó pesadamente hacia atrás y rodó escaleras abajo golpeándose la cabeza ya contra las aristas de los peldaños, ya contra el muro o los barrotes de la barandilla.

Cuando Thérèse, alertada por el grito gutural de su hermana, se precipitó al rellano, la vio tendida al pie de la escalera en una postura extraña.

Tenía los ojos abiertos.

Thérèse se inclinó hacia ella. Las dos hermanas se miraron largos instantes. Los labios de Geneviève trataban de expresar algo; la mirada de Thérèse no expresaba nada.

Se limitó a levantarse y volver a entrar en casa.

Joseph estaba sentado en el veladorcito, junto al teléfono.

Thérèse le acarició la cabeza con ternura y descolgó para pedir ayuda.

56

Un cierto consuelo

Geneviève no había muerto, pero la fractura de las cervicales la dejó paralítica.

Hasta el final de sus días siguió teniendo ataques de ira, tanto más espantosos cuanto que las lesiones en el córtex frontal la habían privado del habla. Es cierto que aún brillaba algo en sus pupilas, pero como su rostro permanecía inmóvil, lo único que podía hacerse era secarle la comisura de los labios, por donde caía constantemente un hilillo de baba.

Vivió presa de terribles tempestades interiores, rabias volcánicas que la devoraban por dentro. Sufría doblemente: por no poder gritar su furia al mundo y porque nadie parecía darse cuenta.

Tras algunas peripecias más, su malignidad, privada de público, se volvió contra ella misma y le carcomió las entrañas. Entonces empezó a adelgazar. Desgraciadamente para ella, su propia maldad —que siempre la había mantenido viva— la hizo sobrevivir mucho tiempo. Las escasas visitas que recibió no apagaron el incendio interior que la consumía: sólo lo avivaron. Vivió meses, años, en esa cárcel de odio y furia, gritando en el vacío. Y tuvo tiempo de sobra para hacerlo.

La única que quizá comprendió algo de su situación fue Colette.

Cuando un día tía Thérèse le preguntó:

—¿Vas a ver a tu madre?

Ella respondió:

—Voy a mirarla.

Pero sería un error atribuirlo al rencor. El duelo de Colette por su padre fue largo, pero el alejamiento de su madre acabó por traerle calma. Su vida estaba ya en otra parte; había pasado página. Nunca volvió a ser la niña luminosa y pícara que todos habían conocido y querido. Como un paquebote que se hunde y arrastra con él a todos sus pasajeros, su madre se había llevado consigo los peores recuerdos de su vida. Nada de lo que había sufrido se borró, pero aprendió a vivir con ello. Recuperó una cierta alegría. Durante mucho tiempo, quienes la rodeaban se preguntaron cómo podía hacerlo. Tenía secretos.

Philippe tardó en aceptar la muerte de su padre. Lo que lo ayudó fue la forma en que había ocurrido. ¡Asesinado de un disparo en pleno corazón! Su padre había vivido como un héroe y muerto como un héroe, como en las películas estadounidenses. Encontró en ello consuelo y orgullo.

El espectáculo de su madre postrada fue duro de otro modo. Incluso paralizada y afásica, seguía ocupando un gran lugar en su vida.

Hasta el día fatal en que decidió liberarse de ella.

Un día, Angèle cayó en la cuenta de que había perdido a muchos de los hombres de su vida —Louis, Étienne, Jean—, pero estaba rodeada de mujeres: Hélène, Nine, Thérèse, Colette. Siguió ocupándose de sus nietos tanto o más que antes. En el aparador guardaba las fotos de su marido y de sus dos hijos, pero nunca hablaba de ellos. Nadie supo realmente la pena que sentía.

Joseph, que salió de aquel triste periodo en bastante mala forma, acabó recuperándose. Recobró su peso, su pelaje y su humor, y siguió siendo el compañero inseparable de Colette, en cuyos brazos murió plácidamente a la respetable edad de diecinueve años.

Unos meses después de la muerte de Jean Pelletier y del trágico accidente sufrido por su mujer el mismo día del funeral, el juez ratificó la decisión del consejo de familia, que había confiado temporalmente la custodia de Colette y Philippe a tía Thérèse. Los tres siguieron viviendo en el piso de la avenida du Maine, hasta que los niños abandonaron lo que se había convertido en un hogar apacible y armonioso.

Thérèse, que había encontrado junto a Jean un consuelo tras sus fracasos sentimentales, se sentía de nuevo dispuesta a rehacer su vida.

Confirmamos lo que el lector ya habrá adivinado: Émile Gruber fue reconocido como padre legítimo del pequeño Michel y abandonó el

tribunal llevándolo en el moisés que le habían regalado los servicios sociales.

Por último, hablemos de Manuel.

Nada más apretar el gatillo comprendió que acababa de cometer lo irreparable: no lo había querido, pero, en el fondo, sí lo había deseado. Su mente era un caos.

Arrojó la escopeta por la ventana de la cabina.

Los policías, que gracias a los potentes focos habían localizado enseguida la grúa, lo hallaron al pie de ella, arrodillado, las manos sobre la cabeza, en la postura de un combatiente hecho prisionero.

Algunos periódicos se recrearon al revelar que el asesino del héroe de la rue de Caulaincourt era hijo de un inmigrante español. Lo condenaron a dieciocho años de cárcel. Era 1964. Cuatro años después, el país vivió una sacudida que lo impulsó hacia una nueva era, seguida por la elección de Georges Pompidou y, más tarde, la de Valéry Giscard d'Estaing. Cuando Manuel se benefició de la amnistía de 1974 y salió a la calle, nadie se enteró: todo aquello había quedado atrás.

La señora Ramos viajó a París para asistir al juicio de su hijo y, tras escuchar la condena, se quedó unos días con Solita. Estaba muy cansada, y su hija, sin grandes esfuerzos, consiguió convencerla de que estaría mejor «en un hogar». Para ella, esos establecimientos siempre se habían llamado «hospicios», y la palabra evocaba imágenes terribles.

Sabemos que partió de la estación de tren de Montparnasse el 3 de octubre de 1966. Solita la acompañó hasta el andén y la vio marcharse a la una y diez de la tarde.

Nadie, en cambio, la vio bajar en Villefranche ni tomar el autocar que iba al pueblo.

Se lanzó un aviso de búsqueda. Desde el primer día, Solita supo que no volverían a encontrarla. Aquella desaparición era muy propia de la mujer reservada, irascible, discreta y trágica que había sido su madre.

57

Otra historia...

Así pues, hemos llegado al final de esta tetralogía y de las aventuras —alegres o tristes— de mi familia.

Aunque, como novelista, a veces haya preferido la ficción a la realidad —ya hablara de mi hermano Étienne librando su guerra en Indochina, o de mi hermana Hélène en busca de su libertad—, he procurado no ser injusto con nadie. En las partes en que aparezco yo mismo, tanto al relatar mis actos como al exponer mis dilemas morales, me he esforzado por no ser autoindulgente. En cuanto al destino de mi hermano mayor, Jean, y de su mujer, Geneviève, serán los lectores quienes juzguen. Nada desearía más que haber sabido conmover al recordar la vida de mis padres. Nunca me he recuperado del todo de su ausencia. La añoranza de los padres es, quizá, la prueba de una infancia feliz.

Como de costumbre, los agradecimientos están reunidos al final del libro, pero no quiero esperar para expresar mi gratitud a Nine, mi mujer, que siempre me ha rodeado de amor y me ha dado consejos inestimables. Como si no bastara con envejecer una vez —lo que no es agradable para nadie—, al escribir la historia de mi familia he envejecido por segunda ocasión. Tal vez por eso se me encoge el

corazón al poner el punto final. Mi consuelo es ver a la siguiente generación preparada para lanzarse al mundo. No dudo de que también ellos vivirán su parte de aventuras, con sus alegrías y sus penas.

Mirando atrás, me pregunto si aquellos llamados «Años Gloriosos», con su fe en los beneficios de la técnica y su confianza en el progreso —simbolizado por el periférico parisino—, no podrían considerarse, más que los «grandes años» de mediados de siglo, la última página del siglo anterior, el XIX: la última época en que el futuro se contempló con esperanza y casi nadie dudaba de sus promesas.

Sin embargo, esos años dieron paso a un nuevo orden del mundo en el que las mismas alegrías —y los males que habían engendrado— seguirían haciéndose oír.

Pero ésa ya es otra historia.

FRANÇOIS PELLETIER

París, 21 de marzo de 1968

Agradecimientos

Como de costumbre, Camille Cléret fue mi cómplice en el terreno histórico. Sus conocimientos y su eficacia hacen que su colaboración sea siempre un placer.

Vaya mi agradecimiento, en primer lugar, a las personas cercanas a mí que tienen la paciencia de leerme con tanto rigor como simpatía: Gérald Aubert, Catherine Bozorgan, Anik Lapointe, Perrine Margaine y, por supuesto, Pascaline.

El doctor Konig es un guiño a la célebre *La ciudad de los muertos*, de Herbert Lieberman, a quien dediqué una entrada en mi *Diccionario apasionado de la novela negra* (Salamandra, 2022).

Sé que el Aid al-Adha de 1947 no cayó en 25 de diciembre. Me tomé esa pequeña libertad, que estoy seguro se me perdonará: al fin y al cabo, lo que digo sobre él es válido para otras fechas en las que se ha producido esa feliz coincidencia con la festividad cristiana.
Los puristas me reprocharán la presencia, en 1963, de una Barbie, siendo así que esas muñecas no salieron al mercado hasta 1964, pero, francamente, si hubiera que tener en cuenta todos los detalles secundarios anacrónicos, no acabaríamos nunca.

Nathalie Cohen no es solamente una excelente autora de novelas policiacas: también es una eminente latinista. Sin su ayuda y sus consejos, las conversaciones entre Colette y sor Amandine no habrían sido posibles. Reciba, pues, mi más sincero agradecimiento.

Una mención especial para Christophe Prochasson, que tuvo la amabilidad de darme su opinión.

El capítulo en el que François decide desenmascarar a su hermano es un homenaje a las sublimes páginas de *Los miserables* sobre el conflicto moral de Jean Valjean durante el juicio a Champmathieu (hasta en lo referente a su pelo, encanecido de un día para otro).
Pero Victor Hugo está muy presente a lo largo de todo este libro.
Quien no lo está en absoluto es Dostoyevski. Por mucho que se hojee *Crimen y castigo*, no se encontrará esa cita del capítulo 50. ¿De dónde la sacó François?

Sobre Argelia y el trauma posargelino recurrí a menudo a *Papa, qu'as-tu fait en Algérie. Enquête sur un silence familial*, de Raphaëlle Branche (La Découverte, 2020).

En lo relativo a la agricultura, saqué mucho provecho de un libro de mi querido Éric Alary, *L'histoire des paysans français* (2016), pero también de Emmanuel Laurentin, *La France et ses paysans* (2012).

Nathalie Duclos me fue muy útil para tratar la cólera de los campesinos (*Les violences paysannes sous la Ve République*, 1998) y, por supuesto, también lo fue Édouard Lynch, *Insurrections*

paysannes. De la terre à la rue, usages de la violence au XX*e siècle* (2019).

Camille Cléret me dice que consultó con frecuencia el periódico *La France agricole*, y, por supuesto, la creo.

En cuanto a la leche, espigamos datos en *Le lait, la vache et le citadin: du* XVII*e au* XX*e siècle* (Éditions Quae, 2008), obra de Pierre-Olivier Fanica.
La cooperativa creada por Manuel Ramos está inspirada, muy libremente, en el modelo del establo colectivo de Montereau.

Sobre la reparcelación, nos apoyamos en parte en el testimonio —naturalmente subjetivo, pero muy rico— de un alcalde: Ernest Monpied, *Terres mouvantes: un maire rural au coeur du remembrement* (1965), así como en numerosos testimonios disponibles en línea en el INA, el archivo nacional audiovisual francés.

Para el bulevar periférico, nos fue de gran ayuda *Des fortifs au périf. Paris, les seuils de la ville* (1992; reed. 2021), de Jean-Louis Cohen y André Lortie, y *L'automobile à la conquête de Paris. Chroniques illustrées* (Presses de l'École nationale des ponts et chaussées, 2003) de Mathieu Flonneau.

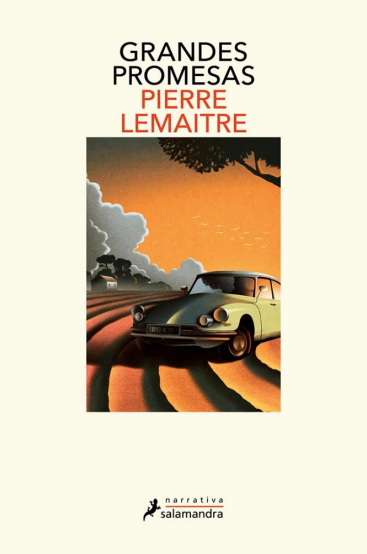
Como de costumbre, el lector encontrará huellas evidentes o secretas de Víctor del Árbol, Paul Auster, Simone de Beauvoir, Saul Bellow, Charlotte Brontë, Louis-Ferdinand Céline, Guy Debord, Marcel Desvernois, Christine Détrez, Denis Diderot, E. L. Doctorow,

John Dos Passos, Jean-Pierre Farkas, Romain Gary, Louis Guilloux, Victor Hugo, Ken Kesey, Pierre Lemaitre, Iain Levison, Ludwig Lewisohn, Herbert Lieberman, Roger Martin du Gard, Michael McDowell, James A. Michener, Luigi Natoli, Arturo Pérez-Reverte, Federico De Roberto, François Rabelais, Kristin Ross, William M. Thackeray, Lev Tolstói, Claude Vinci, Jakob Wassermann, Michel Zévaco y Émile Zola.

Un pensamiento muy especial para mi agente, Camille Trumer, que me acompaña con constancia y solidaridad desde hace tanto tiempo y a quien le debo tanto...

Y para Pascaline.

PARÍS, 1960-1964
Pierre Lemaitre culmina su saga inmensa sobre la familia Pelletier
Apasionante, conmovedora, emocionante: una gran novela.



A menudo comparado con Alexandre Dumas, Pierre Lemaitre culmina con Grandes promesas la exitosa y monumental saga dedicada a la familia Pelletier y «Los años gloriosos», un proyecto que, desde su inicio con *El ancho mundo*, ha conquistado a cientos de miles de lectores. En esta entrega, el autor vuelve a deslumbrar con una novela que combina historia, emoción y suspense con una naturalidad y una fuerza narrativa poco comunes, y que sitúa su obra entre las más ambiciosas de la ficción contemporánea.

Todo comienza con un incendio, un bebé… y un jabalí. Un inicio fulgurante que abre paso a un país en plena transformación, donde las obras que redefinen París conviven con la lenta erosión del mundo rural. En ese entorno cambiante, la familia Pelletier afronta decisiones que ponen a prueba afectos y aspiraciones. François, Jean, Colette, Philippe y quienes los rodean avanzan por años de prosperidad aparente, marcados por un progreso que deslumbra tanto como inquieta. Y, fiel a su manera, el gato *Joseph* continúa ahí, vigilante, como si supiera que, entre los Pelletier, un secreto sombrío, arrastrado desde un hecho irreparable y largamente oculto, está a punto de salir a la luz.

Con su dominio del ritmo, la emoción y la ironía, Pierre Lemaitre guía a los Pelletier hacia un desenlace inesperado, trazado con una precisión que mantiene la tensión viva hasta la última página.

La crítica ha dicho sobre la saga:

«Un proyecto consistente en narrar el siglo XX década a década a la manera de los *Episodios nacionales* de su admirado Galdós.» *El Mundo*

«Una trama apasionante, repleta de personajes bien construidos y sutilmente inscritos en la Historia: honestamente, ¿qué más se le puede pedir a una novela?» *The Times*

«Excelente.» *Helsingin Sanomat*

«Lemaitre es el Dumas de nuestros días.» *La Vanguardia*

«Un trabajo increíblemente ambicioso y extraordinariamente entretenido.» *The Sunday Times*

«Cautivador e incandescente.» *De Morgen*

«Una virtuosidad excepcional.» *La Lettura - Corriere della Sera*

Pierre Lemaitre nació en París en 1951. Antes de ganar el Premio Goncourt 2013 con su novela *Nos vemos allá arriba* ya era un escritor de renombre en el género de la novela policiaca. Con Irène (Premio a la Primera Novela Policiaca del Festival de Cine Policiaco de Cognac y Mejor Novela Negra del Año según El Periódico de Catalunya) inició la serie protagonizada por el comandante Camille Verhoeven, que incluye *Alex* (Alfaguara, 2015, ganadora del Dagger Award 2013 junto a Fred Vargas y del Premio de Lectores de Novela Negra de Livre de Poche 2012, y uno de los libros del año según el Financial Times, en curso de adaptación al cine por James B. Harris, con guion del propio Lemaitre), *Rosy & John* (Alfaguara, 2016) y *Camille* (Alfaguara, 2016, ganadora del Dagger Award 2015). Fuera de la serie llegaron, con una extraordinaria recepción por parte del público y de la crítica, *Vestido de novia* (Alfaguara, 2014, Premio del Salon du Polar 2009 y Premio Best Novel Valencia Negra), *Recursos inhumanos* (Alfaguara, 2017, Premio de Novela Negra Europea, Premio a la Mejor Novela Francesa 2013 de la revista Lire, Premio Roman France Télévisions y Premio de los Libreros de Nancy-Le Point), *Tres días y una vida*(2016), *Los colores del incendio* (2018), *El espejo de nuestras penas* (2020), *La gran serpiente* (2022) y *El ancho mundo* (2023). Su obra, con más de tres millones de lectores, ha sido traducida a más de cuarenta idiomas.



Título original: *Les Belles Promesses*

Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Calmann-Lévy
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Imagen de la cubierta: © José David Morales

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-74-3

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Grandes promesas. Los años gloriosos.

Septiembre de 1963

1. Cuánto lo echaba de menos...
2. Aquello era ridículo
3. Quieren hacer unas fotos
4. ¡Hasta el último detalle!
5. ¿Te pasa algo?
6. 1950. El jabalí
7. En una punta de la mesa
8. Me parte el alma
9. ¿Caballero?
10. Pero ¿qué quiere de nosotros?
11. Como un sol
12. 1952. El territorio
13. No olvide volver a echarla...
14. Yo os odio a todos
15. ¿Es para mí?
16. No se veía otra cosa
17. Tienes una voz rara
18. 1955. La escopeta
19. Confía en mí
20. Cada uno hace lo que puede
21. Se le cortó la respiración
22. Respiraba mejor
23. ¡Hemos salido bien parados!
24. 1959. Los muertos
25. No tenía forma de averiguarlo
26. ¡A ti ni te va ni te viene!
27. ¡Bravo!
28. En este punto de la investigación...
29. 1960. El proyecto
30. Cuesta un poco entenderlas

31. Todo lo bueno se acaba
32. Estoy esperando a alguien
33. Un malentendido trágico
34. Quiero doscientos
35. 1961. La cooperativa
36. ¿Qué debo hacer?
37. No veo...
38. Gracias, tesoro
39. *Pater incertus*
40. Cómplices
41. 1962. La lucha

Enero de 1964

42. Quizá sea mejor que lo haga yo mismo
43. ¿Quién era?
44. ¡Me gustaría saber por qué!
45. 1963. La caída
46. ¡Usted estaba de acuerdo!
47. Es mi secreto
48. Teóricamente, todo es posible
49. Tú tienes otra cosa...
50. Tienes que darme tu palabra
51. No se puede hacer otra cosa
52. Quiero que me des tu palabra
53. Creo que ya la he resuelto
54. ¡Qué magnífico acontecimiento!
55. Tampoco sería fácil hacerlo de otra manera
56. Un cierto consuelo
57. Otra historia...

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Pierre Lemaitre

Créditos